

San Alfonso M^a de Ligorio

**LA DIGNIDAD
Y SANTIDAD
SACERDOTAL**
(La Selva)

APOSTOLADO MARIANO
Apartado 1032
SEVILLA

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7527-081-6

Depósito legal: M. 45.553-2000

Impreso en España - Printed in Spain

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

INTRODUCCION

Este libro que titulamos «LA DIGNIDAD Y SANTIDAD SACERDOTAL» fue escrito por el santo doctor bajo el título genérico de «Selva de materias predicables e instructivas», etc.

En conjunto es un eco fiel de cuanto los santos padres y doctores escribieron sobre la dignidad y santidad sacerdotal; es una síntesis admirable de la doctrina bíblica y patrística y como un maravilloso arsenal de meditaciones y lecturas piadosas para el clero y para los que se preparan a recibir las sagradas órdenes.

El eminentísimo Sr. Cardenal Villecourt aseguraba no hallar obra más útil para la santificación personal del clero y desempeño de sus deberes ministeriales. El Excmo. Mons. Gaume decía que este libro no brinda el pensamiento de un hombre sino el pensamiento de los santos padres y doctores de todos los siglos. De ahí la gran acogida y el entusiasmo con que este libro ha sido favorecido en todo el mundo católico, libro que en las Actas doctoratus llaman «aureo difundio conocido en todas partes».

Suprimimos en esta edición todas las notas y citas latinas que hace el Santo para preparar un libro eminentemente popular y práctico. De todos es sabido que esas citas interesan a muy pocos y casi nadie las lee. Por otra parte, si hubiere alguno interesado por ellas tienen la edición crítica publicada por la B. A. C.

No dudamos que la categoría con que la Iglesia ha honrado al Santo concediéndole los títulos de Doctor de la Iglesia y Patrón de moralistas y confesores es una garantía más de la seguridad de su doctrina que, como la palabra de Dios, nunca quedará anticuada.

Aunque el libro ha sido escrito pensado especialmente en los sacerdotes, también los religiosos y seculares podrán encontrar en él toda una «selva» o bosque de santas meditaciones inmensamente útiles para todos.

Recomendado especialmente a los sacerdotes y a los que se preparan a recibir las sagradas órdenes resulta el libro ideal cuando se trate de obsequiarles por algún motivo especial.

Es el mejor regalo para un sacerdote, teniendo en cuenta, como observa el Santo, que contribuir a la santificación de los sacerdotes es la obra más valiosa que podemos hacer en este mundo, «porque una sola palabra de un sacerdote santo consigue mayores frutos que mil sermones de un sacerdote tibio o vulgar». «Si todos los predicadores y todos los confesores —añadirá el Santo en otro lugar— desempeñaran sus obligaciones como se debe, todo el mundo sería santo...». Por eso, contribuir a la santificación de un solo sacerdote es contribuir a la santificación de un solo sacerdote es contribuir a la santificación de muchos millares de almas; porque así como nadie puede salvarse si no es por Jesucristo, también es necesario el sacerdote oficial continuador de la obra de la redención.

El sacerdote en el ejercicio de sus funciones sacerdotales, no es una persona corriente: es otro Cristo que obra y manda en nombre de Cristo.

En la portada vemos a Cristo vestido de sacerdote diciendo misa en el momento de la consagración, y es que todos los sacerdotes, incluso los indignos y pecadores, en aquel momento son otros Cristos, porque como nos enseña la fe, en la misa tanto la víctima como el celebrante u oferente son el mismo Cristo en persona.

PARTE I

CAPITULO I

DE LA DIGNIDAD DEL SACERDOTE

I. Suprema sublimidad del sacerdote

Dice San Ignacio Mártir que «el sacerdocio es la dignidad suprema entre todas las dignidades criadas» (*Ep. ad Smyrn.*). San Efrén la llamaba «dignidad infinita» (*De sacerdotio*). San Juan Crisóstomo dice que «el sacerdocio, aun cuando se ejerza en la tierra, ha de contarse entre las cosas celestiales» (*De sacerdotio*, l. 3, c. 3). Casiano decía que «el sacerdote está más alto que todos los poderes de la tierra y que todas las grandezas del cielo, siendo mayor que él sólo Dios» (*In catal. gloriae mundi*, p. 4.^a, const. 6), e Inocencio III aseguraba que «el sacerdote está colocado entre Dios y el hombre, siendo inferior a Aquel y superior a éste» (*Sermo 2 in consecr. Pont.*). San Dionisio llama al sacerdote «hombre divino» (*De cael. hier.*, c. 1), por lo que decía que «su dignidad es divina» (*De sacerdocio*, l. 1). En una palabra, decía San Efrén, «la dignidad sacerdotal sobrepuja a cuanto se puede concebir» (*De sacerdotio*). Basta saber que Jesucristo dijo que los sacerdotes han de ser tratados como su misma persona (Lc., 10, 16). Por eso decía San Juan Crisóstomo que «quien honra al

sacerdote honra a Jesucristo y quien injuria al sacerdote injuria a Cristo» (*Hom. 17 in Mt.*). Santa María de Oignies, al considerar la dignidad de los sacerdotes, besaba la tierra en que colocaban los pies.

II. Importancia de las funciones sacerdotales

La dignidad del sacerdote se mide por las grandes funciones que tiene que desempeñar. Los sacerdotes están elegidos por Dios para tratar en la tierra todos sus negocios e intereses divinos, como dice San Cirilo de Alejandría (*De adorat.*, etc., l. 13). San Ambrosio llamaba al ministerio sacerdotal «profesión divina» (*De dignit. sacerdot.*, c. 3). El sacerdote es el ministro constituido por Dios como embajador público de toda la Iglesia, para honrarlo y para alcanzar de El todas las gracias necesarias a los fieles. Toda la Iglesia, sin los sacerdotes, no puede tributar a Dios tanto honor ni alcanzar de El tantas gracias como un solo sacerdote que celebra una misa; porque toda la Iglesia sin sacerdotes no podría tributar a Dios honor mayor que el sacrificio de la vida de todos los hombres; pero ¿qué valen las vidas de todos los hombres en comparación del sacrificio de la vida de Jesucristo, que es sacrificio de valor infinito? ¿Qué son todos los hombres, ante Dios, sino un poco de polvo?: *Como gotas de un cubo y como polvillo en la balanza son reputados* (Is., 40, 15); más bien son pura nada: *Todos los pueblos son como nada delante de El* (Is. 40, 17). Por esto, el sacerdote que celebra una misa tributa a Dios honra infinitamente mayor, sacrificándole a Jesucristo, que la que todos los hombres le tributarían muriendo por El, con el sa-

crificio de sus vidas. Además, el sacerdote con una sola misa tributa a Dios más honor que el que le han tributado y tributarán todos los ángeles del cielo, con María Santísima, quienes no pueden tributarle culto infinito, como el sacerdote que celebra en el altar.

Añádase que el sacerdote, al celebrar, ofrece a Dios un tributo de agradecimiento digno de su bondad infinita por todas las gracias concedidas hasta a los bienaventurados del paraíso, tributo de agradecimiento, digno de Dios, que todos los bienaventurados juntos no le pueden tributar. De donde se desprende que, aun en este respecto, la dignidad del sacerdote está por encima de todas las dignidades, aun celestiales. Además, «el sacerdote es embajador enviado por el universo entero ante Dios, para interceder y alcanzar sus gracias en favor de todas las criaturas», como se expresa San Juan Crisóstomo (*De sacerdot.*, l. 6, c. 4); y San Efrén añade que «el sacerdote trata familiarmente con Dios» (*De sacerdotio*, l. 1). En una palabra, que para el sacerdote no hay puerta cerrada.

Jesucristo murió para crear un sacerdote. No era necesario que el Redentor muriese para salvar al mundo, pues bastaba que derramase una gota de sangre, que vertiera una sola lágrima, que prorrumbiese en una plegaria, y hubiera alcanzado la salvación de todo el mundo, porque, como esta oración hubiera sido de infinito valor, habría bastado para salvar no uno, sino mil mundos. Con todo, para crear un sacerdote fué necesaria la muerte de Jesucristo; de no haber sido así, ¿dónde se hubiera hallado la Víctima que hoy ofrecen a Dios los sacerdotes de la nueva ley, Víctima santísima e inmaculada, ca-

paz de tributar a Dios honores dignos de la divinidad? Ya apuntamos que todas las vidas de los hombres y de los ángeles son incapaces de tributar a Dios un honor infinito, como se lo tributa un solo sacerdote con una sola misa.

III. Grandeza del poder sacerdotal

La dignidad del sacerdote se mide también según el poder que ejerce sobre el cuerpo real y sobre el cuerpo místico de Jesucristo. Por lo que al cuerpo real atañe, es de fe que, cuando el sacerdote consagra, el Verbo encarnado se ve forzado a obedecerle, viniendo a sus manos bajo las especies sacramentales. Pasma el oír que Dios obedeció a Josué (Jos. 10, 14), cuando ordenó al sol que se detuviera en su carrera, diciendole: *Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ayalón* (Ib., 12). Más, empero, pasma el oír que, con pocas palabras del sacerdote «Hoc est enim Corpus meum» (palabras de la consagración en la misa), el mismo Dios baja obediente a los altares y doquiera que le llame, todas las veces que lo llame, y se ponga entre sus manos, aun cuando el sacerdote fuera enemigo suyo. Y allí queda enteramente a disposición del sacerdote, quien lo mueve de un lugar a otro, según le place, y puede encerrarlo en el tabernáculo, exponerlo en el altar o llevarlo fuera de la iglesia, y hasta alimentarse de El o darlo en alimento a los demás (*S. Laur. Justin., Sermo de Euchar., n. 27*).

Por lo que respecta al cuerpo místico de Jesucristo, que se compone de todos los fieles, el sacerdote tiene la potestad de las llaves, es decir, el poder li-

brar al pecador del infierno, hacerlo digno del paraíso, y de esclavo del demonio hacerlo hijo de Dios; y el mismo Dios está obligado a atenerse al juicio del sacerdote, perdonando o no perdonando, cuando el sacerdote absuelve al penitente o deja de absolverlo, con tal de que dicho penitente sea capaz. De suerte que el juicio de Dios, como se explica San Máximo de Turín, está en manos del sacerdote (*In Nat. B. Petri, hom. 3*); y San Pedro Damiano añade que precede la sentencia del sacerdote y Dios se limita a ratificarla (*Sermo 26 al 27*). Por lo que concluye San Juan Crisóstomo que el Señor sigue al siervo, ratificando en el cielo cuanto éste decide en la tierra (*De Verbis Is., hom. 5*).

Los sacerdotes, dice San Ignacio Mártir, «son los dispensadores de las gracias divinas y los asociados de Dios (*Ep. ad Polyc.*); son, continúa San Próspero, «el honor y las columnas de la Iglesia, son a la vez las puertas y los porteros del cielo» (*De Vita contempl., l. 2, c. 2*).

Si el Redentor bajara a una iglesia y se sentara en un confesonario a administrar el sacramento de la penitencia, y en otro se sentara un sacerdote, Jesucristo diría también: *Yo te absuelvo*, y el sacerdote diría también: *Yo te absuelvo*, y tanto en un confesonario como en otro quedarían igualmente absueltos los penitentes. ¡Qué honrado sería el subdito a quien el rey confiriese el poder librar de la cárcel a quien le pluguiera! Pues mucho mayor es el poder que el Eterno Padre dió a Jesucristo y Jesucristo a los sacerdotes, al concederles librar del infierno no tan sólo los cuerpos, sino también las almas (*De sacerdocio, l. 3, c. 5*).

IV. La dignidad del sacerdote sobrepasa todas las dignidades creadas

«La dignidad sacerdotal es, por lo tanto, la más augusta de cuantas hay en este mundo», enseña San Ambrosio (*De dignit. sacerdot.*, c. 3); «sobrepasa, añade San Bernardo, todas las dignidades de los reyes, de los emperadores y de los ángeles» (*Serm. ad Pastorem. in syn.*); de lo que concluye San Ambrosio que «la dignidad del sacerdote le coloca sobre la dignidad de los reyes, como el oro excede al plomo» (*De dignit. sacerdot.*, c. 2, dist. 36). San Juan Crisóstomo da la razón, diciendo que «el poder de los reyes se extiende solamente sobre los bienes temporales y sobre los cuerpos, mientras que el de los sacerdotes se extiende sobre los bienes espirituales y sobre las almas» (*De sacerdot.*, hom. 5, in *Is.*). De donde concluye, como más arriba se ha visto, que «el poder o la dignidad del sacerdote está por cima de los príncipes cuanto el alma está por encima del cuerpo», según dijo el Papa San Clemente (*Constit. apost.*, l. 2, c. 34).

Los reyes de la tierra tienen a gala honrar a los sacerdotes, y ésta es una de las señales de los buenos príncipes, escribe el papa Marcelo (*Constit. apost.*, l. 2, c. 34). Los reyes, dice Pedro de Blois, se apresuran a arrodillarse ante el sacerdote, a besarle la mano y a inclinar la cabeza para recibir su bendición (*In cap. boni princ.*, dist. 96); de este modo, dice San Juan Crisóstomo, reconocen la superioridad del sacerdote (*De verbis Is.*, hom. 4). Cuenta Baronio (Año 325, n. 16), que Leoncio, obispo de Trípoli, llamado a la corte por la emperatriz Eusebia, mandó a decirle que, si le quería ver, habría de ser con las siguientes

condiciones: cuando llegara, tendría la emperatriz que bajar inmediatamente del trono y acercársele, inclinando la cabeza bajo sus manos para pedirle la bendición; después él se sentaría, en tanto que ella no lo podría hacer sin su permiso; y terminaba diciéndole que sin estas condiciones, nunca pisaría la corte.—Invitado San Martín por el emperador Constantino a comer, honró primero con la copa a su capellán y luego la ofreció al emperador (*Vida de San Martín*, c. 23).—El emperador Constantino el Grande, en el concilio Niceno, quiso ocupar el último lugar, después de todos los sacerdotes, y en silla más pequeña, y, además, no quiso sentarse sin su permiso (*Vida de Constantino*, l. 3, c. 22).—El rey Boleslao veneraba de tal modo a los sacerdotes, que ni siquiera se atrevía a sentarse en su presencia.

La dignidad sacerdotal sobrepuja también a la de los ángeles, como escribe Santo Tomás (3, p. 22, a. 1 ad 1), y por eso son de ellos venerados, añade San Gregorio Nacianceno (*Orat. ad Naz tim, perc.*). Todos los ángeles del cielo no son capaces de absolver de un solo pecado. Los ángeles custodios velan por las almas que les están encomendadas y cuidan, si estuvieren en pecado, de que vayan al sacerdote, en espera de la absolución, como se explica San Pedro Damiano (*Serm. 26 de Sancto Petro*). Aun cuando San Miguel se hallare a la cabecera de un moribundo que le invoca, lo único que podrá el santo arcángel será arrojar al demonio tentador, mas no podrá librar a su devoto de las cadenas si no llegare un sacerdote para absolverlo. Después de haber conferido el sacerdocio San Francisco de Sales a cierto edificante clérigo, vio que, al franquear la puerta, se detenía, pareciendo hablar con otra persona a quien

cedía el paso. Preguntóle luego el santo qué había pasado, y el neopresbítero respondió que el Señor le había honrado con la presencia visible de su ángel custodio, quien antes de la consagración iba a su derecha y le precedía, pero, no bien ordenado de sacerdote, caminaba a su izquierda y le cedía siempre el paso; tal era la causa de haberse detenido en la puerta a ceder en santa porfía el paso a su ángel. San Francisco de Asís decía: «Si encontrara a un ángel del cielo y a un sacerdote, primero me arrodillaría ante el sacerdote y luego ante el ángel» (*Opera*, orac. 22).

El poder del sacerdote sobrepuja hasta al poder de María Santísima, porque la Madre de Dios podrá rogar por un alma y alcanzarle con sus ruegos lo que quiera, pero nunca la podrá absolver de la más mínima culpa. Inocencio III decía: «Aun cuando la Santísima Virgen haya sido elevada sobre los apóstoles, con todo, no a ella, sino a ellos confió el Señor las llaves del reino de los cielos (*Cap. Nova quaedam. De Poenit.*). San Bernardino de Siena escribió: «Perdonadme, benditísima Virgen, pues no hablo contra vos; Dios elevó al sacerdote sobre vos» (t. 1, serm. 20, a. 2, c. 7); y aduce la razón diciendo: María concibió a Jesucristo una sola vez, pero el sacerdote, en la consagración, lo concibe, por decirlo así, tantas veces cuantas quiere; de tal modo que, si la persona del Redentor no estuviera aún en el mundo, el sacerdote, pronunciando las palabras consecratorias, produciría la sublime persona del Hombre-Dios. Razón tenía San Agustín para exclamar: «¡Venerable dignidad la de los sacerdotes, entre cuyas manos se encarna el Hijo de Dios, como se encarnó en el seno de la Virgen!» (*Hom. 2 in Ps. 37*). Por eso a los sacerdotes

los llama San Bernardo «padres de Jesucristo» (*Serm. ad Past. in syn.*), pues son, efectivamente, la causa activa de que la persona de Jesucristo exista realmente en la hostia consagrada.

Hasta el sacerdote puede ser llamado, en cierto sentido, creador de su Criador, porque al pronunciar las palabras de la consagración crea, por decirlo así, a Jesús Sacramentado, al darle el ser sacramental, y lo produce como víctima que se ofrece al Eterno Padre. Así como para crear el mundo bastó que Dios lo ordenara y fué hecho (Ps. 32, 9), así basta que el sacerdote diga sobre el pan: *Este es mi cuerpo*, y el pan deja de ser pan para convertirse en el cuerpo de Jesucristo. «El poder sacerdotal, dice San Bernardino de Siena, es como el de las divinas personas, ya que en la transubstanciación del pan se requiere tanto poder como en la creación del mundo» (l. c.). San Agustín escribe: «¡Venerable santidad de las manos!, ¡glorioso ministerio! Quien me creó me dió poder para crearlo, y quien me creó a mí sin mí, se creó a sí por medio de mí!» (*In Ps. 37*). Y San Jerónimo añade que «así como la palabra de Dios creó el cielo y la tierra, también las palabras del sacerdote crean a Jesucristo» (*Hom. de corpore Chr.*). Tan grande es la dignidad del sacerdote, que llega hasta a bendecir en el altar al mismo Jesucristo, como víctima que se ofrece al Padre Eterno. Dice el P. Mansi (Tr. 22, disc. 12, n. 6) que en el sacrificio de la misa se considera a Jesucristo como principal oferente y como víctima: como oferente bendice al sacerdote, pero como víctima el sacerdote lo bendice a El.

V. Altura del puesto que ocupa el sacerdote

La grandeza de la dignidad del sacerdote se mide, además según la altura del puesto que ocupa. El sínodo de Chartres llamó al sacerdocio «permanencia de los santos» (Año 1550). Llámase a los sacerdotes «vicarios de Jesucristo porque hacen en la tierra sus veces», como se expresa San Agustín (S. Augustinus, *Sermo 36 ad frat. in eremo*). De igual modo habla San Carlos Borromeo en el sínodo de Milán («*Dei personam in terris gerentes...*»); y antes que ellos lo expresó el Apóstol: *En nombre, pues, de Cristo somos embajadores, como que os exhorta Dios por medio de nosotros* (2 Cor. 5, 20).

Cuando subió al cielo el divino Redentor, dejó en la tierra a los sacerdotes para que desempeñaran sus funciones de Mediador entre Dios y los hombres, particularmente en el altar, como dice San Lorenzo Justiniano: «El sacerdote ha de acercarse al altar como el mismo Jesucristo» (*Serm. de Euch.*); San Cipriano añade: «El sacerdote hace las veces y desempeña el oficio del Salvador» (*Ep. ad Caecil.*); y San Juan Crisóstomo continúa: «Cuando veas al sacerdote ofreciendo el sacrificio, piensa en la mano de Cristo, extendida invisiblemente» (*Ad pop. ant.*, hom. 60).

Idéntico puesto que el Salvador ocupa el sacerdote cuando absuelve de los pecados, diciendo: *Yo te absuelvo*. Este gran poder que el Eterno Padre dió a Jesucristo lo comunicó Jesús a los sacerdotes, escribió Tertuliano («*Iesus de suo vestiens sacerdotes*»). Para perdonar un pecado es necesario todo el poder del Altísimo, como canta la Iglesia (*Dom. 10 post. Pent.*). Razón tenían, pues, los hebreos cuando, al

oír que Jesucristo perdonaba los pecados del paralítico, se preguntaban: *¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?* (Lc. 5, 21). Con todo, lo que sólo puede hacer Dios con su omnipotencia, puede hacerlo también el sacerdote con estas palabras: *Yo te absuelvo de tus pecados*; porque la forma, o sí se quiere, las palabras de la forma, proferidas por el sacerdote en el sacramento, obran inmediatamente lo que significan, Maravilla fuera que alguien tuviese la virtud de poder cambiar con unas solas palabras en blanca la piel de un negro. Mayor maravilla aún es la que verifica el sacerdote, pues al decir: *Yo te absuelvo*, cambia al instante al pecador, de enemigo en amigo de Dios, y de esclavo del infierno en heredero del paraíso.

El cardenal Hugo pone en boca de Dios estas palabras dirigiéndose al sacerdote que absuelve a un pecador: «Yo hice el cielo y la tierra, pero te confiero el poder hacer una creación mejor y más noble: la del alma que está en pecado. Crea un alma nueva, es decir, de esclava de Lucifer hazla hija mía. Yo hice que la tierra produjera frutos, y te concedo una creación mejor aún, la de que el alma produzca sus frutos». El alma sin gracia es árbol seco, que no puede rendir cosecha; pero al recibir la gracia por medio del sacerdote rinde frutos de vida eterna. San Agustín añade que «es mayor obra la justificación de un pecador que la creación del cielo y la tierra» (*In Iob, tr. 72*). Preguntó Job: *¿Tienes tú un brazo como el de Dios, y con voz como la suya truenas?* (Iob 40, 4). ¿Quién será el que tenga el brazo (el poder) como el de Dios y como El haga resonar el trueno de su voz? Este tal es el sacerdote, quien por medio de la absolución se vale del brazo y de la voz de Dios para li-

brar a las almas de infierno.

Escribe San Ambrosio que el sacerdote, cuando absuelve, hace igual que el Espíritu Santo cuando justifica a las almas («*Munus Spiritus Sancti, officium sacerdotis*»). Por eso el Redentor, al conferir a los sacerdotes el poder absolver, les dió su Espíritu: *Esto dicho, sopló sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, perdonados les son; a quienes los retuviereis, retenidos quedan* (Io. 20, 22. 23). Les dió su espíritu, es decir, el Espíritu Santo, que santifica las almas, constituyéndolos como coadjutores suyos, como dice el Apóstol: *Pues de Dios somos colaboradores* (1 Cor., 3, 9). Y San Gregorio dice: «Recibieron el supremo poder judicial para que con el derecho de Dios perdonen los pecados a unos y a otros se los retengan» (*In Evang.*, hom. 26). Razón, pues, tenía San Clemente para llamar al sacerdote dios de la tierra (*Const. Apost.*, l. 2, c. 26). David decía: *Dios... en medio de los dioses da su fallo* (Ps. 82, 1). Estos dioses, explica San Agustín, son los sacerdotes (*Ad Fr. in er.*, serm. 36), e Inocencio III escribe: «Los sacerdotes se llaman dioses por la dignidad de su oficio» (*De haeret*).

VI. Conclusión

¡Qué horror causa ver, dice San Ambrosio, en una persona una dignidad sublime junta con una vida vergonzosa, una profesión divina junta con obras de iniquidad! (*De dignit. sacr.*, c. 3). «¿Qué es, pregunta Salviano, una dignidad excelsa, conferida a un ser

indigno, más que una perla en el lodo?» (*Ad Eccl. cathol.*, l. 2).

El Apóstol dice: *Nadie se apropia este honor sino cuando es llamado por Dios, como lo fué Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo en hacerse Pontífice, sino el que le habló: Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado* (Hebr. 5, 4. 5), con lo que nos advierte que nadie se atreva a subir al sacerdocio sin recibir primero el llamamiento divino, como antaño Aarón, ya que ni el mismo Cristo quiso arrogarse el honor del sacerdocio, sino que esperó a que el Padre lo llamara. Deduzcamos de aquí la altura de la dignidad sacerdotal; y cuanto mayor es tanto ha de ser más temida. «Grande es la dignidad de los sacerdotes, escribe San Jerónimo, pero grande es también su ruina si llegaren a pecar. Alegrémonos de la altura, pero temamos la caída» (*In Ez.*, l. 3, c. 24). Lloro San Gregorio, diciendo: «Los elegidos, purificados por las manos de los sacerdotes, entran en la patria celestial, y los mismos sacerdotes se precipitan en los suplicios eternos» (*In Evang.*, hom. 17), que es lo que acontece con el agua bautismal, prosigue el santo, la cual lava a los bautizados de sus pecados, los manda al cielo y ella baja al sumidero» (l. c.).

CAPITULO II

DEL FIN DEL SACERDOCIO

I. Los santos huían del sacerdocio

San Cirilo de Alejandría decía que cuantos se hallan informados del verdadero espíritu de Dios se sienten presa de temor al decidirse a subir al sacerdocio, como el otro que tiembla ante la enorme carga que se le va a poner sobre los hombros, por temor de sucumbir a su peso (*De fest. pasch., ad cler. rom.,* hom. 1). San Epifanio nos cuenta que no encontraba a nadie que quisiera ordenarse de sacerdote (*Ep. ad Io. Hieros*). Un concilio cartaginense decretó que cuantos fueran juzgados dignos del sacerdocio y lo rehusaran, podrían ser hasta forzados a ordenarse. «Nadie, dice San Gregorio, recibe el sacerdocio voluntariamente» («Nemo laeto animo creatur sacerdos»). El diácono Poncio escribió en la vida de San Cipriano que, al oír el santo que lo iban a ordenar de sacerdote, se escondió por humildad (*Vita C. Cypr.*). Cuéntase también en la vida de San Fulgencio que, en el mismo trance, huyó y se escondió (*Vita S. Fulg.,* c. 16). Se anticipó, mediante la huida, a los deseos de cuantos querían elegirlo y fue a ocultarse a un sitio desconocido para ellos. Cuenta Sozomeno que San Atanasio también huyó para no ser ordenado sacerdote. San Ambrosio, según propia confe-

sión, resistió cuanto pudo para que no lo ordenaran de sacerdote (Ep. 82). San Gregorio, a pesar de haber Dios manifestado milagrosamente que lo quería sacerdote, trató de disfrazarse de mercader para huir de la ordenación.

San Efrén se fingió loco, San Marcos se cortó el pulgar y San Ammonio se cortó las orejas y la nariz para no ser ordenados sacerdotes; y como el pueblo insistiera en que se ordenara a San Ammonio, no contento con haberse cortado las orejas y la nariz, amenazó con cortarse también la lengua; así que hubo que desistir y no molestarlo más. Todo el mundo sabe que San Francisco quiso permanecer diácono, sin pasar al sacerdocio, por haber visto en una revelación que el alma del sacerdote ha de ser pura como el agua que se le mostró en un vaso de cristal. El abad Teodoro era sólo diácono, y, con todo, no quería ejercer su ministerio, porque vio en la oración una columna de fuego y oyó una voz que le decía: Si tienes tan encendido el corazón como esta columna, ejercita tu Orden. El abad Matúes fué sacerdote, pero no quiso celebrar nunca, pues decía que le habían ordenado a la fuerza y que no podía celebrar, pues se reconocía indigno de ello.

Antiguamente, entre los monjes que vivían vida tan austera, había pocos sacerdotes y juzgaban soberbio a quien pretendiese la ordenación; de aquí que San Basilio, para probar la obediencia de cierto monje, le mandó que pidiera públicamente el sacerdocio, siendo estimado aquel acto como de suma obediencia, pues con ella se presentaba a sí mismo como gran orgulloso.

Y ¿cómo se explica, os preguntaré, que los santos, que no viven más que para Dios, tengan tanta repug-

nancia a recibir a las órdenes sagradas, por estimarse indignos, y haya tantos que corren ciegamente al sacerdocio y no cejan hasta que llegan a él, por buenas o por malas? ¡Desgraciados!, exclama San Bernardo, ya que ser inscrito en el libro de los sacerdotes equivale a ser inscrito en el libro de los condenados. ¿Por qué? Porque casi todos éstos no son llamados por Dios, sino por sus parientes, intereses o ambiciones; de modo que entran en la casa de Dios no con el fin que debe animar al sacerdote, sino con torcidos fines mundanales. De aquí que los pueblos quedan abandonados, la Iglesia deshonorada y se pierdan tantas almas, con quienes también se pierden tales sacerdotes.

II. Cuál es el fin del sacerdote

Dios quiere que todos se salven, pero no por las mismas vías. Al igual que en el cielo distinguió diversos grados de gloria, así en la tierra estableció diversos estados de vida, como otros tantos caminos para dirigirse al cielo. Entre éstos, el más noble y elevado y hasta el sumo es el estado sacerdotal, en atención a los altísimos fines para que fué constituido el sacerdocio. ¿Qué fines son éstos? ¿Solamente el de celebrar la misa y rezar el oficio, para al cabo de ello vivir vida aseglarada? No; la finalidad divina es establecer en la tierra personas públicas encargadas de cuanto concierne al honor de Su Divina Majestad y de la salvación de las almas: *Todo pontífice escogido de entre los hombres es constituido en pro de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados, capaz de*

ser indulgente con los ignorantes y extraviados (Hebr., 5, 1). *Para servirle (a Dios) y ser su pontífice* (Eccli. 45, 19). Es decir, como explica el cardenal Hugo, para desempeñar el oficio de alabar a Dios («Ad fungendum officio laudandi Deum»). Y Cornelio Alápide añade: Como el oficio de los ángeles es el de alabar continuamente a Dios en el cielo, así el de los sacerdotes es el alabarle continuamente en la tierra.

Jesucristo estableció a los sacerdotes como cooperadores suyos, para procurar el honor de su Eterno Padre y la salvación de las almas; que por esto al subir al cielo declaró que los dejaba en su lugar, para que continuasen la obra de la redención que El mismo empezara y acabara. Hizo de ellos los delegados de su amor, como se explica San Ambrosio (*Comment. in cap. ult. Lc.*). Y el mismo Jesucristo dijo a sus discípulos: *Como me ha enviado mi Padre, también yo os envío a vosotros* (Io. 20. 21), y os dejó por obra la que vine a hacer a la tierra, esto es, manifestar a los hombres el nombre de mi Padre. Y, en efecto, hablando con su Eterno Padre, había dicho: *Yo te glorifiqué sobre la tierra, consumando la obra que tú me has encomendado hacer... Manifesté tu nombre a los hombres* (Io. 17, 4. 6). Y luego le rogó por los sacerdotes: *Yo los he comunicado tu palabra... Conságralos en la verdad... Como tú me enviaste al mundo, yo también los envíe al mundo* (Io. 17, 14. 17, 18). De donde se sigue que los sacerdotes se hallan en el mundo para dar a conocer a Dios, sus divinas perfecciones, su justicia, su misericordia, sus preceptos, y para hacer que se le respete, se le obedezca y se le ame como es debido; están destinados a buscar a las ovejas perdidas, dando para ello la vida.

si preciso fuera. Tal es el fin para el que Jesucristo vino al mundo y por el que instituyó a los sacerdotes: *Como tú me enviaste al mundo, yo también los envíe al mundo* (Io. 17, 18).

III. Principales deberes del sacerdote

Jesús no vino al mundo más que para encender el fuego del amor divino: *Fuego vine a echar sobre la tierra, ¿y qué quiero, si ya prendió?* (Lc. 12, 49). Esto es lo que ha de procurar el sacerdote durante toda su vida y con todas sus fuerzas: no ganar dinero ni granjearse honores ni bienes terrenales, sino ver que Dios es amado por todos. Somos llamados por Jesucristo, dice el autor de la *Obra imperfecta*, no para buscar nuestros propios intereses, sino para procurar la gloria de Dios.. El amor verdadero no busca su propia ventaja, sino que se afana por llevar a cabo cuanto desea el amado (*Hom. 34 in Mt.*). El Señor decía en el Levítico a los sacerdotes: *Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos* (Lev. 20, 26). Nótese que el *para que seáis míos* quiere decir para que os dediquéis a mis alabanzas, a mi servicio y a mi amor; y como dice San Pedro Damiano, para que seáis los cooperadores y dispensadores de mis sacramentos (*Opusc. 27, c. 3*). Para que seáis, dice San Ambrosio, mis guías y los pastores del rebaño de Jesucristo (*De dignit. sac.*, c. 2); y añade el santo doctor que «el ministro de los altares no es ya suyo, sino de Dios» (*In Ps. 118*). El Señor separa a los sacerdotes del resto de los demás hombres, para unirlos completamente así (Num. 16, 9).

Quien me sirve, sígame (Io. 12, 26) *Sígame*, es de-

cir, huyendo del mundo, ayudando a las almas, haciendo que Dios sea amado y combatiendo el pecado. Sobre *mí cayeron los denuestos de aquellos que te ultrajan* (Ps. 68, 10). El sacerdote que es verdadero seguidor de Jesucristo toma las injurias hechas a Dios como hechas a sí mismo. Los seglares, aplicados a los negocios mundanos, no pueden rendir a Dios la debida veneración y agradecimiento, por lo que decía un sabio autor que «fué necesario escoger de entre la muchedumbre algunos hombres que estuviesen obligados a tributar al Señor los honores que se le deben» (*De ord.*, t. 12, tr. 3, dist. 1, a. 1, q. 1).

En las cortes de los monarcas hay ministros encargados de hacer observar las leyes, alejar los escándalos, reprimir las sediciones y defender el honor regio. Para todos estos fines constituyó el Señor a los sacerdotes, que son oficiales de su corte. *Acreditémonos en todo*, decía San Pablo, *como ministro de Dios* (2 Cor. 6, 4). Los ministros siempre están prestos a procurarnos a su soberano el respeto que le es debido, siempre hablan de él elogiosamente, y si oyen algo contra el monarca lo reprenden celosamente, se esfuerzan por prevenir sus gustos y exponen hasta la vida por complacerlo. ¿Obran así los sacerdotes con Dios? Ciertó que son ministros suyos y por sus manos pasan y se tratan todos los negocios de la gloria de Dios. Por medio suyo se quitan los pecados del mundo, por lo que quiso morir Jesucristo: *Nuestro hombre viejo fué con El crucificado para que sea eliminado el cuerpo del pecado* (Rom. 6, 6). Pero en el día del juicio ¿cómo van a ser reconocidos como verdaderos ministros de Jesucristo los sacerdotes que, en lugar de impedir los pecados ajenos, fueron los

primeros en conjurar contra Jesucristo? ¿Qué se diría de un ministro que rehusara velar por los intereses de su rey y se alejase cuando le pide su asistencia? Y ¿qué se diría si, además de esto, hablara contra su soberano y llegara a tramar su destronamiento, coligándose con sus enemigos?

Los sacerdotes son embajadores de Dios: *En nombre, pues, de Cristo, somos embajadores* (2 Cor. 5, 20). *Son los coadjutores de Dios para procurar la salvación de las almas: Pues de Dios somos colaboradores* (1 Cor. 3, 9). Jesucristo les infundió el Espíritu Santo para que salvaran las almas, perdonándoles sus pecados: *Esto dicho, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, perdonados les son; y a quien los retuviereis, retenidos quedan* (Io. 20, 22, 23). De esto infiere el teólogo Habert que el espíritu sacerdotal consiste esencialmente en un celo ardoroso por la gloria de Dios y la salvación de las almas (*De ord.*, p. 3.^a, c. 5, q. 3).

Por tanto, el sacerdote no ha de ocuparse de las cosas terrenas, sino de las divinas: *Constituído en pro de los hombres cuanto a las cosas que miran a Dios* (Hebr. 5, 1). Por esto quiso San Silvestre que los días de la semana los llamaran *ferias* los clérigos, que vale tanto como *vacaciones* (*Brev. 31 dec., lec. brev.*); con ello nos da a entender que nosotros, los sacerdotes, no hemos de mirar más que a Dios y a ganarle almas, oficio que llamaba divinísimo San Dionisio Areopagita (*De cael, hierarch.*, c. 3). Dice San Antonino que *sacerdote* equivale a *sacra docens* (*Summ.*, p. 3, tr. 14, c. 7, § 1.), y Honorio de Autún añade que *presbyter* equivale a *praebens iter*, el que enseña el camino (*Gemma an.*, l. 1, c. 181). Tam-

bién San Ambrosio llama a los sacerdotes guías y pastores de la grey de Jesucristo (*De Dignit. sacerdot.*, c. 2). San Pedro llama a los eclesiásticos *real sacerdocio, nación santa, pueblo de su patrimonio* (1 Petr. 2, 9); pueblo destinado a conquistar, pero ¿qué cosas?; «no riquezas, sino almas», responde San Ambrosio (*Serm. 78 in c. 1 Is.*). Los propios paganos querían que los sacerdotes no se ocuparán más que del culto de los dioses, por lo que les prohibían el ejercicio de la magistratura.

Este pensamiento hacía gemir a San Gregorio, que hablando de los sacerdotes exclamaba: «Dejemos las cosas terrenas para aplicarnos solamente a las cosas de Dios, pues hacemos todo lo contrario: dejar las cosas de Dios para vacar a los negocios terrenos» (*In Evang.*, hom. 17). Moisés, a quien Dios había encargado ocuparse solamente de las cosas divinas, se ocupaba en arreglar litigios, por lo que Jetro se lo echó en cara con estas palabras: *Sé tú ante Dios el representante del pueblo y lleva sus asuntos a El* (Ex. 18, 19). Y ¿qué diría Jetro si viera cómo nuestros sacerdotes atienden más negocios terrenos, hechos siervos de los seculares, metidos a casamenteros, con detrimento de las obras de Dios? ¿Qué diría si los viera atender, como dice San Próspero, más a ser ricos que buenos, más a adquirir honores que santidad? (l. 1 *De vita cont.*, c. 21) ¡Oh abusión tan grande, exclamaba el Beato P. Avila, de evangelizar y sacrificar por comer y ordenar el cielo para la tierra y el pan del alma para el del vientre! ¡Qué miseria, añadía San Gregorio, ver a tantos sacerdotes que procuran adquirir no los méritos de una vida virtuosa, sino las ventajas de la vida presente! (Mor., l. 2, c. 27). Por eso hasta en las funciones de su ministerio

no atienden a la gloria de Dios, sino a los honorarios que de ello han de reportar, termina San Isidro de Pelusio (Ep. 447, l. 1).

(A este capítulo se pueden añadir muchas de las reflexiones del siguiente, en que se habla de la santidad del sacerdote.)

CAPITULO III

DE LA SANTIDAD QUE HA DE TENER EL SACERDOTE

I. Cuál debe ser la santidad del sacerdote por razón de su dignidad

Grande es la dignidad de los sacerdotes, pero no menor la obligación que sobre ellos pesa. Los sacerdotes suben a gran altura, pero se impone que a ella vayan y en ella estén sostenidos por extraordinaria virtud; de otro modo, en lugar de recompensa se les reservará gran castigo, como opina San Lorenzo Justiniano (*De inst. praec.*, c. 2). San Pedro Crisólogo dice a su vez que el sacerdocio es un honor y es también una carga que lleva consigo gran cuenta y responsabilidad, sino por las obras que convienen a su dignidad (*Ad Soph.*, 3).

Todo cristiano ha de ser perfecto y santo, porque todo cristiano hace profesión de servir a un Dios santo. Según San León, cristiano es el que se despoja de la semejanza del hombre terreno y se reviste de la forma celestial (*De Pas.*, serm. 14). Por esto dijo Jesucristo: *Seréis, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5, 48). Pero la

santidad del sacerdote ha de ser distinta de la del resto de los seglares, observa San Ambrosio (Ep. 6 ad Iren), y añade que así como la gracia otorgada a los sacerdotes es superior, así la vida del sacerdote tiene que sobrepujar en santidad a la de los seglares (Ep. 82); y San Isidoro de Pelusio afirma que entre la santidad del sacerdote y la del seglar ha de haber tanta distancia como del cielo a la tierra (Ep., l. 2, ep. 205).

Santo Tomás enseña que todos estamos obligados a observar cuantos deberes van anejos al estado elegido. Por otra parte, el clérigo, dice San Agustín, en el mismo instante en que recibe el estado de clérigo está obligado a aspirar a la santidad (*Serm.* 355, E. B.). Y Casiodoro escribe: «El eclesiástico está obligado a vivir una vida celestial». «El sacerdote está obligado a mayor perfección que el que no lo es», como asegura Tomás de Kempis (*Imit. Chr.*, l. 4, c. 5), pues su estado es más sublime que todos los demás. Y añade Salviano que Dios aconseja la perfección a los seglares, al paso que la impone a los clérigos (*De Eccles. Cathol.*, l. 2).

Los sacerdotes de la antigua Ley llevaban escritas estas palabras en la tiara que coronaba su frente: *Santidad para Yahveh* (Ex. 39, 29), para que recordaran la santidad que debían confesar. Las víctimas que ofrecían los sacerdotes habían de consumirse completamente. ¿Por qué?, pregunta Teodoreto, y responde: «Para inculcar a aquellos sacerdotes la integridad de la vida que han de tener los que se han consagrado completamente a Dios» (*In Lev.*, q. 3). Decía San Ambrosio que el sacerdote, para ofrecer dignamente el sacrificio, primero se ha de sacrificar a sí propio, ofreciéndose enteramente a Dios (*De*

Abel, c. 6, l. 3). Y Esiquio escribe que el sacerdote debe ser un contiúo holocausto de perfección, desde la juventud a la muerte (*In Lev.*, l. 2, c. 1). Por eso decía Dios a los sacerdotes de la antigua Ley: *Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos* (Lev. 20, 26). Con mayoría de razón, en la Ley nueva quiere el Señor que los sacerdotes dejen a un lado los negocios seculares y se dediquen tan sólo a complacer al Dios a quien se han dedicado: *Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército* (2 Tim. 2, 4). Y es precisamente la promesa que la iglesia exige de los que ponen el pie en el santuario por medio de la tonsura: hacerles declarar que en adelante no tendrán más heredad que a Dios: *El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa. Tú mi suerte tienes* (Ps. 15, 5). Escribe San Jerónimo que «hasta el mismo traje talar y el propio estado claman y piden la santidad de la vida» (Ep. 58). De aquí que el sacerdote no sólo ha de estar alejado de todo vicio, sino que se debe esforzar continuamente por llegar a la perfección, que es aquella a que sólo pueden llegar los viadores (Ep. 254 ad abb. Guarín).

Deplora San Bernardo el ver tantos como corren a las órdenes sagradas sin considerar la santidad que se requiere en quienes quieren subir a tales alturas (*De conv. ad cler.*, c. 20). Y San Ambrosio escribe: «Búsquese quien pueda decir: El Señor es mi herencia, y no los deseos carnales, las riquezas, la vanidad» (*In Ps.* 118, s. 8). El apóstol San Juan dice: *Hizo de nosotros un reino, sacerdotes para el Dios y Padre suyo* (Apoc. 1, 6). Los intérpretes (Menoquio, Gagne y Tirino) explican la palabra *reino* diciendo que los sacerdotes son el reino de Dios, porque en ellos rei-

na Dios en esta vida con la gracia y en la otra con la gloria; o también porque son reyes para reinar sobre los vicios. Dice San Gregorio que «el sacerdote ha de estar muerto al mundo y a todas las pasiones para vivir una vida por completo divina» (*Past.*, p. 1.^a, c. 10). El sacerdocio actual es el mismo que recibió Jesucristo de su Padre (Io. 17, 22); por lo tanto, exclama San Juan de Crisóstomo: «Si el sacerdote representa a Jesucristo, ha de ser lo suficientemente puro que merezca estar en medio de los ángeles» (*De Sac.*, 1, 3).

San Pablo exige del sacerdote tal perfección que esté al abrigo de todo reproche: *Es, pues, necesario que el obispo sea irrepreensible* (1 Tim. 3, 2). Aquí, por obispo pasa el santo a hablar de los diáconos: *Que los diáconos, asimismo, sean respetables* (Ib. 8), sin nombrar a los sacerdotes; de donde se deduce que el Apóstol tenía la idea de comprender al sacerdote bajo el nombre de obispo, como lo entienden precisamente San Agustín y San Juan Crisóstomo, quien opina que lo que aquí se dice de los obispos se aplica también a los sacerdotes (*In 1 Tim.*, hom. 2). La palabra *irreprehensibilem*, todos con San Jerónimo están de acuerdo en que significa poseedor de todas las virtudes (*Ep. ad Oceanum*).

Durante once siglos estuvo excluido del estado de clérigo todo el que hubiera cometido un solo pecado mortal después del bautismo, como lo recuerdan los concilios de Nicea (Can. 9, 10), de Toledo (1, can. 2.), de Elvira (Can. 76.) y de Cártago (Can. 68). Y si un clérigo después de las órdenes sagradas caía en pecado, era depuesto para siempre y encerrado en un monasterio, como se lee en muchas cánones (*Cor. Iur. Can.*, dist. 81.); y he aquí la razón aducida:

porque la santa Iglesia quiere en todas las cosas lo irrepreensible. Quienes no son santos no deben tratar las cosas santas (dist. 81, 4-6). Y en el concilio de Cartago se lee: «Los clérigos, que tienen por heredad al Señor, han de vivir apartados de la compañía del siglo». Y el concilio Tridentino va aún más lejos cuando dice que «los clérigos han de vivir de tal modo que su hábito, maneras, conversaciones, etc., todo sea grave y lleno de unción (*sess. 22, c. 1 de Ref.*). Decía el Crisóstomo que «el sacerdote ha de ser tan perfecto que todos lo puedan contemplar como modelo de santidad, porque para esto puso Dios en la tierra a los sacerdotes, para vivir como ángeles y ser luz y maestros de virtud para todos los demás» (*In 1 Tim.*, hom. 10). El nombre de clérigo, según enseña San Jerónimo, significa que tiene a Dios por su porción; lo que le hace decir que el clérigo se penetre de la significación de su nombre y adapte a él su conducta (*Ep. ad Nepot.*), y si Dios es su porción, viva tan sólo para Dios (*De Esau*, c. 2).

El sacerdote es ministro de Dios, encargado de desempeñar dos funciones en extremo nobles y elevadas, a saber: honrarlo con sacrificios y santificar las almas: *Todo pontífice escogido de entre los hombres es constituido en pro de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr. 5, 1). Santo Tomás escribe acerca de este texto: «Todo sacerdote es elegido por Dios y colocado en la tierra para atender no a la ganancia de riquezas, ni de estima, ni de diversiones, ni de mejoras domésticas, sino a los intereses de la gloria de Dios» (*In Hebr.*, 5, lect. I). Por eso las Escrituras llaman al sacerdote *hombre de Dios* (*1 Tim 6, 11*), hombre que no es del mundo, ni de sus fami-

liares, ni siquiera de sí propio, sino tan sólo de Dios, y que no busca más que a Dios. A los sacerdotes se aplican, por lo tanto, las palabras de David: *Tal de los que le buscan es la estirpe* (Ps. 25, 6); ésta es la estirpe de los que busca a Dios solamente. Así como en el cielo destinó Dios ciertos ángeles que asistiesen a su trono, así en la tierra, entre los demás hombres, destinó a los sacerdotes para procurar su gloria. Por esto les dice en el Levítico: *Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos* (Lev. 20, 26). San Juan Crisóstomo dice: «Dios nos eligió para que seamos en la tierra como ángeles entre los hombres» (*In I Tim.*, hom. 10). Y el mismo Dios dice: *En los allegados a mí mostraré que soy santo* (Lev. 10, 3); es decir, como añade el intérprete; «Mi santidad será conocida por la santidad de mis ministros».

II. Cuál debe ser la santidad del sacerdote como ministro del altar

Dice Santo Tomás que de los sacerdotes se exige mayor santidad que de los simples religiosos por razón de las sublimes funciones que ejercen, especialmente en la celebración del sacrificio de la misa: «Porque, al recibir las órdenes sagradas, el hombre se eleva al ministerio elevadísimo en que ha de servir a Cristo en el sacramento del altar, cosa que requiere mayor santidad que la del religioso que no está elevado a la dignidad del sacerdocio. Por lo que, añade, en igualdad de circunstancias el sacerdote peca más gravemente que el religioso que no lo es» (2-2, q. 184, a. 8). Célebre es la sentencia de San Agustín: «No por ser buen monje es uno buen clérigo» (Ep.

60, E. B.); de lo que se sigue que ningún clérigo puede ser tenido por bueno si no sobrepuja en virtud al monje bueno.

Escribe San Ambrosio que «el verdadero ministro del altar ha nacido para Dios y no para sí» (*In Ps. 118*, serm. 3); es decir, que el sacerdote ha de olvidarse de sus comodidades, ventajas y pasatiempos, para pensar en el día en que recibió el sacerdocio, recordando que desde entonces ya no es suyo, sino de Dios, por lo que no debe ocuparse más que en los intereses de Dios. El Señor tiene sumo empeño en que los sacerdotes sean santos y puros, para que puedan presentarse ante El libres de toda mancha cuando se le acerquen a ofrecerle sacrificios: *Se sentará para fundir y purificar la plata y purificará a los hijos de Leví, los acrisolará como el oro y la plata y luego podrán ofrecer a Yahveh oblaciones con justicia* (Mal. 3, 3). Y en el Levítico se lee: *Permanecerán santos para su Dios y no profanarán el nombre de su divinidad, pues son ellos quienes han de ofrecer los sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos* (Lev. 21, 6). De donde se sigue que si los sacerdotes de la antigua ley sólo porque ofrecían a Dios el incienso y los panes de la proposición, simple figura del Santísimo Sacramento del altar, habían de ser santos, icon cuánta mayor razón habrán de ser puros y santos los sacerdotes de la nueva, que ofrecen a Dios el Cordero inmaculado, su mismísimo Hijo! «Nosotros no ofrecemos, dice Escío, corderos e incienso, como los sacerdotes de la antigua Ley, sino el mismo Cuerpo del Señor, que pendió en el ara de la cruz, y por eso se nos pide la santidad, que consiste en la pureza del corazón, sin la cual se acercaría uno inmundo» (*In Lev.*, 21, 6) al

altar. Por eso decía Belarmino: «¡Desgraciados de nosotros, que, llamados a tan altísimo ministerio, distamos tanto del fervor que exigía el Señor de los sacerdotes de la antigua Ley!» (*In Ps. 131, 7*).

Hasta quienes habían de llevar los vasos sagrados quería el Señor que estuviesen libres de toda mancha (*Is. 52, 11*), pues «¡cuánto más puros han de ser los sacerdotes que lleven en sus manos y en el pecho a Jesucristo!», dice Pedro de Blois (*Ep. 123 ad Rich*) Ya San Agustín había dicho: «No debe ser puro tan sólo quien ha de tocar los vasos de oro, sino también aquellos en quienes se renueva la muerte del Señor. La Santísima Virgen María hubo de ser santa y pura de toda mancha porque hubo de llevar en su seno al Verbo encarnado y tratarlo como Madre; y según esto, exclama San Juan Crisóstomo, «¿no se impone que brille con santidad más fulgida que el sol la mano del sacerdote, que toca la carne de un Dios, la boca que respira fuego celestial y la lengua que se enrojece con la sangre de Jesucristo?» (*Hom. 6 ad Pop. Ant. «LX»*) El sacerdote hace en el altar las veces de Jesucristo, por lo que, como dice San Lorenzo Justiniano, «debe acercarse a celebrar como el mismo Jesucristo, imitando en cuanto sea posible su santidad (*Serm. de Euchar.*). ¡Qué perfección requiere en la religiosa su confesor para permitirle comulgar diariamente!, y ¿por qué no buscará en sí mismo tal perfección el sacerdote, que comulga también a diario?

«Hay que confesar, dice el concilio de Trento, que el hombre no puede hacer obra más santa que celebrar una misa (*sess. 22, decr. de Observ.*); de lo cual deduce que el sacerdote ha de poner sumo cuidado en celebrar el santo sacrificio del altar con la mayor

pureza de conciencia posible (ib., ib.). «¡Qué horror causa, exclama San Agustín, oír que la voz que llama al Hijo de Dios sobre la tierra habla luego contra Dios y ver que las manos que se bañan en la sangre de Jesucristo se manchan con las torpezas del pecado!» (Molina, Instr. Sac., tr. 1, c. 5, § 2).

Si Dios exigía tanta pureza de quienes habían de ofrecerle las víctimas de los animales o los panes del sacrificio y se prohibía que se los ofreciesen quienes estuvieran manchados (Lev. 21, 17), «¡cuánto mayor habrá de ser la pureza, continúa San Roberto Belarmino, de quien ha de ofrecer a Dios a su mismo Hijo, el Cordero divino!» (*In Ps. 131, 7*). Por la palabra *mancha* dice Santo Tomás que hay que entender todo vicio (*Suppl.*, q. 36, a. 1).

La Ley antigua excluía del sacrificio a los ciegos, a los cojos y a los gafos: *En verdad, ningún hombre que tenga defecto se acercará, como ciego, cojo... o sarnoso* (Lev. 21, 18. 20). Los Santos Padres dan un sentido espiritual a tales defectos y dicen que es indigno de sacrificar quien está ciego, es decir, quien cierra los ojos a la luz divina; que es indigno de celebrar el cojo, es decir, el sacerdote perezoso, que no adelanta nada por los caminos de Dios y vive siempre con los mismos defectos, sin oración y sin recogimiento; que es indigno el jorobado, quien con su defecto, está siempre inclinado sobre la tierra, sobre las riquezas, sobre los honores vanos, sobre los placeres sensuales; indigno también el gafo, esto es, el voluptuoso, que, como dice el Sabio, se revuelca en los placeres sensuales: *Puerca lavada, al revolcadero del cieno* (2 Pet. 2, 22). En una palabra, es indigno de acercarse al altar el que no es santo, porque con su impureza mancha el santuario de Dios; «No en-

trará hasta el velo ni se acercará al altar, porque tiene defecto y no ha de profanar mi santuario» (Lev. 21, 23).

III. Cuál debe ser la santidad del sacerdote como mediador entre Dios y los hombres

Debe además el sacerdote ser santo en su calidad de dispensador de los sacramentos: *Es menester... que sea inculpable como administrador de la casa de Dios* (Tit. 1, 7). «El sacerdote, dice San Juan Crisóstomo, está colocado entre Dios y la naturaleza humana, atrayéndonos del cielo los beneficios y llevando allí nuestras oraciones, reconciliándonos con el Señor y arrancándonos de sus manos» (*De verbis Is.*, hom. 5).

Por medio de los sacerdotes comunica Dios sus gracias a los fieles en los sacramentos. Por ello los hace hijos suyos en el bautismo y los salva: *Si uno no fuere engendrado de nuevo, no puede ver el reino de Dios* (Io, 3. 3). Por ellos cura a los enfermos y hasta resucita a los muertos a la vida de la gracia, es decir, a los pecadores, mediante el sacramento de la penitencia. Por ellos alimenta a las almas y les conserva la vida de la gracia, mediante el sacramento de la Eucaristía: *Si no comiereis la carne del Hijo de hombre y bebieres su sangre, no tenéis vida en vosotros* (Io. 6, 54). Por ellos da a los moribundos la fuerza para vencer las tentaciones del infierno mediante el sacramento de la extremaunción.

En suma, dice el Crisóstomo, sin los sacerdotes no nos podremos salvar (*De sacerdot.*, 1, 3). San Próspero llama a los sacerdotes *intérpretes de la divina volun-*

tad (De vita cont., l. 2, c. 3); San Juan Crisóstomo, muros de la Iglesia (Hom. 10); San Ambrosio, ejército de santidad (De offic., l. 1, c. 50); San Gregorio Nacianceno, fundamentos del mundo y columnas de la fe (Carm. ad Episc.). Por esto dice San Jerónimo que el sacerdote, con el vigor de su santidad, ha de llevar la carga de todos los pecados del mundo (*Hom. de Dedic. eccl.*). ¡Peso verdaderamente terrible! *El sacerdote celebrará por el pecado cometido rito expiatorio...; de esta suerte será perdonado el pecado que cometió* (Lev. 19, 22). Por esto, la Iglesia obliga a los sacerdotes a rezar diariamente el oficio y a celebrar la misa, al menos muchas veces al año. San Ambrosio añade que «los sacerdotes deben continuamente rogar, día y noche, por el pueblo (*In 1 Tit., c.*)».

También ha de ser santo el sacerdote para alcanzar las gracias para los demás. Escribe el Angélico: «Los mediadores entre Dios y el pueblo han de brillar a los ojos de Dios por su buena conciencia y a los ojos de los hombres por su buena fama» (*Suppl., q. 36, a. 1*). «De otro modo, dice San Gregorio, fuera gran temeridad presentarse por embajador de un príncipe pidiendo perdón por los criminales, siendo a la vez reo de semejantes delitos» (*Past., q. 1.^a, c. 2*). Quien quiera interceder por los demás necesita ser grato al príncipe, pues si le es odioso, lo que conseguirá será irritar más el enojo del príncipe. De aquí que San Agustín afirme que «el sacerdote, que ha de rogar por los demás, necesita tener tal mérito ante Dios que pueda alcanzar lo que ellos no pueden esperar por sus deméritos» (*In Ps. 36, serm. 2*). Esto es lo que declaró el papa Hormisdas cuando dijo que «el que ha de orar por el pueblo ha de ser más santo

que el pueblo» (dist. 61, can. *Non negamus...*).

San Bernardo se queja de que haya pocos sacerdotes tan santos que merezcan ser dignos mediadores (*In Evang.*, hom. 17); y San Agustín, hablando de los malos eclesiásticos, llega a decir que «el ladrido de los perros es más grato a Dios que la «oración de tales eclesiásticos» (cf. Corn. A Lapide, *In Lev.*, 1, 17). El P. Marchese cuenta en su *Diario de los Dominicos* que cierta sierva de Dios de su Orden, al rogar al Señor se aplacara del pueblo de los merecimientos de los sacerdotes, oyó que le respondía que éstos, con sus pecados, le irritaban más que aplacarlo.

IV. Cuál debe ser la santidad del sacerdote, dado al pueblo como modelo

Los sacerdotes han de ser santos, también porque Dios los ha puesto en la tierra como ejemplares de virtud. El autor de la *Obra imperfecta* los llama *doctores de la piedad* (hom. 10); San Jerónimo, *salvadores del mundo* (*In Abdiam*, 21); San Próspero, *puertas de la ciudad eterna* (*De vita cont.*, l. 2, c. 2), y San Pedro Crisólogo, *modelos de virtudes* (*Serm.* 26). Por eso escribe San Isidoro: «Quien está colocado a la cabeza de los pueblos para instruirlos y formarlos en la virtud ha de ser santo y sin reproche alguno» (*De offic. eccles.*, l. 2, c. 5). El papa Hormisdas escribió: «Los encargados de corregir a los demás han de ser ellos mismos irreprochables» (*Ep. ad Episc. Hispan.*). San Dionisio pronunció aquella célebre sentencia: que nadie debe osar constituirse guía de nadie si en la práctica de las virtudes no se ve muy semejante a Dios» (*De Eccles. hier.*, c. 3.). San Grego-

rio asegura que «los sermones de los sacerdotes de vida poco edificante producen desprecio más bien que frutos» (*In Ev.*, hom. 12). Santo Tomás añade que «ese desprecio se extiende a todas las funciones que desempeñan» (*Suppl.*, q. 36, a 1). Y San Gregorio Nacianceno termina diciendo que «antes que purificar a los demás hay que purificarse a sí mismo; que primero hay que acercarse a Dios y luego acercar a El a los demás; que háy que santificarse para poder luego santificar y que antes que iluminar hay que ser luz» (*Apologet.*, 1).

«Es necesario, dice San Gregorio, que la mano que ha de lavar las manchas de los demás esté libre de toda mancha» (*Past.*, 2, c. 2). Y en otro lugar dice que «la antorcha que no brilla no puede encender a los demás» (*In Ez.*, hom. 2). Y a este respecto añade San Bernardo que «el hablar de amor en quien no ama resulta lenguaje bárbaro y extraño» (*In Cant.*, serm. 79).

Los sacerdotes están colocados en el mundo como otros tantos espejos en que se deban mirar los seglares: *Fuimos puestos como espectáculo al mundo, tanto a los ángeles como a los hombres* (1 Cor., 4, 9). Por esto dice el Tridentino hablando de los clérigos, que «han de ser como espejos en los que los seglares con sólo mirar tengan que imitar» (sess. 22, c. 1 de Ref.), suficiente su dignidad si falta la santidad de las costumbres (*De dignit. cler.*, c. 2).

V. Consencuencias prácticas

Considerando todo lo dicho hasta aquí, el Angélico escribe que «para ejercitar dignamente las funcio-

nes sacerdotales se necesita una perfección no común» (*Suppl.*, q. 35, a. 1 ad 3). Y en otro lugar añade: «Quienes se dedican a los misterios divinos deben ser perfectos en la virtud» (*In IV Sent.*, dist. 24, q. 3, a. 1); y aún dice más; que «la perfección interior es necesaria para ejercer dignamente tales funciones sacerdotales» (2-2, q. 184, a. 6). Los sacerdotes deben ser santos para que no deshonren a Dios, cuyos ministros son y a quien están encargados de honrar: *Permanecerán santos para su Dios y no profanarán el nombre de su divinidad* (Lev. 21, 6). Si se viera a un ministro del rey de jarana por las calles, visitando las tabernas, confraternizando con el populacho y hablando y obrando de modo poco honroso para el monarca, ¿qué concepto se formaría de éste? Los malos sacerdotes son la deshonra de Jesucristo, a pesar de ser sus ministros. Dice el autor de la *Obra imperfecta* que los paganos podrían decir, hablando de estos tales: ¿Cómo será el Dios de estos que así obran? ¿Podría soportarlos de no aprobar su modo de obrar? (hom. 10). Los chinos y los indios, si vieran las costumbres desarregladas del sacerdote de Cristo, podrían decir: ¿Cómo vamos a creer que sea Dios verdadero el que nos enseñan tales sacerdotes? Si lo fuera, ¿cómo, al ver tan mala vida, podría soportarlos, a menos de participar en sus vicios?

De aquí esta exhortación de San Pablo: *Acreditándonos en todo como ministros de Dios* (2 Cor., 6, 4). Démonos a conocer, decía hablando a los sacerdotes, sufriendo pacientemente la pobreza, las enfermedades, las persecuciones, velando celosamente en cuanto mira a la gloria de Dios, mortificando nuestros sentidos, conservando la pureza del cuerpo, entregándonos al estudio para ayudar a las almas, ejer-

citándonos en la mansedumbre y en la verdadera caridad con el prójimo, tristes, al parecer, por vivir alejados de los placeres del mundo, pero disfrutando siempre de la paz que disfrutaban los hijos de Dios, pobres de bienes terrenos, pero ricos en Dios, ya que poseer a Dios es poseerlo todo.

Así deben ser los sacerdotes. Deben ser santos, porque son ministros de un Dios santo (Lev. 11, 44). Deben estar prestos a dar la vida por las almas, porque son ministros de Jesucristo, que vino a morir por nosotros, sus ovejas, como El mismo declaró: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas* (Io., 10, 11). Deben, en fin, trabajar con todas sus fuerzas por encender en todos los hombres el fuego del amor de Dios, pues son ministros del Verbo encarnado, que para esto vino al mundo, como atestiguó: *Fuego vine a echar sobre la tierra, ¿y qué quiero, si ya prendió?* (Lc., 12, 49).

Lo que David pedía continuamente al Señor para bien de todo el mundo era que los sacerdotes vistieran de justicia (Ps. 131, 9). La justicia abarca todas las virtudes, por lo que el sacerdote debe revestirse de fe, viviendo no de las máximas mundanas, sino de la fe. Máximas mundanas son: Lo que importa es adquirir trajes y dinero, conquistarse la estima de los hombres y gozar de todos los placeres que se puedan procurar. Máximas de la fe son: Dichosos, los pobres, los despreciados, los abnegados, los sufridos, los que se revisten de confianza, esperándolo todo del Creador y no de las criaturas; los que se revisten de humildad, juzgándose dignos de todo desprecio y de todo sufrimiento; los que se revisten de mansedumbre, siendo mansos con todos, y en especial con los airados y rudos; revestirse de caridad para con

Dios y con los hombres; para con Dios, viviendo el sacerdote unido con El y procurando por medio de la oración que su corazón sea el altar en que continuamente se halle encendido el fuego del amor divino; y para con el prójimo, practicando lo que dice el Apóstol; *Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia* (Col. 3, 12), esforzándose por ayudar a todos, tanto en las necesidades espirituales como en las temporales, en cuanto estuviere en las manos de uno; digo a todos, hasta a los ingratos y perseguidores.

Decía San Agustín: «Nada más dichoso aquí abajo ni nada más agradable a los hombres que el oficio de sacerdote, pero nada más trabajoso ni peligroso ante Dios (*Ep. 21, E. B.*). Gran felicidad y honor para el hombre es el sacerdocio, el poder hacer bajar del cielo a las propias manos al Verbo encarnado y librar a las almas del pecado y del infierno, el ser vicario de Jesucristo, luz del mundo y mediador entre Dios y los hombres; ser mayor y más noble que todos los reyes de la tierra, tener mayor poder que los ángeles; ser, en una palabra, un dios terreno, como San Clemente llama al sacerdote; *nada más dichoso*. Pero, por otra parte, *nada más trabajoso ni peligroso*; porque si a sus manos baja Jesucristo para ser su alimento, tiene el sacerdote que ser más puro que el agua, como se le dió a entender a San Francisco. Si es mediador de los hombres ante Dios, es preciso que no comparezca ante Dios reo de ningún pecado. Si es vicario del Redentor, tiene que asemejársele en la vida. Si es luz del mundo tiene que ser por completo luz de virtudes. En suma, si es sacerdote, tiene que ser santo. De otro modo, si no corresponde a los dones de Dios recibidos, tanto mayor, como dice

San Gregorio, será la cuenta que habrá de dar a Dios (*In Evang.*, hom. 9). Y San Bernardo escribe que el sacerdote desempeña un oficio celestial y es ángel del Señor, por lo que, añade, como tal ángel, será elegido para la gloria o reprobado para el infierno (*Declam.* n. 24). Por eso enseña San Ambrosio que «el sacerdote ha de estar libre aun de las faltas más ligeras» (*Ep.* 82).

De todo esto se sigue que, si el sacerdote no es santo, está en grave peligro de condenarse. Algunos sacerdotes, y mejor aún, la mayoría de los sacerdotes, ¿qué hacen para santificarse? Oficio, misa, y... nada más. Nada de oración, ni de mortificación, ni de recogimiento. Alguien dirá que le basta con salvarse. No, no basta, exclama San Agustín; «dices que basta y te condenarás» (*Serm.* 169, E. B.). Para que el sacerdote sea santo ha de vivir desprendido de todo; de las conversaciones mundanas, de los vanos honores, etc., y, en especial, del afecto inmoderado a los parientes. Cuando éstos, viéndole preocupado, no tanto del adelantamiento de la casa cuanto de las cosas de Dios, le pregunten: *¿Por qué lo hiciste así con nosotros?*, debe responderles como respondió el Niño Jesús cuando lo encontró su Madre en el templo: *Pues ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?* (Lc. 2, 49). Así ha de responder el sacerdote a sus parientes: *¿Sois vosotros quienes me hicisteis sacerdote? ¿No sabíais que el sacerdote ha de trabajar solamente para Dios? Solamente a El me quiero consagrar.*

CAPITULO IV

DE LA GRAVEDAD Y DEL CASTIGO DE LOS PECADOS DEL SACERDOTE

I. Gravedad de los pecados del sacerdote

Gravísimo es el pecado del sacerdote, porque peca en plena luz, ya que pecando sabe bien lo que hace. Por esto decía Santo Tomás que el pecado de los fieles es más grave que el de los infieles, «precisamente porque conocen la verdad» (2-2, q. 10. a. 3). El sacerdote está de tal modo instruído en la divina ley, que la enseña a los demás: *Pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca* (Mal. 2, 7). Por esta razón dice San Ambrosio que el pecado de quien conoce la ley es en extremo grande, pues no tiene la excusa de la ignorancia (*De dignit. sacr.*, c. 3). Los pobres seglares pecan, pero pecan en medio de las tinieblas del mundo, alejados de los sacramentos, poco instruídos en materia espiritual; sumergidos en los asuntos temporales y con el débil conocimiento de Dios, no se dan tanta cuenta de lo que hacen pecando, pues *flechan entre las sombras* (Ps. 10, 3), para hablar con el lenguaje de David. Los sacerdotes, por el contrario, están tan llenos de luces, que son antorchas, destinadas a iluminar a los pueblos: *Vosotros sois la luz del mundo* (Mt. 5, 14).

A la verdad, los sacerdotes han de estar muy instruídos al cabo de tanto libro leído, de tantas predicciones oídas, de tantas reflexiones meditadas, de tantas advertencias recibidas de sus superiores; en una palabra, que a los sacerdotes se les ha dado conocer a fondo los divinos misterios (Lc. 8, 10). De aquí que sepan perfectamente cuánto merece Dios ser amado y servido y conozcan la malicia del pecado mortal, enemigo tan opuesto a Dios, que, si fuera capaz de destrucción, un solo pecado mortal lo destruiría, según dice San Bernardo; «El pecado tiende a la destrucción de la bondad divina» (*In temp. pasch.*, s. 3); y en otro lugar; «El pecado aniquila a Dios en cuanto puede» (*ib.*). De modo que, como dice el autor de la *Obra imperfecta*, el pecado hace morir a Dios en cuanto depende de su voluntad (hom. 40). En efecto, añade el P. Medina, «el pecado mortal causa tanta deshonra y disgusto a Dios, que, si fuera susceptible de tristeza, lo haría morir de dolor» (*De satisf.*, q. 1). Harto conocido es esto del sacerdote y la obligación que sobre él pesa, como sacerdote, de servirle y amarla, después de tantos favores de Dios recibidos. Por esto, «cuanto mejor conoce la enormidad de la injuria, hecha a Dios por el pecado, tanto crece de punto la gravedad de su culpa», dice San Gregorio.

Todo pecado del sacerdote es pecado de malicia, como lo fué el pecado de los ángeles, que pecaron a plena luz. «Es el ángel del Señor, dice San Bernardo, hablando del sacerdote, y por eso el pecado del clero es pecado contra el cielo» (*Declam.*, n. 24). Peca en medio de la luz, por lo que su pecado, como se ha dicho, es pecado de malicia, ya que no puede alegar ignorancia, pues conoce el mal del pecado mortal, ni

puede alegar flaqueza, pues conoce los medios para fortalecerse, si quiere y si no lo quiere, suya es la culpa: *Cuerdo dejó de ser para obrar bien* (Ps. 35, 4). «Pecado de malicia, enseña Santo Tomás, es el que se comete a sabiendas (1-2, q. 78, a. 1); y en otro lugar afirma que «todo pecado de malicia es pecado contra el Espíritu Santo» (*De malo*, q. 3, a. 14). El pecado contra el Espíritu Santo, dice San Mateo, *no se (le) perdonará ni en este mundo ni en el venidero* (Mt. 12, 32); y quiere con ello significar que tal pecado será difícilmente perdonado, a causa de la ceguera que lleva consigo, por cometerse maliciosamente.

Nuestro Salvador rogó en la cruz por sus perseguidores diciendo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc. 23, 34); y esta oración no vale a favor de los sacerdotes malos, sino que, al contrario, los condena, pues los sacerdotes saben lo que hacen. Lamentábase Jeremías, exclamando: *¡Ay, cómo se ha oscurecido el oro, ha degenerado el oro mejor!* (Lam. 4, 1). Este oro degenerado, dice el cardenal Hugo, es precisamente el sacerdote pecador, que tendría que resplandecer de amor divino, y con el pecado se trueca en negro y horrible de ver, hecho objeto de honor hasta para el mismo infierno y más odioso a los ojos de Dios que el resto de los pecadores, San Juan Crisóstomo dice que «el Señor nunca es tan ofendido como cuando le ofenden quienes están revestidos de la dignidad sacerdotal» (*In Mt.*, hom. 41).

Lo que aumenta la malicia del pecado del sacerdote es la ingratitud con que paga a Dios después de haberlo exaltado tanto. Enseña Santo Tomás que el pecado crece de peso a proporción de la ingratitud

de quien lo comete. «Nosotros mismos, dice San Basilio, por ninguna ofensa nos sentimos tan heridos como por la que nos infieren nuestros amigos o allegados (*Glossa in I Pet.* 4). San Cirilo llama precisamente a los sacerdotes *familiares íntimos de Dios*. «¿Cómo pudiera Dios exaltar más al hombre que haciéndolo sacerdote?», pregunta San Efrén. ¿Qué mayor nobleza, qué mayor honor puede otorgarle que hacerlo vicario suyo, su coadjutor, santificador de las almas y dispensador de sus sacramentos? *Dispensadores de la casa real* llama San Próspero a los sacerdotes. El Señor eligió al sacerdote, entre tantos hombres, para que fuera su ministro y para que le ofreciese en sacrificio a su propio Hijo (*Eccli*, 45, 20). Le dió omnímodo poder sobre el cuerpo de Jesucristo; púsole en las manos las llaves del paraíso; lo enaltecíó sobre todos los reyes de la tierra y sobre todos los ángeles del cielo, y, en una palabra, lo hizo Dios de la tierra. Parece que Dios dice solamente al sacerdote: *¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera con ella?* (Is. 5, 4). Además, ¡qué horrible ingratitud cuando este sacerdote, tan amado de Dios, le ofende en su propia casa! *¿Qué significa mi amado en mi casa mientras comete maldades?* (Ier, 11, 15), pregunta el Señor por boca de Jeremías. Ante esta consideración, se lamenta San Gregorio, diciendo: «¡Ah, Señor!», que los primeros en perseguirnos son quienes ocupan el primer rango en vuestra Iglesia (*In convers. S. Pauli*. serm. 1).

Precisamente de los malos sacerdotes parece se queja el Señor cuando clama al cielo y a la tierra para que sean testigos de la ingratitud de sus hijos para con El: *Escuhad, cielos, y presta oído, tierra, pues es Yahveh quien habla; Hijos he criado y en-*

grandecido, pero se han rebelado contra mí (Is. 1, 2). ¿Quienes, en efecto, son estos hijos más que los sacerdotes que, habiendo sido sublimados por Dios a tal altura y alimentados en su mesa con su misma carne, se atrevieron luego a despreciar su amor y su gracia? También de esto se quejó el Señor por boca de David con estas palabras: *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría* (Ps. 54, 13). Si un enemigo mío, un idólatra, un hereje, un seglar, me ofendiera, todavía lo podría soportar; pero ¿cómo habré de poder sufrir el verme ultrajado por ti, sacerdote, amigo mío y mi comensal? *Mas fuiste tú el compañero mío, mi amigo y confidente; con quien en dulce amistad me unía* (Ps. 54, 14. 15). Lámentase de esto Jeremías, diciendo: *Quienes comían manjares delicados han perecido por las calles; los llevados envueltos en púrpura abrazaron las basuras* (1 Pet. 11, 9, y Ex. 19, 6). ¡Qué miseria y qué horror!, exclama el profeta; el que se alimentaba con alimentos celestiales y vestía de púrpura, se vió luego cubierto de un manto manchado por los pecados, alimentándose de basuras estercolares...

II. Castigos del pecado del sacerdote

Consideremos ahora el castigo reservado al sacerdote pecador, castigo que ha de ser proporcionado a la gravedad de su pecado. *Mandaré lo azoten en su presencia con golpes de número proporcionado a su culpabilidad* (Deut. 25, 2), dice el Señor en el Deuteronomio. San Juan Crisóstomo tiene ya por condenado al sacerdote que durante el sacerdocio comete un solo pecado mortal: «Si pecas siendo hombre

particular, tu castigo será menor; pero si pecas siendo sacerdote, estás perdido». Y a la verdad que son sobrado terribles las amenazas que el Señor profiere por boca de Jeremías contra los sacerdotes pecadores: *Porque incluso el profeta y el sacerdote se han hecho impíos; hasta en mi propia casa he descubierto su maldad, declara Yahveh. Por esto su camino será para ellos como resbaladero en tinieblas; serán empujados y caerán en él* (Ier. 23, 11-12). ¿Qué esperanza de vida daríais a quien caminase por el borde de un precipicio, sobre un terreno resbaladizo, sin luz para ver dónde pone el pie mientras, de vez en cuando, le dieran fuertes empujones para hacerlo despeñar? Tal es el desgraciado estado en que se halla el sacerdote que comete un pecado mortal.

Resbaladero en tinieblas: el sacerdote, al pecar, pierde la luz y queda ciego: *Mejor les fuera, dice San Pedro, no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberlo conocido, volverse atrás de la ley santa a ellos enseñada* (2 Petr. 2, 21). Más le valdría al sacerdote que peca ser un sencillo aldeano ignorante que no entendiese de letras. Porque después de tantos conocimientos adquiridos en libros, después de tantos sermones oídos, y de tantos directores, y de tantas luces recibidas de Dios, el desgraciado, al pecar y hollar bajo sus plantas todas las gracias de Dios recibidas, merece que la luz que le ilustró no sirva ya más que para cegar y perderlo en la propia ruina. Dice San Juan Crisóstomo que «a mayor conocimiento corresponde mayor castigo, y añade que por eso el sacerdote que comete las mismas faltas que sus ovejas no recibirá el mismo castigo, sino un castigo mucho más duro» (*Ad pop. Ant.*, hom. 77). El sacerdote cometerá el mismo pecado

que muchos seglares, pero su castigo será mucho mayor y quedará más obcecado que esos seglares, siendo castigado precisamente como lo anuncia el profeta: *Escuchad, pero sin comprender, y ved, mas sin entender* (Lc. 8, 10).

Esto es lo que nos enseña la experiencia, dice el autor de la *Obra imperfecta*: «El seglar, después del pecado, fácilmente se arrepiente». En efecto, si asiste a una misión, y oye algún sermón fuerte, o medita las verdades eternas acerca de la malicia del pecado, de la certidumbre de la muerte, del rigor del juicio divino o de las penas del infierno, entra fácilmente en sí mismo y vuelve a Dios, porque, como dice el Santo, «esas verdades le conmueven y le aterran como algo nuevo», al paso que al sacerdote que ha pisoteado la gracia de Dios y todas las gracias de El recibidas, ¿qué impresión le pueden causar las verdades eternas y las amenazas de las divinas Escrituras? Todo cuanto encierra la Escritura, continúa el mismo autor, todo para él está gastado y sin valor; por lo que concluye que no hay cosa más imposible que esperar la enmienda del que lo sabe todo y, a pesar de ello, peca (*Hom. 40 in c. 21 Mt.*).

«Muy grande es, dice San Jerónimo, la dignidad del sacerdote, pero muy grande es también su ruina si en semejante estado vuelve la espalda a Dios» (*L. 18, In c. 44 Ez*). «Cuanto mayor es la altura a que le sublimó Dios, dice San Bernardo, tanto mayor será el precipicio» (*Declam. n. 25*). «Quien se cae del mismo suelo, dice San Ambrosio, no se suele hacer mucho daño; pero quien cae de lo alto no se dice que cae, sino que se precipita, y por eso la caída es mortal» (*De dignit. sacerdot., c. 3*). Alegrémonos, dice San Jerónimo, nosotros los sacerdotes, al vernos en tal

altura, pero temamos por ello tanto más la caída» (*In Ez.*, 44). Diríase que Dios habla a los sacerdotes cuando dice por boca de Isaías: *Te había colocado en la santa montaña de Dios... y pecaste, y te he arrojado de la montaña de Dios y te he destruido* (Ez. 28, 14. 16). ¡Oh sacerdote!, dice el Señor, yo te había colocado en mi santo monte para que fueras luz del mundo: *Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad puesta sobre la cima de un monte* (Mt. 5, 14). Sobrada razón, por lo tanto, tenía San Lorenzo Justiniano para afirmar que «cuanto mayor es la gracia concedida por Dios a los sacerdotes, tanto más digno de castigo es su pecado, y que cuanto más alto es el estado a que se le ha sublimado, tanto será más mortal la caída». «El que se cae al río, tanto más profundo cae cuanto de más arriba fué la caída» (*De compunct.* p. 1.^a).

Sacerdote mío, mira que habiéndote Dios exaltado tan alto al estado sacerdotal te ha sublimado hasta el cielo, haciéndote hombre no ya terreno, sino celestial; si pecas, caes del cielo, por lo que has de pensar cuán funesta será tu caída, como te lo advierte San Pedro Crisólogo: «¿Qué cosa hay más alta que el cielo?; pues del cielo cae quien peca entre las cosas celestiales» (Serm. 26). «Tú caída, dice San Bernardo, será como la del rayo, que se precipita impetuoso» (*Declam.* n. 25); es decir, que tu perdición será irreparable (Ier. 23, 12). Así, desgraciado, se verificará contigo la amenaza con que el Señor conminó a Cafarnaüm: *Y tú, Cafarnaüm, ¿por ventura serás exaltada hasta el cielo? Hasta el infierno serás hundida* (Lc. 10, 15). Tan gran castigo merece el sacerdote pecador por la suma ingratitud con que trata a Dios.

«El sacerdote está obligado a ser tanto más agradecido cuanto mayores beneficios ha recibido», dice San Gregorio (*In Ev.*, hom. 9). «El ingrato merece que se le prive de todos los bienes recibidos», como observa un sabio autor. Y el propio Jesucristo dijo: *A todo el que tiene se le dará y andará sobrado; mas al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado* (Mt. 25, 29). Quien es agradecido con Dios, obtendrá aún más abundantes gracias; pero el sacerdote que después de tantas luces, tantas comuniones, vuelve la espalda, desprecia todos los favores recibidos de Dios y renuncia a su gracia, será en todo justicia privado de todo. El Señor es liberal con todos, pero no con los ingratos. «La ingratitud, dice San Bernardo, seca la fuente de la bondad divina» (*In Cant.*, 25, 29).

De aquí nace lo que dice San Jerónimo, que «no hay en el mundo bestia tan cruel como el mal sacerdote, porque no quiere dejarse corregir» (*Ep. ad Dam. de morte Hier.*). Y San Juan Crisóstomo, o sea el autor de la *Obra imperfecta*, añade: «Los seglares se corrigen fácilmente, en tanto que los sacerdotes, si son malos, son a la vez incorregibles» (hom. 43). A los sacerdotes que pecan se aplican de modo especial, según el parecer de San Pedro Damiano (*Ep. l. 4, c. 3*), estas palabras del Apóstol: *A los que una vez fueron iluminados y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y gustaron la hermosa palabra de Dios... y recayeron, es imposible renovarlos segunda vez, convirtiéndolos a penitencia cuando ello, cuanto es de su parte, crucifican de nuevo al Hijo de Dios* (Hebr. 6, 4-6). ¿Quién, en efecto, más iluminado que el sacerdote, ni paladeó, como él, los dones celestiales, ni participó tanto del Espíritu Santo? Dice Santo Tomás que los ángeles rebeldes quedaron obstinados

en su pecado en plena luz; y «así también, añade San Bernardo, será tratado por Dios el sacerdote, hecho como ángel del Señor y, como él, elegido o reprobado» (*Declar., in verba: Ecce nos, etc., 24*). Reveló el Señor a Santa Brígida que atendía a los paganos y a los judíos, pero que no encontraba nada peor que los sacerdotes, pues su pecado es como el que precipitó a Lucifer (*Rev., l. I, c. 47*). Nótese aquí las palabras de Inocencio III: «Muchas cosas que son veniales tratándose de seglares, son mortales entre eclesiásticos» (*In Const. Pont., serm. 1*). A los sacerdotes también se aplican estas otras palabras de San Pablo: *La tierra que bebe la lluvia que frecuentemente cae sobre ella, si produce plantas provechosas a aquellos por quienes es además labrada, participa de la bendición de parte de Dios; mas la que lleva espinas y abrojos es reprobada y cerca está de ser maldecida, cuyo paradero es ir a las llamas* (Hebr. 6, 7. 8). ¡Qué lluvia de gracias ha recibido continuamente el sacerdote de Dios!; y luego, en vez de frutos, produce abrojos y espinas... ¡Desgraciado! Está a punto de ser reprobado y de recibir la maldición final, para ir, después de tantas gracias recibidas de Dios, a arder en el fuego del infierno. Pero ¿y qué temor tendrá del fuego del infierno el sacerdote que tantas veces volvió las espaldas a Dios? Los sacerdotes pecadores pierden la luz, como hemos visto, y con ella pierden el temor de Dios, como el propio Señor lo da a entender: *Y si soy señor, ¿dónde el temor que me es debido?, dice Yahveh Sebaot a vosotros, sacerdotes, menospreciadores de mi nombre* (Mal. 1, 6). Dice San Bernardo que «los sacerdotes, como caen de la altura, quedan sumergidos en su malicia, pierden el recuerdo de Dios y se vuelven sordos a todas las

amenazas de la justicia divina, hasta el punto de que ni siquiera el peligro de su condenación llegue a conmoverlos» (*In Cant.*, serm. 77).

Pero ¿a qué extrañarse de ello? El sacerdote pecador cae al fondo del abismo, donde, privado de luz, llega a despreciarlo todo, aconteciéndole lo que dice el Sabio: *Cuando llega el mal, viene también el desprecio, y con la ignominia, el oprobio* (Prov. 18, 3). Este mal es el del sacerdote que peca por malicia, cae en el profundo de la miseria y queda ciego, por lo que desprecia los castigos, las admoniciones, la presencia de Jesucristo, que tiene junto a sí en el altar, y no se avergüenza de ser peor que el traidor Judas, como el Señor se lamentó con Santa Brígida: «Tales sacerdotes no son sacerdotes míos, sino verdaderos traidores» (*Rev.*, l. 1, c. 47). Sí, porque abusan de la celebración de la misa para ultrajar más cruelmente a Jesucristo con el sacrilegio.

Y ¿cuál será, finalmente, el término infeliz de tal sacerdote? Helo aquí: *En país de cosas justas cometerá iniquidad, y no verá la majestad de Yahveh* (Is. 26, 10). Su fin será, en una palabra, el abandono de Dios y luego el infierno.—Pero Padre, dirá alguien, este lenguaje es en extremo aterrador ¿Qué? ¿Nos quiere hacer desesperar? Responderé con San Agustín; «Si aterro, es que yo mismo estoy aterrado» (*Serm.* 40, E. B.). Pues qué, dirá el sacerdote que por desgracia hubiera ofendido a Dios en el sacerdocio, ¿ya no habrá para mí esperanza de perdón? No; lejos de mí a firmar esto; hay esperanza si hay arrepentimiento y se aborrece el mal cometido. Sea este sacerdote sumamente agradecido al Señor si aun se ve asistido de su gracia, y apresúrese a entregarse a El cuando le llama según aquello de San Agustín:

«Oigamos su voz cuando nos llama, no sea que no nos oiga cuanto esté presto a juzgarnos» (*Serm.* 29, E. B. app.).

III. Exhortación

Sacerdotes míos, estimemos en adelante nuestra nobleza y, por ser ministros de Dios, avergoncémonos de hacernos esclavos del pecado y del demonio. El sacerdote, dice San Pedro Damiano, «debe abundar en nobles sentimientos y avergonzarse, como ministro del Señor, de trocarse en esclavo del pecado» (*Opus.* 25, c. 2). No imitemos la locura de los mundanos, que no piensan más que en el presente: *Está reservado a los hombres morir una sola vez, y tras esto, el juicio* (Hebr. 9, 27). Todos hemos de comparecer en este juicio *para que reciba cada cual el pago de lo hecho viviendo en el cuerpo* (2 Cor. 5, 10). Entonces se nos dirá: *Ríndeme cuentas de tu administración* (Lc. 16, 2), es decir, de tu sacerdocio; cómo lo ejerciste y para qué fines te serviste de él. Sacerdote mío, ¿estarías contento si hubieras ahora de ser juzgado?, o ¿tendrías que decir: *Cuando inspeccione* (Dios), *¿qué le responderé?* (Iob. 31, 14). Cuando el Señor castiga a un pueblo, el castigo empieza por los sacerdotes, por ser ellos la primera causa de los pecados del pueblo, ya por su mal ejemplo, ya por la negligencia en cultivar la viña encomendada a sus desvelos. De aquí que entonces diga el Señor: *Tiempo es de que comience al juicio por la casa de Dios* (1 Petr. 4, 17). En la mortandad descrita por Ezequiel quiso el Señor que los primeros castigados fueran los sacerdotes: *Y comenzaréis por mi*

santuario (Ez. 9, 6); es decir, como explica Orígenes, por mis sacerdotes (*Tr. 7 in Mt.*). En otro lugar se lee: *Los poderosos, poderosamente serán enjuiciados* (Sap. 6, 7). *A todo aquel a quien mucho se dio, mucho se le exigirá* (Lc. 12, 48). El autor de la *Obra imperfecta* dice; «En el día del juicio se verá al seglar con la estola sacerdotal, y al sacerdote pecador, despojado de su dignidad, se le verá entre los fieles e hipócritas» (*Hom. 40 in Mt.*). *Escuchad esto, ¡oh sacerdotes!..., porque a vosotros afecta esta sentencia* (Os. 5, 1).

Y como el juicio de los sacerdotes será más riguroso, su condenación será también más terrible. *Con doble quebranto quebrántalos* (Ier. 17, 18). Un concilio de París, dice que «la dignidad del sacerdote es grande, pero grande también su ruina si llega a pecar» (*In Ez. 44*). Sí, dice San Juan Crisóstomo; «si el sacerdote comete los mismos pecados que sus feligreses, padecerá no el mismo castigo, sino castigo mucho mayor» (*Ad pop. Ant., hom. 77*). Se le reveló a Santa Brígida que los sacerdotes pecadores serán hundidos en el infierno más profundamente que todos los demonios en el infierno! *Todo el infierno se pondrá en movimiento* (*Rev., l. 4, c. 135*). *¡Cómo festejarán los demonios la entrada de un sacerdote, para salir a su encuentro* (Is. 14, 9). Todos los príncipes de aquella miserable región se alzarán para dar el primer lugar en los tormentos al sacerdote condenado; y continúa diciendo Isaías que en el *seol* se dirá: *También tú te has debilitado como nosotros; a nosotros te has hecho semejante* (ib. 11). ¡Oh sacerdote!, tiempo hubo en que ejerciste dominio sobre nosotros, cuando hiciste bajar tantas veces al Verbo encarnado sobre los altares y libraste tantas almas

del infierno; pero ahora te has hecho semejante a nosotros y estás atormentado como nosotros: *ha descendido al seol tu esplendor* (Is. 14, 11). La soberbia con que despreciaste a Dios y al prójimo es la que por fin te ha conducido aquí. *Bajo ti hace cama la gusanera, y gusanos son tu cobertor* (ib. 11). Pues bien, dado que eres rey, aquí tienes tu estrado regio y tu vestido de púrpura; mira el fuego y los gusanos que te devorarán continuamente cuerpo y alma. ¡Cómo se burlarán entonces los demonios de las misas, de los sacramentos y de las funciones sagradas del sacerdote condenado! *Miráronle sus adversarios y burláronse de su ruina* (Lam. 1, 7).

Mirad, sacerdotes míos, que los demonios se esfuerzan por tentar a un sacerdote más que a cien seculares, porque el sacerdote que se condena arrastra a muchos tras de sí. El Crisóstomo dice: «Quien consigue quitar de en medio al pastor, dispersa todo el rebaño (*Hom.*, l. 1, 1.^a ad Tim); y otro autor dice, con no menor razón, que en la guerra se atiende más a matar a los jefes que a los soldados (*Inter op. S. Cypr., De singul. cler.*); por eso añade San Jerónimo que el diablo no busca tanto la pérdida de los infieles y de los que están fuera del santuario, sino que se esfuerza por ejercer sus rapiñas en la Iglesia de Jesucristo, lo que constituye su manjar predilecto, como dice Habacuc (*Ep. ad Eustoch.*). No hay, pues, manjar más delicioso para el demonio que las almas de los eclesiásticos.

(Lo siguiente puede servir para excitar la compunción en el acto de contrición.)

Sacerdote mío, figúrate que el Señor te dice lo que al pueblo judío: «Dime qué mal te hice, o mejor, qué bien dejé de hacerte. Te saqué de en medio del mun-

do y te elegí entre tantos seglares para hacerte mi sacerdote, ministro mío y mi familiar; y tú, por míseros intereses, por viles placeres, me crucificaste de nuevo; yo, en el desierto de esta tierra, te alimenté cada mañana con el maná celestial, es decir, con mi carne y mi sangre divinas, y tú me abofeteaste con aquellas palabras y acciones inmodestas. Yo te elegí por viña que había de formar mis delicias, plantando en ti tantas luces y tantas gracias que me rindiesen frutos suaves y queridos y no coseché de ti más que frutos amargos. Yo te constituí rey y hasta más grande que los reyes de la tierra, y tú me coronaste con la corona de espinas de tus malos pensamientos consentidos. Yo te elevé a la dignidad de vicario mío y te di las llaves del cielo, constituyéndote así como rey de la tierra, y tú, despreciándolo todo, mis gracias y mi amistad, me crucificaste nuevamente», etc. (*Improp. ad ador. S. Cruc. in feria VI, H. M.*).

CAPITULO V

DEL DAÑO QUE CAUSA AL SACERDOTE LA TIBIEZA

I. Peligros a que se expone el sacerdote tibio

Mandó el Señor a San Juan que escribiese al Obispo de Efeso estas palabras: *Sé tus obras y tu trabajo, y tu paciencia* (Apoc. 2, 2). Sé el bien que hicistes, tus fatigas por mi gloria y tus sufrimientos en los trabajos del ministerio. Y continuó: *Pero yo tengo contra ti que dejaste tu primera caridad*: he de reprocharte el haberte resfriado en tu primitivo fervor.—

Pero ¿y qué mal tan grande es éste? Escuchad las palabras del Señor: *Recuerda, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete y haz las obras primeras: que si no vengo a ti presto y removeré tu candelabro* (Ib. 5). Recuerda la altura de que caíste y haz penitencia, procurando retornar al primitivo fervor, en que estás obligado a vivir, como ministro mío; si no lo hicieres, té reprobaré como indigno del ministerio que te he confiado.

Pero ¿encierra tanto mal la tibieza? Sí; es gran ruina, y lo peor de todo es que los tibios no lo reconocen, y por eso no lo temen, y en especial los sacerdotes, cuya mayoría da ciegamente contra este escollo de la tibieza, en el que muchos perecen. Escollo oculto, en lo que consiste el sumo peligro en que se hallan de perderse los tibios, porque la tibieza no deja ver el extraordinario daño que causa al alma. Muchos de ellos cierto que no quieren separarse del todo de Jesucristo; quieren servirlo, pero servirlo de lejos, como hizo San Pedro cuando el Redentor fué preso en el Huerto (Mt. 26, 58). Pero fácilmente quienes así obran incurrirán en la desgracia en que incurrió San Pedro, quien, apenas entrado en casa del Pontífice, renegó de Jesucristo tan sólo con el simple reproche de una criada.

Quién menosprecia lo poco se perderá (Eccli, 19, 1). Los sagrados intérpretes aplican precisamente el texto a los tibios, de quienes dicen que perderán la devoción y caerán luego, pasando de las faltas ligeras, de que no hicieron caso, a las mortales. Dice Eusebio de Emesa que «quien no teme ofender a Dios con pecados veniales, con dificultad se verá libre de los mortales (*Hom. init. quadrag.*). «Justamente permitirá el Señor, añade San Isidoro, que el

que no hace caso de las transgresiones menores caiga después en delitos mayores» (*Sent.*, l. 2, c. 19). Los desórdenes pequeños, cuando son raros, no suelen dañar gravemente a la salud; pero cuando muchos y repetidos, acaban por ocasionar enfermedades mortales. Escribe San Agustín: «Evitáis cuidadosamente las caídas graves y no os cuidáis de las leves; no habéis perdido la vida bajo la roca de un pecado mortal, pero cuidado de no ser aplastados por la arenilla de un pecado venial» (*In Ps.* 39). Nadie ignora que sólo el pecado mortal da muerte al alma, y que los pecados veniales, por numerosos que sean, no pueden privar al alma de la gracia divina; pero tenemos que recordar lo que dice San Gregorio, que «la costumbre de cometer muchas faltas ligeras, sin remordimiento ni pensar en corregirse, hace que se pierda poco a poco el temor de Dios; perdido el cual, es fácil pasar de las faltas pequeñas a las grandes» (*Mor.*, l. 10, c. 14). Añade San Doroteo que «si despreciamos las faltas pequeñas corremos peligro de caer en un insensibilidad universal» (*Serm.* 3) que quite el horror de las mismas caídas mortales.

Santa Teresa, como lo atestigua la Rota Romana, nunca cometió un pecado mortal, y, a pesar de ello, el Señor le mostró el lugar que le estaba reservado en el infierno, no ya porque lo hubiera merecido, sino porque, si no hubiera salido del estado de tibieza en que vivía, habría finalmente perdido la gracia de Dios y se hubiera condenado (*Vida de Santa Teresa*, l. 1, c. 8). Por esto dice el Apóstol: *Ni deis lugar al diablo* (Eph. 4, 27). Conténtase el demonio con que le empecemos a abrir la puerta del corazón dejando entrar en él sin escrúpulos ligerillas faltas, porque luego él se las arreglará para abrirla enteramente por

medio de las faltas graves. Escribe Casiano: «Cuando alguno cae, no se vaya a creer que ha caído de golpe en semejante ruina» (Coll. VI, c. 17); con lo que quiere decir que, cuando oigamos que ha caído alguna persona dada a la espiritualidad, no debemos pensar que el demonio la haya arrojado súbitamente al precipicio del mal, sino que antes la hizo caer en la tibieza y de ella en el precipicio de la desgracia de Dios. De aquí que San Juan Crisóstomo asegure haber conocido a muchos, adornados de todas las virtudes, que luego cayeron en la tibieza y de ella se precipitaron en el abismo de los vicios (*In Mt.*, hom. 27). Cuéntase en las crónicas de la Orden de Santa Teresa que sor Ana de la Encarnación vió cierto día a un alma condenada que antes había sido tenuta por santa; veíansele en la cara muchedumbre de animalillos, que no eran más que los defectos cometidos por ella en la vida, los cuales le decían: «Por nosotros comenzaste»; otros añadían: «Por nosotros continuaste», y otros terminaban: «Por nosotros te perdiste».

Ordenó también el Señor a San Juan que escribiese al obispo de Sardis: *Sé tus obras, que no eres frío ni caliente* (Apoc. 3, 15). Tal es el estado de la tibieza: ni frío ni calor. Tibio, dice Menoquio, es quien no se atreve a ofender al Señor mortalmente con propósito deliberado, pero que tiene en poco el cuidado de la perfección, por lo que da fácilmente entrada a todas las pasioncillas (*In Apoc.* 3, 16). El sacerdote tibio no está aún manifiestamente frío, porque no comete pecados mortales deliberadamente; pero, abandonando el cuidado de la perfección, a la que debe tender según su estado, no se preocupa de los pecados veniales, cae en muchos de ellos dia-

riamente y sin escrúpulo, como en mentirillas, intemperancias en la comida o en la bebida, imprecaciones, oficio y misa atropellados, murmuraciones, chistes poco modestos; vive disipado en medio de los negocios y placeres seculares, alimenta deseos y afectos peligrosos, está lleno de vanagloria, de respetos humanos, de susceptibilidad y de amor propio; no puede soportar la más mínima contrariedad, ni siquiera una palabra despectiva; vive sin oración y sin devoción.

Dice el P. Alvarez de Paz, hablando de los defectos y faltas de alma tibia, que son como otras enfermedades pequeñas, que, sin ocasionar por sí mismas la muerte acaban por agotar de tal modo al cuerpo, que, si sobreviene alguna dolencia más grave, ya no encuentra fuerzas para resistir (*De perf.*, l. 5, p. 2.^a, c. 16). Por eso el Señor continúa hablando con el tibio y diciéndole: *Así, puesto que eres tibio y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca* (Apoc. 3, 16). Considere estas terribles palabras y tiemble quien tenga la desgracia de yacer en el estado de la tibieza.

¡Ojalá fueras frío o caliente! (ib.). Más valdría que fueses frío, dice Dios, es decir, privado de mi gracia, porque así habría más esperanza de que salieras de tan miserable estado, que no permaneciendo en la tibieza, en que te verías expuesto a mayor peligro de precipitarte en graves vicios, sin esperanza de resurgimiento. Así explica el pasaje Cornelio Alápide (*In Apoc.*, 3, 16). San Bernardo dice que es más fácil se convierta el seglar vicioso que el eclesiástico tibio, y Pereira añade que es más fácil convertir a un infiel que conseguir que un cristiano salga de la tibieza. Y, en efecto, Casiano asegura haber visto a muchos pe-

cadores darse a Dios fervorosamente, lo que no vió hiciera ningún tibio (*Coll.*, IV, c. 19). San Gregorio espera en el pecador aún no convertido, pero desespera del convertido que después de haber vivido fervorosamente, cae en la tibieza (*Past.*, p. 3.^a, c. 1, adm. 35). En una palabra, que la tibieza es mal casi incurable y desesperado; y la razón es ésta: para poder evitar cualquier peligro, hay primero que conocerlo; pues bien, el tibio está sumido en tal estado de oscuridad, que ni llega siquiera a conocer el peligro que le rodea. La tibieza es como la fiebre de los pulmonares, que apenas se echa de ver. Las faltas habituales en que cae el tibio escapan a su vista. Las faltas graves, dice San Gregorio, por el mero hecho de serlo, se corrigen prontamente; pero las faltas ligeras, como se la tiene por naderías y se habitúa uno a ellas, conducen al desprecio de los pecados menores y arrastran fácilmente al desprecio de los pecados mayores (*Past.*, p. 3.^a, c. 1, adm. 34). Además, el pecado mortal causa siempre cierto horror hasta al pecador habituado; pero al tibio no le inspiran horror algunos sus imperfecciones, afectos desordenados, su disipación y afición a los placeres y a la estima propia. Y, sin embargo, «estas faltillas son muy peligrosas para el tibio, por cuanto lo disponen a la ruina sin apenas darse cuenta», como dice el P. Alvarez de Paz (*De perf.*, l. 5, p. 2.^a, c. 16).

De aquí la célebre máxima de San Juan Crisóstomo, que «en cierto sentido, debíamos huir con mayor cuidado de las faltas leves que de las graves» (*In Mt.*, hom. 87), porque, cómo él apunta, «hacia las faltas graves sentimos horror natural e instintivo, al paso que descuidamos las faltillas ligeras, que por ello se truecan luego en graves». Lo peor de todo es

que las faltillas despreciadas traen consigo el poco cuidado de los intereses del alma y consiguen que, si el alma se habitúa a ellas, acabe por no dar importancia ni a las faltas leves ni a las graves.

Por eso nos amonesta el Señor en el Cantar de los Cantares: *Cogednos zorras, zorras pequeñas, que devastan los viñedos y nuestra viña está en flor* (Cant. 2, 15). Nótese que se manda coger *zorras* y no leones o tigres, porque las zorras arruinan el viñado con sus continuas cuevas, que secan las raíces, es decir, la devoción y los buenos deseos, que son las raíces de la vida espiritual. Dícese también *pequeñas*, y ¿por qué no mandará coger las zorras mayores?; porque de las pequeñas se teme poco, siendo así que a menudo hacen más daño que las mayores, porque, como dice el P. Alvarez de Paz, las faltas pequeñas, de que no se hace caso, impiden la influencia de las gracias divinas, con lo que el alma queda estéril y viene, finalmente, a perderse (*De perf.*, l. 5. p. 2.^a, c. 16). El Espíritu Santo añade: *Nuestra viña está en flor* (Cant. 2, 15). ¿Qué hacen las culpas veniales multiplicadas y de las que no se preocupa el alma? Devorar las flores, es decir, destruir los deseos buenos de adelantar en la virtud; y cuando faltas tales deseos se irá retrocediendo cada día, hasta llegar a caer en el precipicio, del que luego será difícil salir.

Terminemos la explicación del texto citado del Apocalipsis: *Puesto que eres tibio y no caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca* (Apoc. 3, 16). Las bebidas calientes o frías se toman con facilidad, mas no así las tibias, que provocan a náuseas. Por ello amenaza así al tibio el Señor: *Estoy para vomitarte de mi boca*. Menoquio comenta; «El tibio comienza a ser vomitado cuando, permaneciendo en la

tibieza, empieza a causar náuseas a Dios, que acabará por arrojarlo de sí en el momento de la muerte y separarlo de Cristo por toda la eternidad». En este peligro se halla el tibio, de ser vomitado por Dios, es decir, de ser abandonado sin esperanza de remedio. «Lo característico del vómito es el horror a volver a tomarlo», como explica Cornelio Alálide (*In Apoc.*, 3, 15).

¿Cómo empieza Dios a vomitar al sacerdote tibio? Deja de hacerle amorosas invitaciones, en lo que propiamente consiste el ser vomitado de la boca de Dios; le retira los consuelos espirituales y los santos deseos. En suma, este desgraciado será privado de la unción espiritual; acudirá, sí, a la meditación, pero la hará con sumo tedio, disipación y disgusto, por lo que la irá dejando poco a poco; luego acabará por dejar de encomendarse a Dios en la oración y se sentirá cada vez más pobre, yendo de mal en peor. Celebrará la misa, recitará el oficio, pero con mayor demérito que fruto, y lo hará todo trabajosamente, a la fuerza y sin devoción. *Pisarás la aceituna y no te ungirás de óleo* (Mich. 6, 15). Estarás ungido de aceite y permanecerás sin unción. La misa, el oficio, las predicaciones, el confesonario, la asistencia a los moribundos, la asistencia a los funerales, todos los ejercicios del ministerio habían de hacerte crecer en fervor; pero a pesar de todos ellos permanecerás árido, sin paz, disipado, agitado por mil tentaciones: *Estoy para vomitarte de mi boca* (Apoc. 3, 16).

II. El sacerdote no se debe limitar a evitar los pecados graves

Bastará con que me limite a evitar los pecados mortales, y así me salvaré: tal vez hable así el sacerdote tibio.—¿Conque te bastará salvarte? No, responde San Agustín; en tu calidad de sacerdote estás obligado a caminar por la vía estrecha de la perfección, y si siguieres la espaciosa de la tibieza no te podrás salvar: «Te perdiste cuando dijiste: Basta» (*Serm.* 169, E. B.). Dice San Gregorio que quien es llamado a salvarse como santo y se quiere salvar como imperfecto, no logrará salvarse. Esto precisamente dió a entender el Señor cierto día a la bienaventurada Angela de Foligno, diciéndole: «Los que yo ilumino para que marchen por las vías de la perfección y que, degradando su alma, quieren seguir la vía ordinaria, acabaré por abandonarlos». Ciertamente, como vimos antes (en cap. 3), que el sacerdote está obligado a santificarse, ya por la dignidad de familiar de Dios y ministro suyo, ya por el oficio de ofrecer el sacrificio de la misa y presentarse como mediador de los pueblos ante su divina majestad y santificar las almas mediante los sacramentos; precisamente para tal fin de caminar por la perfección le colmó Dios de gracias y auxilios especiales. De ahí que cuando después de esto quiere ejercer su ministerio negligente y entre miles de defectillos y faltas que no le preocupan. Dios le maldice: *Maldito quien hace la obra de Yahveh con incuria* (Ier. 48, 10). «Esta maldición significa el abandono de Dios», dice san Agustín (*In Ps.* 118, ser. 10). Suele el Señor, asegura el Santo, abandonar a las almas que había favorecido más con su gracia y que descuidaron la vida de

perfección a que estaban llamadas. «Dios quiere, dice un autor, que le sirvan sus ministros con el mismo fervor de los serafines; de no ser así, les retirará sus gracias, permitirá que duerman en la tibieza y que de ella caigan primero en el abismo del pecado y más tarde en el del infierno».

El sacerdote tibio, oprimido bajo el peso de tantas culpas veniales y de tantos afectos desordenados, queda como sumido en un estado de insensibilidad, de suerte que las gracias recibidas y las obligaciones del sacerdocio ya ni le afectan, por lo que el Señor le privará justamente de los abundantes auxilios que le serían mortalmente necesarios para el desempeño, de las obligaciones de su estado; y así andará de mal en peor, aumentarán a diario sus defectos y a diario también aumentará su ceguedad. ¿Va a estar Dios obligado a prodigar las gracias a quien tan avaro se muestra con El? No, responde el Apóstol: *Quien siembra mezquinamente, mezquinamente también cosechará* (2 Cor. 9, 6).

El Señor declaró que aumentaría sus favores a quienes se le mostraren agradecidos y acrecentaran sus gracias, en tanto que a los ingratos les quitaría hasta las gracias que primero les hubiese dado (Mt. 25, 29). Dice además San Mateo que cuando el dueño no percibe frutos de la viña, la quita a los colonos a cuyo cargo estaba y la confía a otros, castigando a los primeros (Mt. 21, 41). Y continúa: *Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y se dará a gente que produzca sus frutos* (Mt. 21, 43); es decir, que Dios quitará del mundo al sacerdote tibio, a quien había confiado el cuidado de su reino, el trabajar por su gloria, y lo dará a otros que le serán agradecidos y fieles.

De aquí nace que sean no pocos los sacerdotes que después de tantos sacrificios, de tantas comuniones, de tantas oraciones como dicen en el oficio y en la misa, poco o ningún fruto recaben de ello: *Sembrasteis mucho y habéis recogido poco...*, y el asalariado ha echado el jornal en bolsa agujereada (Agg. 1, 6). Así es el sacerdote tibio: todos sus ejercicios espirituales los echa en saco roto; es decir, que no queda de todo ello mérito alguno; más aún, como obra de manera tan defectuosa, cada vez se hace más digno de castigo. No; el sacerdote que vive en la tibieza no está lejos de perderse. El corazón del sacerdote, como dice Pedro de Blois, debe ser el altar en que arda siempre el fuego del amor a Dios dará el sacerdote que se limita a evitar los pecados mortales y no se cuida de evitarle los disgustos de las faltas leves? Al contrario, eso, según el P. Alvarez de Paz, es señal de amor muy tibio (*De Exterm. mali.*, l. 1, c. 12).

Para ser buen sacerdote no basta tan sólo las gracias comunes y poco numerosas, sino que se precisan las particulares y abundantes; y ¿cómo va Dios a prodigar sus favores a quien se ha puesto a su servicio y luego le sirve tan mal? San Ignacio de Loyola llamó a un hermano converso de la Compañía, que vivía harto tibiamente, y le dijo: «Dígame, hermano, ¿qué ha venido a hacer a la religión?» El hermano respondió: «Vine a servir a Dios». A lo que replicó el santo: «Y ¿así le sirves? Si me dijeras que habías venido a servir a un cardenal o a cualquier príncipe de la tierra, serías más excusable; pero dices que vinistes a servir a Dios, y ¿tan malamente le sirves?»— Todo sacerdote ha entrado en la corte no ya de un príncipe de la tierra, sino en la corte más elevada de los amigos de Dios, donde se tratan continuamente y

en confianza cosas de la mayor importancia para su gloria. Por eso el sacerdote tibio deshonra más a Dios que le honra, pues con vida tan negligente y defectuosa da a entender que Dios no merece que se le sirva y se le ame con mayor diligencia; da a entender que en el servicio de Dios no se halla la felicidad que colme nuestra ventura; y finalmente, que su majestad no es digno de tanto amor que nos obligue a preferir su gloria a todas nuestras satisfacciones.

III. Exhortación

¡Atención, sacerdotes míos! Temamos que todas nuestras grandezas y honores, a que Dios no elevó entre los demás hombres, no vayan un día a ser causa de nuestra eterna condenación. Dice San Bernardo que «la solicitud que despliegan los demás por nuestra ruina debe excitar nuestro celo para asegurarnos la salvación» (*De S. Andrea*, serm. 2). ¡Oh, y cómo se esfuerzan los enemigos por ver de perder al sacerdote! Más desean ellos la caída de un sacerdote que la de cien seglares, ya porque la victoria conseguida sobre el sacerdote es para ellos triunfo mucho más notable, ya porque el sacerdote que cae arrastra en pos de él a otros muchos al abismo. Pero así como las moscas huyen de la olla hirviendo y van a la tibia, así los demonios no se esfuerzan tanto por atacar a los sacerdotes fervorosos cuanto a los tibios, a quienes frecuentemente consiguen empujar de la tibieza al pecado mortal. Según Cornelio Alápide, «el tibio, cuando se ve asaltado por cualquier grave tentación se halla en extremo peligro de caer porque casi no tiene fuerzas para resistir, y así, en medio de

tantas ocasiones en que se halla, cae a menudo en faltas graves» (*In Apoc.*, 3, 15).

Evitemos, pues, los pecados que se cometen a ojos abiertos y deliberadamente. No se puede negar que fuera de Jesús y de su divina Madre, preservados por singular privilegio de toda mancha de pecado, todos los demás hombres, sin excepción de los santos, no han estado libres, al menos, de pecadillos veniales. *Los cielos no son puros a sus ojos*, dice Job (Iob 15, 15). Y Santiago añade: *En muchas cosas tropezamos todos* (Iac. 3, 2). Por eso «es necesario, como escribe San León, que todos los hijos de Adán tengan las manchas de este polvo» (*De Quadrag.*, serm. 4). Recordemos lo que dice a este propósito el Sabio: *Siete veces cae el justo y se levanta* (Prov. 24, 16). Quien cae por humana fragilidad, sin pleno conocimiento del mal y sin consentimiento deliberado, se levanta fácilmente. Pero quien conoce las faltas y las comete deliberadamente, y en vez de detestarlas se complace en ellas ¿cómo podrá levantarse?

Dice San Agustín: «Aun cuando tuviéramos faltas, al menos detestémoslas» (*Serm.* 181) y confesémoslas, y Dios nos las perdonará» (1 Io. 1, 9). Luis de Blois, hablando de las culpas veniales, con Taule-ro, que «basta confesarlas en general para alcanzar su perdón» (*De consol. pusill.*, c. 1, § 4). Y en otro lugar añade que semejantes pecados se borran más fácilmente volviéndose hacia Dios con humildad y amor que entreteniéndose en ponderarlos con sobrado temor. Léese también en San Francisco de Sales que las faltas ordinarias de las almas piadosas, así como se cometen indeliberadamente, así indeliberadamente se borran; con lo que quiere decir lo mismo que Santo Tomás, (P. 3.^a, q. 87, a 3), quien enseña

que «para la remisión de los pecados veniales basta un acto, ya explícito o implícito, de detestación como el que se hace al volver a Dios devota y amorosamente». Y añade; «Los pecados veniales se perdonan de tres modos: 1.º Por infusión de la gracia, que es lo que acontece cuando se recibe la Eucarístia o cualquier otro sacramento. 2.º Por ciertos actos acompañados de algún movimiento de dolor, como la confesión general, los golpes de pecho y el rezo del padrenuestro. 3.º Por los actos que encierran cierto movimiento de reverencia hacia Dios y a las cosas divinas, como son la bendición del obispo, la aspersión del agua bendita, la oración en un iglesia sagrada y acciones por el estilo, que confieren la remisión de los pecados veniales». Y San Bernardino de Siena se expresa así hablando de manera especial de la comunión: «Puede acontecer que mediante la recepción de la Eucarístia el alma se una tan ardientemente a Dios, que quede purificada de todos sus pecados veniales» (*De Chr. Dom.*, serm. 12, a. 12, c. 1).

El Ven. P. Luis de la Puente decía: «Muchas faltas cometí, pero nunca pacté con ellas». Muchas hay que pactan con sus defectos, lo que acabará por causar su ruina. Dice San Bernardo: «Mientras se detestan las imperfecciones, hay esperanza de volver a la vida de fervor; pero cuando se cometen las faltas a ojos abiertos y deliberadamente, sin temor de cometerlas y sin dolor de haberlas cometido, se llega poco a poco a la perdición. *Una mosca muerta corrompe el aceite del perfumista* (Eccl. 10. 1). Estas moscas muertas son precisamente las faltas que se cometen y no se detestan, y así quedan como muertas en el alma. Dice Dionisio el Cartujo que cuando cae una mosca en algún unguento, queda en él y destruye el

buen olor. «En la vida espiritual las moscas que en nosotros mueren son los vanos pensamientos, los afectos más o menos culpables, las distracciones no combatidas; todo cuanto nos roba la dulcedumbre de los ejercicios espirituales».

Escribe San Bernardo que decir *este pecado es leve* no es gran mal en sí, pero cometerlo y complacerse en él es ya un mal de grandes consecuencias, que será muy castigado por Dios, según aquello de San Lucas: *Aquel siervo que conociere la voluntad de su amo y no se dispusiere u obrare conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; mas el que no la conociere, si hiciere algo digno de azotes, recibirá pocos* (Lc. 12, 47. 48). Ciertamente que ni aun las personas espirituales se hallan libres de faltas ligeras; pero éstas, dice el P. Alvarez de Paz, van siempre disminuyendo en número y peso, hasta que acaban por destruirlas con actos de amor a Dios. Quien obra así, acabará por santificarse y sus defectos no le impedirán tender a la perfección; y por esto nos exhorta Luis de Blois a que no nos desanimemos con estas caídas leves, ya que tenemos muchos modos de levantarnos (*Parad. an.*, p. 1.^a, 3). Quien está sujeto a la tierra por cualquier lazo y cae y vuelve a caer voluntariamente, sin voluntad de librarse de tal lazo, ¿cómo podrá adelantar ni un paso por los caminos de Dios? El pajarillo libre de lazos vuela al instante; pero si está atado por un hilillo, queda tendido por tierra. El hilillo más sutil de la afición cilla terrena, decía San Juan de la Cruz, impide que el alma adelante en los caminos del espíritu.

Guardémonos, pues, de caer en este miserable estado de la tibieza, porque, según todo cuanto hemos expuesto, para conseguir que un sacerdote salga

de tan miserable estado se necesitaría una gracia de Dios muy poderosa; y, ¿qué razón habrá para pensar que Dios va a dar esa gracia al sacerdote que le mueve a vómito? Pues entonces dirá quizás alguien que se encuentre en tal estado: «¿Para mí no habrá ya esperanza?» Una esperanza hay aún: la misericordia y el poder de Dios: *Lo imposible para los hombres, posible es para Dios* (Lc. 18, 27). Imposible es que el tibio rompa los lazos de la tibieza, pero no es imposible que Dios se lo conceda. Lo que al menos se requiere es que el sacerdote lo desee, pues si no se desea levantar, ¿cómo se va a esperar que Dios le ayude a levantarse? Y si alguno ni siquiera tiene este deseo, pida al Señor que se lo conceda. Si rogamos y perseveramos en la oración, el Señor que se lo conceda. Si rogamos y perseveramos en la oración, el Señor nos concederá una u otra cosa, el deseo y la ayuda para levantarnos. *Pedid y recibireis* (Io. 16, 24). Es promesa de Dios que no puede faltar. Roguemos, pues, y digamos con San Agustín: «Señor, no tengo mérito alguno para que me oigáis, sino vuestra misericordia y los méritos de Jesucristo».

También es excelente medio para salir de la tibieza el recurso a la Santísima Virgen.

CAPITULO VI

DEL PECADO DE INCONTINENCIA

I. Necesidad de la pureza en el sacerdote

San Basilio llama a la incontinencia peste viva, y San Bernardino de Siena, el más nocivo de todos los

vicios (t. 2, serm. 52, a. 3, c. 2), porque, como dice San Buenaventura, la «impureza destruye los gérmenes de todas las virtudes»; por eso la llamaba San Ambrosio «fuente y madre de todos los vicios» (*De Elia et iei.*, c. 19). Efectivamente, este vicio arrastra en pos de sí todos los crímenes, odios, hurtos, sacrilegios, etc. Razón tuvo San Remigio al decir que «este vicio es la causa de que pocos adultos se salven» (*S. Thom. a Vill., De S. Ildeph.*, conc. 2). Y el P. Séñeri decía que así como la soberbia llenó el infierno de ángeles rebeldes, así la impureza lo llenó también de hombres. En los demás vicios el demonio pesca con anzuelo y en éste pesca con red, de suerte que con este vicio lleva más almas al infierno que con todos los demás. Dios, a la vez, para castigar la incontinencia, desató sobre la tierra los mayores azotes, castigándola desde el cielo con diluvios de agua y fuego.

La castidad es una perla preciosa que pocos encuentran en la tierra, como dice San Atanasio (*De virginit.*). Pues bien, si conviene que los seglares tengan esta perla, a los sacerdotes les es absolutamente necesaria. Entre todas las virtudes que el Apóstol prescribe a Timoteo, le recomienda especialmente la castidad (1 Tim. 5, 22). Dice Orígenes que «la castidad es la primera de las virtudes que ha de adornar al sacerdote cuando suba al altar» (*In Lev.*, hom 4). Y según Clemente de Alejandría, «sólo quienes viven castos son y pueden llamarse sacerdotes de Dios» (*Strom.*, l. 4). «Si, pues, la pureza constituye al sacerdote, la impureza lo despoja de su dignidad» (*Ep.*, l. 3, ep. 75).

Por eso la santa Iglesia, en tantos concilios, en tantas leyes y con tantas admoniciones, trató de con-

servar celosamente la pureza entre los sacerdotes. Inocencio III estableció que nadie fuera promovido a un orden sagrado que no fuese o virgen o de castidad probadísima (cap. *A multis. De act. et qual, ord.*); y ordenó además que «los eclesiásticos incontinentes fueran excluidos de toda dignidad de promoción en las órdenes». San Gregorio ordenó también que, «si alguno hubiera caído en pecado carnal, se le excluyera de las funciones de su orden y no se le admitiera nunca al servicio del altar» (cap. *Pervenit., dist.*, 50). Además, condenó a todo sacerdote culpable de un pecado vergonzoso a diez años de penitencia; durante los tres primeros meses tenía que dormir por tierra y vivir en soledad, sin comunicación alguna con nadie; a continuación, durante año y medio, sólo podía alimentarse a pan y agua; y en los tres años siguientes se había de alimentar a pan y agua, si bien sólo tres días a la semana.—La Iglesia, finalmente, mira como a monstruos a los sacerdotes que no viven castamente.

II. Malicia del pecado impuro en el sacerdote

Examinemos en primer lugar la malicia del pecado de un sacerdote que hiere la castidad. El sacerdote es templo de Dios, tanto por el voto de castidad cuanto por la unción sagrada con que vive consagrado a Dios: *El que nos ungió Dios es, el cual además nos marcó con su sello* (2 Cor. 1. 21); así habla San Pablo de sí mismo y de los sacerdotes asociados a su ministerio; por lo que añade el cardenal Hugo: «Cuide el sacerdote de no manchar el santuario de Dios, porque está ungido con el óleo santo» (*Ep. ad He-*

ron. *Díac*). Este santuario del Señor es el cuerpo del sacerdote. «Conservaos castos, escribía el mártir San Ignacio, como casas de Dios y templos de Jesucristo» (*Opusc.* 18, d. 2, c. 4-7). Con razón decía San Pedro Damiano que, si los sacerdotes manchan el cuerpo con acciones deshonestas, «profanan el templo de Dios» (*Opusc.* 18, d. 2, c. 3); y añadía: «No convertáis los vasos consagrados a Dios en vasos de contumelia» (ib). ¿Qué se diría de quien se sirviera de un cáliz consagrado para beber en la mesa? Inocencio III, hablando de los sacerdotes, decía: «Qué cosa más indigna es el ver a los sacerdotes sirviendo a las inmundicias, cuando deben ser templo y sagrario del Espíritu Santo!» (cap. *Decernimus*, dist. 28) ¡Qué horror ha de causar ver al sacerdote, que había de resplandecer de pureza y exhalar su perfume, trocado en sucio, fétido y manchado con las porquerías de los pecados carnales! (2 Petr. 2, 22). Considerando esto, escribió Clemente de Alejandría que «los sacerdotes deshonestos manchan, en cuanto en su mano está, al mismo Dios, que mora en su alma» (*Paedag.*, l. 2, c. 10). De esto se lamentaba el Señor por Ezequiel: *Sus sacerdotes han violado mi ley y profanado mis santuarios... y he sido deshonrado en medio de ellos* (Ez. 22, 26). ¡Ay de mí!, dice Dios, que hasta yo ando manchado con las incontinencias de mis sacerdotes, porque al herir la castidad profanan mis santuarios, es decir, sus cuerpos, que había yo consagrado a mi culto y donde a menudo habitaba! Esto quiso decir San Jerónimo cuando escribió: «Manchamos el cuerpo de Cristo cuando nos acercamos indignamente al altar» (*In Mal.*, 1, 7).

Además, el sacerdote sacrifica a Dios en el altar al Cordero Inmaculado, es decir, al mismo Hijo de

Dios; y por eso dice San Jerónimo que «el sacerdote ha de ser tan puro que no sólo debe privarse de toda acción torpe, sino de la más mínima mirada menos honesta» (*In Tit.*, 1, 8-9). San Juan Crisóstomo enseña a la vez que «el sacerdote debe ser tan puro que merezca estar en medio de los ángeles en el cielo» (*De sacerdot.*, 1, 3). Y en otro lugar añade que «la mano del sacerdote, que debe tocar la carne de Jesucristo, debería brillar con pureza más resplandeciente que los mismos rayos del sol» (*In Mt.*, hom. 83). Por el contrario, dice San Agustín, «¿será probable que haya hombre tan impío que se atreva a tocar al Santísimo Sacramento del altar con manos enfangadas?». Pues mucho peor, hace dice San Bernardo, «el sacerdote que se atreve a subir al altar a comer el cuerpo de Jesucristo después de haberse manchado con pecados obscenos» (*Declam.*, n. 13). ¡Ah sacerdote!, exclama igualmente San Agustín, «ten cuidado de que esas manos que se bañan en la sangre del Redentor, derramada un día por tu amor, no vayan a mancharse en la sangre sacrílega del pecado» (Molina, *Intr. Sac.*, tr. i, c. 5, § 2).

También Casiano dice que «los sacerdotes no sólo deben tocar la carne sacrosanta del Cordero, sino que han de alimentarse de ella, por lo que están obligados a conservar la castidad con una pureza más que angélica» (*De coen. inst.*, l. 6, c. 8). Según San Pedro Comestor, «cuando un sacerdote pronuncia con labios manchados por el vicio vergonzoso las palabras de la consagración, escupe al rostro de Jesucristo, y cuando coloca el sagrado cuerpo y sangre preciosa en su boca impura, es como si los arrojara al fango» (*Serm.* 38). Y San Vicente Ferrer llega a decir más: que «estos tales cometen más horrible cri-

men que si arrojaran la hostia consagrada a una cloaca».

«¡Oh sacerdote!, exclama aquí San Pedro Damiano, que tienes que sacrificar a Dios el Cordero inmaculado, no quieras antes sacrificarte a ti al demonio con tus impurezas» (*Opusc.* 17, c. 3). Por eso llama luego el mismo santo a los sacerdotes impuros «víctimas del demonio, porque en el infierno se sacian de ellas los demonios como de su exquisito manjar» (*Ep.*, l. 4, ep. 3). Añádase que el sacerdote deshonesto no se pierde solo, sino que es causa de la perdición de muchos otros. Dice San Bernardo que la incontinencia de los eclesiásticos es la mayor persecución que padece hoy la Iglesia. Meditando las palabras de Isaías: *He aquí que en salud se me ha trocado la amargura* (Is. 38, 17), se lamenta el santo y dice: Muy dolorosa fué la amargura de la Iglesia en la mortandad de los mártires; mayor amargura le causaron luego los herejes que infectaron a tantos súbditos suyos; pero la mayor amargura y persecución es la que ahora padece en sus propios hijos, los eclesiásticos disolutos, que con sus escándalos desgarran las entrañas de su propia madre (*In Cant.*, serm. 33). «¡Qué vergüenza, exclama San Pedro Damiano, ver convertido en esclavo de la lujuria a quien tiene que predicar la castidad!» (*Opusc.* 17, c. 3).

III. Consecuencias funestas de la impureza

Examinemos ahora el daño que causa al alma especialmente del sacerdote, el pecado deshonesto.

1.º Ceguera del espíritu

En primer lugar, este pecado ciega y hace perder la vista de Dios y de las verdades eternas. Según San Agustín, «la castidad contribuye a que los hombres vean a Dios» (*Serm.* 291); y por el contrario, dice Santo Tomás que «el primer efecto del vicio impuro es la ceguera del espíritu» (2-2, q. 153 ad 3). «La impureza, continúa San Agustín, quita el pensamiento de la eternidad». Cuando los cuervos encuentran un cadáver, lo primero que hacen es quitarle los ojos; la incontinencia lo primero que hace es quitar las luces de las cosas divinas. Bien lo experimentó Calvino, antes párroco y pastor de almas y luego hereje, por este vicio; Y Enrique VIII, primero defensor de la Iglesia y después su perseguidor; y hasta Salomón, primero santo y después idólatra. E igual acontece a diario con los sacerdotes deshonestos: *Andarán como ciegos, porque pecaron contra Yahveh* (Sopf. 1, 17). ¡Desgraciados de ellos! En medio de la luz de las misas que celebran, de los oficios que rezan, de los funerales a que asisten, permanecen ciegos, cual si ya no creyesen ni en la muerte que les espera, ni en el juicio futuro, ni en el infierno, que será su morada (Deut. 38, 29). Quedan, en suma, en aquel fango maloliente en que se hallan sumergidos, tan cegados, que después de haber abandonado a Dios, que tanto los había elevado sobre el resto de los hombres, ni siquiera piensan en volver a sus plantas para alcanzar el perdón: *Sus acciones no les consienten volver a Dios, pues un espíritu de fornicación reside en su interior* (Os. 5, 4). De modo que, como dice San Juan Crisóstomo, «no bastarían para iluminarlo, ni las admoniciones de los superiores, ni los consejos de los buenos amigos, ni el temor de los castigos, ni el peligro de quedar deshonrados

Hom, contra luxur).

No hay por qué extrañarse de que no vean. *Cual feto de mujer que no vió el sol (Ps. 57, 9).* «El vicio carnal, dice Santo Tomás, extingue el juicio de la razón» (2-2, q. 53, ad 3), porque los placeres impuros dejan al alma más sentimiento que el de los goces carnales. Este vicio, con sus brutales delectaciones, «hace que el hombre pierda la razón, de tal modo que, como dice Eusebio, le hace peor que las bestias» (*Ep. ad Dam. de morte Hier*). De aquí nacerá que el sacerdote deshonesto, cegado por sus impurezas, no prestará atención ni a los ultrajes que hace a Dios con su vida sacrílega ni al escándalo que da a los demás; así que se atreverá hasta a celebrar la misa en pecado. Nada de extraño. Quien perdió la luz, fácilmente se deja arrastrar a cualquier mal.

Mirad, para alegraos, hacia El (Ps. 33, 6). Quien quiera luz, acérquese a Dios, dice el salmista; pero recuérdese que «la impureza, como enseña Santo Tomás, aleja a Dios más que cualquier otro vicio (*In Io.*, 31, lect. i); por eso el impúdico se trueca en bestia, incapaz de darse cuenta de las cosas espirituales (1 Cor. 2, 14). No le hacen mella ni el infierno, ni la eternidad, ni la dignidad sacerdotal, si es que no comienza ya a dudar de la fe, como sospecha San Ambrosio (*Ep.* 36). ¡Cuántos desgraciados sacerdotes perdieron finalmente la fe a causa de este vicio! *Sus huesos estaban llenos de su vigor juvenil, mas con él yace en el polvo (Iob. 20, 11).* Así como en una vasija llena de tierra no puede entrar la luz del sol, así en el alma, habituada a los pecados carnales, no brilla ya la luz divina, y sus vicios quedarán y dormirán con ella por toda la eternidad.

Y así como esta alma desgraciada acabará, en me-

dio de sus impurezas, por olvidarse de Dios, así también Dios se olvidará de ella y permitirá que quede abandonada en sus tinieblas: *Ya que te has olvidado de mí y me has arrojado detrás de tus espaldas, por eso carga tú también con tu sensualidad y tu fornicación* (Ez. 23, 35). San Pedro Damiano lo explica así: «Los que relegan a Dios las espaldas son los que se dejan arrastrar por la voluptuosidad» (*Opus.* 18, diss. 2, c. 3).—Cuenta el P. Cataneo que cierto pecador que vivía en tratos criminales fué advertido por un amigo que rompiera con la cómplice si no quería condenarse, a lo que respondió aquél: «Amigo, por tal mujer bien se puede ir al infierno»: y en efecto allí fué, pues lo mataron en aquel estado.—Otro, que por cierto era sacerdote, sorprendido en casa de una señora a quien quería seducir, fue obligado por el marido a tragarse un veneno. Vuelto a su casa, se acostó y confesó a un amigo que el desgraciado sacerdote estaba ya para morir, lo exhortó a que se confesara pronto, a lo que respondió el desgraciado: «No, no puedo confesarme: sólo te pido que digas a la señora X que muero por su amor». ¿Puede llegarse a mayor grado de ceguedad?

2.º *La obstinación de la voluntad*

El pecado impuro tiene por segundo efecto la obstinación de la voluntad. «Quien se deja prender en estas diabólicas redes, dice San Jerónimo, difícilmente puede retirarse de ellas» (*Ep. ad Dam. de morte Hier*). Santo Tomás escribe que «el demonio, de ningún pecado se regocija tanto como de la impureza, porque la carne está muy inclinada a este vicio,

y cuando cae en él , difícilmente lo puede dejar (1-2, q. 73. a. 5 ad 2). De aquí que Clemente de Alejandría llamara a la impureza *enfermedad incurable* (*Paedag.*, l. 2, c. 10), y Tertuliano, *vicio sin conversión*; y de aquí también San Cipriano llamara a la impureza *madre de la impenitencia* (*De dis. et bono pud.*). «Es imposible, decía Pedro de Blois, que venza las tentaciones carnales quien se deja llevar de la carne. Cuenta el P. Biderman que, hallándose para morir cierto joven recidivo en este pecado, se confesó entre muchas lágrimas y murió dejando gran esperanza de salvación eterna. Al día siguiente, el confesor, que celebraba la misa exequial, sintió que le tiraban de la casulla; miró, vio un vapor negro del que se escapaban centellas de fuego y oyó luego que era el alma del joven muerto, que ciertamente había recibido la absolución de sus pecados, pero que, tentado nuevamente, había caído de pensamiento y se había condenado.

Porque incluso el profeta y sacerdote se han hecho impíos...; por esto, su camino será para ellos como resbaladero en tinieblas; serán empujados y caerán en él (Ier. 23, 11). Esta será la ruina de los sacerdotes deshonestos; hallándose los desgraciados en camino resbaladizo, rodeador de tinieblas y empujados al abismo por los demonios y sus malos hábitos, por lo que será casi imposible el librarse de la perdición. Dice San Agustín que «quienes se libran de este vicio vuelven presto a contraer su hábito, y éste se trueca como en una necesidad de pecar (*Conf.*, l. 8, c. 5). El gavián, antes de abandonar la carnaza en que se ceba, prefiere perder la vida, dejándose matar por el cazador; así acontece al impúdico habituado.

Y icuanto más obstinados son los sacerdotes escl-

vos de este vicio que los mismos seglares! Acontece así debido a la mayor luz recibida para conocer la malicia del pecado mortal o debido a que la impureza es en ellos mayor pecado; en efecto, ellos no hieren tan sólo la castidad, sino también la religión por su voto; y la mayoría de las veces hieren también la caridad para con el prójimo, porque casi siempre la deshonestidad del sacerdote es causa de gran escándalo para los demás.—Cuenta Dionisio el Cartujo que cierto siervo de Dios, conducido un día en espíritu por su ángel al purgatorio, vió en él muchedumbre de seglares que padecían por sus impurezas, pero vió a poquísimos sacerdotes; preguntó la razón, y se le respondió que de los sacerdotes; deshonestos difícilmente había alguno que llegara a arrepentirse verdaderamente de tal pecado y que por eso casi todos los sacerdotes se condenaban (*Quat. Nov.*, p. 3.º, a. 13).

3.º *La condenación eterna*

Finalmente, este maldito vicio lleva al hombre, y sobre todo al sacerdote infectado por él, a la condenación eterna. Dice San Pedro Damiano que «los altares de Dios no reciben más fuego que el del amor divino; de suerte que cuantos se atreven a subir al altar rodeados de impuras llamas han de ser consumidos por el fuego de la divina venganza» (*Opus.* 27, c. 3). Y añade que «todas las obscenidades del impúdico se trocarán un día en una pez que alimentará eternamente en sus entrañas el fuego del infierno» (*Opus.* 17, c. 3).

¡Ay, y qué terribles castigos reserva Dios a los

sacerdotes deshonestos! ¡Cuántos y cuántos son los sacerdotes que pueblan el infierno por este pecado! Dice San Pedro Damiano: «Si el hombre del Evangelio que había ido al banquete nupcial sin el vestido apropiado fué condenado a las tinieblas, ¿qué habrá que esperar se haga con quien se introdujo en la sala del festín celestial no sólo sin el brillo del vestido nupcial, sino manchado con el fango impuro de una horrible lujuria?» (*Opus.* 18, d. 1, c. 4).—Cuenta Baronio que un sacerdote de vida airada llegó a morir, y al hallarse en aquel trance vió que multitud de demonios se acercaban a llevarlo. Volvióse entonces al religioso que lo asistía y le rogó que lo encomendase en sus oraciones; pasado un poco de tiempo, díjole que se hallaba en el tribunal de Dios, y luego gritó: «Deja, deja de rezar por mí, porque ya estoy condenado y de nada me servirán tus oraciones (anno 1100, n. 24).—Cuenta San Pedro Damiano que en la ciudad de Parma murieron súbitamente un sacerdote y una señora en el preciso instante en que se hallaban pecando.—Cuéntase también en las *Revelaciones* de Santa Brigida que un sacerdote deshonesto que se hallaba en el campo fué muerto por un rayo, que le abrasó solamente las partes vergonzosas, sin tocarle el resto del cuerpo, para que se viera que el castigo lo había recibido de Dios, principalmente por el vicio de la impureza.—Otro sacerdote en nuestros días, cometiendo un pecado semejante, murió también súbitamente, y para mayor vergüenza lo colocaron desnudo en el atrio de una iglesia, de la manera como lo habían encontrado muerto en la casa de la mujer.

Los sacerdotes impuros deshonran con sus escándalos a la Iglesia, y por eso los castiga justamente el Señor, haciéndoles los más viles y despreciables de los hombres. Así lo declaró El por Malaquías: *Mas vosotros os habéis apartado del camino, servido de tropiezo a muchos en la Ley... También yo os he trocado en despreciables y viles para todos el pueblo* (Mal. 2, 8).

IV. Remedios contra la incontinencia

Los maestros de la vida espiritual indican muchos remedios contra el vicio deshonesto, siendo los dos principales y más necesarios la fuga de las ocasiones y la oración.

En cuanto al primer medio decía San Felipe Neri que en esta batalla vencen los cobardes, es decir, quienes huyen de los ocasiones (Bacci, *Vita*, l. 2, c. 13, n. 18). Aun cuando el hombre acuda a todos los remedios posibles, si no huye, está perdido: *Quien ama el peligro, sucumbirá en él* (Eccli. 3, 27).

Por lo que respecta al segundo medio, que es la oración persuadámonos de que por nosotros mismos no tenemos fuerzas para resistir a las tentaciones de la carne; esta fuerza nos la ha de conceder Dios, pero Dios no la concede más que aquellos que rezan y se la piden. La única muralla contra estas tentaciones, dice San Gregorio Niseno, es la oración (*De Or. dom.*, or. 1). Y el Sabio había dicho antes que él: *Mas entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le rogué* (Sap. 8, 21).

(Si se desearan aún más cosas acerca de los remedios contra el vicio carnal, y en especial acerca de los

dos ya señalados, de la fuga de las ocasiones y de la oración, léase la plática sobre la castidad que se pondrá luego, entre las instrucciones de la segunda parte.).

CAPITULO VII

DE LA MISA SACRILEGA

I. De la pureza que ha de tener el sacerdote para celebrar dignamente

Las siguientes palabras son del sagrado Concilio de Trento: «Hemos de reconocer que, entre todas las obras posibles a los fieles, no la hay más santa que este tremendo misterio» (*sess. 22, Decret. de obser. in missae celebrat.*). Dios no puede hacer que haya obra más grande ni más sacrosanta que la celebración de una misa. ¡Oh, cuánto más excelente que todos los sacrificios de la antigua Ley es el sacrificio de nuestros altares, en que no se trata ya de sacrificar un toro o un cordero, sino al mismo Hijo de Dios! Los judíos tuvieron por víctima un buey, dice Pedro de Cluny, pero los cristianos tienen a Jesucristo; y este sacrificio aventaja a todas las criaturas (*Ep. adv. Petrobr., Bibliot, PP., t. 22*). Y añadía luego el mismo autor que a los siervos no convenía más víctima que la servil al paso que los amigos y a los hijos se les reservó Jesucristo, víctima que nos libra del pecado y de la muerte eterna (*ibíd.*). Razón, pues, tenía San Lorenzo Justiniano para decir que no hubo ofrenda ni mayor en sí misma ni más grata a Dios que la que se ofrece en el sacrificio de la misa (*Serm. de Eu-*

char.). Por eso escribe San Juan Crisóstomo que, «cuando se celebra una misa, los ángeles rodean por completo al altar, para honrar a Jesucristo, que es la víctima ofrecida en el sacrificio» (*De sacerd.*, l. 6, c. 4). Y San Gregorio continúa: «¿Quién dudará que, en la misma hora de la inmolación, a la voz del sacerdote, se abren los cielos y los coros de los ángeles asisten al misterio en que se inmola Jesucristo?» (*Dial.*, l. 4, c. 58). San Agustín decía también que «los ángeles del cielo hacen de monaguillos del sacerdote sacrificante» (*Molina, Instr. Sac.*, tr. 1, c. 5, § 2).

Hablando de este gran sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, nos enseña el concilio de Trento que «el mismo Salvador es quien se ofrece, pero que se ofrece por manos del sacerdote, elegido por ministro suyo, encargado de representarle en el altar» (*sess.* 22, c. 2). Y antes había dicho San Cipriano: «El sacerdote hace las veces de Jesucristo» (*Ep.* 62); de ahí que en la consagración diga : *Este es mi cuerpo; éste es el cáliz de mi sangre* . Y el mismo Jesucristo dijo a sus discípulos: *El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha* (Lc. 10, 16).

El Señor exigía también limpieza a los sacerdotes de la Ley antigua sólo porque habían de manejar los vasos sagrados (Is. 52, 11); y Pedro de Blois deduce esta conclusión: Pues «¡cuánto más limpios han de ser quienes llevan a Jesucristo en sus manos y en su corazón!» (*Ep.* 123) ¡Con cuánta mayor razón exigirá el Señor la limpieza de los sacerdotes de la nueva Ley, para ofrecer al Padre eterno su propio Hijo! Con razón, pues el concilio de Trento quiere que este gran sacrificio se celebre con la mayor pureza de

conciencia posible (*sess. 22, decr. de obs. in missa*). Esto precisamente significa, dice el abad Ruperto la blancura del alba con que la Iglesia ordena se revista el sacerdote de pies a cabeza cuando se apresta a celebrar.

Muy justo es que el sacerdote honre a Dios con la inocencia de su vida, ya que Dios tanto le ha honrado al exaltarlo sobre todos los demás, haciéndole ministro de este gran misterio. «Considerad, sacerdotes, decía San Francisco de Asís, vuestra dignidad, y así como el Señor, debido a este de misterio, os honró a vosotros sobre todos los demás, así también vosotros amadle y honradle a Eli» (*Opus.*, p. 1.^a, ep. 12) «Y ¿cómo honrará a Dios el sacerdote? ¿Quizas con vestidos preciosos, con estudiada cabellera o con puños elegantes? No, responde San Bernardo, sino con vida edificante, con el estudio de las ciencias sagradas y con los trabajos emprendidos por su gloria» (*De mor. et. off. episc.*, c. 2).

II. Cuán grande es el crimen del sacerdote que celebra en pecado mortal

El sacerdote que celebra en estado de pecado mortal, ¿honrará a Dios? ¿Honrarle? Este tal, en cuanto está de su parte, le causa el mayor ultraje que se le pueda inferir, ya que lo desprecia en su misma persona y con su sacrilegio se diría que hace cuanto puede por manchar al mismo Cordero inmaculado que ofrece bajo las especies sacramentales. *A vosotros, sacerdotes, despreciadores de mi nombre... Ofreciendo sobre mi altar comida mancillada, y diréis: ¿cómo le hemos mancillado?* (Mal. 1, 6-7).

«Manchamos el pan, comenta San Jerónimo, esto es, el cuerpo de Cristo, cuando nos acercamos indignamente al altar» (*In Mal.*, 1, 6-7).

Dios no podrá elevar al hombre a mayor altura de aquella a que le elevó con la dignidad del sacerdocio. ¡Qué de elecciones ha tenido que hacer el Señor para crear al sacerdote! Primero lo ha tenido que escoger de entre incontable número de criaturas posibles; después hubo de separarlo de entre tantos millones de paganos y de herejes; luego lo eligió entre tantos otros fieles seculares. Y ¿qué poderío entregó al fin a este hombre? Si Dios hubiera otorgado a un solo hombre el poder hacer descender a la tierra, con el poderío de su palabra, a su mismo Hijo, ¡cuán obligado y agradecido habría de estar a Dios semejante hombre! Este poder lo concedió a todo sacerdote: *Alza al menesteroso del estiércol para hacerle sentar entre los nobles, entre los principales de su pueblo* (Ps. 112, 7-8). Poco hace que haya concedido el mismo poder a muchos; el número de los sacerdotes no disminuye su dignidad ni sus obligaciones. Pero, ¡oh Dios!, ¿qué hace el sacerdote que se atreve a celebrar en pecado? Dishonrar y despreciar a Dios, declarando que tal sacrificio no es digno de tanto respeto que haya de temerse el celebrarlo sacrílegamente. «Acercarse al altar sin el respeto que le es debido, dice San Cirilo, es testimoniar que se le juzga digno de menosprecio» (*Molina, Inst. sacerdot.*, tr. 2, c. 18, § 1).

«La mano que toca la carne sacrosanta de Jesucristo, la lengua que se enrojece con su divina sangre, dice el Crisóstomo, deberían ser más puras que los rayos del sol» (*Ad pop.*, *Ant.*, hom. 60). Y añade en otro lugar que «el sacerdote que sube al altar de-

bería ser tan santo que pudiera ser colocado entre los ángeles» (*De sacerdot.*, l. 3, c. 4). ¡Qué horror, pues, causará a esos ángeles ver que el sacerdote enemigo de Dios extiende su mano sacrílega para tocar y alimentarse del Cordero inmaculado! «¿Quién será tan impío, exclama San Agustín, que se atreva a tocar con manos enfangadas al Santísimo Sacramento?» (*Serm. 244 de temp.*). Y peor aún hace quien ose celebrar la misa con el alma manchada por culpa grave. Dios entonces aparta los ojos para no ver tal infamia: *Y cuando extendéis vuestras palmas, aparto mis ojos de vosotros* (Is. 1, 15). Entonces, dice el Señor para declarar las náuseas a que le provocan tales sacerdotes sacrílegos, *os echaré estiércol al rostro, el estiércol de vuestras fiestas* (Mal. 2, 3). Ciertamente, como enseña el concilio de Trento, que «el sacrosanto sacrificio no puede contaminarse con la malicia del sacerdote» (*sess. 22, c. 1*), y, «sin embargo, los sacerdotes que celebran en pecado mortal no dejan de profanar, en cuanto les es dado, tan sagrado ministerio»; que por eso Dios declara: *He sido deshonrado en medio de ellos* (Ez. 22, 26).

«¡Ah, exclama San Bernardo, ¿cómo se explica, Señor, que los que son cabeza de vuestra Iglesia sean los primeros en perseguirlos?» (*In conv. S. Pauli*, serm. 1) «Por desgracia es cierto, dice San Cipriano, que el sacerdote que celebra en pecado injuria con la boca y las manos al mismo cuerpo de Jesucristo» (*Serm. de Lapsis*). Otro autor añade que «quien profiere las palabras de la consagración en desgracia de Dios hace como si escupiera al rostro de Jesucristo, y cuando recibe en indigna boca el Santísimo Sacramento, hace como si lo arrojara al lodo» (*Biblioth. PP.*, t. 24). Mas ¿qué digo al lodo, si «el sacerdote pe-

cador es aún peor que el lodo, ya que el lodo, añade Teofilacto, no es tan indigno de recibir el contacto de la carne divina cuanto lo es el pecho del sacerdote sacrílego» (*In Heb.*, 20, 16). Entonces se comete, dice San Vicente Ferrer, «mayor pecado que si se arrojara al Santísimo Sacramento a una cloaca». Y de igual modo habla Santo Tomás de Villanueva. (*De sacram., alt., conc.* 3).

Siempre es gravísimo el pecado del sacerdote, por la injuria que hace a Dios, que lo ha elegido por ministro suyo y colmado de tantas gracias; pero «una cosa es, dice San Pedro Damiano, quebrantar las leyes del príncipe, y otra golpearle con las propias manos, que es lo que hace el sacerdote cuando celebra en pecado mortal» (*Opusc.* 26, c. 2). Tal fue el pecado de los judíos que se atrevieron a poner las manos en la persona de Jesucristo; pero San Agustín añade que «es mucho más grave el pecado de los sacerdotes que celebran indignamente» (*In Ps.* 68, s. 2). Los judíos no conocían al Redentor como lo conocen los sacerdotes; además, dice Tertuliano, «aquéllos tuvieron sólo una vez la osadía de poner sus manos en Jesucristo, en tanto que los sacerdotes llevan su audacia hasta repetir frecuentemente esta injuria» (*De idol.*). Y nótese lo que dicen los doctores, que el sacerdote sacrílego comete, al celebrar, cuatro pecados mortales: uno, por consagrar en pecado; el segundo, por comulgar en pecado; el tercero, por administrar el sacramento en pecado, y el cuarto, por administrar el sacramento a un indigno, ya que sabe que se halla en estado de pecado.

Esto hacía estremecer de celo a San Jerónimo contra el diácono Sabiniano. ¡Desgraciado!, decíale, ¿cómo no se te ciegan los ojos, no se te hiela la boca

y no se te caen los brazos cuando te atreves a subir al altar con pecado? (*Ep. ad Sabian.*). Decía el Crisóstomo que «el sacerdote que se acerca al altar con conciencia de pecado es mucho peor que los demonios» (*In Mt.*, hom. 83). Porque los demonios tiemblan en presencia de Jesucristo, como cuenta Santa Teresa en su *Autobiografía* : «Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras tuyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran si Vos los dejárades ir. Díome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que, si fuera visión de Dios, que no primiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquella alma. Díjome el mismo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos más que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal». Tiemblan, pues, los demonios en presencia de Jesús

Sacramentado; pero el sacerdote sacrílego no sólo no tiembla, sino que se atreve, como dice San Juan Crisóstomo, a pisotear la misma persona del Hijo de Dios (*In Heb.*, hom. 20). Entonces se verifican las palabras del Apóstol: *¿De cuánto peor castigo pensáis será juzgado digno el que pisoteó al Hijo de Dios y consideró como profana la sangre de la alianza con que fué santificado?»* (Hebr. 10, 29). ¿Conque en presencia del Dios ante quien *las columnas del cielo*, como dice Job, *se tambalean y a su amenaza se espavorecen* (Job. 26, 11), se atreve un gusanillo de la tierra a pisotear la sangre del Hijo de Dios?

Pero, ¡ay de mí!, y ¿qué mayor ruina podrá sobrevenir al sacerdote que trocar la salvación por la condenación, el sacrificio en sacrilegio y la vida en muerte? «Cierto que fueron impíos los judíos, dice Pedro de Blois, al atravesar el costado de Cristo para extraer su sangre; pero más impío aún es el sacerdote que saca la misma sangre del cáliz para tratarla tan indignamente» (Ep. 123). El propio Señor decía cierto día a Santa Brigida que tales sacerdotes le crucificaban más amargamente que los mismos judíos (*Revel.*, l. 4, c. 133). Dice un autor que «el sacerdote que celebra en pecado llega como a matar ante los ojos del Eterno Padre a su mismo divino Hijo» (*Durand., de Rit. Eccl.*, l. 2, c. 42, § 4).

¡Horrorosa traición! He aquí cómo por boca de David se queja Jesucristo del sacerdote sacrílego: *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría...; mas fuiste tú, el compañero mío, mi amigo y confidente* (Ps. 54, 13-15). Aquí está descrito el sacerdote que celebra en pecado. Si un enemigo, dice el Señor, me hubiera afrentado, lo soportaría con menor pena; pero tú, a quien te hice familiar

mío, mi ministro príncipe de mi pueblo; tú, a quien tantas veces alimenté con mi carne; pero tú, ¿me vendes al demonio por un capricho, por una satisfacción bestial, por un poco de tierra? Y más en particular declaró a Santa Brígida: «Tales sacerdotes no son sacerdotes míos, sino traidores, porque me venden y traicionan como Judas». San Berbardo (t. 2, s. 55, a. 1, c. 3) «tiene a tales sacerdotes como peores que Judas, porque Judas vendió a Jesús a los judíos, en tanto que éstos lo consagran al demonio, pues lo ponen en sitio sometido a su poderío, cual es el pecho del sacerdote sacrílego». Pedro Comestor hace esta reflexión: «Cuando el sacerdote sacrílego sube al altar y empieza la oración: *Aufer a nobis...*, al besar la mesa diríase que el Señor le echa en rostro, como a Judas: *¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Lc. 22, 48). Y cuando al fin extiende el sacerdote la mano para darse la comunión, dice San Gregorio que parece oírse decir al Redentor: *He aquí que la mano del que me entrega está conmigo sobre la mesa* (Lc. 22, 21). Por esto dijo San Isidoro que «el sacerdote sacrílego queda, como Judas, poseído del demonio» (*Ep.*, l. 3, ep. 364).

Entonces la sangre de Jesucristo clama pidiendo venganza contra el sacerdote sacrílego, más alto que clamaba la sangre del inocente Abel contra Caín (*Revel.*, l. 4, c. 132), como el Señor reveló a Santa Brígida. ¡Qué horror causa a Dios y a los ángeles una misa celebrada en pecado! Bien lo dio a demostrar el Señor cierto día del año 1688 a sor María del Crucificado, en Sicilia, como se lee en su vida. Oyó en primer lugar el fúnebre sonido de una trompeta que tronaba por todo el mundo: *¡Venganza, castigo y dolor!* Vio después que muchos eclesiásticos sacríle-

gos salmeaban desordenadamente con voces confusas. Luego vio que uno de ellos se levantaba para celebrar la misa; comenzó a revestirse, y mientras lo hacía cubríase la iglesia de espesas tinieblas y luto. Acercóse al altar, y cuando decía: *Introibo ad altare Dei*, sonó nuevamente la trompeta, repitiendo: *¡Venganza, castigo y dolor!*, y de pronto se vió el altar rodeado de llamas, delatorias del justo furor del Señor contra aquel indigno, apareciendo a la vez multitud de ángeles, que espada en mano, se aprestaban a ejercer la venganza de la misa sacrílega que se iba a celebrar. Al acercarse el monstruo al momento de la consagración salieron de entre las llamas innumerables disparos para apartarlo del altar y que no eran sino los temores y remordimientos de conciencia; todo en vano, porque el indigno antepo- nía la propia estimación a todos aquellos remordimientos. Profirió, por fin, las palabras de la consagración, y entonces oyó la sierva de Dios un terremoto universal que parecía hacer temblar al cielo, a la tierra y al infierno. Acabada la consagración, cambió la escena y se vió a Jesucrito, cual manso corderillo, dejándose maltratar entre las garras del lobo. En el momento de la comunión se vió oscure- cerse el cielo y caer la iglesia al valiente empuje de otro terremoto. Entonces vió que los ángeles llora- ban alrededor amargamente y más amargamente la Madre de Dios, afligida por la muerte de su inocente Hijo y por la pérdida de un hijo pecador. Después de tan tremenda y lamentable visión quedó la sierva de Dios tan aterrada y dolorida, que no hacía más que llorar. Y cuenta el autor de la *Vida* que precisamen- te en el año 1688 aconteció el extraordinario terre- moto que causó tantas ruinas en Nápoles y sus con-

tornos; de lo que se puede deducir que semejante castigo fué efecto de aquella misa celebrada sacrílegamente.

¿Habrá en el mundo, pregunta San Agustín, perfidia mayor que la de una lengua que hace bajar del cielo a la tierra al Hijo de Dios y se vuelve hacia El para ultrajarlo en el mismo momento en que lo llama? ¿Habrá en el mundo perfidia mayor que ver con las manos que se bañan en la sangre de Jesucristo se manchen, a la vez, en la sangre del pecado? (Molina, *Instr. sac.*, tr. 1, c, 5, § 2). «Al menos, dice San Bernardo al sacerdote sacrílego, al menos, indigno, cuando quieras cometer este exceso de celebrar en pecado, hazte con otra lengua que no sea la que se baña en la sangre de Jesucristo; hazte con otras manos que no sean las que se extienden para tocar su carne sacrosanta» (*Ser. de die Passion*). ¡Si tales sacerdotes, que quieren vivir como enemigos del Dios que tanto los ha sublimado, se abstuvieran al menos de celebrar indignamente sobre el altar! Pero no, dice San Buenaventura; «por no perder el mísero estipendio de una misa, unas pesetejas, decídense a cometer tan horroroso crimen» (*De praep. ad Missam*, c. 8). Pero ¿qué?, para hablar el lenguaje de Jeremías: *Acaso (los votos) y las carnes santas apartarán de ti tu maldad, de que te alborozabas?* (Ier. 11, 15). No, sino que el contacto de este cuerpo sacrosanto, por estar tú en pecado, te hará aún más reo y más digno de castigo. «Quien comete semejante delito en presencia de su juez es absolutamente inexcusable», dice San Pedro Crisólogo (*Serm.* 26).

¿De qué castigo, sobre todo, no será reo el sacerdote que, en vez de llevar consigo al altar el fuego del amor divino, lleva el fuego maloliente de impú-

dicos amores? San Pedro Damiano, considerando el castigo de los hijos de Aarón, que introdujeron en el sacrificio fuego extraño, nos precave del mismo peligro. «Quien tenga semejante atrevimiento, dice el santo, será infaliblemente consumido por el fuego de la divina justicia» (*Opusc.* 26, c. 1). Dios nos libre, por tanto, añade en otro lugar, de ir a adorar sobre el altar al ídolo de la impureza y de colocar al Hijo de la Virgen en un templo de Venus, es decir, en un corazón deshonesto (*Serm.* 60 *in vig. Nat. Dom.*). «Si aquel hombre del Evangelio, continúa San Pedro Damiano, por presentarse en el banquete sin el vestido nupcial fué condenado a las tinieblas, ¡cuánto mayor castigo será el del que, introducido a la mesa de Dios, no va adornado con vestidura conveniente, sino con la sucia impureza!» (*Opusc.* 18, diss. 1, c. 4).

«¡Desgraciado, decía San Bernardo, del que se aleja de Dios, y más desgraciado aún el sacerdote que se acerca al altar con la conciencia manchada!» (*De ord. vitae*, c. 2). Hablando el Señor cierto día a Santa Brígida de un sacerdote que celebraba la misa sacrílegamente, dijo que entraba en su alma como Esposo con deseo de santificarlo, pero que poco después se veía obligado a salir de él como juez, para castigar la injuria que aquel indigno ministro le irrogaba celebrando en pecado (*Revel.*, l. 4, c. 62).

Y si tales sacerdotes no quieren dejar de celebrar en pecado por el horror a la injuria, o mejor, a las injurias que se hacen a Dios con la misa sacrílega, al menos deberían temblar al pensar en el grave castigo que les está reservado. Dice Santo Tomás de Villanueva que «no hay castigo suficientemente riguroso para el exceso tan horrendo como es una misa cele-

brada en pecado mortal» (*De sacram. alt.*, conc. 3). El Señor dijo a Santa Brígida que tales sacerdotes son maldecidos por todas las criaturas del cielo y de la tierra (*Revel.*, l. 1, c. 47).

El sacerdote, como ya dijimos, es vaso consagrado a Dios, y así como Baltasar fué castigado por profanar los vasos del templo, así, dice San Pedro Damiano, lo será el sacerdote que celebra indignamente (*Serm. de cael. sacr.*, c. 3). Ya una mano se apresta a trazar estas terribles palabras: *Mane, tecel, fares*: contado, pesado, desgarrado. Dice *contado*, porque un solo sacrilegio basta para terminar con el número de las divinas gracias; *pesado*, porque tal exceso basta para inclinar la balanza de la divina justicia y decidir la ruina eterna del sacerdote sacrílego; *desgarrado*, porque Dios, irritado por tan atroz delito, lo rechazará de sí y apartará por toda la eternidad. A la sazón se cumplirán las palabras de David: *Delante de ellos sea su mesa un lazo* (Ps. 68, 23). El altar se convertirá para el infeliz en el lugar de su suplicio y en cadena con qué será hecho perpetuo esclavo del demonio, haciéndole perseverar obstinado en el mal, porque, al decir de San Lorenzo Justiniano, cuantos comulgan en pecado mortal permanecen más obstinados en su malicia (*S. de Euchar.*, n, 9). Ya el Apóstol había dicho: *Quien come y bebe indignamente, su propia condenación come y bebe si no discernie el cuerpo del Señor* (1 Cor, 11, 29). «¡Oh sacerdote!, exclamaba a este respecto San Pedro Damiano, que vas a sacrificar al Eterno Padre a su mismo Hijo, no quieras sacrificarte a ti mismo antes como víctima al demonio» (*Opus.*, 17, c. 3, de cael, sac.).

CAPITULO VIII

DEL PECADO DE ESCANDALO

El demonio empezó por inventar dioses viciosos; luego se las arregló para hacerlos adorar entre los gentiles, con el fin de que éstos creyeran era lícito pecar cuanto quisieran, perdiendo así el horror a los vicios de que les daban ejemplo sus dioses. Precisamente un gentil, Séneca, confesaba esto, diciendo: «Con estas invenciones se ha llegado a destruir en los hombres la vergüenza del pecado. ¿No será, pues, fomentar los vicios atribuirlos a los dioses y excusar el mal, con el ejemplo de la divinidad?» (*De vita beata*, c. 26, y *De brevitae vitae*, c. 16). De ahí que los desgraciados paganos, cegados de este modo, se dijeran como se lee en el mismo filósofo: «Si los dioses no se avergonzaron, ¿por qué me voy a avergonzar yo?»

Pues bien, lo que el demonio alcanzó de los gentiles mediante las deidades que propuso como imitación, lo alcanza hoy día de los cristianos mediante los malos sacerdotes, quienes con sus escándalos contribuyen a que los pobres seglares se persuadan de que les es lícito, o al menos no es tan gran mal, lo que ven hacer a sus pastores (*Pastor.*, p. 1.^a, c. 2), como señala San Gregorio. Dios puso en el mundo a los sacerdotes para que fueran ejemplo a los demás, como el Salvador fué enviado por el Padre para ser

ejemplo de todos: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros* (Io. 20, 21). Por esto «San Jerónimo escribió a un obispo que procurase evitar toda acción que pudiera arrastrar al pecado a quienes quisieran imitarlo» (*Ep. ad Heliod.*).

El pecado de escándalo no consiste tan sólo en aconsejar a otros directamente obrar el mal, sino también en inducir indirectamente con la obra a que peca nuestro prójimo, como Santo Tomás y otros definen el escándalo. Para conocer cuán grande malicia sea el escándalo, basta saber lo que escribió San Pablo: que quien ofende a su hermano, haciéndolo caer en pecado, ofende propiamente a Jesucristo (1 Cor. 8, 12). Y San Bernardo da la razón diciendo que el escandaloso hace que Jesucristo pierda las almas que redimió con su sangre; por eso dice que Jesucristo padeció mayor persecución de parte de los escandalosos que de los que le crucificaron (*In Convers. S. Pauli*, serm. 1).

Pues bien, si el escándalo es detestable en todos, hasta en los seglares, ¡cuánta mayor malicia encerrará en los sacerdotes, puestos por Dios en la tierra para salvar a las almas y conducir las al cielo! El sacerdote es llamado sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5, 13-14). El oficio de la sal es conservar las cosas, y éste es precisamente el oficio del sacerdote: conservar las almas en gracia de Dios. ¿Qué serán los demás, pregunta San Agustín, si los sacerdotes no hacen el oficio de la sal? (*De serm. Dom. in monte*, l. 1, c. 6). Por tanto, continúa el santo, esta sal de nada valdrá, sino para ser arrojada de la iglesia y pisoteada por todos. Y si esta sal, en vez de conservar, se emplease en corromper, es decir, si este sacerdote, en vez de salvar, se emplease en hacer que las almas

se perdieran, ¿qué castigo merecería?

El sacerdote es también luz del mundo, por lo que dice San Juan Crisóstomo que el sacerdote ha de resplandecer de tal modo por su vida virtuosa que ilumine a los restantes hombres a imitarlo (*De sacerdot.*, l. 6). Y si esta luz se trocase en tinieblas, ¿qué sería del mundo, sino tinieblas y ruina? Los malos sacerdotes, decía San Gregorio, son causa de la ruina del pueblo (p. 1.^a, c. 2). Lo mismo escribió el santo a los obispos de Francia, exhortándolos a castigar a los sacerdotes escandalosos (*Ep.*, l. 9, c. 64), que es lo que había ya dicho el profeta Oseas: *La suerte del sacerdote será cual la del pueblo* (Os. 4, 9). Dijo también el Señor por Jeremías: *Y empaparé de grosura el alma de los sacerdotes, y mi pueblo se saciará de mis bienes* (Ier. 31, 14). Por esto decía San Carlos Borromeo que «si los sacerdotes son ricos y fecundos en virtudes, lo serán también los pueblos» (*In Synod. dioeces.*, II, or. 1).

Tomás de Cantimpré escribe que el demonio dijo en París a cierto eclesiástico que predicara al clero y le dijese que saludara y agradeciese de parte de los príncipes de las tinieblas a los príncipes de la Iglesia por el gran número de almas que por su causa se condenaban (*De Apib.*, l. 1, c. 20). De esto precisamente se lamenta el Señor por Jeremías: *Rebaño descarriado era mi pueblo; sus pastores habíanlo extraviado* (Ier. 50, 6). No hay remedio, dice San Gregorio; «cuando el pastor va al precipicio, van también con él las ovejuelas» (*Past.* p. 1.^a, c. 2). «El mal ejemplo de los sacerdotes arrastra consigo la depravación del pueblo» (*In Conv. S. Pauli*, serm. 1). «Si un seglar, añade, se pierde, piérdese solo; pero si se pierde un sacerdote, hará que se pierdan muchos

otros, especialmente si son súbditos suyos» (Ep. 127). Mandó el Señor en el Levítico que se inmolará un corderillo por el pecado de un solo sacerdote, como por los pecados de todo el pueblo; de lo que deduce Inocencio III, papa, que el pecado del sacerdote pesa tanto como los pecados de todo el pueblo, porque el sacerdote con su pecado arrastra tras de sí a todo el pueblo a pecar (*In consecr. pont.*, serm. 1, 4-3); que es lo que Dios mismo declaró en el Levítico: «*Si fuere el sacerdote ungido quien ha pecado, haciendo así culpable al pueblo, presentará a Yahveh por el pecado cometido un novillo sin defecto en sacrificio expiatorio.*» De aquí que, hablando San Agustín a los sacerdotes, les diga: «No vayáis a cerrar el cielo a los fieles, pues se lo cerráis cuando os ven vivir mal» (*Ad Fratr. in er.*, serm. 36). Un día dijo el Señor a Santa Brígida que los pecadores, al ver el mal ejemplo de los sacerdotes, se animan a pecar y hasta llegan a gloriarse de los pecados de que antes se avergonzaban (*Revel.*, l. 4, c. 132). Por eso añadía que los sacerdotes serán mayormente maldecidos que los demás, porque su mala vida es causa no tan sólo de la propia perdición, sino de la ajena.

Escribe el autor de la *Obra imperfecta* que a la vista del árbol de hojas pálidas y ajadas se deduce que está enfermo de la raíz; e igualmente, cuando se ve un pueblo corrompido, se debe deducir con toda justicia que sus sacerdotes son también malos (*Hom. 38 in Mat*). En efecto, añade, la vida de los sacerdotes, es la raíz de que participan los fieles, que son los ramos. E igualmente decía San Ambrosio que los sacerdotes son la cabeza por la que pasan los espíritus vitales a los miembros, que son los seglares. *Toda la cabeza está enferma... Desde la planta del*

pie hasta la cabeza no hay en él parte ilesa (Is., 1, 5-6). De lo mismo se quejaba San Isidoro, diciendo: «Cómo se quiere encontrar buena salud en el cuerpo, si no se halla en la cabeza?» (*Sent.*, l. 3, c. 38). «¿Quién, añade San Bernardo, se pondrá a buscar en el fango el agua límpida de la fuente? ¿Es que voy a pasar por bueno el recibir excelentes consejos de quien no sabe dárselos a sí mismo?» (*Offic.*, l. 2. c. 12). Hablando del mal ejemplo de los príncipes, decía Plutarco que «éstos colocan el veneno no ya en el vaso, sino en la fuente, envenenándose luego cuantos de ella se sirvan» (*Opusc. Max. cum princip. philos.*). Esto se aplica de modo especial al mal ejemplo de los sacerdotes; que por eso Eugenio III dice que «los pecados de los inferiores han de achacarse principalmente a los malos superiores» (*De consid.*, l. 3, c. 5 *apud S. Bernard.*).

San Gregorio llama a los sacerdotes *padres de los cristianos* (*In Ev.*, hom 17), e igualmente el Crisóstomo, quien dice que el sacerdote, como vicario de Dios, está obligado a cuidar de todos los hombres, por ser padre de todo el mundo (*In 2 Tim.*, hom. 6). Y así como el padre es doblemente culpable cuando da mal ejemplo a sus hijos, así pasa con el sacerdote que da mal ejemplo a los seglares. «¿Que hará el seglar, pregunta Pedro de Blois, sino lo que vea hacer a su padre espiritual?» (*Serm.* 57). Lo mismo hacía notar San Jerónimo a un obispo: Cuanto usted haga, creerán los demás deber hacerlo (*Ep. ad Heliod.*). Como nota Cesáreo, «los seglares dicen cuando pecan por ver los malos ejemplos del eclesiástico: ¿Es que no hacen esto los miembros más elevados del clero?» (*Serm.* 15). Y San Agustín pone en boca del seglar estas palabras: «¿Para qué me mandas? Si los

eclesiásticos no lo hacen, ¿cómo quieres que lo haga yo?» (*Serm. 137, de verb. Dom*). «Cuando los sacerdotes, en lugar de edificar, dice San Gregorio, escandalizan, hacen en cierto modo que el pecado deje de ser aborrecido y pasa a ser honrado» (*Past.*, p. 1.^a, c. 2).

Tales sacerdotes son, por lo tanto, a la vez, padres y parricidas, por ser causa de la muerte de sus hijos, como se lamenta San Gregorio: «Ya veis los dardos que llevan la muerte a las filas del pueblo; ¿cuál es la causa de tamaño mal, sino nuestros pecados? Sí; nosotros damos la muerte al pueblo, cuando debiéramos ser sus guías en los caminos de la vida» (*In Ev.*, hom. 17). Dirá tal vez algún obcecado: «Yo he de dar cuenta de mis pecados, pero ¿qué me importa de los pecados de los demás?» Digan lo que quieran, pero oigan lo que escribe San Jerónimo: «Si decis: Me basta con mi conciencia y no me preocupo de lo que digan los hombres, escuchad lo que os responde el Apóstol: *Próvidos en procurar lo bueno a los ojos de todos los hombres* (Rom. 12, 17). Dice San Bernardo que «los sacerdotes escandalosos, a la vez que se matan a sí mismos, matan también a los demás» (*In Cant.*, serm. 77). Y, como escribe en otro lugar, no hay peste más nociva para los pueblos que la ignorancia y la corrupción reunidas de los sacerdotes (*De ord. vitae*, c. 1). El mismo santo escribe, además, que «muchos sacerdotes son católicos en sus sermones y herejes en sus costumbres, porque hacen más daño con sus malos ejemplos que los herejes con sus falsos dogmas, ya que las obras tienen más fuerza que las palabras» (*S. ad Past. in syn.*).

Decía Séneca que «para enseñar la virtud o el vicio, el camino doctrinal es largo, al paso que el ca-

mino de los ejemplos es corto» (Ep. 6). Después de él escribió San Agustín, hablando especialmente de la castidad sacerdotal: «La castidad es indispensable a todos, pero de modo especial a los ministros del altar de Cristo, porque su vida ha de ser una predicación continua para los demás» (*Serm.*, 291 *de temp.*). Y, «¿cómo va a predicar la castidad el esclavo de la impureza?», preguntaba San Pedro Damiano (*Opusc.*, 17, c. 3). Decía San Jerónimo que «el mismo estado que ejerce el sacerdote y sus mismos hábitos talarés exigen la santidad» (Ep. 58). ¿Qué escándalo, pues, tan grande habría en la Iglesia si se viera que quien está revestido de las sagradas órdenes diera ejemplos viciosos?, se pregunta San Gregorio (*Past.*, p. 1.^a, c. 2). Y «¿qué desorden más terrible todavía, añade San Isidoro de Pelusio, que el del sacerdote prevaleciendo de su dignidad como de armas para el pecado?» (*Ep.*, l. 2, ep. 21). Tal sacerdote, como dice Ezequiel, *deshonra su belleza* (Ez. 16, 25). San Bernardo dice que «los sacerdotes que no dan buen ejemplo son la burla de todo el pueblo» (*De consid.*, l. 4, c. 6). «Es gran desorden, observa el autor de la *Obra imperfecta*, ver sacerdotes que viven como seglares; pero ¿qué será ver sacerdotes que viven peor que los mismos seglares?» (*Hom.* 40). Y «¿qué buen ejemplo, añade San Ambrosio, podrá el pueblo tomar de ti si ven en ti, a quien consideran santo, acciones de las que ellos se avengonzarían?» (Ep. 6).

Escuchad esto, ioh sacerdotes!..., dice el Señor por Oseas, *porque a vosotros afecta esta sentencia, pues habéis constituido un lazo para Mispá y una red extendida sobre el Tabor* (Os. 6, 1). Quienes cazan con red, para atraer a otros pajarillos se sirven de reclamos, que no son sino otros pajarillos presos ya de las

redes. También el demonio se vale de los escandalosos para cautivar a otros en sus redes. Dice San Efrén que «el alma presa vale de reclamo para apresar otras almas» (*De recta viv. rat.*, c. 22). De estos escandalosos se quejaba Dios, diciendo por Jeremías: *Pues se encuentran en mi pueblo malvados que tienden la red; a manera de acechantes pajare-ros ponen trampas para cazar a los hombres* (Ier. 5, 26). Pero «a quienes buscan preferentemente los demonios, dice San Cesáreo Arelatense, para valerse de tales lazos, es a los sacerdotes escandalosos, a quienes llama palomas de que se valen los cazadores (demonios) para cazar a los demás» (*Hom.* 35).

Cuenta un autor que antiguamente, cuando pasaba por la calle un simple clérigo, todo el mundo se levantaba e iba a rogarle lo encomendase a Dios. ¿Sucedé hoy también así? ¡Ay!, exclama Jeremías; *cómo se ha oscurecido el oro; ha degenerado el oro mejor. Las piedras brillantes yacen esparcidas en las esquinas de todas las calles* (Lam. 4, 1). El oro, es decir, los eclesiásticos, como explica el cardenal Hugo, perdió su excelente color, es decir, el vivo esplendor de la santa caridad, y se ha oscurecido, es decir, ya no resplandece con los buenos ejemplos. Las piedras del santuario (los sacerdotes, como quiere San Jerónimo) están esparcidos por los caminos, de modo que no sirven más que para hacer tropezar a los pobres seglares en el vicio. Todo esto lo comenta precisamente San Gregorio con estas palabras: «El oro se ha oscurecido, porque los sacerdotes deshonran su vida con réprobos obras; se ha empeñado el vivo destello del oro, porque el tenido por santo ha caído ignominiosamente, despreciado por sus abyectas acciones. Las piedras del santuario están

esparcidas a la entrada de todas las plazas, porque apenas hay ya asuntos seculares que no administren los sacerdotes» (*In Ev.*, hom. 17).

Se lee en el Cantar de los Cantares: *Los hijos de mi madre se indignaron contra mí* (*Cant.* 1, 5), palabras que Orígenes aplica a los sacerdotes que se arman con sus escándalos contra su misma madre, que es la Iglesia. San Jerónimo añade que la Iglesia es devastada por la mala vida de los sacerdotes (*Ep. ad Sabin*). Comentando San Bernardo aquel paso de Ezequías: *He aquí que en salud se me ha trocado la amargura* (*Is.* 38, 17), pone estas palabras en boca de la Iglesia: «Tengo paz por parte de los paganos, paz por parte de los herejes, y no la tengo por parte de los hijos» (*In Cant.*, serm. 33). Al presente, dice la Iglesia, no estoy perseguida por los gentiles, pues cesaron los tiranos; no por los herejes, pues cesaron las herejías; sin embargo, soy perseguida por mis mismos hijos, que son los sacerdotes, quienes con su mala vida me roban tantas almas. No, dice San Gregorio, nadie daña tanto a la causa de Dios como los sacerdotes, que, establecidos por Dios para corrección de los demás, son los primeros en dar malos ejemplos (*In Ev.*, hom. 17). Los sacerdotes con su mal ejemplo son la causa de que se vitupere su ministerio, predicaciones, misas y todos sus ejercicios religiosos. De aquí este aviso del Apóstol a los sacerdotes: *Trabajemos, no dando en nada ocasión alguna de tropiezo, para que no sea mojado el ministerio, antes bien, acreditándonos en todo como ministros de Dios* (2 Cor. 6, 3-4). «Si la ley de Cristo es despreciada, dice Salviano, tenemos la culpa de ello los sacerdotes». Añade San Bernardino de Siena que «muchos cristianos, al ver los malos ejemplos de los

sacerdotes, llegan hasta a vacilar en la fe y hasta abandonarse a los vicios, con desprecio de los sacramentos, del infierno y del paraíso» (*De duob. poenit. imped.*, serm. 19, a. 2, c. 1).

Escribe el autor de la *Obra imperfecta* que «los infieles, al ver la mala vida de los sacerdotes, decían que el Dios de los cristianos o no era verdadero o era malo; porque si fuese bueno, decían, ¿cómo podría soportar sus pecados?» (*Hom.* 10). En la plática acerca de la misa contaremos más detenidamente el hecho del hereje que estaba dispuesto a convertirse, pero que no lo hizo por haber visto que un sacerdote celebraba en Roma la santa misa, atropelladamente, diciendo que ni el mismo papa tenía fe, pues de otro modo, al conocer a tales sacerdotes, tendría que quemarlos vivos.

Decía San Jerónimo que «no había encontrado en la Historia quienes hubieran infestado a la Iglesia de herejías y pervertido a los pueblos más que los sacerdotes» (*In Ocean.*, c. 9). Pedro de Blois añadía que «las herejías se han multiplicado por la negligencia de los sacerdotes» (*Serm.* 50). Y en otro lugar añade que «por culpa de los sacerdotes se ha visto pisoteada la Iglesia de Cristo y ha llegado a ser despreciada» (*Serm.* 60, in c. 5 *Oseae*). Piensa San Bernardo que «hacen más daño los sacerdotes escandalosos que los mismos herejes; porque de los herejes, dice, nos podemos guardar, pero ¿cómo nos habremos de guardar de los sacerdotes, de quienes necesariamente habremos de ser asistidos?» (*In Cant.*, serm. 83).

¡Qué castigo tan grande está reservado a los sacerdotes escandalosos! Si a cualquier seglar escandaloso está reservado gran castigo (Mt. 17, 7), ¿cuánto mayor sobrevendrá a quien Dios eligió entre los de-

más por ministro suyo? (Eccli. 45, 4). Jesucristo lo eligió para reportar de él fruto de las almas (Io. 15, 16), y él con sus malos ejemplos les causó la ruina. Dice San Gregorio que estos tales merecen tantas muertes cuantos son los malos ejemplos dados (*Past.*, p. 3.^a, c. 1). Hablando el Señor especialmente de los sacerdotes, dijo a Santa Brígida: «Serán doblemente maldecidos por haberse perdido a sí mismos y a los demás» (*Revel.*, l. 4, c. 132). Los sacerdotes están encargados de cultivar la viña del Señor, pero el Señor arroja de la viña a los malos obreros, es decir a los malos sacerdotes, para encomendarla a otros que produzcan mejores frutos (Mt. 21, 41).

¡Ay de mí!, ¿qué será de los sacerdotes escandalosos en el día del juicio? *Los asaltaré como osa privada de sus cachorros* (Os. 13, 8). ¡Con qué furor se abalanza la osa contra el cazador que le va a arrebatrar y matar a sus cachorros! Así declara Dios que se lanzará, en el día del juicio, contra los sacerdotes que, en vez de salvar las almas, hayan contribuido a su pérdida. Y, como dice San Agustín, si en aquel día del juicio apenas si se podrá rendir cuenta de sí mismo, ¿qué será de aquellos sacerdotes que tendrán que rendirla de tantas almas como habrán perdido? (*Serm.* 287) En la *Obra imperfecta* se lee: «Si los sacerdotes viven entregados al pecado, todo el pueblo se hunde en los vicios; por eso cada cual dará cuenta de su pecado, al paso que los sacerdotes la darán de los pecados de todos» (*Hom.* 38, *in Mt.*). ¡Cuántos seglares, cuántos pobres aldeanos y cuántas mujerinas, en el valle de Josafat, serán motivo de confusión para los sacerdotes! El autor de la *Obra imperfecta* añade aún: «En el día del juicio se verá cómo hay seglares que recibirán la estola sacerdotal,

en tanto que se verán también sacerdotes despojados por sus pecados de la dignidad sacerdotal y mezclados entre los infieles y los hipócritas» (*Hom.* 40). Guardémonos, pues, sacerdotes míos, de contribuir a la perdición de las almas con nuestros malos ejemplos, ya que el Señor nos puso en el mundo para salvarlas. De aquí que hayamos de estar en guardia no sólo contra las obras ilícitas de por sí, sino también, como dice San Pablo, de las que tienen apariencia de mal (*1 Thess.* 5, 22). Razón tuvo el concilio de Agde para ordenar que salieran de las casas de los sacerdotes las muchachas jóvenes (*Con. Agath.*, c. 2). Vivir con estas criadas jóvenes, aun cuando no fueran ocasión de pecado (lo que es imposible), al menos tiene apariencia de mal y puede ser ocasión de escándalo para otros. Por eso también nos recomienda al Apóstol que nos debemos privar aun de lo lícito para *no ser tropiezo para los débiles* (*1 Cor.* 8, 9). Abstengámonos también de repetir ciertas máximas mundanas, tales como: No hay que dejarse pisotear; hay que disfrutar de esta vida; ¡felices los ricos!: Dios está lleno de misericordia y de compasión (dirigiéndose a pecadores que persisten en su pecado).—¡Qué escándalo tan grande fuera el alabar a quien obra mal; por ejemplo, al vengativo o al que vive entretenido en amistades peligrosas! Alabar a estos tales, dice San Juan Crisóstomo, es mucho peor que cometer el mismo mal (*De Saul et David*, hom. 2). Finalmente, si alguno, por desgracia, hubiera en lo pasado escandalizado o sido ocasión de escándalo, este tal está obligado, como ya se comprende, a repararlo públicamente con buenos ejemplos externos.

CAPITULO IX

DEL CELO QUE HA DE ANIMAR A LOS SACERDOTES

Nótese que en la predicación de ejercicios al clero, el más importante de todos los discursos, y a la vez el más útil, es este sermón sobre el celo; porque si se consigue que uno de los sacerdotes asistentes se resuelva, como hay que esperarlo de la gracia de Dios, a darse de lleno a la salvación del prójimo, se habrá conseguido no tan sólo la salvación de un alma, sino la de ciento y la de mil que se salvarán por medio de este sacerdote.

Hablaremos en este capítulo:

1.º De la obligación en que se hallan todos los sacerdotes de trabajar por la salvación de las almas.

2.º Del placer que causa a Dios el sacerdote que se dedica a la salvación de las almas.

3.º De la salvación eterna y del extraordinario premio que puede esperar de Dios el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas.

4.º Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso.

I. De la obligación en que se hallan todos los sacerdotes de trabajar por la salvación de las almas

En la *Obra imperfecta* se leen estas palabras: «Hay muchos y hay pocos sacerdotes; muchos de nombre,

pero pocos por sus obras» (*Hom. 43 in Mt*). El mundo está lleno de sacerdotes, pero son contados los que se esfuerzan por ser sacerdotes de verdad, es decir, por satisfacer el oficio y la obligación del sacerdote, que es salvar las almas. Grande es la dignidad de los sacerdotes, pues son colaboradores del mismo Dios (1 Cor. 3, 9), y no puede haber cosa más digna, dice el Apóstol, que ser cooperador de Jesucristo en la salvación de las almas, redimidas por El. Por esto llamaba el Areopagita divina, y «la más divina de todas las dignidades, a la dignidad sacerdotal» (*Ibid.*, c. 3). En efecto, como añade San Agustín, «se necesita mayor poder para justificar un pecador que para crear el cielo y la tierra» (*In Io.*, tr. 52). San Jerónimo llamaba a los sacerdotes salvadores del mundo (*In Abd.*, 21); San Próspero los llamaba administradores de la casa real de Dios (*De vita cont.*, l. 2, c. 2), y ya antes que ellos, Jeremías los llamó pescadores y cazadores del Señor: *Yo enviaré muchos pescadores...; y después de todo enviaré muchos cazadores, y los cazarán sobre todo monte, y encima de todo collado, y en las hendiduras de las rocas* (Ier. 16, 16). San Ambrosio aplica este pasaje precisamente a los sacerdotes que conquistan para Dios a los más perdidos pecadores, librándolos de todos sus vicios; por *monte* entiende la soberbia; por *collado*, la pusilanimidad, y por las *hendiduras de las rocas*, los malos hábitos, que llevan consigo las tinieblas en el espíritu y la frialdad en el corazón. Pedro de Blois decía que a Dios no le ayudó nadie en la obra de la creación, y, sin embargo, en el misterio de la redención quiso tener cooperadores (*Serm. 47*). ¿Quién será en la tierra mayor que el sacerdote? El Crisóstomo decía: «Al rey se ha confiado lo de aquí abajo, en tanto

que a mí, sacerdote, se me han encomendado las cosas celestiales» (*De verbis Is.*, hom. 4); e Inocencio III añadía: «Aun cuando la Santísima Virgen era superior a los apóstoles, sin embargo Dios no le encomendó a ella las llaves del reino de los cielos» (Cap. *Nova quaedam. de Poen. et Rem*).

San Pedro Damiano llama al sacerdote conductor del pueblo de Dios (*Opusc.* 25, c. 2); San Bernardo lo llama guardián de la Iglesia, que es la esposa de Cristo (*In Cant.*, serm. 77, *ad cler*); San Clemente, Dios de la tierra (*Const. Apost.*, l. 2, c. 2), puesto que por medio de los sacerdotes se forman los santos aquí abajo. Dice San Flaviano que «toda la esperanza y la salvación de los hombres está en manos de los sacerdotes» (*Ep. ad S. Leon*); y San Juan Crisóstomo añade que nuestros padres nos engendran para la vida presente, en tanto que los sacerdotes lo hacen para la futura» (*De sacerdot.*, l. 3). «Sin sacerdotes, dice San Ignacio Mártir, no habría santos en la tierra» (*Ep. ad Trull.*). Y antes había dicho Judit que de los sacerdotes depende la salvación de los pueblos (*Judith* 8, 21). Los sacerdotes enseñan a los seglares a vivir en la práctica de las virtudes y de ellos depende la salvación de los seglares; por eso decía San Clemente: «Honrad a los sacerdotes que os guían por los senderos de la santidad» (*In Const. Apos.*).

Grandísima es, por tanto, la dignidad de los sacerdotes; pero también es grande la obligación que sobre ellos pesa de cuidar de la salvación de las almas: *Todo pontífice, escogido de entre los hombres, es constituido en pro de los hombres cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr. 5, 1). Y continúa: *capaz de ser indulgente con los ignorantes y extraviados* (ibid.

2). De aquí se sigue que el sacerdote ha recibido de Dios doble misión: la de honrarlo con sacrificios y la de salvar las almas, instruyendo a los ignorantes y convirtiendo a los pecadores.

Hay diferencia completa entre eclesiásticos y seculares; éstos se aplican a cosas terrenales y no miran más que a sí mismos; aquéllos, *linaje escogido, real sacerdocio* (1 Pet. 2, 9), constituyen el pueblo de la elección encargado de adquirir tesoros, pero ¿de qué clase?; y responde San Ambrosio: «Su oficio es ganar almas y no plata» (*Serm.* 78 in. 1 *Is*). El mismo nombre de sacerdote, comenta San Antonino, expresa la naturaleza de sus funciones, pues viene de *sacra docens* (*Summ.*, p. 3.^a, tit. 14, c. 7) o, como quiere San Tomás, de *sacra dans* (p. 3.^a, q. 22, a. 1). Honorio de Autun dice que *presbyter* se deriva de *praebens iter*, el que se abre al pueblo el camino por donde se llega del destierro a la patria (*Gemma an.*, l. 1, c. 171). Todo esto está conforme con lo que dice San Ambrosio, quien llama a los sacerdotes «guías de la grey de Cristo» (*De dignit. sac.*, c. 2); y saca esta conclusión: «Que la vida responda al nombre, que el nombre no sea una palabra vacía, y así se evitará un gran crimen» (*Ibid.*, c. 3). Por lo tanto, si el nombre de *sacerdote* y de *presbítero* indican que el sacerdote ha de ser sostén y guía de las almas en las vías de salvación, deben estar concordes el nombre y las obras, para que el nombre no sea título vano y las obras no se conviertan en delito, pues «el daño del rebaño es ignominioso para el pastor», como dice el mismo santo doctor (*Reg. Monach, de Laud. de vit*).

«Si quieres, por tanto, desempeñar los oficios de sacerdote, dice San Jerónimo, haz de modo que salves tu alma salvando la de los demás» (*Ep. ad Paul*).

Preservar las almas de la corrupción del mundo y conducir las a Dios, tal es, según San Anselmo, el oficio propio del sacerdote. Y, según el abad Felipe de Buena Esperanza, el Señor separó a los sacerdotes del resto de los hombres para que trabajen no sólo en su propia salvación, sino también en la de los demás (*De dignit. cler.*, c. 2). El celo nace del amor, como dice San Agustín; y por eso, así como la caridad nos obliga a amar a Dios y al prójimo, así el celo nos fuerza, primero, a procurar la gloria de Dios y a impedir su deshonor, y luego, a procurar el bien del prójimo y a impedir su mal.

No digas que eres simple sacerdote, sin cargo de almas, y que, por lo tanto, te basta con ocuparte de ti mismo. No; todos los sacerdotes están obligados a atender, en modo que les sea dado, a la salvación de las almas según sus necesidades. Por eso, cuando la falta de confesores constituye una gran necesidad espiritual para las almas, el simple sacerdote estará obligado a confesar, como lo probamos en nuestra obra de Moral, y si viere que no es hábil para ello, está obligado a estudiar para hacerse hábil. Tal es el parecer del sabio P. Pavone, de la Compañía de Jesús, y no sin razón; porque así como Dios envió a Jesucristo a salvar el mundo, así Jesucristo destinó a los sacerdotes para convertir a los pecadores (Io. 20, 21). Por esto ordenó el Tridentino que quienes aspiran al sacerdocio se examinen de su idoneidad para la administración de los sacramentos (*ses. 23, c. 14 de Reform*). Para este fin, dice también el Angélico, constituyó Dios en el mundo el orden sacerdotal, para que hubiese hombres encargados de santificar a los demás por la administración de los sacramentos (*Supp.*, q. 34, a. 1). Y de modo especial están orde-

nados los sacerdotes para administrar el sacramento de la penitencia, ya que después de las palabras que hemos citado: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío* (Io. 20, 21), añade inmediatamente: *Esto dicho, sopló sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, perdonados les son; a quienes los retuviereis, retenidos quedan* (Io. 20, 22. 23). Y si el absolver los pecados es una de las principales obligaciones del sacerdote, también será otra obligación la de prestarse a desempeñar ese oficio, al menos cuando la necesidad lo exige, para no incurrir en el reproche de San Pablo a sus compañeros sacerdotes: *Secundando la obra de Dios, os exhortamos por nuestra parte que no hayáis recibido en vano la gracia de Dios* (2 Cor. 6, 1).

Dios destinó a los sacerdotes para que fuesen sal de la tierra, perseverando a las almas de la corrupción del pecado, como escribe el Venerable San Beda (*In Mt.*, 5, 13); pero si la sal no sala, ¿para qué vale sino para ser arrojada fuera de la casa del Señor y pisoteada por todos? (Mt. 5, 13).

El sacerdote, dice San Juan Crisóstomo, es como el padre de todos, y por eso debe cuidar de todas las almas a quienes pueda ayudar con su ministerio, cooperando a su salvación con las propias fatigas (*In 1 Tim.*, hom. 6).—Los sacerdotes son además, médicos destinados por Dios para la curación de todas las enfermedades de las almas, como los llaman Orígenes y San Jerónimo. Por eso añade San Buenaventura: «Si el médico huye de los enfermos, ¿quién los cuidará?» (*De sex. alis.*, c. 2).

Llámase también a los sacerdotes muros de la Iglesia (*In Ps.* 118); y el autor de la *Obra imperfecta* añade: «Los sacerdotes son las piedras que sostienen

la Iglesia» (Sam. 4, 1). San Euquerio los llama columnas que sostienen al mundo para impedir que se caiga (*Hom. de dedic. Eccl.*). Finalmente, San Bernardo los llama la misma casa de Dios, Afirmamos, pues, con el autor de la *Obra imperfecta*, que, si caen los muros, se hunden los cimientos y se derriban las columnas (*Hom.* 47); si, en fin, cae toda la casa, ¿cómo se la podrá reparar?

El autor de la *Obra imperfecta* llama también a los sacerdotes colonos de la viña del Señor (*Hom.* 40 *in c.* 2 *Mt.*); pero, ¡oh Dios!, se lamenta San Bernardo, «los labradores no perdonan fatigas ni sudores y trabajan todo el día en el cultivo de sus viñas» (*Declam.*, n. 10, 12), y ¿qué es lo que hacen los sacerdotes, puestos por Dios para cultivar su viña?; y continúa respondiendo el santo: «Duérmense en la ociosidad y consumen sus fuerzas en medio del ocio y de los placeres terrenales».

La mies es mucha, mas los obreros, pocos (Mt. 9, 37). No, no bastan los obispos ni los párrocos para cubrir las necesidades espirituales de los pueblos; si Dios no hubiera enviado a los demás sacerdotes para auxilio de las almas, no habría provisto suficientemente a su Iglesia. Dice Santo Tomás que los doce apóstoles destinados por Jesucristo para la conversión del mundo fueron figura de los obispos, y que en los setenta y dos discípulos estuvieron prefigurados todos los sacerdotes, establecidos para trabajar en la salvación de las almas, que son el fruto que el Salvador busca de los sacerdotes (Io. 15, 16). Por eso San Agustín llama a los sacerdotes administradores de los intereses de Dios (*Ad Fratr. in er.*, serm. 36). Los sacerdotes recibieron la misión de extirpar los vicios y las máximas perniciosas de los pueblos y ha-

cer que florecieran las virtudes y las máximas eternas. En el día en que el Señor exalta a alguien al sacerdocio, le impone la misma obligación que antaño a Jeremías: *Ve que te constituyo hoy sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar* (Ier. 1, 10).

Ignoro cómo se podrá excusar de culpa el sacerdote que viendo la grave necesidad de las almas de su región y pudiéndolas ayudar con la enseñanza, con la predicación de la divina palabra y hasta con oír sus confesiones, lo omite por pereza; ignoro, repito, cómo este tal en el día del juicio se verá libre del reproche y del castigo con que amenaza el Señor al siervo ocioso que esconde el talento que se le había dado para negociar, como se lee en el capítulo 25 de San Mateo. El amo le había dado el talento para trabajar, y el perezoso lo escondió; cuando aquél le pidió cuenta de las ganancias que le había producido, hubo el criado de responder: *Escondí tu talento en la tierra; ahí tienes lo tuyo* (Mt. 25, 25). Y precisamente fué esto lo que el amo le echó en cara: ¡Cómo!, le dijo, ¿conque te di el talento para que negociaras con él y me lo devuelves sin haber ganado nada?; y ordenó a continuación que fuese arrojado el siervo inútil a las tinieblas exteriores: *Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene los diez talentos...; y al siervo desaprovechado arrojadlo a las tinieblas de allá fuera* (Mt. 25, 28-30). Por las tinieblas exteriores se entiende el fuego del infierno, que está privado de luz, es decir, que está fuera del cielo, como explican los intérpretes.

Este pasaje del Evangelio, San Ambrosio y otros varios, como Calmet, Cornelio Alápide y Tirini, lo

aplican precisamente a los que pueden procurar la salvación de las almas y no lo hacen, por negligencia o por vano temor de pecar. Fíjense en este pasaje, dice Cornelio Alápide, quienes por desidia o por miedo de pecar no usan para su salvación y la del prójimo los talentos, ciencia y otros dones de que Dios los ha dotado. Jesucristo se lo demandará en el día del juicio (*In Mt.*, 25, 18). Y San Gregorio añade: Atiéndanlo los sacerdotes perezosos: «Quien no ha querido emplear su talento será privado de él y además será castigado con sentencia de condenación» (*Past.*, p. 3.^a, c. 1, adm. 26). Y Pedro de Blois: «Quien hace fructificar en beneficio ajeno el don de Dios recibido, merece recibir más abundantemente de lo que ya tiene; en cambio, quien esconde el talento del Señor se verá despojado hasta de lo que parece que tiene» (*De Inst. Episc.*). Dice San Juan Crisóstomo que «no puede llegar a comprender que se pueda salvar el sacerdote que no se preocupa de la salvación del prójimo» (*De sacerdot.*, l. 6). Más aún, hablando de la parábola anterior, añade que la negligencia de tal sacerdote en hacer fructificar dicho talento será a la vez delito y causa de su eterna condenación (*ibid*). Y San Agustín, a quienes dicen les basta salvar su alma, increpa: «¿Qué es lo que dices? ¿No te acuerdas del criado que escondió el talento?» (*In Io.*, tr. 10). Dice San Próspero que al sacerdote no le bastará para salvarse vivir santamente, porque se perderá con quienes se perderán por culpa suya (*De vita cont.*, l. 1. c. 20). Leemos en los Cánones apostólicos: «El sacerdote que no cuidara del clero o del pueblo a él encomendado, será separado de sus hermanos, y si persevera en su negligencia será depuesto» (Can. 57). ¡Cómo!, le pregunta San León,

¿conque tú quieres el honor del sacerdocio y luego no quieres trabajar por las almas? (*Ep. ad Turrib.*, c. 16). El concilio de Colonia decretó a quien se introdujera en el sacerdocio sin intención de dedicarse a desempeñar el oficio de vicario de Jesucristo, que es la salvación de las almas, se le castigara con notable y severo castigo, como a lobo y ladrón, según dice el Evangelio.

San Isidoro no duda en condenar como reos de culpa grave a los sacerdotes que descuidan la instrucción de los ignorantes o la conversión de los pecadores (*Sent.*, l. 3, c. 46). San Juan Crisóstomo dice: «Muchas veces los sacerdotes no se condenan por sus propios pecados, sino por los que no evitaron en otros» (*Hom. 3 in act*). Dice Santo Tomás que el sacerdote que por negligencia o por ignorancia no presta auxilios a las almas se hace reo ante Dios de todas las almas que por culpa de él se perdieron (y habla el Angélico del sacerdote simple, sin cura de almas) (*De officio sac.*, opusc, 65). De igual modo se expresa el Crisóstomo: «Si el sacerdote se contenta con salvar su alma y descuida la de los demás, será lanzado con los impíos a los infiernos».—Hallándose en Roma cierto sacerdote próximo a la muerte, a pesar de haber vivido vida retirada y piadosa, temía mucho por su eterna salvación. Preguntado por qué temía tanto, respondió: «Temo porque no me he preocupado de la salvación de las almas».—Y con razón temblaba, pues el Señor instituyó a los sacerdotes para salvar las almas y librarlas de los vicios; de lo que se sigue que el sacerdote no desempeña esta su incumbencia, dará cuenta a Dios de todas las almas que se pierdan por culpa suya. *Si yo dijere al impío, amonestándole que se guarde de su perverso*

camino para que viva, él, como impío, morirá por su culpa, mas yo he de reclamar su sangre de tu mano (Ez. 3, 18). De modo que, como dice San Gregorio hablando de los sacerdotes ociosos, serán reos ante Dios de todas las almas que podían haber auxiliado y que se perdieron por su negligencia (*Past.*, p. 1.^a, c. 5).

Jesucristo redimió las almas con el precio de su sangre (1 Cor. 6, 20), y el Redentor confió estas almas al cuidado del sacerdote. ¡Desgraciado, pues, de mí!, decía San Bernardo viéndose sacerdote, «si descuidara este depósito, estimado por el Salvador más precioso que su propia sangre» (*In Adv. Dom.*, serm. 3). «Los seglares darán cuenta de sus pecados propios, pero el sacerdote la dará de los pecados de todos» (*Hom. 38 in Mt*). Y antes lo había dicho el Apóstol: *Ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón* (Heb. 13, 17). De suerte, añade San Juan Crisóstomo, que «los pecados ajenos se imputan al sacerdote si éste se ha descuidado en poner remedio» (*In Act.*, hom 3). De aquí esta reflexión de San Agustín: «Si en el día del juicio apenas si se podrá rendir la cuenta particular, ¿qué acontecerá con los sacerdotes, a quienes se pedirá cuenta del alma de todos los fieles?» (*Serm.* 287). Hablando San Bernardo de quienes se hacen sacerdotes no para salvar almas, sino para vivir mejor, díceles: «¡Cuánto mejor hubierais hecho en ir a cavar la tierra o andar mendigando de puerta en puerta antes que haberos ordenado de sacerdotes!, porque en el día del juicio se oirán contra ellos las quejas de todas las almas que se condenaron por la negligencia de los sacerdotes» (*Declam.*, n. 19, c. 16).

II. Del placer que causa a Dios el sacerdote que se dedica a la salvación de las almas

Para darse cuenta de cómo desea Dios la salvación de las almas, basta sólo considerar lo que ha hecho en la obra de la redención humana. Bien claro patentizó Jesucristo este su deseo cuando dijo: *Con bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla!* (Lc. 12, 50). Parecíale desfallecer por el ansia que tenía de ver realizada la obra de la redención, que salvara a todos los hombres. De esto infiere justamente San Juan Crisóstomo que «no hay cosa más cara a Dios que la salvación de las almas» (*In Gen.*, hom. 3). Y antes escribió San Justino que nada agrada tanto a Dios como trabajar para hacer mejores a los demás. Cierta día dijo el Señor al sacerdote Bernardo Colnado, que se fatigaba mucho en la conversión de los pecadores: «Trabaja por la conversión de los pecadores, pues nada hay más agradable para mí» (cf. *Sabatin. clero sent.*, p. 1.^a, c. 4, disc. 3). Tan agradable es a Dios, añade Clemente Alejandrino, que se diría que no tiene mayor afán que ver salvos a todos los hombres (*Orat. ad Gentes*). Por eso decía San Lorenzo Justiniano hablando al sacerdote: «Si te preocupa la honra de Dios, no la podrás buscar de modo mejor que trabajando en la salvación de las almas» (*De compunct.*, p. 2.^a, n. 3).

Dice San Bernardo que a los ojos de Dios un alma vale tanto como el mundo entero (*Medit.*, c. 3); de ahí que escribiera el Crisóstomo que «quien convierte una sola alma agrada más a Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas» (*In I Cor.*, hom. 3). Asegura Tertuliano que «Dios estima tanto la salva-

ción de una ovejuela que anda fuera de camino como la salvación de todo el rebaño» (*De Poen.*). Por esto decía el Apóstol: *Me amó y se entregó a mí* (Gal. 2, 20), queriendo significar con esto que Jesucristo hubiera muerto por una sola alma, como murió por todas, según la interpretación de San Juan Crisóstomo y el significado de la parábola del Redentor acerca de la dracma perdida, a propósito de la cual escribe el Angélico: Al encontrar la dracma reunió a todos los ángeles, invitándolos a regocijarse no con el hombre, sino con El, como si el hombre fuera Dios del mismo Dios o como si la salvación divina dependiera de volver a encontrar al hombre perdido, como si no pudiera sin él ser feliz (*De Beat.*, c. 7, *opusc.* 65).

Cuentan que el obispo San Carpo tuvo una visión en la que le parecía ver cómo cierto pecador escandaloso arrastraba a un inocente al crimen. El santo, llevado de su celo, quiso precipitar al escandaloso en un pozo, al borde del cual se hallaba, cuando se le apareció Jesucristo sujetando en la mano al pecador y diciendo a San Carpo: «Golpéame de nuevo, porque de nuevo estoy presto a morir por los pecadores»; que es como si hubiese dicho: Detente y golpéame más bien a mí, porque por este pecador he dado la vida y estoy presto a darla de nuevo a trueque de no ver su perdición.

El espíritu eclesiástico, escribe Luis Habert, «consiste precisamente en el ardiente celo de promover la gloria de Dios y la salvación del prójimo» (*De sacr. Ord.*, p. 3.^a, c. 5). Natal Alejandro opinaba que no había que admitir al sacerdocio a quien no quisiera atender más que a sí mismo y no a los demás (*De ord.*, c. 3, a. 5, reg. 22). Ordenó el Señor en el Exodo

que los sacerdotes llevaran un vestido tejido de círculos a modo de ojos, para significar, como quiere un autor, que el sacerdote ha de ser todo ojos para velar la salvación de los pueblos. Dice San Agustín que el celo de la salvación de las almas y el deseo de ver a Dios amado por todos nace del amor; por lo tanto, añade el santo, quien no tiene celo es señal de que no ama a Dios, y quien no ama a Dios está perdido (*In Ps. 118*, serm. 18). Se hace agradable a Dios quien está vigilante por la guarda de la propia alma, pero agrada aún más al divino Corazón quien vigila también por las almas de sus prójimos (*In Cant.*, serm. 12).

En ninguna otra cosa, dice el Crisóstomo, conoce mejor el Señor la fidelidad y el amor de un alma que viéndola dedicada al bienestar del prójimo (*Serm. de B. Philog., ad pop. ant.*). Después de haber preguntado el Salvador a Pedro, hasta tres veces, si le amaba (Io. 21, 17), seguro ya de su amor, no le recomendó como prueba de tal amor sino que tuviera cuidado de las almas (*ibid*). Comenta San Juan Crisóstomo: «Pudiera haber dicho: Si me amas, despréndete del dinero, ayuna, duerme sobre la tierra, agota el cuerpo a trabajos. Pero no; sólo dijo: *Apacienta mis ovejas* (*Serm. de B. Philog.*). Y San Agustín comenta la palabra *mías*, suponiendo que el Señor quiso decir: Apaciéntalas *como mías*, no como *tuyas*; en ellas busca mi gloria y no la tuya, mi provecho y no el tuyo (*In Io.*, tr. 123, n. 5). Con esto nos enseñó el santo que quien quiera agradar a Dios trabajando por la salvación de las almas no ha de buscar su propia gloria ni su lucro, sino tan sólo el acrecentamiento de la gloria de Dios.

Decía Santa Teresa: «Cuando en las vidas de los

santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen; por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia que todos los servicios que le podamos hacer» (*Fund.* c. 1 p. 2). Santa Catalina de Siena besaba la tierra en que los sacerdotes ponían los pies que caminaban en búsqueda de almas. Tan celosa era esta santa de la salvación de los pecadores que deseaba ponerse en la entrada del infierno para que ya no entrara en él ningún alma. Y nosotros, que somos sacerdotes, ¿qué decimos? ¿Que hacemos? Vemos perderse tantas almas, y ¿nos contentamos con verlo?.

Decía San Pablo que para alcanzar la salvación de los prójimos hubiera aceptado ser separado de Jesucristo (por algún tiempo, como explican los intérpretes): *Pues desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne* (Rom. 9, 3). San Juan Crisóstomo «deseaba ser mirado como objeto de execración con tal de que se convirtieran sus súbditos» (*In Act.*, hom. 3). San Buenaventura declaraba que recibiría tantas muertes cuantos pecadores había en el mundo, para que todos se salvaran. San Francisco de Sales, hallándose entre los herejes del Chablais, no dudó, en lo más crudo del invierno, de pasar a gatas una viga helada que cruzaba el río, expuesto a sufrimientos y peligro, a trueque de poder ir a predicar a aquellas gentes. San Cayetano, hallándose en Nápoles en el año 1547, cuando se desarrolló aquella terrible revolución, al ver que se perdían tantas almas, se sintió tan

profundamente afectado, que murió de puro dolor. San Ignacio de Loyola decía que, aun cuando estuviese cierto de su eterna salvación, si muriese en aquella hora, sin embargo, elegiría permanecer en la tierra, aun en la incertidumbre de salvarse, si con ello pudiera continuar ayudando a las almas.

He aquí el celo por las almas de que están animados todos los sacerdotes amantes de Dios; y, sin embargo, sacerdotes hay que por la más mínima excusa, por no exponerse a un trabajillo o por recelo de cualquier enfermedad, descuidan la ayuda de las almas. Y en esto faltan también los que a veces tienen cura de almas. Decía San Carlos Borromeo que el párroco que quiera adoptar toda clase de comodidades y utilizar cuanto puede favorecer la salud corporal, nunca podrá desempeñar bien sus obligaciones. Y añadía que el párroco nunca se debía acostar sino después de tres ataques de fiebre.

Si amáis a Dios, decía San Agustín, arrebatad a todos hacia el amor divino (*In Ps. 33*, n. 2). Quien de veras ama a Dios, hace cuanto puede por inclinar a todos a amarlo, invitándolos con David: *Engrandeced conmigo al Señor, y ensalcemos su nombre de consuno* (Ps. 33, 4). Por todas partes va exhortando a todos y repitiendo en el púlpito, en el confesonario, por plazas y por casas: Hermanos, amemos a Dios; glorifiquemos su nombre de palabra y con las obras.

III. De cómo asegura la salvación eterna el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas y del extraordinario premio que por ello tendrá en el cielo

Difícilmente muere mal el sacerdote que en la vida se sacrificó en bien de las almas. *Cuando... des*

tu pan al hambriento y sacies el alma humillada, irradiará en las tinieblas tu luz... Y Yahveh te conducirá de continuo... y fortalecerá tus huesos (Is., 58, 10-11). Si empleares tu vida, dice el profeta, en ayudar al alma necesitada y la consolaras en sus aflicciones, cuando lleguen las tinieblas de tu muerte temporal, el Señor te llenará de luz y te librará de la muerte eterna. Esto era lo que decía San Agustín: «Si salvaste un alma, predestinaste la tuya. Y antes lo había dicho el Apóstol Santiago: *Entienda que el que convierte un pecador del extravío de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados* (Iac. 5, 20).

Estaba para morir un sacerdote de la Compañía de Jesús que durante toda su vida se había dedicado a la conversión de los pecadores, y cuentan los menologios de la Compañía que moría tan alegre y confiado en su eterna salvación, que parecía exagerado; dijéronle, por lo tanto, que en la hora de la muerte había que confiar, pero había también que temer, a los que él acudió presto: «Pues qué, ¿he servido quizás a Mahoma? No; que he servido a un Dios harto agradecido y harto fiel; por eso ahora no tengo por qué temer». Habiendo San Ignacio de Loyola asentado la proposición que antes referimos, que para ayudar a las almas hubiera permanecido en la tierra incierto de su salvación, aun sabiendo que si entonces muriera se salvaría ciertamente, hubo quien le dijo: «Pero, Padre mío, no es prudente aventurar la salvación propia por salvar a los demás.». Y el santo replicó: «Será, por ventura, Dios tan tirano que, viéndome expuesto a peligro de condenación por ganarle almas, quiera luego mandarme al infierno?» Jonatás había salvado a los hebreos de manos de los filisteos,

a quienes había vencido no sin gran peligro. Cuando su padre, Saúl, lo condenó a muerte por haber comido miel contra su prohibición, el pueblo se puso a clamar: *¿Va a morir Jonatás que ha traído a Israel tan gran salvación?* (1 Reg., 14, 45) ¡Cómo!, decían; ¿queréis que muera Jonatás, despues de habernos salvado a todos de la muerte? Y con sólo decir esto alcanzaron su perdón. Pues también esto ha de esperar el sacerdote que con sus fatigas salvó tantas almas; éstas, en el día de su muerte, se presentarán a Jesucristo para decirle: «¿Queréis arrojar, Señor al infierno a este que de él nos libró?» Y si Saúl condenó la muerte de Jonatás por las oraciones de aquel pueblo, Dios ciertamente no negará el perdón a aquel sacerdote por las oraciones de sus amigas las almas. Los sacerdotes que se sacrificaron por las almas oirán que en la muerte Dios mismo les anuncia el descanso eterno: *Sí, dice el Espíritu; que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan* (Apoc. 14, 13). ¡Oh, qué consuelo y qué motivo de confianza será para nosotros en la hora de la muerte el pensar que hemos ganado un alma para Jesucristo! *Dulce es el sueño del trabajador* (Eccl. 5, 11), dice el libro del Eclesiástico, y dulce es también la muerte del sacerdote que se haya sacrificado por la salvación de las almas.

Dice San Gregorio que tanto más presto será el pecador absuelto de sus culpas cuanto más haya contribuído a librar de los pecados a las almas de sus prójimos. Quien tiene la suerte de trabajar en la conversión de los pecadores goza de gran señal de predestinación y de que su nombre está escrito en el libro de la vida. Esto dió a entender el Apóstol cuando, al hablar de quienes le ayudaban en la conver-

sión de los pueblos, dijo: *¡Ea!, a ti también te ruego, mi leal compañero, que les prestes tu ayuda, ya que ellos lucharon a mi lado en pro del Evangelio, a una con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida* (Phil. 4, 3).

Por lo que atañe al extraordinario premio de los operarios evangélicos, escuchemos a Daniel: *Y los sabios brillarán como el resplandor del firmamento, y quienes enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por siempre, eternamente* (Dan. 12, 3). Así como al presente vemos las estrellas tachonando nuestro cielo, así en el empíreo veremos que entre los bienaventurados resplandecen con mayores fulgores de gloria quienes más trabajaron en convertir almas a Dios. «Si merece gran recompensa, dice San Gregorio, quien libra a un hombre de la muerte temporal, ¿cuánto mayor la merecerá quien libre a un alma de la muerte eterna y le asegure una vida que no tendrá fin?» (Mor., l. 19, c. 16). Y ya antes lo había dicho el Salvador: *El que (los) obrare y enseñare, éste será considerado grande en el reino de los cielos* (Mt. 5, 19). Cuando se condena el mal sacerdote que pervirtió con sus escándalos a muchas almas, ¡qué grande será su castigo en el infierno! Y por el contrario, Dios, que es más liberal en sus recompensas que severo en los castigos, ¿no habrá de recompensar magníficamente en el paraíso al buen sacerdote que con sus fatigas le haya ganado tantas almas?

San Pablo cifraba la esperanza de su eterna corona en la salvación de cuantos había convertido a Dios, persuadido de que le granjearían gran recompensa en el cielo: *¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria —¿acaso no vosotros también?— en la presencia de nuestro Señor Jesucristo en su adveni-*

miento? (1 Thess. 2, 19). San Gregorio asegura que «el obrero evangélico alcanzará tantas coronas cuantas almas haya conquistado para Dios». En el libro del Cantar de los cantares se lee: *Ven del Líbano, esposa, hermana mía..., desde los cubiles de los leones, desde las montañas de los leopardos (Cant. 4, 8)*. Esta es la magnífica promesa que el Salvador hace a quien se dedica a la conversión de los pecadores, almas que antes eran como fieras y monstruos del infierno y, luego de convertidas, se han hecho queridas de Dios, y más tarde serán perlas que adornarán la corona del sacerdote que las hizo emprender vida santa.

El sacerdote que se condena no se condena solo; pero el sacerdote que se salva, ciertamente no se salva solo. Cuando murió San Felipe Neri y fué al paraíso, el Señor envió a su encuentro todas las almas salvadas por su ministerio. Lo mismo se cuenta del siervo de Dios Fr. Querubín de Espoleto, a quien se vió entrar en la gloria acompañado de millares de almas salvadas con sus trabajos. También se cuenta del Ven. P. Luis de Lanuza que se le vió en el cielo sentado sobre un excelso trono cuyas gradas ocupaban todas las almas que había él convertido.

Los pobres trabajadores tienen que sufrir y sudar en la sementera de sus campos, en su laboreo y en su agosto; pero todas estas fatigas son, al fin, sobrea-bundantemente recompensadas con el gozo de la recolección: *Los que van entre lágrimas sembrando, segarán entre gritos de alegría. Andando va y llorando el que lleva y esparce la simiente (Ps. 125, 6)*. Ciertamente que en este oficio de llevar almas a Dios se padecen muchos trabajos y fatigas, pero los operarios evangélicos recibirán extraordinaria recompen-

sa con la alegría que tendrán al presentar a Jesucristo, en el valle de Josafat, todas las almas salvadas por su celo.

No se abata ni renuncie a misión tan importante el sacerdote que, luego de trabajar por llevar almas a Dios, no ve coronados sus esfuerzos con el éxito. Sacerdote mío, dícele San Bernardo para infundirle ánimos, a pesar de ello no desconfíes y cree firmemente en el premio que te aguarda. Dios no exige de ti la curación de estas almas; tú procura solamente curarlas y El te recompensará, no según el resultado de los esfuerzos, sino según los esfuerzos mismos (*De cons.*, l. 4, c. 2). San Buenaventura confirma también lo dicho, añadiendo que el sacerdote no merecerá menos por los esfuerzos desarrollados con quienes poco o ningún éxito es completo (*De sex alis*, c. 5). Añade el mismo santo que el labrador que cultiva una tierra árida y pedregosa, aun cuando el rendimiento sea exiguo, merece mayor recompensa (*Ibid*); con lo que quiere significar que el sacerdote que se afana por llevar a Dios algún obstinado, aun cuando no lo llevare, crecerá el premio en proporción al crecimiento de sus trabajos.

IV. Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso

1.º Del fin que se ha de proponer

Si queremos recibir de Dios el premio de las fatigas por la salvación de las almas, hemos de hacer lo que hacemos, no por respetos humanos ni por honra propia nuestra o por ganancia terrena, sino sólo por

Dios y por su gloria; de no hacerlo así, en vez de premio reportaremos castigo. Decía San José de Calasanz que sería tan grande nuestra locura si, cansándonos como nos cansamos, esperaríamos de los hombres recompensa temporal.

Este oficio de salvar almas es en sí muy peligroso, dice Santo Tomás (*In Heb.*, c. 13, l. 3). Y San Gregorio añade: «Cuántas más personas tiene (el sacerdote) que dirigir, otras tantas almas tiene, por decirlo así, de quienes responder ante el soberano juez» (*Mor.*, l. 24, c. 30). Con la ayuda de Dios podremos desempeñar este ministerio sin pecado y con merecimiento; pero si alguno lo desempeña con otro fin que el de agradar a Dios, a éste le faltará la ayuda divina, y entonces ¿cómo se las arreglará para salir de allí sin pecado? Y ¿cómo obrarán, dice San Buenaventura, quienes reciben las órdenes sagradas no con la mira de la salvación de las almas, sino con la mira de la ganancia? (*De praep. ad Mis.*, c. 8). Y, como escribe San Próspero, no para hacerse mejores, sino para disfrutar de los honores? (*De vita cont.*, l. 1, c. 21). Dice Pedro de Blois: «Cuando se tiene que proveer un beneficio, ¿se pregunta quizás cuántas almas hay que ganar para Dios? No, sino que lo que se indaga es cuáles son sus rentas» (Ep. 15). Muchos, dice el Apóstol, *buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo* (Phil. 2, 21). «¡Oh abuso detestable, subordinar el cielo a la tierra!», decía el Beato Maestro Avila. Nota San Bernardo que cuando el Señor encomendó a San Pedro sus ovejas, dijo: *Apacienta mis ovejas*, y no dijo: «Traiciónalas o esquílalas» (*Declam.*, n. 12, c. 2). Y el autor de la *Obra imperfecta* escribe: «Somos obreros a sueldo de Jesucristo: y así como no hay quien contrate a un obrero para

que no haga más que comer, así no hemos sido llamados por Cristo solamente para cuidar de nuestros intereses, sino por la gloria de Dios» (*Hom. 34 in Mt.*). De aquí concluye San Gregorio que los sacerdotes no han de gozar con estar al frente de los hombres, sino con hacerles el bien posible (*Past.*, p. 2.^a, c. 6).

El único fin, por lo tanto, que se ha de proponer el sacerdote que trabaja en bien de las almas ha de ser la gloria de Dios.

2.º *De los medios que ha de emplear*

En cuanto a los medios que se han de emplear para ganar almas para el Señor, he aquí lo que sobre todo hay que hacer:

1. Ante todo hay que atender a la propia santificación. El medio principal para convertir las almas de los pecadores es la santidad del sacerdote. Dice San Euquerio que los sacerdotes, con las fuerzas que les da la santidad, son quienes sostienen el mundo (*Hom. de Dedic. eccl.*). «El sacerdote, como mediador, está encargado de unir pacíficamente a los hombres con Dios» (3, q. 26, a, 1), dice Santo Tomás. Pues bien, el mediador no ha de ser persona odiosa, pues si lo fuera irritaría más el ánimo de quien se encuentra indignado, como observa San Gregorio (*Past.*, p. 1.^a, c. 2); y añade: «Tiene que ser limpia la mano de quien se dedica a lavar las manchas de los demás» (*Past.*, p. 2.^a, c. 2). De aquí concluía San Bernardo que para que el sacerdote sea apto para convertir a los pecadores necesita en primer lugar purificar su propia conciencia, antes de tratar de pu-

rificar la ajena (Ep. 8). Decía San Felipe Neri: «Dadme diez sacerdotes animados del Espíritu de Dios, y yo respondo de la conversión del mundo entero». ¡Qué no hizo en Oriente San Francisco Javier! Dicen que él solo convirtió millones de infieles. ¡Qué no hizo en Europa San Patricio o San Vicente Ferrer! Más almas convertirá a Dios un sacerdote medianamente instruído, pero que ama mucho a Dios, que cien sacerdotes de gran sabiduría, pero poco fervorosos.

2. En segundo lugar, para recoger gran cosecha de almas hay que dedicarse mucho a la oración, porque en ésta se han de recibir de Dios las luces y los sentimientos fervorosos, para poderlos después comunicar a los demás: *Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día* (Mt. 10, 27). «Primero, decía San Bernardo, hay que ser concha, para ser luego canal» (*In Cant.*, serm. 18). Los santos convirtieron a las almas más con sus oraciones que con sus trabajos.

3.º *De las obras del sacerdote celoso*

He aquí algunas obras a las que se ha de consagrar el sacerdote celoso:

1. Ha de atender a la corrección de los pecadores. Los sacerdotes que ven las ofensas de Dios y se callan merecen llamarse, como los llama Isaías, *perros mudos, incapaces de ladrar* (Is. 56, 10). A estos perros mudos les serán imputados todos los pecados que pudieron impedir y no impidieron. «No os calléis, dice Alcuino, no sea que se os imputen los pecados del pueblo» (Ep. 28). Sacerdotes hay que des-

cuidan la corrección de los pecadores, alegando que no quieren molestarse; pero éstos, dice San Gregorio, a cambio de la paz que desean conservar, perderán miserablemente la paz con Dios (*Past.*, p. 3.^a, adm. 23). ¡Cosa extraña!, exclama San Bernardo; «conque cae un asno, y se encuentran fácilmente no pocos que se presten a levantarlo; se pierde el hombre y no hay quien lo levante...» (*De cons.*, l. 4, c. 6). Sin embargo, dice San Gregorio, el sacerdote está especialmente establecido por Dios para enseñar el buen camino al que anda extraviado (*Ep.*, l. 7, ind. 2); y por eso añade San León que el sacerdote que no indica a los fieles sus extravíos, demuestra que él mismo anda extraviado (*Ep. ad Turrib.*, c. 15). Escribe San Gregorio que nosotros, «los sacerdotes del Señor, matamos a tantas almas cuantas vemos perecer, sin trabajar por ir en su auxilio» (*In Ez.*, hom. 2).

El sacerdote celoso ha de trabajar en el ministerio de la predicación. Por medio de la predicación se convirtió el mundo a la fe de Jesucristo, como dijo el Apóstol: *La fe viene de la audición, y la audición por la palabra de Cristo* (Rom. 10, 17). Por la predicación se conserva la fe y el temor de Dios en los fieles. Los sacerdotes que no se sienten capacitados para predicar, procuren al menos, siempre que les sea dable, en sus conversaciones con familiares o amigos, hablar algo que sea de edificación, contar algún ejemplo edificante practicado por los santos o insinuar alguna máxima de verdades eternas; por ejemplo, sobre la vanidad del mundo, la importancia de la salvación, certidumbre de la muerte, paz de que disfruta el que se halla en gracia de Dios y otras cosas por el estilo.

3. El sacerdote ha de asistir a los moribundos, puesto que ésta es la obra de caridad más agradable a Dios y la más útil para la salvación de las almas, ya que en el punto del morir los pobres enfermos se hallan, por una parte, más tentados de los demonios y, por otra, menos dispuestos a valerse por sí mismos. San Felipe Neri vió no pocas veces que los ángeles les sugerían a los sacerdotes las palabras que había de decir a los moribundos. Ciertó que este deber es de justicia para los párrocos, pero obliga también por caridad a cualquier sacerdote, porque todos la pueden ejercer, aun quienes no están dotados de cualidades para el púlpito. Con tal ocasión hallarán excelente modo de hacer bien no sólo a los enfermos, sino también a sus familiares y amigos que les rodeen, por ser entonces el tiempo más apropiado para pláticas espirituales, y hasta no convendría que el sacerdote hablase a la sazón más que del alma y de Dios. Nótese, con todo, que hay que tener entonces mucho cuidado de proceder, en el desempeño de este deber, con no poca cautela y modestia, para no ser ocasión de ruina para sí y para los demás. Hay quienes, al ir a ayudar a los moribundos, encuentran la muerte de la propia alma. Además, quien no pueda predicar, al menos enseñe la doctrina a los niños y a los aldeanos, muchos de los cuales vivirán en los campos sin poder ir a las iglesias, y por ello vegetando en la ignorancia hasta de las verdades principales de la fe.

4. Finalmente, persuádanos de que el principal ejercicio en bien de las almas es el oírlas en confesión. Decía el Ven. P. Luis Fiorillo, dominico, que predicar es lanzar las redes, al paso que confesar es subir a bordo la captura de la pesca.

Quizás haya quien diga que es ministerio muy peligroso. Ciertamente, sacerdote mío, responde San Bernardo, es muy peligroso dedicarse al ejercicio de juez de las conciencias, pero más peligro correrá quien por pereza o por exceso de temor descuida el desempeño de este deber cuando el Señor lo llama a su ejercicio. Te compadezco, añade, por ir al frente de los demás; pero más te compadezco si por temor de ejercer tu autoridad sobre ellos rehusas hacerles bien (Ep. 86). Ya hemos hablado de la obligación que pesa sobre todo sacerdote de emplear los talentos recibidos de Dios para la salvación de las almas y de que el sacerdote está de modo especial encargado, por su ordenación sacerdotal, de administrar el sacramento de la penitencia. Pero yo, replicará tal vez alguien, no me siento capacitado para este oficio, por deficiencia de mis estudios. ¿Sí?, y ¿no sabes que el sacerdote está obligado a estudiar, *pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca?* (Mal. 2, 7). Si no quieres estudiar para poder ayudar al prójimo, ¿de qué te vale el haberte hecho sacerdote? ¿Quién te obligó, dice el Señor, a hacerte sacerdote? *¿Quién ha reclamado de vosotros que holléis mis atrios?* (Is. 1, 12). «Quién te obligó, repite San Juan Crisóstomo, a hacerte sacerdote?» (*De sacerdot.*, l. 4). Antes de recibir el sacerdocio, añade el santo, debías haber examinado si te atreverías a desempeñar este ministerio; pero ahora que ya eres sacerdote, no hay opción al examen, sino al trabajo, y si no lo eres, hazte hábil (*De sacerdot.*, l. 4 c. 1). Aducir ahora como excusa la ignorancia, continúa el santo doctor, equivale a acusarte de una segunda falta para excusarte de la primera. Quien por oficio está obligado a instruir a los ignorantes, no

puede excusarse de ello por su ignorancia, pues con ello no evitaría el castigo que le está reservado aun cuando por negligencia no hubiera causado la pérdida más que de una sola alma (*De sacerdot.*, l. 6, c. 1). Sacerdotes hay que se dan al estudio de mil cosas inútiles y descuidan el estudio de las cosas necesarias para trabajar fructuosamente en la salvación de las almas. San Próspero dice que estos tales quebrantan las leyes de la justicia (*De vita cont.*, l. 3, c. 28).

En suma, que es fuerza que el sacerdote únicamente ha de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por esto quiso San Silvestre que los días de la semana, con respecto a los sacerdotes, no se llamaran sino con el nombre de ferias, es decir, *vacaciones*. Con lo que han de aprender (son sus palabras) que han de prescindir de cualquier otra cosa, a trueque de *vacar* únicamente a las cosas de Dios (*Breviar.*, 31 decemb). Los mismos gentiles decían que los sacerdotes no deben ocuparse sino en las cosas divinas, y por eso les prohibían el ejercicio de cargos públicos para que se dedicaran completamente al culto de sus dioses. Moisés, a quien Dios había encargado del culto de su honor y de la ejecución de su ley, hallaba aún tiempo para ocuparse en componendas de litigios, y Jetro lo reprendió de ello, diciéndole: *Os agotaréis totalmente así tú como el pueblo que te acompaña... Sé tú ante Dios el representante del pueblo y lleva sus asuntos a El* (*Ex.*, 18, 18-19). Antes de que fueras sacerdote, dice San Atanasio, podías hacer lo que querías; mas ahora que lo eres, tienes que emplearte en desempeñar el oficio para que fuiste ordenado (*Ep. ad Dracont.*, n. 2). Y ¿cuál es este oficio? Uno de los principales es trabajar por la salvación de las almas, como ya hemos de-

mostrado y lo confirma San Próspero con estas palabras: «A los sacerdotes se ha confiado el cuidado de las almas como propia atribución suya» (*De vita cont.*, c. 2).

CAPITULO X

DE LA VOCACION AL SACERDOCIO

I. Necesidad de vocación divina para las sagradas órdenes

Para ingresar en cualquier estado de vida es necesaria vocación divina; si ésta faltare, será difícilísimo, si no imposible, cumplir con las obligaciones de aquel estado y salvarse. Y si en todos los estados es necesaria la vocación, mayormente lo es para abrazar el estado eclesiástico. *El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése, ladrón es y salteador* (Io. 10, 1-2). De modo que «quien recibe las órdenes sagradas sin ser llamado por Dios está convencido de hurto, por arrebatarse la gracia que Dios no le quiso dar», como decía San Cirilo de Alejandría (*In Io.*, 10, 10) y antes que él San Pablo en aquellas palabras: *Y nadie se apropia este honor sino cuando es llamado por Dios, como lo fué Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo en hacerse Pontífice, sino el que le habló: Hijo mío eres tú* (Heb. 5, 4).

Nadie, por lo tanto, por sabio, prudente y santo que sea, puede por sí mismo ingresar en el santuario, sino que es preciso que sea llamado e introducido por Dios. El mismo Jesucristo, que fué verdadera-

mente entre todos los hombres el más sabio y el más santo, *en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos* (Col. 2, 3), el mismo Jesucristo, digo, quiso el llamamiento de Dios para revestirse de la dignidad de sacerdote.

Los santos, aun después de ser llamados por Dios, temblaron antes de subir al sacerdocio. San Agustín, en su humildad, «miraba como castigo de sus pecados la violencia con que su obispo le forzó a ordenarse de sacerdote» (Ep. 21). San Efrén Siro, para que no lo obligaran al sacerdocio, fingió que era estólido, y San Ambrosio fingió ser cruel. El santo monje Ammonio se cortó las orejas para no ser sacerdote y amenazó con cortarse a dentelladas la lengua si persistían molestándole en este respecto. En suma, dice San Cirilo de Alejandría: «Encuentro que todos los santos temieron tan enorme carga» (*De fest. pasch* hom. 1). Temieron imponerse la dignidad sacerdotal como carga de inmenso peso. Después de esto, interviene San Cipriano, «podrá hallarse alguien tan audaz que quiera por sí mismo y sin vocación divina asumir el sacerdocio?» (*Ep. 55 ad Corn*).

Quien se introduce en el santuario sin vocación ofende la autoridad de Dios, como ofendería la autoridad del rey el súbdito que quisiera consituirse por sí mismo en ministro sin ser llamado. ¿Cuál no sería la temeridad del súbdito que, contra la voluntad del rey, se pusiese a administrar el real patrimonio, a juzgar las causas, a mandar al ejército y a ejercer, en una palabra, las funciones de virrey? «¿Se atrevería alguno de vosotros, pregunta San Bernardo, sin mandato y aun contra la prohibición real, a usurpar los ministerios y negocios de un rey cualquiera terreno?» (*De conv. ad cler.*, c. 19) Y «cuáles son las fun-

ciones sacerdotales más que ser dispensadores de la casa de Dios», como dice San Próspero (*De vita cont.*, l. 2, c. 2, 2); jefes de la grey de Cristo, como añade San Ambrosio (*De dignit. sac.*, l. 2, c. 2); intérpretes de la ley divina, en expresión de San Dionisio; vicarios de Jesucristo, como los llama el autor de la *Obra imperfecta?* (*Hom.* 17). Y sabiendo esto, ¿habrá quien todavía tenga la audacia de hacerse ministro de Dios sin ser llamado a ello?

«El solo pensamiento de querer dominar un reino es un crimen por parte del súbdito», dice San Pedro Crisólogo (*Serm.* 23). También es temeridad querer introducirse en la casa de un simple particular para disponer de sus bienes y de sus negocios, pues aun cuando se trate de particulares, el dueño es quien debe escoger y señalar los administradores de sus negocios. Y tú, pregunta San Bernardo, ¿quieres, sin ser llamado ni introducido por Dios, entrometerte en su casa para tratar sus intereses y disponer de sus bienes? (*De vita cler.*, c. 3).

He aquí por qué el concilio de Trento dice que «quien entra sin vocación en las funciones sacerdotales no es considerado por la Iglesia como ministro suyo, sino como ladrón» (sess. 23, c. 1). Trabajaré tal sacerdote, pero sus trabajos de poco le valdrán ante Dios; más aún, aquellos trabajos que en otros servirán de mérito, en él se trocarán en demérito. Si el amo mandara al criado a guardar la casa y él quisiera caprichosamente ir a cultivar la viña, cierto que trabajaría y sudaría, pero en vez de recompensas merecería solamente el castigo de su amo. Tal es la suerte de quienes sin ser llamados se introducen en el santuario, pues el Señor no aceptará sus trabajos por ir contra su voluntad, como dice el Señor por

Malaquías: *No tengo en vosotros complacencia, dice Yahveh Sebaot, y la oblación no me agrada, venida de vuestras manos* (Mal. 1, 10). Y en vez de recompensar a estos tales, acabará por castigarlos: *El extraño que se acerque será muerto* (Num. 1, 51).

Por lo tanto, quien aspire a las órdenes sagradas ha de examinar en primer lugar si su vocación proviene de Dios, siguiendo el consejo de San Juan Crisóstomo (*In 1 Tim.*, hom. 5), y para ver si procede de Dios examine las señales. *¿Quién de vosotros, dice el Señor por San Lucas, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos y mira si tiene para acabarla?* (Lc. 14, 28).

II. Señales de vocación divina al sacerdocio

Veamos ahora cuáles son las señales divinas de vocación al estado sacerdotal.

No es, en primer lugar, señal divina la nobleza del nacimiento. Dice San Jerónimo que, «cuando se trata de elegir un jefe para conducir a los pueblos a la salvación eterna, no se ha de mirar la nobleza de la sangre, sino la bondad de la vida» (*In Tit.*, 1, 5); y de igual manera opina San Gregorio.

No es tampoco señal divina de vocación sacerdotal la voluntad de los padres que quisieran ver a sus hijos elevados al sacerdocio sin atender al provecho de sus almas, sino tan sólo a sus propios intereses y bienestar de la familia. «Las madres, dice el Crisóstomo, aman los cuerpos de sus hijos y descuidan sus almas; desean que figuren en este mundo y no se preocupan de lo que les haya de acontecer en el otro» (*Hom. 35, op. imp. in Mt.*). Persuadámonos de

que en cuanto a la elección de estado no tenemos peores enemigos que nuestros padres, como dijo Jesucristo: *Los enemigos del hombre serán los de su casa* (Mt. 10, 36); y añadió: *Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí* (Mt. 10, 36). ¡A cuántos sacerdotes veremos condenados miserablemente en el día del juicio por haber querido recibir las órdenes sagradas con la mira de complacer a sus padres!

¡Cosa inconcebible! Si un hijo por vocación divina quiere hacerse religioso, ¡qué no hacen sus padres por apartarlo de esa vocación, sea por pasión, sea por intereses domésticos! Tal modo de obrar, nótese bien, no se puede excusar de pecado mortal, como enseñan comúnmente los doctores; véase a este respecto lo que hemos escrito en nuestra obra de *Moral*. Más bien, en cuanto a los padres respecta, hay en esto doble pecado: uno contra la caridad, por razón del doble daño que se ocasiona al perjudicado, ya que cualquiera, aun cuando extraño a la familia, que aparte a alguien de la vocación religiosa, peca mortalmente; y pecan, además, los padres contra la piedad, ya que están obligados a educar a sus hijos, procurándoles el mayor provecho espiritual. No faltan confesores harto ignorantes que dicen a los penitentes que se quieren hacer religiosos que en esto han de obedecer a sus padres y dejar la vocación si se oponen a ella. Esto es acostarse a la opinión de Lutero, que defendía que pecan los hijos ingresando en religión sin consentimiento de sus padres. Sin embargo, en contra de la opinión de Lutero están todos los Santos Padres y el concilio décimo de Toledo, que enseña ser lícito a los hijos, con tal de que tengan catorce años por lo menos, hacerse religiosos

aun contra la voluntad de los padres. Ciertamente que los hijos están obligados a obedecer a sus padres en cuanto respecta a su educación y al gobierno de la casa, pero no en cuanto respecta a la elección de estado, en que hay que obedecer únicamente a Dios, abrazando el estado de vida a que les llame. Cuando los padres pretenden que se les obedezca en este punto, hay que responderles lo que respondieron los apóstoles a los judíos: *Si es razón delante de Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgadlo vosotros mismos* (Act. 4, 19).

Enseña expresamente Santo Tomás que en la elección de estado los hijos no están obligados a obedecer a sus padres; y si se trata de la vocación religiosa, añade, ni siquiera están obligados a aconsejarse con ellos, pues que en esta materia, por razón de sus intereses, de padres se truecan en enemigos (*Contra retr. a rel.*, c. 9), prefiriendo más bien, dice San Bernardo, que sus hijos se condenen con ellos a que se salven saliendo de casa (Ep. 140). Y por el contrario, si un joven, haciéndose sacerdote, puede ser de alguna utilidad a la familia, ¡qué esfuerzos no hacen sus padres para inclinarlos a la ordenación, *por fas o por nefas*, esté o no esté llamado por Dios, y qué de alborotos y qué de amenazas caen sobre los hijos si por remordimientos de conciencia rehusan la ordenación! ¡Padres bárbaros!; «más que padres, merecen les llamemos, con San Bernardo, homicidas». ¡Desgraciados padres, repetiré, y desgraciados hijos! ¡A cuántos veremos en el valle de Josafat condenados por este motivo de la vocación, ya que, como luego demostraremos, la salvación eterna de cada cual depende de la fidelidad en seguir la vocación divina!

Volvamos a la materia de que veníamos tratando.

No son señales de vocación al sacerdocio ni la nobleza del nacimiento, ni la voluntad de los padres, ni tampoco los talentos o aptitudes que se pudieran tener para las funciones sacerdotales, porque, además de los talentos requeridos, se requiere la bondad de vida, junto con el divino llamamiento.

¿Cuáles son, por lo tanto, las verdaderas señales para conocer la vocación divina al estado eclesiástico? He aquí las tres principales.

1. *Rectitud de intención*

La primera señal es una intención recta. Hay que entrar en el santuario por la puerta, que no es otra que Cristo: *Yo soy la puerta de las ovejas... Quien entrare por mí será salvo* (Io. 10, 7. 9). La entrada no es, por tanto, el deseo de complacer a los padres, ni el engrandecer a la familia, ni los intereses o la estima propia, sino tan sólo la intención recta de servir a Dios, para trabajar por su gloria y por la salvación de las almas. Si alguno, libre de todo afecto vicioso, aspira al sacerdocio sólo para servir a Dios y consagrarse a la salvación de las almas, este tal, dice un sabio autor (*De ord.*, q. 4, a. 4), se ha de juzgar que está llamado por Dios. Por el contrario, añade otro autor (*Hallerius*, ap. 1, sect. 3, c. 2, § 4), si se pretende llegar al sacerdocio a impulsos de la ambición, del interés o de la honra propia, es indicio de no haber sido llamado por Dios, sino por el demonio. «Si alguien se ordenare con tan bastardas miras, añade San Anselmo, no recibirá la bendición, sino la maldición de Dios» (*In Heb.*, 5).

2. Ciencia y cualidades

La segunda señal es tener el talento y la ciencia convenientes al cargo sacerdotal. Los sacerdotes tienen que ser maestros que enseñen a los pueblos la ley de Dios: *Los labios del sacerdote* (son palabras de Malaquías) *deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca* (Mal. 2, 7). Decía Sidonio Apolinar que los médicos poco instruídos matan, en vez de curar (l. 2, ep. 12). El sacerdote ignorante, máxime si es confesor que enseña doctrinas falsas y aconseja mal, será la ruina de muchas almas, ya que precisamente por ser sacerdote se le cree fácilmente lo que dice. Por eso decía Yvo de Chartres que la admisión a las órdenes sagradas exigen, además de la buena conducta, la suficiente instrucción (Ep. 213).

El sacerdote, además del conocimiento de todas las rúbricas del misal, para celebrar bien la misa, está también obligado a saber las cosas principales relacionadas con el sacramento de la penitencia. Ciertamente que no todos los sacerdotes están obligados a ser confesores, a menos que las urgentes necesidades de la región que habitan no reclamen su ministerio, como apuntamos en el capítulo precedente. Esto no obstante, todo simple sacerdote está, al menos, obligado a saber algo de lo que comúnmente se debe saber para oír en confesión a los moribundos, es decir: cuándo les puede absolver, cuándo y cómo debe absolver al enfermo, con condición o sin ella; la obligación que ha de imponerle si se hallare ligado por cualquier censura. También tiene que conocer, por lo menos, los principios generales de la moral.

3. *Bondad positiva de vida*

La tercera señal de vocación eclesiástica es la señal positiva de bondad de vida.

Por eso, en primer lugar, el ordenando ha de vivir vida inocente y no manchada de pecados. El Apóstol exige que quien aspire al sacerdocio sea irreprochable, como escribió a su discípulo Tito (Tit. 1, 5). Antiguamente, quien hubiera cometido un solo pecado mortal no podía ser ordenado, como lo prueba una decisión del concilio primero de Nicea (can. 9). Según San Jerónimo, «no basta verse libre de pecado al tiempo de ordenarse, sino que aun necesita más, es decir, no haber cometido pecado después del bautismo» (*In Tit.*, 1). Ciertamente que después cesó en la Iglesia tan rigurosa disciplina, pero no menos cierto que al menos se exige de quien quiera recibir las órdenes sagradas que haya vivido por bastante tiempo con conciencia bien purificada. Lo acabado de decir se lee en una carta de Alejandro III al arzobispo de Reims, hablando de cierto diácono que había pegado a otro diácono; el Papa decidió que si el culpable está verdaderamente arrepentido de su crimen, podrá, después de la absolución y cumplida la penitencia que se le hubiera impuesto, ser reintegrado a las funciones de su Orden, y hasta, si en lo futuro diere señales de vida religiosa perfecta, podrá ascender al sacerdocio (c. 1, De diac. qui cler.). Por lo tanto, si habéis contraído el hábito de cualquier vicio y no os habéis librado de él, guardaos de pretender ningún orden sagrado, pues sería una de las faltas graves que causaban horror a San Bernardo (*Ep. 8 ad Brunon.*). Un autor antiguo, hablando de los temerarios que,

llenos de malos hábitos, se deciden a tomar el sacerdocio, dice que «más valía que los pusieran en la picota» (*ast. in ecl. ord*). «No se debe, pues, admitir a las sagradas órdenes a los que se ven aún sujetos a cualquier hábito vicioso», como decía San Isidoro (*Sent.*, l. 3, *de Summo Bono*, c. 34).

Cuando alguno aspira a subir al altar, no ha de estar tan sólo exento de pecado, sino además ha de estar en posesión de bondad positiva de vida, es decir, ha de caminar ya por las vías de la perfección y poseer alguna costumbre de virtudes. En nuestra obra de *Moral* tratamos extensamente, de acuerdo con el común sentir de los doctores, de que el ordenando habituado en cualquier vicio, si quiere recibir un orden sagrado, ha de estar dispuesto a recibir no tan sólo el sacramento de la penitencia, sino dispuesto a recibir el sacramento del orden; de no ser así, estaría indisposto para una y para otro y pecaría gravemente tanto el ordenando que recibe la absolución con ánimo de querer ordenarse sin la disposición requerida para las órdenes, cuando el confesor que lo absolviera. No basta, pues, a quien quiere recibir las órdenes sagradas, haber salido del estado de pecado, sino que, como hemos dicho, ha de estar en posesión de la bondad positiva de vida que requiere el estado eclesiástico, como escribe Alejandro III, según apuntamos al principio de la página anterior. De aquí se deduce que la penitencia basta para ejercer el orden ya recibido, pero no basta para ser promovido a un orden superior; que es lo que enseña el Angélico, diciendo: «Las órdenes sagradas preexigen la santidad» (2-2, q. 189, a. 1 ad 3). Esta doctrina está de acuerdo con la que ya antes había escrito San Dionisio: «En las cosas divinas no hay que osar colocarse

al frente de los demás sin haberse hecho, en su modo de obrar, del todo conforme y semejante a Dios» (*De Eccl. hier.*, c. 3). Dos razones aduce Santo Tomás: primera, porque así como el que ha sido ordenado ha sido puesto sobre todos los demás, según la dignidad de su cargo, así debe descollar sobre los simples fieles por la santidad de vida. «Para desempeñar dignamente las funciones de las sagradas órdenes, dice, no basta cualquier bondad de vida, sino que se necesita una bondad excelente, de modo que los ministros sagrados sean superiores al pueblo en santidad, como lo son por el orden recibido. De aquí se deduce que para recibir las órdenes hay que llevar a ellas una gracia que haga al sujeto apto para figurar honrosamente entre la grey de Cristo» (*Suppl.*, q. 35, a. i ad 3). Según la razón es que «por la ordenación recíbese la misión de ejercer en el altar las funciones más elevadas, para las que se exige mayor santidad que la exigida por el estado religioso» (2-2, q. 184, a. 8).

De aquí que el Apóstol (1 Tit., 3, 6) prohibiera que se ordenaran los neófitos, es decir, como explica Santo Tomás, quienes aun no habían dado pruebas de su constancia en la práctica de las virtudes. Por esto el concilio de Trento, aludiendo a las palabras de la Escritura: *Edad de ancianidad, vida inmaculada* (Sap. 4, 9), manda que los obispos no reciban a las órdenes, sino a quienes se muestren dignos de ellas por lo maduro de su prudencia (sess. 23, c. 12). Esta bondad positiva, dice Santo Tomás, ha de ser conocida no de manera ambigua, sino con toda certeza (*Suppl.*, q. 36, a. 4 ad 3). San Gregorio recomienda esta precaución, sobre todo en materia de castidad (l. 1, ep. 42). En este respecto exige una

prueba de muchos años (l. 3, ep. 26).

Júzguese aquí qué cuenta habrán de dar a Dios aquellos párrocos que en sus certificados aseguran que los ordenados han frecuentado los sacramentos y son de buenas costumbres, constándoles que ni frecuentaron los sacramentos ni dieron buen ejemplo, sino antes bien escándalo. Tales párrocos, con tales atestados, expedidos no por caridad, como dicen, sino contra la caridad debida a Dios y a la Iglesia, hácense reos de todos los pecados que cometerán los mal ordenados, pues los obispos creen a los párrocos y son así inducidos a error. Los párrocos, al extender estos certificados, no se fíen del testimonio de los demás y sepan que no los podrán firmar si no están seguros de lo que certifican, esto es, de que el clérigo ha observado en verdad una vida ejemplar y ha frecuentado los sacramentos. En cuanto a los confesores de los ordenandos, así como el obispo no puede ordenar a nadie que antes no esté probado en punto a castidad, así tampoco el confesor puede permitir al penitente que vive en la incontinencia que se presente a las órdenes, si antes no tiene seguridad moral de que está ya libre del mal hábito contraído y ha adquirido el hábito de la virtud de la castidad.

III. A lo que se expone quien va a las órdenes sagradas sin vocación

De todo lo anteriormente expuesto se desprende que quien recibe las órdenes sagradas sin vocación no puede excusarse de culpa grave, como dicen muchos teólogos, tales como Habert (*De ord.*, p. 3.^a, c.

1, § 2). Natal Alejandro (*De sacr. ord.*), Juénin (Disp. 8, q. 7, c. 1) y el Continuador de Tournely (*De oblig. cler.*, t. 3, c. 1, concl. 3); y antes que todos ellos lo enseñó San Agustín, cuando, hablando del castigo que Dios envió a Coré, Datán, Abirón, que se pusieron a ejercer el oficio sacerdotal sin ser llamados, dice que este ejemplo es una advertencia para quienes se presentan sin vocación a las órdenes sagradas (*Serm.* 30). La razón es que no deja de ser un acto de presunción grave e inexcusable entrar en el santuario sin ser llamado por Dios, y quien esto hace queda privado de las gracias de estado y de los auxilios oportunos, sin los cuales se puede, absolutamente hablando, desempeñar las obligaciones, pero no sin gran dificultad, como escribe Habert. Quien tal haga quedará como miembro fuera de su lugar, que no podrá obrar sin dolor y sin deformidad (*De ord.*, p. 3.^a, c. 1, § 2).

De aquí se sigue que se verá expuesto a peligro de perder el alma, porque éste es, en expresión del obispo monseñor Abélly, uno de los pecados contra el Espíritu Santo, de los que, en expresión del Evangelio, será muy difícil alcanzar perdón (*Sac. chr.*, p. 1.^a, c. 4).

El Señor declara su indignación contra quienes quieren reinar en la Iglesia sin su llamamiento: *Ellos han establecido reyes sin mi intervención... Mi ira se ha encendido contra ellos* (Os. 8, 4-5). Reinan por su propia autoridad y no por elección del soberano Dueño del mundo; sin llamamiento alguno divino, sino bajo la sola inspiración de sus pasiones, y más que alcanzarlo se apoderan del gobierno de las almas (*Past.*, p. 1.^a, c. 1). ¡Qué de esfuerzos, qué de diligencias, qué de ruegos emplean ciertos sujetos para al-

canzar la ordenación!, pero sin vocación y únicamente por fines terrenos. ¡Ay de estos desgraciados!, dice el Señor por Isaías: *Quieren realizar un designio, mas no mío* (Is. 30. 1). Estos tales en el día del juicio pretenderán premio pero Jesucristo los rechazará de sí: *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor ¿acaso no profetizamos en tu nombre* (predicando y enseñando) *y en tu nombre lanzamos los demonios* (absolviendo a los penitentes), *y en tu nombre obramos muchos prodigios?* (corrigiendo, componiendo discordias). *Y entonces les declararé: Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad* (Mt. 7, 22, 23). Los sacerdotes sin vocación son, a la verdad, obreros y ministros de Dios, pero ministros de iniquidad y de rapiña, porque se introdujeron en el rebaño por sí mismos y sin ser llamados. No recibieron las llaves, como dice San Bernardo, sino que las arrebataron (*De conv. ad cler.*, c. 19). En vano trabajarán, puesto que Dios no recompensará sus trabajos, sino que los castigará por no haber entrado en el santuario por el camino recto (Eccl. 10, 15). La Iglesia, dice San León, no recibe sino a quienes el Señor elige, y al elegirlos los hace ministros suyos (*In die ass. suae.*, serm. 2). Por el contrario, rechaza a quienes no llama Dios, porque éstos no reportan provecho, sino ruinas y, en vez de edificarla, la manchan como escribe San Pedro Damiano (*Cant.cler.*, c. 3).

Al que haya escogido (Yahveh) *hará que se le acerque* (Num. 16, 5). El Señor acogerá a quienes haya elegido para el sacerdocio; de lo que se deduce que quienes no hayan sido elegidos serán rechazados. También San Efrén da por condenados a quienes osen hacerse sacerdotes sin vocación: «Me es-

panta (son sus palabras) la audacia de ciertos insensatos, que se entrometen como a la fuerza en las funciones sacerdotales, sin preocuparse los desgraciados del fuego eterno que acumulan sobre sí» (*Ord. de sacerd.*). Y Pedro de Blois escribe: «Quien se atreva a usurpar el sacerdocio convierte el sacrificio en sacrilegio y la vida en muerte» (*Ep. ad rich. lond*). Quien yerra la vocación se pone en mayor peligro de condenación que quien traspasa los preceptos particulares, porque este último puede levantarse de la caída y emprender una nueva vida; pero el que yerra la vocación, yerra el mismo camino, por lo que cuanto más camina por él, más se aleja de la patria. A éstos se les aplica aquello de San Agustín: «Corres bien, pero fuera del camino». Persuadámonos de lo que decía San Gregorio: que nuestra eterna salvación depende principalmente de abrazar el estado a que Dios nos llame. La razón es clara, porque Dios es quien, en el orden de la providencia, nos asigna a todos el estado de vida propio y, una vez abrazado, nos prepara las gracias y auxilios conducentes al estado a que nos llama. El Espíritu Santo distribuye sus gracias según el orden establecido por El, y no a merced nuestra, decía San Cipriano (*De sing. cler*); y este orden es para cada uno de nosotros el orden de la predestinación, como escribía el Apóstol: *Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó* (Rom. 8, 30). Por manera que después de la vocación viene la justificación, y después de la justificación, la glorificación, es decir, la adquisición de la vida eterna; por lo tanto, quien no obedece a la vocación divina no será justificado ni glorificado. El P. Maestro Granada llamaba con

razón a la vocación la rueda maestra de la vida; así como en ciertos relojes, gastada la rueda catalina, se estropea todo, así, dice San Gregorio Nacianceno, si uno yerra la vocación, errará toda la vida, porque en el estado a que no le llamó Dios se verá privado de los auxilios oportunos para vivir bien.

Cada cual tiene de Dios su propio don: quién de una manera, quién de otra (1 Cor. 7, 7); lo que equivale a decir, como explican los intérpretes con Santo Tomás, que el Señor da a cada cual las gracias para desempeñar bien las obligaciones del estado a que le llama (*Suppl.*, q. 35, a. 1; 3, q. 27, a. 1). De aquí se sigue que uno es apto para cumplir el oficio a que Dios elige y es inepto para el oficio a que Dios no lo elige. El pie se ha dado para caminar y es incapaz de ver; y el ojo, que se ha dado para ver, no puede servir para oír. ¿Cómo podrá, por lo tanto, ser apto para desempeñar bien las funciones sacerdotales quien no ha sido elegido por Dios para el sacerdocio? El Señor es quien elige los operarios que han de cultivar su viña: *Yo os escogí a vosotros y os destiné para que vayais y llevéis fruto* (Io. 15, 16).

El Redentor no dijo: «Rogad a los hombres que vayan a recoger la mies», sino: *Rogad, pues al Señor de la mies que mande obreros a su mies* (Lc. 10, 2); de aquí que dijese también: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros* (Io. 20, 21). Cuando Dios llama, da también los auxilios necesarios, dice San León: «El autor de mi elevación (son sus palabras) vendrá en mi ayuda en el gobierno de los intereses que me ha confiado; y como me confirió el cargo, me dará también la fuerza para llevarlo dignamente» (*In die assumpt. suae*, serm. 1). El mismo Jesucristo lo declaró por estas palabras: *Yo soy*

la puerta; quien entrare por mí, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pasto (Io. 10, 9). Entrará, esto es, quien comienza el sacerdocio llamado por Dios se desenvolverá rectamente, sin culpa y con mérito. *Saldrá*, es decir, se hallará en medio de ocasiones y peligros, pero con la ayuda del cielo saldrá de ellos sano y salvo. *Hallará pasto*; finalmente, en todos sus ministerios estará asistido de gracias especiales, que lo harán adelantar a grandes pasos por las vías de la perfección, y todo por hallarse en el estado en que Dios lo colocó; de modo que podrá exclamar confiadamente: *Me apacienta el Señor, nada me falta; hácame recostar en verdes prados* (Ps. 22, 1).

Por el contrario, los sacerdotes que no son enviados por Dios a trabajar en su Iglesia se verán abandonados por El y condenados a oprobio eterno y desgraciada ruina, como el Señor declara por Jeremías: *No envié a los profetas, y ellos corrían* (Ier. 23, 21). Y continúa más adelante: *Por eso he aquí que yo os cogeré, transportándoos* (como una carga), *y os arrojaré de mi presencia, y asimismo a la ciudad que di a vosotros y vuestros padres, y os cubriré de perpetuo oprobio y de eterna ignominia, que jamás será olvidada* (Ier. 23, 39-40).

Para ser el hombre elevado a la altura del sacerdocio precisa, dice Santo Tomás, ser elevado por el poder del Señor (*Habert. De ord.*, p. 3.^a, c. 1 § 2), ya que él es santificador de los pueblos y el vicario de Jesucristo. Con todo, a quien pretende elevarse por sí mismo a tan alta dignidad le acontecerá lo que dice el Sabio: *Hay quien se mostró necio después de ser elevado en alto* (Prov. 30, 32). Si hubiera quedado en el siglo, habría sido un buen seglar; pero como subió al sacerdocio sin vocación, será mal sacerdote,

y en vez de ser útil a la Iglesia será azote para ella, como de tales sacerdotes escribe el Catecismo Romano: «Nada más desgraciado ni más funesto que estos hombres para la Iglesia» (p. 2.^a, c. 7, q. 3). Efectivamente, ¿qué bien podrán obrar, cuando entraron en la Iglesia sin ser llamados? Es difícil, dice San León, que tan malos comienzos tengan un buen fin» (Ep. 87). Y San Lorenzo Justiniano añade: «¿Qué fruto producirá una raíz corrompida?» (*De compunct. Apud Catech. Rom. de ord.*). Nuestro Salvador dijo: *Todo plantío que no plantó mi Padre celestial será arrancado de raíz* (Mt. 15, 13). Igualmente, según Pedro de Blois, cuando el Señor permite que un sujeto llegue al sacerdocio sin ser llamado a él, no hay que considerarlo como gracia, sino como castigo, porque el árbol poco enraizado en tierra está expuesto a los vendavales y fácilmente caerá para ser pasto de las llamas» (*De inst. ep.*, c. 3). San Bernardo dice que «quien no entró legítimamente en el santuario continuará caminando por los caminos de la infidelidad y, en vez de procurar la salvación de las almas, será más bien causa de su perdición y muerte» (*De vita cler.*, c. 7). Esto está conforme con la sentencia de Jesucristo: *El que no entre por la puerta en el redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y salteador... El ladrón no viene sino para robar y matar y destruir* (Io. 10, 1, 10).

Quizás haya quien diga: Así, si se tienen que ordenar de sacerdotes tan sólo quienes reúnan todas las señales antes mencionadas y requeridas, habrá pocos sacerdotes en la Iglesia y faltarán a los fieles los auxilios. A esto respondió ya el Concilio IV de Letrán cuando declaró que «es preferible que haya un nú-

mero reducido de sacerdotes que no muchos que sean malos» (c. 17). Y Santo Tomás dice que «Dios no abandona jamás a su Iglesia hasta el punto de dejarla desprovista de sacerdotes dignos, según la necesidad de los pueblos» (*Suppl.*, q. 36, a. 4 ad 1). Querer proveer a la necesidad de los pueblos con ministros malos, dice San León que no es querer salvarlos, sino perderlos (*Ep. 87 ad Afr. ep.*).

Por lo tanto, si se hallara un sacerdote ordenado sin vocación, ¿qué había de hacer, tenerse ya por condenado y desesperarse?—No. La misma pregunta se formuló San Gregorio: «No he sido llamado al sacerdocio; ¿qué tengo que hacer?»; y se responde: «Llorar». He aquí lo que se impone que haga tal sacerdote si se quiere salvar: derramar lágrimas y, por medio de la penitencia, aplacar a Dios y moverlo a que le perdone este su gran pecado de haberse introducido en el santuario sin llamamiento divino. Procure, pues, como le exhorta San Bernardo, que «la bondad de vida, que no precedió al sacerdocio, al menos le siga» (*Ep. 27 ad Ardut.*). Y para esto, añade el Santo, «se impone un cambio radical de conducta, de compañías, de estudios» (*Ep. 27*). Si fuere ignorante, se impone que estudie; si está dado a conversaciones y pasatiempos mundanos, se impone que consagre el tiempo a la oración, a lecturas espirituales, a la visita de las iglesias. Pero es necesario que en esto se haga violencia, porque, como antes dijimos, por haber entrado sin vocación es miembro dislocado, fuera de su lugar; por esto tiene que obrar su salvación con muchos esfuerzos y trabajos. Y si por ser sacerdote sin haber sido a ello llamado se ve, como ya demostramos, privado de los auxilios oportunos

para desempeñar las funciones sacerdotales, ¿cómo podrá cumplir con ellas y qué es lo que tendrá que hacer?—Habert (*De ord.*, p. 3.^a, c. 1. § 2) y el continuador de Tournely (*De oblig. cler.*, c. 1. a. 1, concl. 3) dicen que ruegue, ya que con sus oraciones alcanzará lo que no merece; Dios, dicen, da entonces al hombre, por su misericordia, los auxilios que en justicia tiene reservados, de alguna manera, para los legítimamente llamados. Esta doctrina está de acuerdo con lo enseñado por el concilio de Trento: «Dios no manda lo imposible; pero, al mandar, nos advierte que hagamos lo que podamos y que pidamos lo que no podemos, para que nos ayude a poder» (sess. 6, c. 11).

PARTE II

PLATICA I

SOBRE LA CELEBRACION DE LA MISA

I. Importancia del santo sacrificio y lo que exige del sacerdote

*Todo pontífice escogido de entre los hombres es construido en pro de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Heb. 5, 1). Para este fin, en efecto, puso Dios al sacerdote en la Iglesia, para ofrecer sacrificios; y este oficio es propio de los sacerdotes de la ley de gracia, a los cuales se ha dado poder ofrecer el sumo sacrificio del cuerpo y de la sangre del mismo Hijo de Dios; sacrificio supremo y perfecto, a diferencia de los antiguos, que no encerraban más mérito que ser sombra y figura de nuestro sacrificio. Aquellos sacrificios eran de becerros y de machos cabríos, en tanto que el nuestro es del Verbo eterno hecho hombre. Los sacrificios de la ley antigua no tenían fuerza alguna por sí mismos, por lo que el Apóstol los llama *rudimentos impotentes y miserables* (Gal. 4, 9); en tanto que nuestro sacrificio tiene fuerza de alcanzar la remisión de las penas temporales debidas por nuestros pecados y, además mediata-*

mente al menos, el aumento de la gracia y los auxilios más abundantes a favor de aquellos por quienes se ofrece.

El sacerdote que no está penetrado de la grandeza del santo sacrificio de la misa, nunca lo ofrecerá como es debido. Jesucristo en la tierra no hizo obra mayor que ésta. La misa en una palabra, es la acción más santa y más agradable a Dios que se pueda llevar a cabo, tanto en razón de la Víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote, como enseña el concilio de Trento (sess. 22, c. 2). Y San Juan Crisóstomo añade: «Cuando veáis al sacerdote ofreciendo el sacrificio, no penséis que es el sacerdote, sino representaos la mano de Jesucristo extendida de modo invisible» (*Ad pop. Ant.*, hom. 9).

Todo el honor que han podido tributar siempre a Dios los ángeles con sus homenajes y los hombres con sus virtudes, penitencias, martirios y demás obras santas, no podrán proporcionar tanta gloria a Dios como la que le proporciona una sola misa; porque todos los honores de las criaturas son finitos, en tanto que el honor que se tributa a Dios en el sacrificio del altar es honor infinito, por provenir de una persona divina (sess. 22, *Decr. de obs. in cel. mis.*). Es, pues, la misa la obra más santa y la más agradable a Dios, como hemos visto; es la obra más capaz de aplacar la ira de Dios contra los pecadores, la que más abate las fuerzas infernales, la que procura más abundantes gracias a los hombres en la tierra y la que más alivio proporciona a las almas del purgatorio; y ésta es, finalmente, la obra a que va ligada la salvación del mundo, como escribe San Odón, abad

de Cluny (*Collat.*, l. 2, c. 28). Y Timoteo de Jerusalén dice, hablando de la misa, que por ella se conserva la tierra sin haber sido aniquilada (*Or. de proph. Sim.*).

Según San Buenaventura, el Señor en cada misa hace al género humano un favor en nada inferior al que le hizo en la Encarnación (*De Instit. Novit.*, p. 1.^a, c. 2). Esto concuerda con la célebre sentencia de San Agustín, que exclamaba: «¡Venerada dignidad de los sacerdotes, en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios, como se encarnó en el seno de la Virgen!» (*Instr. sac.*, tr. 1, c. 5, § 2 Molina). Además, como el sacrificio del altar no es más que la aplicación y renovación del gran sacrificio de la cruz, enseña Santo Tomás que una misa tiene para el bien y salvación de los hombres toda la eficacia del sacrificio de la cruz (J. Heroldt, *De Sanct.*, serm. 48). Y lo mismo escribe el Crisóstomo: «La celebración de la misa tiene el mismo valor que la muerte de Cristo» (J. Heroldt, *De Sanct.*, serm. 48). La Iglesia confirma plenamente esta verdad diciendo: «Siempre que se celebra en el altar la memoria de este sacrificio, se renueva la obra de nuestra redención» (*Miss. dom. IX post Pent.*). En efecto, añade el concilio de Trento, el mismo Redentor es quien se ofrece por nosotros sobre la cruz y se sacrifica sobre el altar por medio de los sacerdotes (sess. 22, c. 2).

En una palabra, la misa, según dice el profeta, es lo más bello y excelente que hay en la Iglesia (Zach. 9, 17). En la misa se nos entrega Jesucristo por medio del sacramento del altar, que es el fin y consumación de todos los sacramentos, como enseña el Angélico (3, q. 65, a. 3). Con razón, pues, llama San

Buenaventura a la misa el compendio de todo el amor divino y de todos los beneficios dispensados a los hombres (*De Inst. Novit.*, p. 1.^a, c. 2). Por esto el demonio se esforzó siempre por suprimir la misa del mundo, mediante los herejes, a quienes hizo precursores del anticristo, que lo primero que procurará hacer, y hará, será abolir el sacrificio del altar, en castigo de los pecados de los hombres, como profetizó Daniel: *Y el ejército celeste (el pueblo elegido y sus sacerdotes) fué entregado a la destrucción junto al sacrificio perpetuo (Dan. 8, 12).*

Sobrada razón tiene, por lo tanto, el concilio de Trento para exigir de los sacerdotes que pongan todo el cuidado posible en celebrar la misa con la mayor devoción y pureza de conciencia posibles (sess. 22, *Decret. de obs. in cel. mis.*). Y no con menor razón advierte en el mismo lugar que precisamente sobre los sacerdotes que celebran descuidadamente y sin devoción este excelso sacrificio cae la maldición lanzada por Jeremías: *Maldito quien hace la obra de Yahveh con incuria (Ier. 48, 10).* Pues bien, según San Buenaventura, celebra o comulga indignamente quien se acerca al altar con poca reverencia y consideración (*De praep. ad mis.*, c. 5). Por eso, para evitar esta maldición, examinemos lo que ha de hacer el sacerdote antes de celebrar, durante la celebración y después de ella. Antes de celebrar se impone la preparación; durante la celebración es necesaria la reverencia y la devoción, y después de celebrar es necesaria la acción de gracias. Decía un siervo de Dios que la vida del sacerdote no debe ser más que una preparación y una acción de gracias a la santa misa.

II. De la preparación a la misa

El sacerdote en primer lugar tiene que prepararse para subir al altar.

Y antes de llegar a la práctica, pregunto: ¿Cómo es que hay tantos sacerdotes en el mundo y tan pocos sacerdotes santos? San Francisco de Sales llamaba a la misa misterio que comprende todo el abismo del amor divino (*Intr. Philot.*, p. 2.^a, c. 14). Además, San Crisóstomo decía que el Santísimo Sacramento del altar es el tesoro de la bondad de Dios (*In 1 Cor.*, hom. 24). Sin duda ninguna, la Sagrada Eucaristía fué instituída por todos los fieles, pero es don hecho de manera especial a los sacerdotes; hablando a éstos, dice el Señor: *No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos* (Mt. 7, 6). Nótese las palabras *vuestras perlas*; en griego se llama *perlas* a las partículas consagradas; y así se ve cómo se llama a éstas perlas, cosa propia de los sacerdotes, al decir vuestras perlas. Siendo esto así, todo sacerdote, como dice el Crisóstomo, tendría que bajar del altar inflamado completamente en amor de Dios, de modo que infundiera terror el infierno (*Ad pop. Ant.*, hom. 61). Mas no es esto lo que se ve, sino que la mayoría se apartan del altar siempre más tibios, siempre más impacientes, soberbios, envidiosos, más aferrados a la estima propia, a los intereses y a los placeres terrenos. «El defecto no está en el alimento, decía el cardenal Bona, sino en quien lo toma» (*De sacr. M.*, c 6, § 6), pues bastaría tomarlo una sola vez, añadía Santa María Magdalena de Pazzi, para llegar a la santidad; la falta está en la poca preparación a la santa misa.

Hay dos clases de preparación, remota y próxima. La preparación remota consiste en la vida pura y virtuosa que ha de vivir el sacerdote para celebrar dignamente. Si Dios exigía la pureza de los sacerdotes antiguos sólo porque habían de llevar los vasos sagrados (Is. 52, 11), ¡cuánto más puro y santo, observa Pedro de Blois, ha de ser el sacerdote que ha de tener en las manos y en el cuerpo al Verbo encarnado! (Ep. 123). Mas para ser puro y santo no basta que el sacerdote se vea libre de pecados mortales, sino que tiene también que estar exento de los veniales (plenamente deliberados); de otro modo, Jesucristo no lo admitiría a participar con El. Guardémonos, dice San Bernardo, de hacer poco caso de estas faltas, porque, como se dijo a Pedro, «si no estamos lavados de ellas no tendremos parte con El» (*S. in Coena Dom.*). Es, pues, necesario que todas las acciones y palabras del sacerdote que quiere celebrar la misa sean tan santas que puedan servir como de preparación para celebrarla.

La preparación próxima exige en primer lugar la oración mental. ¿Qué misa devota celebrará el sacerdote que sube al altar sin haber hecho primeramente meditación? Decía el Beato P. Maestro Avila que el sacerdote tiene que hacer, por lo menos, hora y media de meditación antes de la celebración de la misa; ya me contentaría yo con que se hiciera media hora, y algunos, al menos, que hicieran un cuarto, aun cuando en verdad que un cuarto de hora es muy poco. ¡Hay libros tan hermosos de meditación para prepararse a la misa!; pero ¿quién se prepara así? De ahí que se celebren tantas misas sin devoción y de modo desordenado. La misa es la representación de la pasión de Jesucristo, por lo que el papa Alejandro

I tenía razón al decir que en el sacrificio de la misa se ha de hacer siempre memoria de la pasión del Señor (Ep. 1). Y antes lo había escrito el Apóstol: *Cuantas veces coméis este pan y bebéis el cáliz, anunciáis la muerte del Señor* (1 Cor., 11, 26). Dice Santo Tomás que el Redentor instituyó el Santísimo Sacramento para que estuviese en nosotros siempre viva la memoria del amor que nos mostró y del gran beneficio que nos hizo al inmolarse en la cruz. Pues bien, si todos los hombres, ¿con cuánta mayor razón el sacerdote cuando va a renovar el altar el mismo sacrificio, si bien de distinta manera? No le baste al sacerdote haber hecho la meditación, sino que conviene que antes de celebrar se recoja al menos unos instantes y considere lo que va a hacer, como impuso a todos los sacerdotes el concilio de Milán en tiempo de San Carlos (*Const.*, p. 2.^a, n. 5). Cuando entre a sacristía para celebrar, despida el sacerdote todos los pensamientos de mundo y diga con San Bernardo: Cuidados, solicitudes, servidumbres, esperadme aquí en tanto que mis criadas, razón e inteligencia, entremos a adorar a Dios; después de lo cual volveremos a vosotros, y no tardaremos en hacerlo (*De amore Dei*. c. 1). San Francisco de Sales escribía a Santa Juana de Chantal: «Cuando voy al altar para celebrar misa, pierdo de vista todas las cosas de la tierra». Despida, pues, entonces el sacerdote todos los pensamientos mundanos y atienda solamente a la gran obra que va a ejecutar y al Pan celestial, del que se va a alimentar en aquella mesa divina. *Cuando te sientes a comer con un magnate, ten buen cuidado con lo que tienes delante* (Prov. 23, 1). Piensa, por tanto, que vas a llamar del cielo a la tierra al Verbo humanado, para entretenerte familiar-

mente con El sobre el altar, para ofrecerlo de nuevo al Padre Eterno y para alimentarte, finalmente, de su carne sacrosanta. El Beato P. Juan de Avila, cuando iba a celebrar, trataba de enfervorizarse, repitiendo que iba a consagrar al Hijo de Dios, a tenerlo en sus manos, a hablarle, a tratar con El y a recibirlo en su pecho (*Audi, filia*, c. 10 p. 44).

Considera además el sacerdote que «sube al altar a interceder por todos los pecadores», como decía San Lorenzo Justiniano (*Serm. de Euchar.*). El sacerdote se encuentra en el altar, en medio de Dios y de los hombres, para presentarle las oraciones de éstos y alcanzarles las divinas gracias (*In Is.*, hom. 5). «Por esta razón decía Santo Tomás que el sacrificio del altar se llama misa porque el sacerdote por medio del ángel envía las oraciones a Dios, como el pueblo las envía al sacerdote» (3, q. 73, a. 4). En la antigua ley sólo una vez al año se permitía entrar al sacerdote en el *sancta sanctorum*; pero hoy a todos los sacerdotes y todos los días les es permitido ofrecer el cordero divino para alcanzar para sí y para todo el pueblo las gracias a Dios (*De inst. prael.*, c. 10, n. 6). Por eso, concluye San Buenaventura, cuando vaya a celebrar, propóngase el sacerdote los tres fines de honrar a Dios, hacer memoria de su pasión y alcanzar las gracias para toda la Iglesia (*De praep. ad missam*, c. 9).

III. Del respeto y devoción con que se debe celebrar la misa

En segundo lugar se impone que el sacerdote celebre la misa con reverencia y devoción. Conocido es

que el manípulo fué introducido para enjugarse las lágrimas, porque antiguamente, cuando celebraban los sacerdotes, experimentaban tan grandes sentimientos de devoción, que no hacían más que llorar. Ya dijimos que el sacerdote representa en el altar a la misma persona de Jesucristo, como escribió San Cipriano (*Ep. ad Caecil.*, 63); y en calidad de tal dice: *Esto es mi cuerpo; éste es el cáliz de mi sangre*. Pero, ¡oh Dios mío!, cuando se piensa en el modo con que celebran misa la mayoría de los sacerdotes, habría que llorar y llorar lágrimas de sangre. Da lástima ver cómo desprecian a Jesucristo muchos sacerdotes y religiosos y hasta pertenecientes a órdenes reformadas. Al ver la atención con que estos sacerdotes celebran a diario, se les podría reprochar muy en justicia lo que Clemente de Alejandría reprochaba a los sacerdotes paganos: «que hacían del cielo un teatro y a Dios motivo de comedia» (*Or ad Gent*). Pero ¡qué digo comedia! Si estos tales tuvieran que representar el papel de una comedia, ¡cuán atentos estarían! Y para celebrar, ¿qué atención emplean? Palabras mutiladas, genuflexiones que más parecen actos de desprecio que de reverencia, bendiciones que no se sabe que cosa son. Muévense en el altar y se vuelven de modo que casi excitan la risa; mezclan palabras y ceremonias, anticipándolas antes del tiempo prescrito por las rúbricas. A pesar de ello, estas rúbricas, según el común sentir, son de precepto, ya que San Pío V, en la bula que encabeza el misal, manda que se celebre misa según las rúbricas del misal, y esto lo manda *districte, in virtute sanctae obedientiae*. De aquí se sigue que quien falta a las rúbricas no se pueda excusar de pecado, y

quien falta en materia grave no se pueda excusar de pecado mortal.

Todo proviene de la prisa de acabar luego la celebración. ¿Cómo celebran algunos?; como si se fuera a derrumbar el templo o estuvieran para llegar ladrones y no hubiera tiempo de escapar. Sacerdote habrá que, después de estar hablando horas enteras inútilmente u ocupado en asuntos mundanos, cuando se trata de celebrar lo hace con toda la precipitación que puede. Y del modo que con estos tales principian, así prosiguen, así consagran, así toman en sus manos a Jesucristo y así comulgan con tanta irreverencia como si en realidad no se tratara más que de un trozo de pan. Desearíamos que hubiera siempre alguien que les dijese lo que un día dijo el B. P. Maestro Avila, acercándose al altar, a cierto sacerdote que celebraba de tan rutinaria manera: «Trátele bien, que es Hijo de buen Padre» (Vitoria, E. S. Católica, 1948 p. 29).

Ordenó el Señor a los sacerdotes de la antigua ley que temblasen de santo respeto al acercarse al santuario (Lev. 26, 2). ¡Y que un sacerdote de la ley nueva que está en el altar, ante la presencia real de Jesucristo, esté tan irreverentemente mientras le habla, lo tiene en sus manos, lo ofrece y se alimenta de El!... Amenazó el Señor en la antigua ley con muchas maldiciones a los sacerdotes que descuidasen las ceremonias de aquellos sacrificios, que no eran sino simples figuras del nuestro: *Pero sucederá que si no escuchas la voz de Yahveh, tu Dios, cuidando de practicar todos sus preceptos y leyes, que hoy te intimo, te sobrevendrán todas estas maldiciones y te alcanzarán: Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo* (Deut. 28, 15). Santa Teresa decía que da-

ría su vida por una ceremonia de la Iglesia (*Libro de la vida*, p. 805-806). Y el sacerdote, ¿llegará a despreciarlas? Enseña el P. Suárez que la omisión de cualquier ceremonia prescrita en la misa no puede excusarse de pecado, y muchos doctores llegan a decir que el descuido notable de las ceremonias puede muy bien constituir pecado mortal.

En nuestra *Teología Moral* demostramos, apoyados en la autoridad de no pocos autores, que no se puede excusar de pecado grave el celebrar la misa en menos de un cuarto de hora, y esto por dos razones: primera, por la irreverencia que se comete contra el santo sacrificio celebrado con tal precipitación, y segunda, por el escándalo que se da al pueblo. En cuanto a la reverencia debida al santo sacrificio, ya dijimos antes que el concilio de Trento ordenó que se celebrara la misa con la mayor devoción posible (sess. 22, *Decr. de observ. in mis*). Y añade que la falta de respeto, aun exterior, debida a la misa es tal irreverencia, que llega, hasta cierto sentido, a rayar en impiedad (ibid). Así como las ceremonias bien ejecutadas son señal de respeto, así también mal ejecutadas son indicio de irreverencia, que en materia grave constituyen pecado grave. Nótese además que para que las ceremonias encierren el testimonio de respeto que conviene a tan grande sacrificio no basta que se ejecuten, porque pudiera haber alguno a quien, por su expedita pronunciación y rapidez de movimientos, le fuera dable despachar todo en menos de un cuarto de hora; además de ello, se necesita que se hagan con la debida gravedad, que va ligada intrínsecamente a la reverencia debida a la santa misa.

Por lo que al escándalo respecta, la celebración de la misa en tan breve espacio de tiempo es culpa grave por el escándalo que se da al pueblo que asiste a ella. Y acerca de esto considérese lo que el concilio de Trento dice, a saber: que las ceremonias fueron instituídas por la Iglesia para inspirar a los fieles la veneración y el concepto que se ha de tener de tan excelso sacrificio y los sublimes misterios que encierra (sess. 22, *De sacr. M.*, c. 5). Pero cuando se ejecutan precipitadamente estas ceremonias no causan veneración, sino que contribuyen a que el pueblo pierda luego la veneración hacia tan santo misterio. Dice Pedro de Blois que «con las misas celebradas con poco respeto se contribuye a que los fieles hagan poco caso del Santísimo Sacramento» (*Ep. ad Rihcer.* 123). Tal escándalo no puede excusarse de pecado mortal; de aquí que el concilio de Tours ordenara en 1583 que los sacerdotes estuvieran bien instruídos en las ceremonias de la misa, «a fin de no ser causa de la destrucción de la devoción en el corazón de sus ovejas en lugar de introducirlas a la veneración de los sagrados misterios».

¿Cómo pretenderán los sacerdotes con tales misas, celebradas tan indevotamente, alcanzar las gracias de Dios, si al mismo tiempo de ofrecerlas ofenden y, por lo que a ello hace, deshonoran a Dios más bien que honrarle? Si hubiera un sacerdote que no creyese en el Santísimo Sacramento del altar, ofendería a Dios; pero aun lo ofende más el que cree en él sin tributarle el respeto que le es debido y es causa, además, de que otros lo pierdan al ver su mal ejemplo. Los judíos respetaron al principio a Jesucristo; pero, cuando vieron que los sacerdotes los despreciaban, acabaron por perder el concepto que de El tenían, y

a una con los sacerdotes se pusieron a gritar: *Quita, quita, crucificalo* (Io. 19, 15). Los seglares también, para no salir de nuestro asunto, al ver la irreverencia con que los sacerdotes celebran, pierden su concepto y veneración. La misa celebrada con devoción inspira devoción a quienes lo oyen, y, por el contrario, la misa indevota hacer perder la devoción y hasta casi también la fe de quienes la oyen. Me contó cierto religioso, digno de toda confianza, que hubo en Roma un hereje que se hallaba resuelto a abjurar; pero después de haber oído una misa mal celebrada fué al Papa y le dijo que ya no quería abjurar, pues se había persuadido de que ni el Papa ni los sacerdotes tenían verdadera fe en la Iglesia católica. Porque, decía, si yo fuese papa y supiera que un sacerdote celebraba la misa con poca reverencia, lo quemaría vivo; pero al ver cómo celebran algunos sacerdotes, sin recibir nunca castigo, me persuado de que ni el Papa cree.—Dicho esto, se retiró y ya no quiso oír hablar de abjuración.

Algunos sacerdotes dicen que los seglares se quejan cuando la misa es larga, a lo que responde en primer lugar: Pero ¿es que la poca devoción de ciertos seglares habrá de ser la norma del respeto debido a la misa? También respondo que, si los sacerdotes celebrasen con la reverencia y gravedad debidas, los seglares se penetrarían de la devoción que se debe a tan excelso sacrificio y no se quejarían de la media hora que hubieran de emplear en oírlo; mas por cuanto de ordinario las misas son tan breves y nos inspiran devoción, por eso los seglares, a ejemplo de los sacerdotes, pierden la devoción y asisten con poca fe, y cuando ven que pasa de un cuarto de hora,

por el mal hábito ya contraído, se cansan y se quejan; y cuando pasan, sin pena, tantas horas ante una mesa de juego o perdiendo el tiempo en la plaza pública, se cansan después de emplear media hora en oír la misa. Los sacerdotes tienen la culpa de todo este mal: *Y si soy Señor, dónde (está) el temor que me es debido?, dice Yahveh Sebaot a vosotros, sacerdotes, menospreciadores de mi nombre. Mas diréis: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? Ofreciendo sobre mi altar comida mancillada. Y diréis: ¿Cómo lo hemos mancillado? Al pensar que la mesa de Yahveh es despreciable* (Mal. 1, 6-7). El poco caso que hacen los sacerdotes de la reverencia debida a la misa es la causa de que también la desprecien los demás.

¡Pobres sacerdotes! El Beato P. Maestro Avila, cuando supo que un sacerdote murió después de haber celebrado la primera misa, temió grandemente por la cuenta que de ella tendría que dar. Pues ¿qué diría el P. Avila de los sacerdotes que hayan celebrado durante treinta o cuarenta años del modo escandaloso que hemos dicho? Y ¿cómo, pregunto, podrán tales sacerdotes tener propicio a Dios y alcanzar sus gracias, celebrando la misa de tal modo, si precisamente al celebrarla le ultrajan, más bien que honrarle? Todos los crímenes se expían con los sacrificios, dice el papa Julio; pero ¿qué se dará por la ofensa hecha al Señor, si en misma oblación del sacrificio se hace uno culpable? (c. *Cum omne, De consecr.*, dist. 2) ¡Pobres sacerdotes! Y ¡pobres obispos que permiten celebrar a tales sacerdotes!, ya que los obispos, como dice el concilio de Trento, están obligados a prohibir tales misas celebradas con semejante irreverencia (sess. 22, *Decr. de obs. in mis*).

Nótense las expresiones de la prohibición: *Prohibere curent et teneantur*, que significa que los obispos están obligados a suspender a quienes celebren sin la debida reverencia. Y esta obligación también mira a los regulares, pues los obispos en esto son delegados apostólicos del concilio y tienen la obligación de enterarse de las misas que se celebran en sus diócesis.

Sacerdotes míos, procuremos enmendarnos si en lo pasado hemos celebrado este grande sacrificio con poca devoción y reverencia. Remediémoslo, al menos, de hoy en adelante. Consideremos, cuando nos acerquemos a celebrar la misa, la acción que vamos a ejecutar, pues es la acción más grande y más santa que puede hacer el hombre. Y icuánto bien encierra la misa celebrada con devoción para quien la celebra y para quienes la oyen! Por lo que atañe a quien la oye, escribe el Discípulo: «Tu oración ciertamente que es más escuchada cuando se dirige en presencia del sacerdote celebrante, porque todo sacerdote tiene la obligación en cada misa de rogar por los asistentes». Quien celebra a diario devotamente recibirá siempre de Dios nuevas luces y nuevas fuerzas; Jesucristo lo instruirá siempre, lo consolará, lo animará y le concederá las gracias que desee. Después de la consagración, esté seguro el sacerdote de que Jesucristo le concederá cuantas gracias le pida. El venerable P. Antonio de Colellis, pío operario, decía: «Cuando celebro y tengo a Jesucristo en mis manos, alcanzo de El cuanto quiero». El celebrante alcanza cuanto quiere, para sí mismo y para quien oye la santa misa. Cuéntase en la vida de San Pedro de Alcántara que era más provechosa la misa devota que él celebraba que todos los sermones de los predica-

dores de la provincia en que se hallaba. El concilio de Rodez ordenó que los sacerdotes, con su devota pronunciación de las palabras y la no menos devota ejecución de las rúbricas, demostraran la fe y devoción que profesaban a Jesucristo presente ante ellos sobre el altar (*De sacr. miss.*, n. 4). «El porte exterior, dice San Buenaventura, es indicio de las disposiciones interiores del celebrante» (*Spec. disc.*, p. 2.^a, c. 1).

Nótese aquí de paso lo preceptuado por Inocencio III: «Ordenamos también que los oratorios, los vasos, los corporales y las vestiduras sagradas se conserven limpiísimos, pues es muy contra razón dejar las cosas santas en un estado de desaseo, que chocaría hasta en las cosas profanas» (tit. 44, can, 1, *Relinqui.*). ¡Ah, y cuánta razón tenía el Papa para hablar así, pues los hay que no se avergüenzan de celebrar con corporales, purificadoros y cálices de los que ellos mismos tendrían asco si los usaran en la mesa!

IV. De la acción de gracias

En tercer lugar, después de la celebración es necesario dar gracias a Dios. La acción de gracias no ha de terminar sino con el día. Dice San Juan Crisóstomo que los hombres, por el más mínimo favor que nos hacen, quieren que les seamos agradecidos y que se lo paguemos; pues ¡cuánto más agradecidos hemos de ser con Dios, que espera de nosotros no una recompensa, sino la acción de gracias, y sólo por nuestro bien! (*In Gen.*, hom. 26). Si no podemos,

continúa diciendo el santo, agradecer al Señor cuanto El se merece, al menos agradezcámosle cuanto podamos. ¡Qué compasión causa el desorden de ver cómo tantos sacerdotes, acabada la celebración y dichas tan sólo unas breves oraciones, en la sacristía, sin atención ni devoción, se ponen en seguida a charlar y discurrir de cosas inútiles o de negocios mundanos o quizás salen de la iglesia llevando consigo a Jesucristo al medio de la calle! Con estos tales habría que hacer lo que el Beato P. Maestro Avila hizo una vez: como viera a cierto sacerdote salir de la iglesia inmediatamente después de haber celebrado, mandó a dos clérigos que lo acompañaran con sendas luces; preguntóles el sacerdote lo que aquello significaba, y respondieron que iban a acompañar al Santísimo Sacramento, a quien llevaba en su pecho. A estos sacerdotes fuera bueno aplicar lo que escribió San Bernardo al arcediano Foulques: ¡Cómo!, ¿tan pronto se cansa usted de la compañía de Jesucristo, a quien lleva en el pecho? (Ep. 2).

Muchos son los libros piadosos que recomiendan la acción de gracias después de la celebración de la misa; pero ¿cuántos sacerdotes lo hacen? Se les podría contar por los dedos. Algunos es cierto que meditan, que rezan muchas oraciones vocales; pero después de la misa poco o nada se detienen a tratar con Jesucristo. ¡Si al menos, nos detuviéramos mientras duran en el pecho las especies consagradas! Decía el Beato Juan de Avila que había de mirar como precioso el tiempo que sigue a la misa, y por eso él, de ordinario, después de celebrar, se mantenía dos horas recogido en Dios.

Después de la comunión, el Señor dispensa más

abundantemente sus gracias. Enseña Santa Teresa que entonces está Jesucristo en el alma como en trono de gracia, diciéndole: *Quid vis ut tibi faciam?* No olvidemos tampoco lo que enseñan muchos doctores, Suárez (*De sacram.*, disp. 63, sect. 7), Gonet (*Man. Thom.*, p. 3.^a, tr. 4, c. 9) y otros, que el alma saca tanto mayor fruto de la comunión cuanto más se dispone con actos de piedad mientras duran las especies consagradas; porque, habiendo sido instituido este sacramento como alimento, declara el concilio de Florencia (*Decr. ad Arm.*, 3.^a) que, al igual que los alimentos terrenos tanto más nutren el cuerpo cuanto más tiempo permanecen en el estómago, así el pan celestial continúa alimentando al alma con sus gracias mientras permanece en el cuerpo, contando con que vayan en aumento de las disposiciones del comulgante. Además, en este momento los actos virtuosos tienen mayor valor y mayor mérito, porque el alma está entonces unida con Jesucristo, según El mismo declaró: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Io. 6, 57). Entonces, dice el Crisóstomo, «formamos una sola y misma cosa con Jesucristo» (*Ad. pop. Ant.*, hom 60). Por eso adquieren más mérito los actos, porque los hace el alma unida con Jesucristo.

Por otra parte, el Señor no quiere perder sus gracias con los ingratos, como explica San Bernardo (*In Cant.*, serm. 51). Cuidemos, por tanto, de permanecer media hora con Jesucristo después de la misa, o al menos un cuarto de hora, aun cuando, por desgracia, a muchos se les antoje sobrado este cuarto de hora. Recordemos que el sacerdote, desde el día de su ordenación, ya no se pertenece a sí, sino a Dios,

como decía San Ambrosio (*In Ps. 118*, serm. 8). Y el mismo Señor dijo: *Son ellos* (los sacerdotes) *quienes han de ofrecer los sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos* (Lev. 21, 6).

V. Del sacerdote que se abstiene de celebrar

Sacerdotes hay que se privan, por humildad, de celebrar la misa. Una palabra sobre ello. Privarse de celebrar la misa, por humildad, es acto bueno, pero no lo mejor, porque los actos de humildad tributan a Dios un honor finito, en tanto que la misa se lo tributa infinito, porque es honor que tributa Dios una persona divina. Adviértase, además, lo que dice el Venerable San Beda: «Cuando el sacerdote omite la celebración de la misa sin estar legítimamente impedido, priva, en cuanto de él depende, a la Trinidad, de gloria; los ángeles, de alegría; a los pecadores, de perdón; a los justos, de auxilio; a las almas del purgatorio, de alivio; a la Iglesia, de un gran bien, y a sí mismo, de remedio» (*De praep. ad missam*, c. 5).

Hallándose San Cayetano en Nápoles se enteró de que en Roma cierto cardenal amigo suyo, que solía celebrar diariamente, empezaba, debido a sus asuntos, a descuidar esta obligación, por lo que, a pesar de los calores caniculares y aun con peligro de su salud, no dejó de ir a Roma a persuadir al amigo que no dejara su antigua costumbre; y, en efecto, allí fué y volvió a Nápoles.—He aquí lo que se lee en la vida del beato Juan de Avila: Yendo a celebrar un día a cierta ermita, se sintió tan falto de fuerzas, que, desconfiando poder llegar a aquel lugar, del que aun

distaba mucho, estaba ya para desistir de la celebración, cuando se le apareció Jesucristo en forma de peregrino, que le descubrió el pecho y, mostrándole sus llagas, y en especial la del sagrado costado, le dijo: «Cuando yo estaba cubierto de estas llagas, estaba más fatigado y débil que tú», y desapareció. Animóse con ello el P. Avila y prosiguió el camino para celebrar la misa.

PLATICA II

SOBRE EL BUEN EJEMPLO QUE HA DE DAR EL SACERDOTE

Jesucristo instituyó en la Iglesia dos órdenes de fieles, uno de seglares y otro de eclesiásticos, con la diferencia de que unos han de ser discípulos y ovejas, y otros, los eclesiásticos, maestros y pastores. Por eso San Pablo ordenó a los seglares: *Obedeced a vuestros guías y mostradles sumisión, pues ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón* (Heb. 13, 17). Y por otra parte, San Pedro dice a los seglares: *Apacentad la grey de Dios que está en vosotros* (1 Pet. 5, 2). Y en otro lugar: *Mirad por vosotros mismos y por toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os puso por obispos para pastorear la Iglesia de Dios* (Act. 20, 28).

De todo esto concluye San Agustín: «Nada hay más difícil, nada más peligroso que el oficio sacerdotal» (Ep. 21); y precisamente por la razón que pesa sobre el sacerdote de vivir vida virtuosa, no sólo interior, sino exteriormente, para que los demás

aprendan de él a vivir bien, porque, si fuere bueno el que te guía, añade el mismo santo, te servirá de provecho, y si malo, de tentador (*Serm. 12, c. 7, de verbo Dom.*). Mucho bien hace el ejemplo del sacerdote bueno; la Sagrada Escritura decía que en Jerusalén se vivía santamente: *por la piedad del sumo sacerdote Onías* (2 Mach. 3, 1). Dice el concilio de Trento que la virtud de los jefes es la salvación de los subordinados (sess. 6, *de Ref.*, c. 1). Por el contrario, ¡qué daño no causa y qué de tentaciones suscita el mal ejemplo de un solo sacerdote! *Rebaño descarriado era mi pueblo; sus pastores habíanlo extraviado* (Ier. 50, 6). Escribe San Gregorio: «No, nadie daña tanto los intereses de Dios como los sacerdotes que, establecidos por El para salvación de los demás, dan viciosos ejemplos» (*In Ev., Lc.*, hom. 17). Y San Bernardo dice que los seglares, al ver la mala vida de los sacerdotes, no piensan en enmendarse y llegan hasta a despreciar los sacramentos y los bienes y penas de la otra vida (t. 1, *serm. 19, a. 2, c. 1*); porque piensan, como aquel de quien escribía San Agustín: Y «¿a qué hablarme? No hacen esto los propios clérigos, y ¿quieres que lo haga yo?» (*Serm. 137 al. 99*). Y el Señor decía un día a Santa Brígida: «Visto el mal ejemplo de los sacerdotes, el pecador se enardece en el pecado, si antes se avergonzaba, ahora se gloria de él» (*Revel.*, l. 4, c. 132).

San Gregorio llama a los sacerdotes columnas del templo (*Hom. in Ev.*, 17); cuando fallan las columnas, todo el edificio se derrumba; por eso en la ordenación de los sacerdotes la Iglesia ruega diciendo: «Que se vea en ellos la justicia, la constancia, la misericordia, la fortaleza y las demás virtudes, para que

su vida sirva de ejemplo a los demás» (*Pont. rom. in ord. presb*). Los sacerdotes no sólo deben ser santos, sino también parecerlo; pues, como dice San Agustín, si el sacerdote necesita buena conciencia para salvarse, también necesita buena fama para salvar al prójimo; sin lo cual, aunque fuese bueno para sí mismo, sería cruel para el prójimo y, perdiendo a los demás, vendría a perderse a sí mismo (*Serm.* 355, q. 12). Dios eligió entre los hombres a los sacerdotes no sólo para que le ofrecieran sacrificios, sino también para que con el buen olor de sus virtudes fueran edificación de todos (*Eccli.* 45, 20).

Los sacerdotes son la sal de la tierra (*Mt.* 5, 13), y añade la Glosa que los sacerdotes tienen que sazonar, en cierto sentido, a los demás hombres para hacerlos gratos a Dios, formándolos en la práctica de la virtud con sus palabras y más aún con sus ejemplos.

Los sacerdotes son también la luz del mundo (*Mt.* 5, 14), por lo que, añade el mismo divino Maestro, han de resplandecer con el brillo de sus virtudes entre todos los demás y honrar así a aquel Dios que tanto les honró y distinguió (*íbid*). Es lo que precisamente recordaba el Crisóstomo a los sacerdotes, diciéndoles: «Para esto nos eligió, para ser como luces» (*In 1 Tim.*, hom. 10). E igual escribe el papa Nicolás, afirmando que los sacerdotes son las estrellas que han de iluminar al pueblo (*Ep. ad Synod. Silvan.*), como escribía Daniel: *Quienes enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por siempre* (brillarán) (*Dan.* 12, 3). Mas para iluminar no basta que el sacerdote lo haga sólo con la voz, sino que es preciso que ilumine también con su buen ejemplo. La vida del sacerdote, decía San Carlos Borromeo, es el faro al que los navegantes, es decir, los seglares,

que están en medio del mar y de las tinieblas del mundo, alzan su vista para no perderse. Y antes que él lo había dicho el Crisóstomo: «El sacerdote ha de vivir vida tan arreglada, que cuantos le miren puedan ver en él el modelo ejemplar; para eso nos eligió (Dios), para ser como luces y maestros de los demás» (*In 1 Tim.*, hom., 10). La vida del sacerdote es la luz puesta sobre el candelero para iluminar a todos: *Ni encienden una lámpara y la colocan debajo del celémín, sino encima del candelero, y alumbrá a todos los que están en la casa* (Mt. 5, 15). De aquí concluía el concilio de Burdeos: «Los eclesiásticos están de tal modo expuestos a las miradas de todos los hombres, que éstos suelen guiarse por sus buenos o malos ejemplos» (anno 1583, c. 21). El sacerdote, por tanto, es la luz del mundo; pero si la luz se convierte en tinieblas, ¿qué sería del mundo?

Los sacerdotes son también padres de los cristianos, como los llama San Jerónimo; por lo que, si son padres de todos, añade el Crisóstomo, se impone que cuiden de todos, edificando principalmente a sus hijos con la vida ejemplar y prudentes instrucciones (*In 1 Tim.*, hom. 6). Si, por el contrario, fuesen malos sus ejemplos, los hijos espirituales los imitarán (*Serm.* 57), como dice Pedro de Blois.

Los sacerdotes son también maestros y modelos de virtud. Nuestro Salvador dijo a los discípulos: «Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros» (Io. 20, 21). Por lo que, así como el Eterno Padre envió a Jesucristo al mundo por modelo, así también Jesucristo puso en el mundo a los sacerdotes como modelos de vida virtuosa. Esto significan las mismas palabras de sacerdote y de presbítero,

como explica Pedro de Blois: «Sacerdote significa el que da algo sagrado, pues da algo sagrado de Dios, que es la predicación y los sacramentos; da algo sagrado por Dios, que es el buen ejemplo (*Serm.* 38). Además, el nombre de *presbítero* según Honorio de Autún, significa el que señala el camino al pueblo, desde el destierro a la patria celestial y lo señala con la voz y con el ejemplo (*Gemma and.*, l. 1, c. 171); que esto fue lo que el Apóstol escribió a Tito: *En todo mostrándote a ti mismo dechado de buenas obras..., a fin de que el de la parte contraria quede confundido, no teniendo que decir de nosotros nada malo* (Tit. 2, 8). San Pedro Damiano dice que el Señor separó a los sacerdotes del pueblo para que observen un tenor de vida distinto del pueblo (*Opusc.*, 18, dist. 2, c. 2), y de los sacerdotes aprendan los seculares a vivir edificantemente. San Pedro Crisólogo llamó al sacerdote forma de las virtudes (*Serm.* 26); y San Juan Crisóstomo dice igualmente: «Que el esplendor de las virtudes de tu vida sea la común escuela y ejemplar de todos» (*In Tit.*, hom. 4). El mismo ministerio sacerdotes exige esto, como escribe San Bernardo. David, deseoso de la santificación de los pueblos, rogaba a Dios diciendo: *Tus sacerdotes vistas de justicia y sus fieles den vítores de gozo* (Ps. 131, 9). Estar vestido de justicia equivale a dar ejemplo de todas las virtudes, de celo, de humildad, de caridad, de modestia, etc. En suma, dice San Pablo que nosotros, sacerdotes, debemos acreditar, con la santidad de nuestra vida, que somos verdaderos ministros de un Dios santo (2 Cor. 6, 4); y ya Jesucristo lo había dicho primero: *Quien me sirve, sígame* (Io. 12, 26). El sacerdote tiene, por tanto, que copiar en sí los ejemplos de Jesucristo, de tal modo que, según

dice San Ambrosio, sea tan edificante que todo el que lo vea reciba testimonio de su vida ejemplar y venera al Señor, que tiene tales ministros (*De offic.*, l. 1). De aquí que Minucio Félix dijera que «los sacerdotes debemos darnos a conocer por sacerdotes no en los impecables trajes talaros o en la elegante cabellera, sino en la modestia e inocencia de la vida» (*Octav.*, c. 9). Como el sacerdote está colocado en la tierra para lavar las manchas de los demás, por eso dice San Gregorio que necesita ser santo y demostrarse santo (*Past.*, p. 2.^a, c. 2).

Los sacerdotes son conductores de los pueblos, según San Pedro Damiano (*Opusc.*, 25, 2); pero San Dionisio dice que ninguno se debe atrever a hacerse guía de los demás si primero no se ve a sí mismo del todo semejante a Dios (*De Eccl. hier.*, c. 3; S. Thomas, *Suppl.*, q. 36, a. 1); y el abad Felipe de Buena-Esperanza añade que la vida de los clérigos sirve de norma a los seglares, pues unos van al frente como guías, en tanto que los otros les siguen como grey (*De dignit. cler.*, c. 2). San Agustín llama a los sacerdotes *rectores terrae*. Pues bien, quien tiene el cargo de corregir a los demás, debe, ante todo, ser él mismo irreprochable, como dice el papa Hormisdas (*Ep. ad Episc. Hispan.*). El concilio de Pisa se expresa así: «Cuanto más elevados en dignidad están los eclesiásticos por cima de los seglares, tanto más les deben edificar por el brillo de sus virtudes; su vida ha de ser tal que convide a los demás a la santidad». En efecto, como escribió San León: «La vida ejemplar de quienes rigen será la salvación de los dirigidos» (*In ad Episc. Afr.*).

San Gregorio Niceno llama al sacerdote maestro de santidad (*In Baptism. Chr.*); pero si el maestro es

soberbio, ¿cómo va a enseñar humildad?; si es glotón, ¿cómo enseñará mortificación?; si es vengativo, ¿cómo enseñará mansedumbre? Quien está al frente de los pueblos para instruirlos y formarlos en la virtud, decía San Isidoro, debe ser santo en todo (*De off. Eccl.*, l. 2, c. 5). Y si el Señor dijo a todos: *Seréis, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5, 48), ¿cuánto más, pregunta Salvianno, exigirá la perfección a los sacerdotes, que han de formar a todos en la virtud?» (*Ad Eccles.*, 14, l. 2). «¿Cómo podrá inflamar a otros en el amor divino quien con su modo de obrar da indicios de que no arde en este santo fuego? Quien no arde no abrasa», decía San Gregorio (*In Ez.*, hom. 2); y San Bernardo añadía: «El lenguaje del amor, en boca de quien no ama a Dios, resulta bárbaro y extraño» (*In Cant.*, serm. 79). Acontecerá, dice también San Gregorio, que «el sacerdote que no da buen ejemplo hará que se desprecien sus sermones» (*In Ev.*, hom. 17), y «no sólo sus sermones, añade Santo Tomás, sino todas sus funciones sacerdotales» (*Suppl.*, q. 36, a. 4).

El concilio de Trento ordena que no se admita al sacerdocio más que a quienes se pueda esperar que por su piedad y pureza de costumbres hayan de servir de «excelente ejemplo de buenas obras y saludables consejos» (sess. 23, *de Ref.*, c. 14). Pero nótese que en primer lugar se han de esperar de ellos buenos ejemplos y luego saludables consejos, porque dice el concilio que el buen ejemplo es ya como un género de predicación continua. «Antes de predicar con la palabra, los sacerdotes han de predicar con el ejemplo», como enseña San Agustín (*Serm.* 249 *de temp.*). Y San Juan Crisóstomo añade: «Los buenos ejemplos hablan más alto que trompeta alguna» (*In*

Mat., hom. 15). Por eso San Jerónimo advirtió a su amigo Nepociano: «Que tu modo de obrar no contraríe a tu doctrina; pues de otro modo, cuando predicaras en la Iglesia, no faltaría quien te pudiera decir bajito: ¿Por qué no haces tú lo que predicas? (*Ep. ad Nepot.* 34). Así se expresa también San Bernardo: «Tu voz tendrá gran vigor si se advierte que, antes de predicar a los demás, te predicaste a ti mismo» (*In Cant.*, serm. 69). Para que el predicador persuada a los demás de lo que dice es necesario que se muestre persuadido de ello; y ¿cómo lo podrá demostrar quien obra al revés de lo que predica?, pregunta el autor de la *Obra imperfecta*? (*Hom. in Mt.*). «Aquella predicación persuade y conmueve, dice San Gregorio, que viene confirmada con la ejemplaridad de la vida de quien predica» (*Past.*, p. 2.^a, c. 3). «Los hombres dan más crédito a los ojos que a los oídos, es decir, más a los ejemplos que ven que a las palabras que oyen» (*Conc urcellens.*, tr. 3, c. 4).

Los sacerdotes, como dice el concilio Tridentino, son espejos del mundo y en ellos se miran todos y de ellos toman ejemplo de vida (sess. 22, *de Refc.* 1). Y antes lo había dicho San Gregorio; «Es justo que el sacerdote resplandezca por sus virtudes, de suerte que sea como espejo en que el pueblo vaya a mirarse para ver lo que ha de hacer y lo que ha de corregir» (*Ep.*, l. 7, ind. 1, ep. 32, dist. 1). Y antes también que San Gregorio lo escribió el Apóstol: *Fuimos puestos como espectáculo al mundo, tanto a los ángeles como a los hombres* (1 Cor. 4, 9). «Todo en el sacerdote, exclama San Jerónimo, reclama santidad» (*Ep.* 58). Según San Euquerio, los sacerdotes llevan el peso del mundo; es decir, tienen la obligación de salvar a todas las almas; mas ¿cómo las salvarán? Con

la fuerza de la santidad y de los santos ejemplos (*Hom. de dedic. eccl.*). Por eso un concilio de Valence dice: «Es necesario que el sacerdote se esfuerce por mostrarse modelo de regularidad y de modestia, por su gravedad de porte, de miradas y de palabra (anno 855, can. 15). Nótese estos tres puntos: *Porte*: ¿Qué ejemplo de modestia pueden dar los sacerdotes que en vez de andar con el traje talar, largo y modesto, lo llevan corto, la cabellera empolvada, los puños estudiadamente planchados, con botonaduras de oro y hebillas de plata en el calzado? *Miradas*: Para dar ejemplo de modestia es preciso tener en público los ojos bajos no sólo en el altar y en la iglesia, sino también en todos los demás lugares en que haya mujeres. *Palabras*: El sacerdote tiene que abstenerse de proferir ciertas máximas mundanas y ciertos chistes que no compaginan bien con la modestia. El concilio IV de Cartago ordenó que «se suspendiera de sus funciones al clérigo que se dejara llevar de palabras inmodestas» (can. 6). Pero y ¿qué mal hay en ello, si sólo es bromear? No, responde San Bernardo, «lo que entre los seglares son bromas llegan a ser blasfemias, que en boca de los sacerdotes causan horror» (*De cons.*, l. 2, c. 13). Y añade: «Consagrasteis la boca a la predicación del Evangelio, y no podéis sin pecar abrirla para proferir tales palabras, ni habituáros a ellas sin haceros reos de sacrilegio» (ibid). También San Jerónimo decía que «siempre es peligroso decir cosas que no edifiquen a quienes las oigan». Ciertas cosas, ligeras para los demás, son delitos en el sacerdote, dice Pedro de Blois, porque todo mal ejemplo de su parte, como es ocasión de caída para los otros, se convierte para él en algo grave (*Ad Past. in sym.*, serm. 3). Escribe San Gregorio Na-

cianceno: «Las manchas en el vestido lujoso se dan más a notar y parecen más deformes» (*Orat.*, 31).

Absténgase también el sacerdote de toda murmuración. Dice San Jerónimo que «algunos dejan los demás vicios, pero se diría que no pueden dejar este de la murmuración» (*Ep. ad Celant.*). Evite también el trato con personas seglares. En las conversaciones de los seglares se respira aire infecto, que con el tiempo arruina la salud, en expresión de San Basilio (*hom. D. non sit. auct. mal*). Finalmente, absténgase también de ciertas diversiones mundanas, en las que nada edifica la asistencia del sacerdote, como serían la asistencia a algunas representaciones teatrales, bailes o conversaciones en que intervengan mujeres. Por el contrario, procure que se le vea rezando en la iglesia, dando gracias después de la misa, visitando al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Hay quienes cumplen estos deberes de devoción oculta-mente por temor de ser vistos. Pues bien, al sacerdote es preciso que se le vea, no ya para que ceda en alabanza propia, sino para dar buen ejemplo y contribuir a que los demás alaben a Dios, imitándolo: *Veán vuestras obras buenas y den gloria a vuestro Padre. que está en los cielos* (Mt. 5, 16).

PLATICA III

SOBRE LA CASTIDAD DEL SACERDOTE

I. Del mérito de esta virtud y de su necesidad para el sacerdote

Un alma continente no tiene precio (Eccli. 26, 20). Todas las riquezas de la tierra, todos los señoríos y dignidades son harto viles, comparados con el alma casta. San Efrén llama a la castidad «vida del espíritu», y San Cipriano, «adquisición de las victorias». Quien triunfa del vicio opuesto a la castidad vencerá fácilmente los demás vicios, y por el contrario, quien se deja dominar del vicio impuro, fácilmente caerá en otros vicios, odios, injusticias, sacrilegios, etc.

La castidad, decía San Efrén, hace del hombre ángel (*De castit.*). Y San Ambrosio añade: «Quien conserva la castidad es ángel, y quien la pierde, demonio» (*De virg.*, l. 1). Con razón se compara a los castos con los ángeles, que viven alejados de todo placer carnal: *Serán como ángeles de Dios* (Mt. 22, 30). Los ángeles son puros por naturaleza, en tanto que los castos son puros por virtud. El mérito de esta virtud, decía Casiano, está en hacer ángeles a los hombres (*De coenob. inst.*, l. 6, c. 6). San Bernardo dice que «el hombre casto se diferencia del ángel en la felicidad, mas no en la virtud, y añade que si la casti-

dad del ángel es más feliz, la del hombre es más gloriosa» (*De mor. et off. Ep.*, c. 3). San Basilio defiende que la castidad hace al hombre semejante a Dios mismo, que es espíritu puro (*De vera virginit.*).

Cuanto más preciosa es la castidad, tanto más necesaria es a todos para conseguir la salvación; pero sobre todo es necesaria a los sacerdotes. ¿Por qué ordenó el Señor a los sacerdotes, en la antigua Ley, tantas vestiduras y ornamentos blancos, tantas purificaciones externas, símbolos todos ellos de la pureza corporal? Únicamente porque habían de tocar los vasos sagrados y porque eran figura de los sacerdotes de la nueva ley, que habían con el tiempo de tocar y sacrificar la carne sacrosanta del Verbo encarnado. Por eso escribió San Ambrosio: «Si las figuras exigían tanto respeto, ¿cuánto más exigirá la realidad? (*De ofic.*, l. 1, c. 50). Dios, por el contrario, ordenó que fuesen apartados del altar los sacerdotes que se hallaran habitualmente infectos de lepra, símbolo del vicio impuro (Lev. 21, 18), lo que San Jerónimo explica con estas palabras: «Padece de lepra perpetua quien se halla dominado por el vicio vergonzoso de la carne» (*Past.*, p. 1.^a, c. 11).

Los mismos paganos, como escribe Plutarco, exigían pureza de los sacerdotes de sus dioses falsos, diciendo que ha de ser puro cuanto se relaciona con el honor divino. Y cuenta Platón que los sacerdotes atenienses, para conservar mejor la castidad, solían vivir en lugares separados del resto de los hombres (*Cf. Sperell. (Mons.)*, p. 1.^a, rat. 17); por lo que exclama San Agustín: «Gran vergüenza para los cristianos tener que recibir lecciones de los paganos!» (*Ad Frat. in er.*, erem. 37).

Por lo que a los sacerdotes del verdadero Dios atañe, San Clemente Alejandrino dice que sólo son y deben llamarse verdaderos sacerdotes quienes viven vida casta (*Strom.*, I, 4). Y Santo Tomás de Villanueva añadía que, aun cuando el sacerdote fuera humilde, fuera piadoso, si no era casto, no era nada (De D. Aug., conc. 3). La castidad es necesaria a todos los hombres, pero sobre todo a los sacerdotes, dice San Agustín (*Serm.* 249, *de temp.*). Los sacerdotes deben tratar en el altar con el Cordero inmaculado de Dios, que se llama lirio de los valles (Cant. 2, 1), que *apacienta su ganado entre los lirios* (Cant. 2, 16). De aquí que Jesucristo quisiera por madre, sólo a una virgen; por padre nutricio, que fué San José, a un virgen, y por precursor, a otro virgen. Por esto asegura San Jerónimo que San Juan fué discípulo preferido de Jesús por la prerrogativa de la castidad; y en virtud de esta pureza confió Jesús su Madre a San Juan, como confía al sacerdote su Iglesia y su misma persona. Esto hace decir a Orígenes: «El sacerdote que se acerca a los santos altares, debe ante todo, estar revestido de castidad (*In Lev.*, hom. 4). Y San Juan Crisóstomo escribe que «el sacerdote ha de ser tan puro que merezca un lugar entre los mismos ángeles» (*De sacerdot.*, l. 3, c. 4). Pues ¿qué?: quien no es virgen, ¿no podrá ser sacerdote? Responde San Bernardo: «La castidad ya proveya hace veces de virginidad» (*De modo bene vivendi*, c. 22).

La Iglesia en nada tiene más empeño que en custodiar la pureza de los sacerdotes. ¡Cuántos concilios y cuántos cánones hablaron de esto! Inocencio III dice: «No se admita a las órdenes sagradas más a quienes sean vírgenes, o al menos gocen de probada castidad» (c. *A multis, de aetate et qual. ord.*); y tam-

bién prescribe él mismo: «Si alguno, ya ordenado, no viviere castamente, exclúyasele de toda función eclesiástica». Y San Gregorio escribe: «Nadie debe acercarse al ministerio del altar si de antemano no ha dado pruebas de castidad» (*Ep. l. 1, c. 42*). San Pablo da la razón del celibato prescrito a los ministros del altar, diciendo: *El soltero se preocupa de las cosas del Señor: cómo agradará al Señor. Mas el casado se preocupa por las cosas del mundo: cómo agradará a la mujer; y anda dividido* (1 Cor. 7, 32). Quien está libre de los lazos del matrimonio, es todo de Dios, porque no tiene más pensamiento que el de agradarle; pero el ligado con el matrimonio tiene que preocuparse de agradar a la mujer, a los hijos y al mundo, con lo que su corazón ha de dividirse y no puede ser todo de Dios. Razón tuvo San Atanasio para llamar a la castidad casa del Espíritu Santo, vida de ángeles y corona de santos (*De virginit.*); y la tuvo también San Jerónimo para llamarla honor de la Iglesia y gloria de los sacerdotes. Sí; porque el sacerdote, como escribe San Ignacio, tiene que conservarse puro, como casa de Dios, templo de Jesucristo y órgano del Espíritu Santo, ya que por su mediación se santifican las almas (*Ep. ad Heron.*, 10).

II. Motivos para conservar la castidad

Grande es, por tanto, el precio de la castidad, y más terrible aún es la guerra que hace la carne al hombre para arrebatarse esta virtud. La carne es el arma más poderosa que tiene el demonio para esclavizar al hombre: *su fuerza en sus riñones* (Iob. 40, 11); de donde proviene que sean raros los que salen

victoriosos en este combate, como afirma San Agustín (*Tract. de honor. mulier.*). «Cuántos desgraciados, exclama dolorido San Lorenzo Justiniano, después de muchos años de soledad en un desierto, oraciones, ayunos y austeridades, por los estímulos desarreglados de la carne, abandonaron los desiertos, perdieron la castidad y hasta al mismo Dios!» (*De spir. an. int.*, l. 1). He aquí la razón por la que los sacerdotes, obligados a perpetua castidad, han de prestar suma atención en conservarla.

Nunca serás casto, decía San Carlos Borromeo a un eclesiástico, si no te vigilas de continuo, porque la negligencia contribuye a la pérdida de la castidad.

Todo este cuidado ha de consistir en adoptar los medios para conservar esta virtud, medios que se reducen, unos a huir de lo que puede encender el fuego impuro y otros a emplear ciertos remedios contra las tentaciones.

1.º Fuga de las ocasiones

El primer medio es la fuga de las ocasiones, y he aquí lo que a este respecto dice San Jerónimo: «El primer remedio contra este vicio es alejarse de los objetos cuya presencia nos llevaría al mal». San Felipe Neri decía que en estas lides la victoria es de los cobardes, es decir, *de los que huyen de las ocasiones* (*Bacci, Vita*, l. 11, c. 13, n. 18). E igual decía Pedro de Blois: «Nunca se vence mejor la lujuria que con la huída» (*In Ps. 40*, v. 1).

Gran tesoro es la gracia de Dios, pero lo llevamos en nosotros, que somos vasos frágiles y muy expuestos a perderlo (2 Cor. 4, 7). El hombre no puede ad-

quirir la virtud de la castidad, si Dios no se la concede (Sap. 8, 21). Por nosotros no tenemos fuerzas para practicar virtud alguna, y especialmente ésta, pues llevamos dentro una fuerte inclinación al vicio opuesto. El hombre, con el auxilio de Dios, puede conservarse casto; pero Dios no concede este auxilio a quienes voluntariamente se exponen o permanecen en la ocasión de pecar, según aquello del Eclesiástico: *Quien ama el peligro, sucumbirá en él* (Eccli. 3, 27).

De aquí esta exhortación de San Agustín: «Contra los ímpetus carnales huye si quieres alcanzar victoria» (*Serm. 350 de temp.*). «¡Cuántos desgraciados, advertía San Jerónimo a sus discípulos en el lecho de la muerte, cayeron en este fango impuro por la presunción de juzgarse seguros de no caer!» (*Epist. ad Dam. de morte Hier.*). Nadie, pues, continuaba el Santo, ha de considerarse seguro de no caer en este vicio. «Aun cuando fuese santo (son sus palabras), con todo, siempre estás expuesto a caer» (*Ep. ad Dam. de morte Hier.*).

¿Puede uno caminar sobre brasas sin que sus pies se quemen? (Prov. 6, 27), pregunta el sabio. He aquí las reflexiones que con este motivo trae San Juan Crisóstomo: «¿Por ventura eres de piedra o eres de hierro? Eres hombre sujeto a la debilidad de todos los hombres. Tomas fuego en las manos, y ¿confías en no quemarte? Arrima leña al fuego y atrévete a decir que no arderá; pues nuestra naturaleza es semejante a la leña y el fuego (*In Ps. 50, hom. 1*). Por esto es imposible exponerse voluntariamente a la ocasión y no sucumbir.

Como de la presencia de la serpiente, huye del pecado, decía el Eclesiastés (Eccli. 21, 2). No hay que

huir solamente la mordedura de la serpiente, sino también de su proximidad. Donde hay personas que pueden ser ocasión de caída, hay que huir de la presencia y de su conversación. San Ambrosio observa que el casto José ni siquiera quiso oír lo que había empezado a proponerle la mujer de Putifar, y huyó inmediatamente, juzgando gran peligro detenerse a escucharla (*De S. Ios...* c. 5). Mas quizás diga alguien: «Yo sé lo que me conviene». Oiga este tal lo que dice San Francisco de Asís: «Sé lo que tendría que hacer, pero no sé lo que en la ocasión haré».

Ante todo, hay que huir de la mirada de objetos peligrosos en esta materia. *La muerte ha subido por nuestras ventanas*, dijo Jeremías (Ier. 2, 21). *Por las ventanas*, es decir, por los ojos, como explican San Jerónimo y otros; porque así como para defender una plaza no basta con cerrar sus puertas si se deja que el enemigo entre por las ventanas, así de nada nos valdrán los otros medios para conservar la castidad si no tenemos la preocupación de cerrar los ojos. Cuenta Tertuliano (*Apolog.*, c. 46), que cierto filósofo gentil se arrancó voluntariamente los ojos para conservarse casto. Esto no es lícito ni cristiano, aun cuando, si queremos conservar la castidad, es necesarios que nos abstengamos de mirar a las mujeres y, sobre todo, de detenernos a mirarlas. No daña tanto, decía San Francisco de Sales, el ver cuanto el mirar los objetos que pueden ser causa de tentación. Y no tan sólo debemos, añadía San Juan Crisóstomo, apartar los ojos de las mujeres inmodestas, sino también de las modestas, ya que las conmociones provienen no tan sólo de la mirada de las impuras, sino también de mirar a las castas (*De sacerdot.*, l. 6. c. 5). Por esto Job pactó con sus ojos no mirar mujer algu-

na, por honrada virgen que fuese, pues no ignoraba que de tales inmodestias provienen los malos pensamientos (*Ejercicio de perfección...*, p. 3, t. 4, c. 2). Lo mismo advertía el Eclesiástico: *No te fijas en virgen, no vayas a incurrir en pena por su causa* (Eccli 9, 5). Decía San Agustín: «De la mirada nace el mal pensamiento; del pensamiento, cierta delectación carnal, aun cuando involuntaria; y a esta delectación indeliberada sucede a menudo el consentimiento de la voluntad. El Apóstol ordenó que las mujeres estuvieran cubiertas en la iglesia por *causa de los ángeles* (1 Cor. 11, 10), esto es, según el comentario del cardenal Hugo, por causa de los sacerdotes, no fuera a ser que al mirarlas al rostro sintiesen tentaciones inmodestas (*In 1 Cor. 11, 10*). San Jerónimo, aun estando en la gruta de Belén, dedicado a la continua oración y maceraciones penitenciales, era muy atormentado por el recuerdo de las damas que tanto tiempo hacía ya había visto en Roma; por lo que el Santo escribía luego a su amigo Nepociano que no sólo se abstuviera de mirar a mujeres, sino también de hablar de su hermosura (*Ep. ad Nepot.*). Por haber mirado curiosamente a Betsabé, cayó David miserablemente en tantos pecados de adulterio, de homicidio y de escándalo. El diablo sólo necesita que le demos pie, decía San Jerónimo. Efectivamente, sólo necesita que le entreabramos la puerta, que ya él acabará por abrirla de par en par. Una mirada voluntaria y persistente al rostro de una jovencita será la chispa infernal que arruinará al alma. Y hablando de modo especial San Jerónimo de los sacerdotes, dice que no sólo deben huir de todo acto impuro, sino también de cualquier miradilla (*In Tit. 1, ep. 1, c. 1*).

Y si para conservar la castidad es necesario abstenerse de mirar a las mujeres, más necesario aún es huir de su conversación; (no frecuentes) *conciliábulos de mujeres* (Eccli. 42, 12), y da la razón el Eclesiástico diciendo: *Porque del vestir sale la polilla, y de la mujer la malicia femenina* (ibid., v. 13). Y como la polilla se produce contra la voluntad del dueño del vestido, así del trato con las mujeres viene sin quererlo el mal deseo, como comenta Cornelio Alápide. Y añade más: que así como la polilla va creciendo y gastando insensiblemente el vestido, así con el trato de las mujeres se enciende en los hombres, insensiblemente, la concupiscencia, por espirituales que fueren. San Agustín da por cierta la caída rápida en esta materia de quien no quisiere abstenerse de la familiaridad con objetos peligrosos (*Serm. 2 in dom. 29*). Cuenta San Gregorio que el sacerdote Orsino, después de haberse separado de su mujer y haberse hecho sacerdote con su consentimiento, pasados cuarenta años de separación, estando para morir, le acercó su mujer la oreja a su boca para cerciorarse si aun respiraba, y al notarlo Orsino le gritó: «Retírate, mujer, que aun vive en mí una centella; aparta luego la paja» (*Dial.*, I, 4), no sea que este fuego vital nos abrase a entrambos.

Baste para hacernos temblar el desgraciado ejemplo de Salomón, que tan querido y familiar había sido de Dios, que le había hecho, por decirlo así, como la pluma del Espíritu santo; en la ancianidad se dejó seducir por sus conversaciones con mujeres paganas y llegó hasta a adorar los ídolos: *A la vejez de Salomón, sus mujeres inclinaron a dioses ajenos el corazón real* (3 Reg. 11, 4). Nada extraño; exclama San Cipriano, cuando es imposible hallarse entre

las llamas y no ser abrasado por ellas (*De singular. cler.*). Y San Bernardo escribe que se necesita menor virtud para resucitar a un muerto que para permanecer casto frecuentado el trato familiar con una mujer (*In Cant.*, serm. 26). Si quieres, por tanto, estar seguro, dice el Espíritu Santo, *aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa* (Prov., 5, 8). No pases junto a la casa de quien se sirve el demonio para tentarte; pasa lejos de ella, y si necesitas hablar con cualquier mujer, aconseja San Agustín, habla con pocas y austeras palabras (*In Ps.* 50). Igual aconseja San Cipriano, diciendo que el trato con las mujeres ha de ser de paso, sin detenerse y como huyendo (*De singular. cler.*).

Quizás haya quien diga que la mujer con quien conversa es fea y Dios le guardará de ella; a lo que replica San Cipriano que el demonio es pintor cuando arde la concupiscencia, embellece la cara más fea. Quizás haya quien objete que es pariente. Oiga este tal lo que le responde San Jerónimo: «Prohíbe que vivan contigo aun las que pertenecen a tu familia» (*Ep. ad Ocean.*). Los parientes, a las veces, contribuyen a que se disminuya el encogimiento y que se multipliquen los pecados, juntando con la impureza y con el sacrilegio también el incesto. «Se está mucho más expuesto a caer, dice San Cipriano, cuando la misma grandeza del crimen está al abrigo del temor de la sospecha». San Carlos Borromeo ordenó que los sacerdotes no pudieran, sin su permiso, tener mujeres en su casa, aun cuando se tratara de parientes próximas.

Pero (dirá alguno) si aquélla es penitente mía y es una santa, nada hay que temer. Se equivoca quien tal dice, añade San Agustín; y cuánto más santa sea

tu penitente, tanto más de temer y de evitar es su familiaridad, porque cuanto más devotas y espirituales son las mujeres, tanto más seducen y atraen (*De modo confit. In Ps. 50*). Decía el venerable P. Sertorio Caputo, como se lee en su vida, que el demonio comienza por inspirar apego a la virtud, procurando así asegurar que no hay peligro alguno; luego nace el afecto hacia la persona, y al fin vienen la tentación y la ruina. Y antes lo había dicho Santo Tomás: «El afecto carnal siempre es peligroso, pero especialmente tratándose de persona devota; tal vez los comienzos sean puros, pero la familiaridad que de ellos resulta es peligro de cada momento; y cuanto va más en auge esta familiaridad, va más en disminución la pureza y rectitud del motivo principal que había sido el origen. Y añade que el demonio sabe muy bien ocultar tal peligro, porque al principio no lanza saetas que aparezcan envenenadas, sino solamente saetas que enciendan el afecto y causen heridillas; pasado poco tiempo, ya no se tratarán estos tales como ángeles, como al principio, sino como revestidos de carne; las miradas no son inmodestas, pero se menudean por ambas partes; las palabras parecen espirituales, pero son sobrado tiernas. De aquí proviene que el uno desee la presencia del otro, y la devoción espiritual, concluye el Santo, termina en devoción carnal (*De modo confit.*).

San Buenaventura indica cinco señales para conocer cuándo el amor se trueca de espiritual en carnal: 1.º Cuando hay conversaciones prolongadas e inútiles. 2.º Cuando hay miradas y elogios recíprocos. 3.º Cuando excusan los defectos ajenos. 4.º Cuando se dejan entrever ciertas envidillas. 5.º Cuando en la ausencia se experimenta cierta inquietud.

Temblemos, pues somos de carne. El bienaventurado Jordán reprendió rigurosamente en cierta ocasión a un religioso a quien vió dar la mano a una mujer, si bien sin malicia, y como el religioso le dijera se trataba de una persona virtuosa, replicó el Beato: Pues mira: la lluvia es buena y la tierra también es buena; pero si mezclamos las dos, tendremos barro. El hombre y la mujer pueden ser santos; mas, por cuanto se ponen en la ocasión, acaban por perderse: *El héroe tropieza con el héroe; juntamente caen los dos* (Ier. 46, 12). Célebre es el funesto caso que se lee en la historia eclesiástica de aquella señora que por caridad recogía los cuerpos de los santos mártires para darles tierra. Un día encontró a un mártir a quien se creía muerto y que aun no había expirado; llevólo a su casa, hizo que se le curara y recobró la salud. Pero ¿qué aconteció? Que estas dos personas virtuosas, con la mutua conversación, perdieron la castidad y con ello la gracia de Dios. Y este caso no ha acontecido una o pocas veces. ¿Cuántos sacerdotes, santos antes, empezaron con semejantes aficiones espirituales y acabaron perdiendo la piedad y a Dios mismo?

Testifica San Agustín haber conocido insignes prelados de la Iglesia tenidos por él en no menos estima que un San Jerónimo o un San Ambrosio, y que, no obstante, cayeron miserablemente, debido a semejantes ocasiones (*Apud S. Thom. Opusc. de modo confit.*, a. 2). Por eso escribía San Jerónimo a Nepociano: «No te fíes de tu pasada castidad, y cuando te halles solo y sin testigos con una mujer no te detengas». Y San Isidoro de Pelusio corrobora el mismo pensamiento: «Si tienes por necesidad que hablar con ellas, ten bajos los ojos y, después de bre-

ves palabras, huye al punto» (l. 2, c. 284). Decía el P. Pedro Consolini, del Oratorio, que con las mujeres, aun con las santas, hay que ejercer la caridad como con las ánimas benditas, de lejos y sin mirarla. Decía también este buen Padre que, cuando los sacerdotes se hallen tentados contra la castidad, les sería utilísimo considerar su dignidad; y contaba a este propósito que cierto cardenal, cuanto sentía tentaciones, aun de pensamientos, miraba al capelo, y pensando en su dignidad cardenalicia, exclamaba: «A ti me encomiendo, capelo mío» (y así resistía la tentación).

Hay que huir también de las malas compañías. Dice San Jerónimo que el hombre se asemeja a aquellos con quienes conversa (*Euseb., De morte Hier.*). La vida presente es camino oscuro y resbaladizo (Ier. 23, 12); si tenemos un mal compañero que nos empuje al precipicio, estamos perdidos. Cuenta San Bernardino de Siena haber conocido una persona que había conservado la virginidad durante treinta y ocho años, y que luego, por haber oído nombrar a otro persona cierta impureza, dió en vida tan rota, que si el mismo demonio, decía el Santo, tuviera carne, era imposible que se hubiese entregado a semejantes torpezas.

Para mantenernos castos necesitamos también huir del ocio, del que dice el Espíritu Santo que es maestro de muchos pecados: *La ociosidad enseñó mucho malo* (Eccli. 28). Y Ezequiel dice que el ocio fué causa de nefandos crímenes en los habitantes de Sodoma y, finalmente, de su ruina total (Ez. 16, 49). Esta misma fué la causa, como nota San Bernardo, de la caída de Salomón. El trabajo, dice San Isidoro,

amortigua el fuego de la concupiscencia (*De contemptu mundi de Lab.*); y por esto San Jerónimo exhortaba a Rústico a obrar de modo que el demonio le hallara siempre ocupado cuando llegara a tentarlo (*Ep. ad Rust.*, 4). Escribe San Buenaventura que quien se halla ocupado será tentado de un solo demonio, al paso que el ocioso será frecuentemente tentado por muchos (*De prof. relig.*, l. 1, c. 39).

2.º Mortificación

Acabamos de ver cómo es preciso huir de las ocasiones y de la ociosidad para conservar la castidad; veamos ahora lo que hay que hacer para conservarla. En primer lugar hay que ejercitarse en la mortificación de los sentidos. «Engañase, dice San Jerónimo, quien quiere vivir en medio de los placeres y quiere estar libre de los vicios de los placeres» (*Ad Iovin.* l. 2). Cuando el Apóstol estaba atormentado por los estímulos de la carne, acudía al remedio de mortificaciones corporales: *Abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud* (1 Cor. 9, 27). Cuando la carne no está mortificada, difícilmente obedece al espíritu. *Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las doncellas* (Cant., 2, 2). La castidad se conserva en medio de las mortificaciones como el lirio se conserva entre las espinas.

Para conservarse esto hay que abstenerse primeramente de toda la intemperancia de la gula, tanto en la bebida cuanto en la comida. *No a los reyes conviene beber vino* (Prov. 31, 4). Quien abusa del vino, ciertamente será molestado de no pocos movimientos sensuales, de suerte que le será difícil dominar su

carne y conseguir que conserve la castidad. Los vapores de la lujuria se elevan del vientre recalentado por el vino, decía San Jerónimo (*Reg. mon. de abst.*), porque el vino, como dice el profeta, hace que el hombre pierda la razón y lo convierte en bruto (Os. 4, 11). El ángel dijo del Bautista: *No beberá vino ni sidra y será lleno del Espíritu Santo* (Lc. 1, 15). Habrá quienes aduzcan la necesidad del vino por la debilidad estomacal. Está bien; pero para remediar al estómago no se necesita mucho vino, como decía el Apóstol a Timoteo: *Toma un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes achaques* (1 Tim. 5, 23).

Hay que abstenerse también de todo exceso en la comida. Decía San Jerónimo que el vientre repleto es causa de impurezas. Y San Buenaventura, que la gula es alimento de la lujuria (*De prof. rel.*, l. 2, c. 52). Por el contrario, la Iglesia nos enseña que el ayuno reprime los vicios, eleva la mente y produce las virtudes (*Praef. de Quadrag.*). Escribe Santo Tomás que cuando el demonio tienta a una persona de gula y es vencido, desiste de tentarla con la impureza.

3.º Humildad

Además hay que ejercitarse en la humildad. Según Casiano, quien no es humilde no puede ser casto (*De caenob. inst.*, l. 6, c. 18). A menudo castiga Dios a los orgullosos permitiendo que caigan en fealdades; ésta la causa de la caída de David, como él mismo declaró: *Antes anduve errado que afligido* (Ps. 118,

67). «Por medio de la humildad se alcanza la castidad», decía San Bernardo (*De mor. et off. ep.*, c. 5). Y San Agustín dijo antes: «El amor divino es el guardián de la pureza, y la humildad es la casa en que habita este guardián». Decía San Juan Clímaco que el que se esfuerza por vencer la carne solamente con la continencia se asemeja a quien, caído en el mar, quisiera salvarse nadando con sola una mano; por lo que se impone que a la continencia se añada la humildad (*Scala spir.*, gr. 15).

4.º Oración

Pero lo que se necesita sobre todo para alcanzar la virtud de la castidad es la oración: hay que rogar y rogar continuamente. Ya hemos visto antes cómo la castidad no se puede alcanzar ni conservar si Dios no concede su ayuda para conservarla, ayuda que Dios no concede sino a quien se la pide. Dicen los santos padres que la oración de petición, es decir, la plegaria, es necesaria a los adultos de necesidad de medio, como hablan las Escrituras: *Es menester siempre orar y no desfallecer* (Lc. 18, 1); *Pedid y se os dará* (Mt. 7, 7). Por eso dijo luego el Angélico: «Después del bautismo, el hombre necesita orar, y orar continuamente (p. 3.ª, q. 39. a. 5). Y si para ejercitar cualquier virtud se necesita la ayuda divina, para conservar la castidad se necesita una ayuda mayor, debido a la tendencia del hombre al vicio contrario. El hombre no puede, con sus fuerzas, escribe Casiano, conservarse casto prescindiendo de la ayuda de Dios (*De coenob. inst.*, l. 6, c. 6); por lo que en tal lucha tiene que pedirlo al Señor de todo cora-

zón, añade Abélly (*Sac. Chr.*, p. 3.^a, c. 14). Por eso aconsejaba San Cipriano que el primer medio para alcanzar la castidad fuera reclamar la ayuda de Dios (*De disc. et bono pudic.*). Y antes lo había dicho Salomón: *Entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba, y ya esto era de obra de cordura, saber cuyo era el don, acudí al Señor y le rogué y dije de todo mi corazón...* (Sap. 8, 21).

Adviértenos San Cipriano que a los primeros cosquilleos sensuales con que nos asalte el demonio debemos resistir prontamente, sin consentir que la serpiente, es decir la tentación, de pequeña se haga mayor (*De iei. et tent. Chr.*). Lo mismo advierte San Jerónimo: «Guardaos de dejar crecer el pensamiento peligroso; como aun es enemigo pequeño, dadle muerte» (*Ep. ad Eustoch.*, 22). Al león se le mata fácilmente cuando es pequeñito, y difícilmente si es mayor.

Guardémonos, pues, en esta materia de ponernos a razonar con la tentación y rechacémosla prontamente, sin deternernos a discutir. Como enseñan los maestros de la vida espiritual, el mejor medio de vencer las tentaciones sensuales es combatir directamente y cara a cara con el mal pensamiento, haciendo que la voluntad produzca actos contrarios, sino sacudir el pensamiento indirectamente con actos de amor a Dios o de contricción, o, al menos, apartando el pensamiento a otra cosa.

El medio con que a la sazón hemos de contar, sobre todo, es la oración y el recurso a Dios; entonces, a los primeros asaltos impuros, es bueno renovar el firme propósito de morir antes que pecar; e inmediatamente recurramos a las llagas de Jesucristo, recla-

mando su ayuda. Así obraron los santos, que, a pesar de ser carne y tener tentaciones, salían vencedores. Cuanto se nos ofrezca algún pensamiento vergonzoso, decía San Agustín, recurramos a las llagas de Jesucristo, porque en ellas se halla descanso y seguridad (*Manual.*, c. 22). También Santo Tomás de Aquino venció así el asalto de la joven impura exclamando: «No me abandonéis, Señor Jesús, ni vos, Santísima Virgen María» (*Surius*, 7 Mart.).

También es de gran provecho entonces hacer la señal de la cruz, encomendarse al ángel custodio y, sobre todo, acudir a Jesucristo y a su divina Madre, invocando prontamente sus santísimos nombres hasta que sea vencida la tentación. ¡Qué fuerza encierran los nombres de Jesús y de María contra los ataques deshonestos!

Entre todas las devociones propias para conservar la castidad, es utilísima la devoción a la Santísima Virgen, que es llamada: *Madre del santo amor*, y *guardiana de la virginidad*; y, de modo especial, una práctica efficacísima es rezar cada día, al levantarse y al acostarse, tres avemarías en honor de la pureza de María Santísima.

Cuenta el P. Séñeri que un día fué a confesarse con el P. Nicolás Zucchi, de la Compañía de Jesús, cierto pecador sumido en el fango de la impureza; el padre le recomendó que todas las mañanas, al levantarse, y todas las noches, al acostarse, se encomendara a la pureza de la Santísima Virgen con el susodicho rezo de las tres avemarías. Pasados muchos años, el pecador, después de haber recorrido el mundo, volvió a las plantas del citado padre, y en la confesión demostró que se había corregido del todo. Preguntóle el padre cómo había logrado tan hermo-

so cambio, y el antiguo pecador respondió que debido a la insignificante devoción de las tres avemarías. El P. Zucchi, con permiso del penitente, contó cierto día, desde el púlpito, lo acontecido. Oyólo un soldado que vivía, a la sazón, enredadillo, y empezó a practicar la devoción de las tres avemarías, cuando he aquí que, con la ayuda de la Madre de Dios, dejó la mala ocasión. Un día, sin embargo, movido de falso celo, fué a ver a la mujer, con ánimo de convertirla; pero, al intentar entrar en la casa, sintió un valiente empujón y se vió trasladado lejos de ella. Entonces conoció, y agradeció a su bienhechora, que el haberle impedido hablar con la mujer era una gracia especial alcanzada por María, pues de haberse puesto nuevamente en la ocasión habría fácilmente caído.

PLATICA IV

SOBRE LA PREDICACION Y LA ADMINISTRACION DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Si todos los predicadores y todos los confesores desempeñasen su ministerio debidamente, todo el mundo sería santo. Los malos predicadores y los malos confesores son la ruina del mundo; y por malos entiendo a los que no cumplen debidamente su ministerio.

Hablemos primero del modo de predicar la palabra de Dios, y a continuación, del modo de administrar el sacramento de la penitencia.

I. De la predicación

Por la predicación se ha propagado la fe y por ella quiere el Señor que se conserve: *La fe viene de la audición; y la audición, por la palabra de Cristo* (Rom. 10, 17). Mas no le basta al cristiano saber lo que tiene que hacer, sino que necesita también, oyendo de vez en cuando la divina palabra, recordar la importancia de la eterna salvación y los medios que ha de emplear para alcanzarla. Por esto aconsejó el Apóstol a Timoteo: *Predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, reprende, exhorta, increpa con toda longanimidad y no cejando en la enseñanza* (2 Tim. 4, 2); y ya antes lo había ordenado Dios a los profetas Isaías y Jeremías, diciendo al primero: *«¡Clama a voz en cuello; no te retraigas; como la corneta alza tu voz; anuncia a mi pueblo su delito y a la casa de Jacob sus pecados!* (Is. 58, 1); y al segundo: *Mira que pongo mis palabras en tu boca. Ve que te constituyo hoy sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar* (Ier. 1, 9-10). Idéntica obligación impuso el Señor a los sacerdotes, dado que la predicación es una de las principales funciones: *Id, pues, y amaestrad a todas las gentes..., enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordene* (Mt. 28, 19-20). Y si algún pecado llega a perderse porque no hay nadie que le anuncie la palabra divina, el Señor pedirá cuenta de su alma al sacerdote que, pudiendo hacerlo, no lo hizo: *Si yo dijere el impío, amonestándole que se guarde de su perverso camino para que viva, él, como impío, morirá por su culpa, mas yo he de reclamar su sangre de tu mano* (Ez. 3, 18).

Mas para salvar las almas no basta con predicar, sino que, como al principio dijimos, hay que predicar como se debe. Para predicar bien, en primer lugar, son necesarios estudio y ciencia. Quien predica al azar y neciamente dañará, en vez de aprovechar, a las almas. Decía San Gregorio: «Se desprecian los sermones del predicador cuya vida se desprecia» (*In. Ev.*, hom. 12). Y San Jerónimo añade: «Negasteis con las obras lo que afirmáis en los sermones» (*Hom.* 40). ¿Cómo se podrá persuadir a los demás con la palabra, cuando se les disuade con los hechos? Esto no servirá más que para condenar a quien predica: porque, según San Pablo, se condena a sí mismo quien reprocha a los demás lo que él hace: *Por lo cual eres inexcusable, ioh hombre!..., pues en lo que juzgas al otro, a ti mismo te condenas* (Rom. 2, 1). Bien respondió, por tanto, el Beato P. Maestro Avila a uno que le preguntó qué regla había de seguir para predicar bien; el P. Avila le respondió que la mejor regla para predicar es amar mucho a Jesucristo. Quien no arde no enciende, decía San Gregorio. Primero tiene que arder uno mismo en el divino amor para inflamar a los demás. Decía San Francisco de Sales: «El corazón habla al corazón» con lo que quería decir que las palabras hablan sólo a los oídos y no penetran en el corazón; sólo quien habla de corazón, es decir, quien siente y practica lo que dice, hablará al corazón de los demás y los moverá al amor de Dios. De aquí que el predicador necesite ser amante de la oración, de la que sacará los sentimientos que ha de comunicar luego a los otros, como dijo el Redentor: *Lo que os digo en la obscuridad, decidlo a la luz del día* (Mt. 10, 27). La oración es la hoguera dichosa a que se van a inflamar los

oradores sagrados en el amor a Dios: *En mi meditación se encendió un fuego*» (Ps. 38, 4). Allí se preparan los dardos de fuego que penetran luego los corazones de los oyentes.

Además es necesario que en la predicación se proponga uno un fin recto; es decir, no los intereses temporales, sino la gloria de Dios; no el granjearse vanas alabanzas, sino procurar la salvación de las almas. Para esto hay que atenerse a la calidad del auditorio, como ordena el concilio de Trento: «Los arcepresbiteros, ya directamente, ya por medio de otros predicadores idóneos, alimenten con saludables sermones a la grey que les ha sido confiada, según su capacidad» (sess. 5, de Ref. c. 2). Las palabras vanas y los períodos altisonantes, decía San Francisco de Sales, son la peste de la predicación. En primer lugar, porque Dios no presta su concurso a este modo vano de predicar, y luego, porque los que suelen asistir a los sermones son de ordinario personas de poca instrucción y entienden muy poco de expresiones floridas. ¡Qué pena da ver, a las veces, a gentes sencillas que van a oír los sermones para sacar de ellos algún fruto y tienen que salir de la iglesia tristes y enojados, porque no han comprendido nada de lo que se predicaba! Razón tenía el P. Maestro Avila para llamar a los predicadores de estilo sublime, a quienes no comprenden los que los oyen, traidores a Jesucristo, porque, enviados por El para procurarle gloria, atienden más a la gloria propia. Y el P. Gaspar Sancho añadía, con no menor razón, que tales predicadores son hoy día los mayores perseguidores de la Iglesia, por ser con sus predicadores causa de que se pierdan tantas almas que se hubieran salvado

de haber oído predicaciones sencillas y apostólicas. *Mi palabra y mi predicación, decía el Apóstol, no fue con persuasivas palabras de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y fuerza* (1 Cor. 2, 4). En la vida de los santos que se dieron a la salvación de las almas encuentro que muchos fueron alabados por haber predicado de modo sencillo y popular, pero no encontré que se alabara a nadie por predicar con estilo ingenioso y florido.

A este propósito no estará de más referir aquí, si bien compendiadamente, lo que el docto y célebre Luis Muratori escribió en su áureo libro *Eloquenza popolare*. Dice así:

Hay dos clases de elocuencia: una sublime y otra popular. Con la elocuencia sublime se componen los discursos llenos de pensamientos profundos, de argumentos ingeniosos, de palabras escogidas y de períodos redondeados. Con la elocuencia popular se exponen sencillamente las verdades eternas y se enseñan doctrinas fáciles, con estilo familiar y sencillo, de tal modo que los oyentes comprendan cuanto se predica. En los sermones no se habla sólo a personas instruídas, sino también a los ignorantes, que suelen integrar la mayoría del auditorio; de aquí la conveniencia de predicar siempre de modo sencillo y popular y no tan sólo en misiones y ejercicios espirituales, sino también en cuantas predicaciones se dirijan al pueblo. Ante Dios son tan queridas las almas de los sabios cuanto las de los ignorantes, y el predicador está obligado a buscar el provecho de unos y otros, como dijo el Apóstol: *Tanto a sabios como a simples soy deudor* (Rom. 1, 14). Por otra parte, aun los sabios sacan más provecho de las predicaciones de estilo sencillo y familiar que de los sermones de

estilo sublime y florido; porque cuando se escuchan predicaciones brillantes y elevadas se suele uno detener en su admiración o su crítica (que es lo más frecuente), quedando la voluntad en ayunas y con poco o ningún fruto. El P. Pablo Séñeri, el joven, predicaba de modo popular, y aseguraba Muratori que arrebatava también los corazones de los sabios. Y otro tanto sucedía con los sermones de San Juan Francisco de Regis.

Por tanto, quien quiera predicar, no para ser alabado, sino para ganar almas a Dios, no ha de andar buscando el oír: «¡Cuán bellos pensamientos! ¡Magnífico charlista! ¡Qué hombre tan grande!» Muy al contrario, ha de procurar que salgan todos con la frente humillada, llorando sus pecados y resueltos a cambiar de vida y darse a Dios. Esta es la finalidad de la verdadera retórica: persuadir, conmover los corazones e impulsarlos a abrazar las resoluciones que les presentamos. Ciertamente que también en la elocuencia popular interviene el arte oratorio, las figuras, el orden de las razones, el colorido, la peroración; pero todo ello sencillamente y sin afectación, y no con el ánimo de conquistarse aplausos, sino para cosechar fruto. Si los oyentes no experimentan el placer de admirar la hermosura de la elocución y las reflexiones ingeniosas, lo hallarán viéndose iluminados y movidos a trabajar arduamente en lo que tan sólo importa, la eterna salvación.

Todo esto se aplica, según Muratori, a los sermones predicados en las ciudades, en que el auditorio está integrado de personas cultas e ignorantes; pero añade que, cuando se predica solamente al pueblo bajo o a los campesinos, se ha de echar mano de la elocuencia popular, y hasta de la más accesible que

se puede dar, para poner el discurso al alcance de la inculta inteligencia de los pobres aldeanos que escucharen; entonces el predicador se ha de figurar que es uno de ellos que quisiere instruir a los demás y persuadirles de lo que hubieran de hacer. Por eso las palabras tienen que ser populares y usuales; los períodos, cortos y desligados, imitando el modo de raciocinar de estas gentes entre sí. En una palabra, todo el trabajo del predicador ha de ser el que los oyentes le comprendan cuando dijere e inspirarles la resolución de llevar a la práctica cuanto les exhortare, para lo que debe valerse de la forma más propia para impresionarles. Y así como el estilo debe ser sencillo y fácil, así también lo han de ser las doctrinas expuestas, dejando a un lado materias escolásticas e interpretaciones ingeniosas escriturísticas, las cuales, aun cuando las comprendieran serían siempre inútiles para el adelantamiento espiritual de tales personas. El talento del predicador está en exponerles escuetamente las verdades eternas, la importancia de la salvación; descubrirles los ardides del demonio, los peligros de perderse y los medios que han de adoptar en los casos particulares que ocurriesen, de modo que todos los comprendan. Este es aquel desmigajar el pan que el Señor pide de sus predicadores, y del que se lamenta no haya quien lo reparta: *Los pequeñuelos han pedido pan, sin tener quien se lo reparta* (Lam. 4, 4).

Hace mucho al aprovechamiento de estas gentes ignorantes ponerse de cuando en cuando, en el transcurso del sermón, preguntas y respuestas: presentarles ejemplos de santos o castigos de enviados por Dios a los pecadores, y sobre todo insinuarles cosas prácticas, repitiéndoselas frecuentemente para

que se les queden grabadas en sus cabezas de leño.

A esto se reduce lo que Muratori escribe más difusamente, y que he querido abreviar para dar a entender a todos el reproche que aun a los literatos causan los que predicán con estilo altisonante y adornado a las pobres gentes que de ordinario componen el auditorio de las iglesias.

Baste lo dicho acerca de la predicación. Espero, cuando hable de los ejercicios misionales, añadir otras reflexiones sobre el modo de predicar en ellos y de ordinario. Hablemos ahora de la administración del sacramento de la penitencia.

II. De la administración del sacramento de la penitencia

1.º Grave responsabilidad de los confesores

El pontífice San Pío V decía: «Que se nos den confesores capacitados, y tendremos la completa reforma de todos los cristianos». Quien quiera ser apto y buen confesor, tiene que considerar en primer lugar que este oficio es muy difícil y muy peligroso; por esto el concilio de Trento lo llama temible aun para los hombros de los ángeles (sess. 6, *de Reform.*, c. 1). Efectivamente, ¿qué cosa más peligrosa, pregunta San Lorenzo Justiniano, que imponerse la carga de dar cuenta de la vida de los demás? (*De inst. proel.*, c. 6, c. 3). No hay materia, dice San Gregorio, en que se yerre con mayor peligro que en ésta. Cierto que, si un alma se pierde por culpa del confesor, el Señor pedirá a éste la cuenta: *Reclamaré de su mano*

mi rebaño (Ez. 34, 10). Y el Apóstol escribe: *Obedeced a vuestros guías y mostradles sumisión, pues ellos se desvelan por el bien de vuestras almas como quienes han de dar razón* (Heb. 13, 17) (de ellas). San Gregorio concluye de ello que el confesor tiene, por decirlo así, tantas almas cuantos penitentes y que ha de dar cuenta a Dios de todas ellas (*Mor.*, l. 24, c. 30). Y el Crisóstomo escribe: «Si temblamos ante el pensamiento de tener que dar cuenta a Dios de todos nuestros actos, ¿cómo tendrá que temblar quien tenga que responder de tamaño número de personas?» (*De sacerdot.*, c. últ. l. 3).

Claro está que no decimos esto de aquellos celosos sacerdotes que, llenos de santo temor, procuran antes hacerse aptos para el desempeño de este temible ministerio y luego lo ejercen con el solo deseo de llevar almas a Dios; sólo lo aplicamos a quienes se atreven a oír confesiones con fines mundanos, ya de interés temporal, ya de amor propio, y a las veces sin tener ciencia suficiente.

2.º *Ciencia requerida para atender bien las confesiones*

«Quien quiera ejercer el ministerio de confesor necesita en primer lugar ciencia nada mediocre», como decía San Lorenzo Justiniano (*De compunct.*, p. 2.^a, n. 7). Hay quienes juzgan harto fácil, la ciencia de la moral; pero Gerson escribe, con mucha razón, que ésta es la más difícil de todas las ciencias. Y antes que él, había dicho el papa San Gregorio: «El gobierno de las almas es el arte de las artes» (*Past.*, p.

1, c. 1). Y San Gregorio Nacianceno: «Para mí, dirigir a los demás es la ciencia de las ciencias» (*Ap.* 1). San Francisco de Sales decía igualmente que el oficio de confesor es el más importante y el más difícil de todos. Tenía razón: es el más importante, ya que de él depende la salvación eterna, que es el fin de todas las ciencias; y es el más difícil, porque la ciencia de la moral requiere el conocimiento de muchas otras ciencias y abarca muchas materias dispares; y lo que la hace en extremo difícil es que hay que variar las decisiones, según la multitud de circunstancias diversas de los diferentes casos; por ejemplo, un principio aplicable a un caso, acompañado de tal circunstancia, no podrá aplicarse a otro caso con circunstancia diferente.

Hay algunos que se desdeñan de la lectura de los autores de moral, alegando que para confesar basta con saber los principios generales de la moral, con los que fácilmente, dicen, se podrán resolver los casos particulares. Respondo: Ciertamente que todos los casos se han de resolver mediante los principios de moral; pero aquí está la dificultad, en aplicar a los casos los principios justos que les convienen. Esto es lo que hicieron los moralistas, esforzarse por esclarecer con cuáles principios se han de resolver muchos casos particulares. Además, hoy en día son tantas las leyes positivas de bulas y decretos, cánones antiguos, etc., que el confesor está obligado a saber...Pues bien, difícilmente tendrá conocimiento suficiente de ellas quien no lee los autores de moral. El sabio autor de la *Instrucción para los confesores noveles* dice que muchos teólogos hay profundos en ciencias especulativas e ignorantes en la ciencia de la moral. Y, por el contrario, según Mons. Sperelli (*De Episc.*, p.

3.^a, c. 4), se equivocan muy mucho los confesores que se dan al estudio de la escolástica, estimando tiempo perdido el que se invierte en el de la moral; y acontece con ello, añade, que no saben distinguir entre lepra y lepra. Y acaba diciendo: «Este error arrastra a la perdición eterna a confesores y a penitentes».

Persuadámonos, pues, de que para confesar se requiere mucha ciencia, y más aún, mucha prudencia, porque con sólo la ciencia y sin prudencia, poco aprovechará el confesor y causará a algunos más daño que utilidad.

3.º *Caridad y firmeza necesarias al confesor*

Lo que sobre todo necesita el confesor es santidad, debido a la mucha energía que ha de tener en el desempeño de su ministerio. Si uno no está muy adelantado en la santidad, decía San Lorenzo Justiniano, no puede trabajar en la salvación del prójimo sin daño propio (*De casto conn.*, c. 12).

Primeramente, el confesor ha de tener gran fondo de caridad para acoger a todos, pobres, ignorantes y pecadores. Algunos se dedican solamente a la confesión de personas devotas, y si se acerca un pobre aldeano, de conciencia embrollada, lo escuchan con impaciencia y lo despiden con dureza. De aquí que el desgraciado, que se habrá esforzado por ir a confesarse, viéndose despedido de tal manera, acabará por aborrecer el sacramento, no se atreverá ya a acercarse a él y, cayendo en la desesperación, se abandonará a vida rota. A tales confesores dice el Redentor (el cual vino para salvar a los pecadores, y por eso fué

todo compasión y caridad) lo que dijo en cierta ocasión a sus discípulos: *No sabéis a qué espíritu pertenecéis* (Lc. 9, 55). Pero no obran así los confesores revestidos de aquellas entrañas de caridad a que exhortaba el Apóstol: *Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia* (Col. 3, 12). Cuando se acerca un pecador, tanto mayor caridad hay que tener con él cuanto más perdido se halle. Decía Hugo de San Víctor: «No estáis encargados de golpear como jueces de crímenes, sino de curar, como jueces de enfermos (*Mis.*, l. 1, tít. 49). Cierto que es necesario corregir al pecador para darle a conocer el estado miserable y el peligro en que se halla de condenarse; pero siempre hay que hacerlo con caridad y animándolo a confiar en la divina misericordia, suministrándole los medios para corregirse. Y aun cuando el confesor hubiera de diferir la absolución, despida, con todo, al penitente con dulzura, indicándole el tiempo en que ha de volver y los remedios que, entre tanto, ha de usar para disponerse a recibir la absolución. Este es el camino para salvar a los pecadores, y no el exasperarlos con reproches que podrían inducirlos a la desesperación. Decía San Francisco de Sales que se cogen más moscas con una gota de miel que con una libra de áloe. Pero dirá tal vez alguno: «Para hacer esto hace falta mucho tiempo, y entre tanto, no se podrán confesar los que están aguardando». A lo que respondo que más vale confesar a uno como se debe que a muchos imperfectamente. Pero la mejor respuesta es que el confesor no habrá de dar cuenta de los que esperan, sino tan sólo del que ha empezado ya a confesarse.

En segundo lugar, el confesor necesita gran ener-

gía antes que nada para oír las confesiones de las mujeres. ¡Cuántos sacerdotes perdieron el alma en semejantes ocasiones! Hay que tratar con muchachas y con señoras jóvenes; hay que oír sus tentaciones y también caídas, pues también ellas son de carne. La misma naturaleza nos inclina a apegarnos a las mujeres, máxime cuando con tanta confianza nos manifiestan sus miserias; y cuando son espirituales y devotas, como dice el Angélico, hay mayor peligro de apego, porque entonces ejercen en nuestro corazón mayor afecto; de ahí que, como reflexiona el Santo, cuanto más crece la mutua afición, tanto más se siente el afecto que nacerá con apariencias de espiritual, consiguiendo así luego el demonio con toda facilidad que el afecto espiritual se trueque en carnal (*De modo confit.*).

Muy necesaria es también la energía para corregir a los penitentes y hasta para negarles la absolución cuando no están dispuestos, sin miramientos a su condición, nobleza o poderío y sin pararse a medir el daño que pudiera de ello provenirle al confesor o mengua que sobre él pudiera caer de indiscreto o de ignorante: *No te empeñes en ser magistrado si no tienes fuerza bastante para extirpar la injusticia, no sea que te intimides ante el poderoso* (Eccli. 7, 6). Un padre de nuestra Congregación, después de negar una vez justamente la absolución a cierto sacerdote confesado en la sacristía, vió que éste se levantó orgulloso, y no se avergonzó de decirle cara a cara: «¡Bah! Usted es un animal».—No hay remedio; los pobres confesores están a menudo expuestos a semejantes aventuras, porque tienen, a las veces, que negar o diferir la absolución cuando el penitente no está dispuesto a rechazar lo que se impone con toda

justicia, o por ser recidivo o estar en ocasión próxima de pecar.

Detengámonos aquí a examinar cómo se debe portar el confesor con los recidivos y con los ocasionarios, pues en esto ha de poner el mayor cuidado si quiere salvar a los penitentes. Pero antes digamos que el confesor está en peligro de perderse por excesivo rigor como por sobrada indulgencia con los penitentes.

La excesiva indulgencia, dice San Buenaventura engendra presunción, y el excesivo rigor, desesperación (*Comp. theol., de verit.*, l. 2, c. 52, n. 1). Sin duda alguna que muchos se equivocan por exceso de indulgencia y que con ello causan gran ruina, y hasta iba a decir que la mayor ruina, pues los libertinos, que son la mayoría, acuden con preferencia a estos confesores relajados y en ellos hallan la perdición. Pero también es cierto que el rigor excesivo es muy funesto a las almas: *Las habéis avasallado con violencia y crueldad. Así se han dispersado, faltas de pastor, y han venido a ser pasto de todas fieras del campo* (Ez. 34, 4. 5). El excesivo rigor, escribe Gerson, no sirve más que para llevar las almas a la desesperación y de ella al mayor desbordamiento de los vicios (*De vita spirit.*, lect. 4, cor. 11). Lo mismo afirmaba San Raimundo: «No seas muy propenso a decir que hay pecado mortal, mientras no te conste ciertamente por la Escritura» (*Summ.*, l. 3, de *Poenit.*, § 21). Y de igual manera hablaba San Antonino: «Es muy peligroso el decidir si tal acto es pecado mortal o solamente venial, a no ser que medie la autoridad expresa de la Escritura, algún canon, la decisión de la Iglesia o una razón evidente» (p. 2.^a, tit. 1,

c. 11, § 28). En efecto, añade, quien, sin tener el apoyo de ninguno de estos fundamentos, decide que tal acción es mortal, *aedificat ad gehenam*, es decir, expone las almas a peligro de condenación. Además, en otro lugar, el mismo santo arzobispo, hablando de los adornos vanos de las mujeres, escribe así: «Cuando vea el confesor claramente, de modo que no haya lugar a duda, que una persona peca gravemente en esta materia, no la absuelva si no se resuelve a enmendarse. Pero, cuando no pueda distinguir de modo cierto si la falta es mortal o venial, no precipite el juicio, ni niegue por ello la absolución, ni menos diga a la penitente: «Eso es pecado mortal»; pues obrando luego contra esta decisión, ella pecaría mortalmente, aun cuando la cosa no fuera en sí pecado mortal. Todo cuanto es ir contra la conciencia en materia grave es digno del infierno. Y como las leyes miran más a desligar que a atar, y es preferible, en sentir de San Crisóstomo, tener que dar cuenta a Dios de excesiva benignidad que de excesivo rigor, lo mejor que se puede hacer en estos casos dudosos es absolver y dejar a Dios el cuidado de juzgar. De igual modo se expresa Silvestre (*Summa. verbo scrupulus*, 5.º). Tal es también el parecer de Juan Nider, quien, después de aducir la doctrina de Guillermo añade: «Nuestro parecer está conforme con lo que enseña Bernardo de Clermont, quien dice: Cuando se discute una opinión entre hombres de peso, uno de los cuales opinan que tal acción es pecado mortal, en tanto que otros piensan que es venial, consulte el confesor a hombres que le inspiren confianza y aténgase a su parecer. Porque al existir controversia entre los sabios y no habiendo decisión particular de la Iglesia en tal caso, puede según cualquiera de en-

trambas opiniones, con tal de que su juicio se apoye en el parecer de hombres a quienes reputé entendidos» (*Consol. tim. cons.*, p. 3.^a, c. 12). Y esto concuerda con lo enseñado por Santo Tomás: «Quien abraza la opinión de un maestro, contraria a una enseñanza clara de la Escritura o contraria a la enseñanza común y aprobada por la Iglesia, este tal no puede ser excusado de error» (*Quodlib.*, 3, a. 10). Por lo que, por el contrario, siguiendo la doctrina del Doctor Angélico, nadie puede ser condenado si sigue por norma de su modo de obrar una opinión que goza de autoridad y que no se opone a ningún texto formal de la Escritura ni a ninguna decisión de la Iglesia. Lo mismo, finalmente, escribe, y con mayor fuerza. Gabriel Biel, que floreció en el año 1480: «La primera opinión parece la más probable, porque a nadie se debe condenar de pecado mortal si no se tiene evidente y clara razón o un texto manifiesto de la Escritura» (*In 4 Sent.*, d. 16, q. 4, concl. 5).

4.º *Conducta que se debe observar con relación a los ocasionarios y recidivos*

Hablemos ahora en particular de cómo se tiene que conducir el confesor con relación a los penitentes que están en ocasión próxima de pecado y con relación a los que caen habitualmente en cualquier vicio.

Por lo que respecta a los que se hallan en la ocasión, conviene distinguir muchas suertes de ocasiones. La ocasión se divide, en primer lugar, en oca-

sión *remota* y en ocasión *próxima*. *Remota* es aquella en que las caídas son raras y en la que los hombres, comúnmente hablando, no caen sino raras veces. Ocasión *próxima per se* es aquella en que los hombres acostumbran a caer siempre o casi siempre. Ocasión *proxima per accidens*, u ocasión *relativa*, es aquella en que un pecador ha tenido frecuentes caídas, como sostiene la sentencia verdadera y más común, contra los teólogos que no reconocen como ocasión próxima sino aquella en que siempre o casi siempre se cae. Además, la ocasión se divide en *voluntaria* y *necesaria*. *Voluntaria* es la que fácilmente se puede quitar, y *necesaria* la que no se puede evitar sin grave daño o grave escándalo de los demás.

Sentados estos principios, dicen no pocos autores que a quien se halla en la ocasión próxima, aun voluntaria, se le puede absolver una o dos veces, con tal de que tenga firme resolución de alejarla lo más pronto que pueda. Pero aquí hay que distinguir con San Carlos Borromeo en su *Instrucción a los confesores*, las ocasiones que son *in esse*, como tener una concubina en la casa, y las que no son *in esse*, como, por ejemplo, quien en el juego o en la conversación cae a menudo en blasfemias, riñas, etc.

En cuanto a las ocasiones que no son *in esse*, dice San Carlos que, cuando el penitente promete resueltamente abandonarlas, se le puede absolver dos o tres veces; pero, si luego se ve que no se enmienda, se le ha de diferir la absolución hasta que se haya apartado del todo la ocasión.

En cuanto a las ocasiones que son *in esse*, sostiene el Santo que no se puede absolver al penitente si antes no ha apartado la ocasión, sin que basten sus promesas. Este parecer, ordinariamente hablando,

hay que seguirlo, como en mi *Teología Moral* probé, con la autoridad de muchos doctores. Y la razón es porque el penitente no estaría bien dispuesto a recibir la absolución si intentara recibirla antes de quitar la ocasión, debido al peligro próximo en el que se hallaría de quebrantar su resolución y la obligación grave que sobre él pesa de quitarla. En efecto, quitar la ocasión próxima es cosa harto dura y difícil, por tener que hacerse gran violencia, que difícilmente se impondrá quien recibió la absolución; libre entonces del temor de no ser absuelto, el penitente se lisonjeará de poder resistir a la tentación sin apartar la ocasión, y como no se aparta de ella, caerá ciertamente de nuevo, como lo prueba la experiencia de tantos desgraciados a quienes absolvieron confesores sobrado benignos, y quienes, por no quitar la ocasión, tornaron a caídas peores que las primeras. Visto, pues, el peligro en que se halla el penitente de faltar a la promesa hace de quitar la ocasión, se comprende que no tiene las disposiciones requeridas para ser absuelto, ya que quiere se le absuelva antes de quitar la ocasión; por lo que ciertamente peca el confesor que lo absuelve. Y adviértase aquí, *generalmente hablando*, que cuando se trata del peligro de pecados formales, y precisamente de pecados vergonzosos, cuanta más severidad emplee el confesor con los penitentes, tanto mejor contribuirá a la salvación de las almas. Y, por el contrario, cuanto más indulgente fuere, tanto más cruel será con ellos. Santo Tomás de Villanueva llamaba a tales confesores *inhumanamente humanos (impíe pios)*. Tal caridad es contra la caridad.

Dijimos *ordinariamente hablando*, porque en algún caso raro podría el confesor absolver antes de

que se hubiera apartado la ocasión; por ejemplo, si el penitente hubiera dado pruebas claras de corregirse, acompañadas de viva compunción, y si, por otra parte, le fuera imposible quitar la ocasión hasta pasado bastante tiempo, o si no pudiera volver al mismo confesor, o, finalmente, si intervinieran circunstancias extraordinarias que obligaran al confesor a absolverlo. Pero éstos son casos rarísimos; de modo que difícilmente se puede absolver a los que viven en ocasión próxima si antes no la apartaran, y con mayoría de razón cuando el penitente prometió ya otras veces apartarla y no la ha apartado. Ni vale decir que el penitente dispuesto tiene estricto derecho a que se le absuelva después de haber confesado sus pecados, porque enseñan los doctores comúnmente que no hay tal derecho de reclamar la absolución aun después de confesados los pecados, ya que el confesor puede muy bien, como médico espiritual que es, diferirla cuando ve que es conveniente a la enmienda del penitente.

Esto es cuanto a la ocasión voluntaria; que si la ocasión es *necesaria*, regularmente hablando, no hay obligación precisa de quitarla; porque entonces, como el penitente no quiere esta ocasión, sino que la padece y permite muy a pesar, puede esperar mayor auxilio divino para resistirla. Por eso *regularmente* se puede absolver a quien está en la ocasión necesaria, con tal de que esté resuelto a emplear todos los medios para no recaer. Los medios principales de enmienda que hay que señalar al penitente en las ocasiones necesarias son tres: 1.º La fuga de las ocasiones, evitanto, en cuanto pueda, el hablar a solas, o el hablar con sobrada confianza, o hasta mirar a la persona cómplice. 2.º La oración, es decir, la plega-

ria, suplicando continuamente la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen para resistir. 3.º La frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión, en los que se reciben energías para resistir al enemigo.

Dije *regularmente*, porque cuando el penitente, a pesar de todos los remedios empleados, cayera siempre y sin enmienda alguna, quiere entonces el parecer más común y más verdadero (que hay que seguir) que no se puede absolver a quien no deja la ocasión, aun cuando hubiera que perder la vida (*etia, cum iactura vitae*, como hablan los doctores), ya que la vida eterna ha de preferirse a la temporal. Más todavía: aun cuando en la ocasión necesaria, hablando según las reglas de la moral, pueda absolverse al penitente, si se hallare dispuesto, con todo, cuando se trata de pecados carnales, siempre será bueno, ordinariamente hablando, diferir la absolución hasta que no se vea por la experiencia conveniente y un lapso de tiempo, prolongado, como de veinte o treinta días, que el penitente se ha portado fielmente en la práctica de los medios y no ha vuelto a recaer. Añado además que, cuando el confesor vea que es conveniente diferir la absolución, está obligado a diferirla por la obligación que sobre él pesa de emplear los remedios más aptos para la enmienda de sus penitentes. Insisto que en materia de pecados sensuales, si el penitente estuviera habituado a vivir de hace mucho en la impureza, a éste no le bastaría huir de las ocasiones próximas, sino que tendría también que apartarse de ciertas ocasiones que en sí pudieran ser remotas, pero que tratándose de él, debilitado por tantas recaídas y por la inclinación contraída con tal vicio, de ocasiones remotas se truecan en próximas.

Hablemos en segundo lugar de los recidivos, a quienes hay que distinguir de los habitudinarios.

Habitudinarios son quienes caen habitualmente en algún vicio, pero que no se han confesado de este mal hábito. A éstos, si estuvieren dispuestos convenientemente, es decir, si tienen arrepentimiento sincero y firme propósito de valerse de los remedios aptos para resistir al mal hábito contraído, se les puede absolver la primera vez que se confesaren o cuando se confesaren de tal vicio, después de haber renunciado ya a su mal hábito durante un tiempo notable. Adviértase, con todo, que cuando el penitente ha contraído ya el mal hábito, y sobre todo si es hábito inveterado, el confesor puede muy bien diferirle la absolución, para comprobar con la experiencia cómo se porta el penitente en adoptar los remedios que le hubieren sido prescritos.

Recidivos, por el contrario, son quienes después de la confesión recaen en el mismo mal hábito, sin señal alguna de enmienda. A éstos nunca se les puede absolver con solas las señales ordinarias, es decir, si se contentan con confesar los pecados y afirmar que se arrepienten y tienen propósito firme de no recaer. Inocencio XI condenó justamente esta proposición: «Cuando el penitente tiene un hábito de pecado contra la ley de Dios, contra la ley natural o contra la ley de la Iglesia, aun cuando no ofreciera esperanza alguna de enmienda, no hay que negarle ni diferirle la absolución, con tal de que diga vocalmente que se arrepiente y que propone corregirse» (prop. 60). Y he aquí el porqué de la condenación: aun cuando la confesión por sí misma, junto con la afirmación del penitente, que declara estar arrepentido y dispuesto a enmendarse, infundan en el confesor certeza moral

de buenas disposiciones, con tal de que no haya presunción en contra, con todos, cuando media un hábito contraído y además el penitente ha recaído después de haber recibido la absolución sin que se perciba corrección alguna, entonces hay mucho campo para sospechar de la veracidad del dolor y propósito del penitente, aunque los afirme. Por eso en este caso hay que diferir la absolución hasta que no se pruebe la enmienda por algún tiempo y la práctica de los medios prescritos patentice dichas buenas disposiciones.

Y adviértase aquí además que esta regla se aplica no tan sólo a los recidivos en pecados mortales, sino también a los recidivos en pecados veniales, muchos de los cuales se confiesan por costumbre, pero sin dolor ni buen propósito. Si estos últimos desean recibir la absolución, debe exigirles el confesor que proporcionen materia cierta confesando algún pecado grave de la vida pasada, del que tengan arrepentimiento y propósito.

Para absolver, pues, a tales recidivos, se necesita la prueba del tiempo o, al menos, señales extraordinarias de buenas disposiciones (contra lo que afirmaba la proposición condenada) que den margen a cierta esperanza de enmienda. Estas señales son, según los doctores:

1. Gran compunción, manifestada con lágrimas o con palabras salidas no ya de la boca, sino del corazón; palabras que a veces explican más que las lágrimas la disposición del penitente.

2. Notable baja en el número de los pecados, dado que el penitente se haya encontrado en las mismas ocasiones y en idénticas tentaciones.

3. Diligencia habida para no recaer, huyendo de

las ocasiones y llevando a la práctica los medios que se le hayan prescrito; o bien resistencia notable a la tentación antes de la recaída.

4. Si el penitente pide remedios o nuevos medios para salir del pecado, con ánimo verdadero de la enmienda.

5. Si llega a confesarse, no en virtud de cierta costumbre establecida, por ejemplo, en Navidades o en otra fiesta determinada, ni para obedecer un mandato de los padres, dueños o maestros, sino a impulso cierto de una inspiración divina, para recobrar la gracia de Dios, máxime si se ha impuesto un gran sacrificio, ya de largo viaje o ya si llega después de haber combatido vigorosamente consigo mismo y de haberse hecho gran violencia.

6. Si ha inducido a confesarse después de un sermón oído, o por una muerte repentina, o calamidad inminente, o debido a cualquier otro motivo espiritual extraordinario.

7. Si se acusa de pecados que había antes callado por vergüenza.

8. Sí, después de las advertencias que le ha dirigido el confesor, demuestra haber adquirido notable aumento de luces o nuevo horror al pecado y conocimiento del peligro de su eterna condenación.

9. Algunos doctores dan también por señal extraordinaria la firme promesa de emplear los remedios prescritos por el confesor; pero no se fíe uno de estas promesas si no hay otras señales, porque los penitentes, para recibir la absolución, prometen fácilmente muchas cosas que quizás cuando las prometen no tiene ánimo de cumplir.

Por lo tanto, cuando se den estas señales extraordinarias, el confesor puede absolver al recidivo, pero

puede también diferir la absolución por algún tiempo si viere que le puede ser provechoso. En cuanto a la conveniencia de diferir siempre la absolución al penitente dispuesto, es cuestión controvertida entre los doctores: unos la niegan y otros la afirman, con tal de que la dilación no acarree nota de infamia al penitente; por ejemplo: si al no acercarse entonces a recibir la comunión diera que sospechar a los demás algún pecado que hubiera cometido. Por lo demás, soy de parecer, como dije ya en mi *Instrucción a los confesores* (*Homo Apost.*, tr. ult., punct. 2), que cuando no hay ocasión extrínseca y se trata de pecados cometidos por fragilidad intrínseca, como blasfemias, odios, poluciones, delectaciones morosas, etc., raras veces será ventajoso diferir la absolución, porque siempre se podrá esperar mayor ayuda de la gracia que recibe el penitente con ella que de diferírsela. Pero, si mediara la ocasión extrínseca, por necesaria que fuese, pienso siempre, como arriba dije, que es útil, y las más de las veces indispensable, para la enmienda del penitente, aunque dispuesto, diferirle la absolución.

PLATICA V

SOBRE LA ORACION MENTAL Y SOBRE EL OFICIO DIVINO

I. Necesidad de la oración mental para los sacerdotes

Si la oración mental es necesaria, moralmente hablando, a todos los fieles, como escribe el doctísimo P. Suárez (*De orat.*, l. 2, c. 4), es mucho más necesaria a los sacerdotes, ya que están más necesitados del auxilio divino, debido a las mayores obligaciones que sobre ellos pesan de tender a la perfección, ya por razón de la santidad requerida por su estado, ya por el ministerio que tienen de procurar la salvación de las almas; necesita, pues, doble alimento espiritual, como las madres, que necesitan doble alimento corporal, por tener que sustentarse a sí mismas y a sus hijos. Por eso dice San Ambrosio que nuestro Salvador no tenía necesidad alguna de retirarse a la soledad para orar, pues su alma santa gozaba continuamente de la visión intuitiva de Dios, lo contemplaba en todo lugar y ocasión y oraba sin cesar por nosotros; con todo, para hacernos sentir la necesidad de la oración mental, se separaba de la muchedumbre, como refiere San Mateo, y se retiraba sólo a la montaña para orar (Mt. 14, 23). Y San Lucas dice que pasaba las noches enteras en la oración (Lc. 6,

12). Acerca de lo cual trae San Ambrosio esta reflexión: «Si Jesucristo pasó las noches orando por nosotros, ¿cuánto más debemos orar nosotros para salvarnos?» (l. 5 *In Lc.*). Y añade el santo en otro lugar: «Día y noche debemos rezar por el pueblo que se nos ha confiado» (*In 1 Tim.*, 3). Decía el Beato P. Maestro Avila que corren parejos los dos oficios del sacerdote: *Han de ofrecer los sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios* (Lev. 21, 6). Sabido es que el incienso denota la oración: *Cual incienso ante ti suba mi súplica* (Ps. 140, 2). Por esto San Juan vió que los ángeles tenían *copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos* (Apoc. 5, 8). ¡Qué agradable olor proporcionan a Dios las oraciones de los sacerdotes buenos! De aquí que San Carlos Borromeo, considerando la necesidad que tienen los eclesiásticos de practicar la oración mental, hizo que el concilio de Milán estatuyese que en los exámenes de los ordenandos se les preguntara de modo especial si sabían hacer oración, si la hacían y cuáles eran las materias de sus meditaciones. El Beato Juan de Avila disuadía de entrar en el sacerdocio a los que no tenían costumbre de hacer meditación, y mucha meditación.

No quiero alargarme más en demostración de las razones que militan a favor de la necesidad moral que del ejercicio de la oración mental tiene todo sacerdote; baste decir que sin la meditación el sacerdote tendrá poca luz, pues sin meditación pensará poco en el gran asunto de la salvación y pensará poco en los obstáculos que a ello pone y en las obligaciones que ha de satisfacer para salvarse. Por esto dijo el Salvador a sus discípulos: *Estén ceñidos*

vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas (Lc. 12, 35). Estas lámparas, dice San Buenaventura, son las santas meditaciones, en las que el Señor nos ilumina: *Mirad para alegraros hacia El* (Ps. 33, 6). Quien no medita, tiene poca luz y poca fuerza. En el descanso de la meditación, dice San Bernardo, se adquieren fuerzas para resistir a los enemigos y para practicar las virtudes. Cuando se pasa la noche sin dormir, por la mañana no se tiene fuerza para mantenerse derecho y se anda a traspiés.

Cesad y conoced que yo soy Dios (Ps. 45, 11). Quien no se aparta, al menos de vez en cuando, de los pensamientos del mundo y se retira a tratar con Dios, poco lo conoce y poca luz tiene de las cosas eternas. Viendo en una ocasión Jesucristo que sus discípulos estaban muy atareados en la salvación de los prójimos, les dijo: *Venid vosotros solos aparte, a un lugar solitario, y tomad un poco de reposo* (Mc. 6, 31). No hablaba el Señor del descanso corporal, sino del espiritual; si el alma no se retira de cuando en cuando a tratar con Dios solamente, no tendrá luego fuerzas para proseguir el bien y fácilmente caerá presto en languidez, y de aquí en las ocasiones que se le presenten. Por otra parte, toda nuestra fuerza se cifra en la ayuda de Dios: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Phil. 4, 13). Pero Dios no concede esta ayuda sino a quienes se la piden. El, cierto que desea dispensarnos sus gracias; pero quiere que se las pidamos y que le violentemos, por decirlo así, con nuestras súplicas, como se expresa San Gregorio (*In Ps. poenit.*, 6). Pues bien, quien no medita, conoce poco sus defectos, poco los peligros de perder la gracia de Dios, poco los medios para vencer las tentaciones, y así, poco conocerá la misma

necesidad que tiene de rogar; este tal acabará por dejar la oración, y dejando de rogar, ciertamente se perderá. Por esto decía la excelsa maestra de la oración que el que deja la oración mental no necesita demonios que lo lleven al infierno, porque él mismo se dirige por sus pasos (*Obras de Santa Teresa de Jesús: Bibl. Mist. Carm.*, t. 1, *Libro de la vida*, pag. 139).

Hay quienes recitan muchas oraciones vocales; pero si no se practica la oración mental, difícilmente se harán bien las vocales, que se pronunciarán distraídamente, por lo que apenas si las escuchará el Señor. Muchos claman, dice San Agustín, pero no con su voz, sino con la del cuerpo (*In Ps.* 41). Tu clamor a Dios es tu pensamiento; clama al interior, que es donde Dios oye (*Ibid*). No basta, pues, rogar con la voz tan sólo, sino que necesita también rogar en espíritu (*In Ps.*, 30. en. 4) si se quieren las gracias de Dios, como dice el Apóstol: *Orando con toda oración y súplica en todo tiempo en espíritu* (Eph. 6, 18). Y esto se comprueba con la experiencia: muchos recitan diversas oraciones vocales, el oficio, el rosario, y, sin embargo, caen en pecado y continúan viviendo en él.

Por el contrario, quien se ejercita en la oración mental cae difícilmente en pecado; y si alguna vez tiene la desgracia de caer, no será fácil que permanezca muchos en tan miserable estado: o dejará la meditación o dejará el pecado. Oración y pecado no pueden andar aliados. «No hay que temer, sino que desear, dice Santa Teresa; porque cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ga-

nar, irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase». Todos los santos se hicieron santos con la oración mental. La oración, según San Lorenzo Justiniano, ahuyenta la tentación, disipa la tristeza, repara las fuerzas del alma, aviva su fervor y la inflama en el amor divino (*De casto conn.*, c. 22, n. 3). San Ignacio de Loyola decía que un cuarto de hora de oración le bastaba para consolarse de cualquier desgracia. La meditación, decía San Bernardo, regula los afectos, gobierna las acciones, corrige los defectos (*De consid.*, l. 1, c. 7). El Crisóstomo da por muerta al alma que no hace oración mental (l. 1, *De orando Deo*). Rufino escribe que todo el adelantamiento espiritual del alma depende de la meditación (*In Ps. 36*). Y Gerson llega a decir que el que no medita no puede, sin milagro particular, vivir como cristiano (*De med., cons.* 7). San Luis Gonzaga, hablando de la perfección a la que está obligado en especial el sacerdote, decía que, si no se aplica de modo especial en la oración nunca llegará a grado eminente de virtud.

(Si alguno desee más detalle acerca de la necesidad moral de la oración mental, lea la plática sobre la oración para las religiosas, en La monja santa).

II. Respuestas a las excusas

Nada más diré aquí sobre la necesidad de la oración mental, para responder a tres excusas que aducen ordinariamente los sacerdotes que no hacen meditación.

I. Por lo que a mí hace, dirá uno, no hago ora-

ción porque me hallo desolado, distraído y tentado: tengo la imaginación vagabunda y que no sabe detenerse en punto alguno de meditación; por eso me abstengo de ella.

San Francisco de Sales responde a éstos que, aun cuando no se ocupasen en la meditación más que en ahuyentar y volver a ahuyentar las distracciones y las tentaciones, ya estaría bien hecha la meditación, con tal de que las distracciones no fueran voluntarias. El Señor se complacerá con la buena intención que se tiene y el trabajo que se impone uno en perseverar hasta el fin del tiempo destinado a la meditación, recompensando estos esfuerzos con gracias abundantes. A la meditación no hay que ir para hallar gusto en ella, sino para dar gusto a Dios. Las mismas almas santas sufren no pocas veces arideces en la meditación, pero en Señor las enriquece de sus dones por su perseverancia. Decía San Francisco de Sales: Pesa más ante Dios una onza de meditación hecha en medio de desolaciones que cien libras entre consuelos. Las estatuas inmóviles que adornan las galerías de los palacios honran a los príncipes con sólo estar en sus galerías. Por tanto, cuando al Señor le plazca tenernos como estatuas en su presencia, contentémonos con honrarlo como estatuas; y entonces bastará que le digamos: «Señor, aquí estoy para daros gusto».

Asegura San Isidoro que el demonio nunca se esfuerza tanto en tentarnos y distraernos como cuando estamos en la meditación (*Sent.*, l. 3. c. 7). ¿Por qué? Porque ve el fruto que se reporta de la meditación, y por eso pretende que la abandonaremos. De aquí que el que abandona la meditación por tedio no hace más que agradar al demonio. En tiempos de

arideces, el alma no debe hacer más que humillarse y rezar. Humillarse, porque no hay tiempo mejor para conocer nuestra miseria e insuficiencia que cuando estamos desolados en la meditación; vemos que nada podemos hacer por nosotros, por lo que entonces nada debiéramos hacer sin humillarnos y, uniéndonos con Jesús desolado en la cruz, pedirle piedad, diciéndole y repitiéndole: «¡Ayudadnos, Señor! ¡Señor, tened compasión de nosotros! ¡Jesús mío, misericordia!» La meditación hecha de esta manera será más fructuosa que todas las demás, porque Dios abre a los humildes los tesoros de sus gracias (Iac. 4, 6). Entonces más que nunca cuidemos de pedir misericordia para nosotros y para los pecadores. Dios exige especialmente de los sacerdotes que rueguen por los pecadores: *Lloren los sacerdotes... y digan: Perdona, Yahveh, a tu pueblo (Ioel. 2, 17)*. Pero para ello quizás haya quien diga: «Basta con que recite el oficio divino». Pues bien, contesta San Agustín, los ladridos de los perros son más gratos a Dios que las oraciones de los malos eclesiásticos, como suelen ser los que no hacen meditación (Corn., A. Lap., *In Lev.*, 1. 17), ya que sin oración mental difícilmente tendrán espíritu eclesiástico.

II. «Pues yo, dirá otro, si no hago meditación, no pierdo el tiempo, porque lo consagro al estudio». El Apóstol escribía a Timoteo: *Atiende a ti mismo y a la enseñanza* (1. Tim. 4, 16); en primer lugar dice, *tibi*, a ti, es decir, a la oración, que es donde el sacerdote atiende a sí propio; y después añade *et doctrinae*, es decir, al estudio, para procurar la salvación de los prójimos. Si no somos santos, ¿cómo podremos contribuir a la santificación de los demás? «¡Dichoso, Señor, quien os conoce, decía San Agustín,

aun cuando ignorara todo el resto!» (*Conf.*, l. 5, c. 4). Aun cuando poseyéramos todas las ciencias, si no supiéramos amar a Jesucristo, de nada nos serviría para nuestra salvación eterna; pero si sabemos amar a Jesucristo, lo sabremos todo y seremos siempre felices. ¡Dichosos, pues, aquellos a quienes se ha dado la ciencia de los santos, que consisten en saber amar a Dios!: *Y le dió la ciencia de las cosas santas* (Sap. 10, 10). Además, una sola palabra salida de la boca del sacerdote amante de Dios hará más bien a los demás que mil sermones de sacerdotes sabios que le amen poco.

Esta ciencia de los santos no se adquiere con el estudio de los libros, sino con la meditación, en la que el maestro que enseña y el libro que se lee es el crucifijo. Preguntaba cierto día Santo Tomás a San Buenaventura en qué libro había aprendido tanto, y el santo, enseñándole el crucifijo, le respondió que en él había aprendido cuanto sabía. Quizás se aprenda más en un momento de la meditación que en diez años de estudio en los libros. Los deseos del amor unitivo, decía San Buenaventura, dejan en el alma una ciencia más perfecta que todo lo que se puede aprender en los libros (*Myst. theol.*, c. 3, p. 2).

Para adquirir las ciencias humanas se necesita buena inteligencia; para la ciencia de los santos basta tener buena voluntad. Quien más ama a Dios, lo conoce más, decía San Gregorio (*In Ev.*, h. 27). Y San Agustín dijo también: «Amar es ver». Por eso exhortaba David: *Gustad y ved cuán bueno es el Señor* (Ps. 33, 9). Quien más gusta de Dios por el amor, más lo ve y conoce más la grandeza de su bondad. Quien paladea la miel la conoce mejor que todos los filósofos que estudian y explican su naturaleza. Es-

cribe San Agustín: «Dios es la misma sabiduría; de lo que se sigue que el verdadero filósofo (y filósofo significa el amante de la sabiduría) es el que ama verdaderamente a Dios» (*De civ. Dei* l. 8, c. 1).

Para aprender las ciencias del mundo se necesita mucho tiempo y trabajo; pero para aprender la ciencia de los santos basta quererla y pedirla. Dijo el Sabio: *La sabiduría... fácilmente se deja ver de quienes la aman y es hallada por los que la buscan. A los que la codician se adelanta en darse a conocer. Quien madrugare por ella no tendrá que fatigarse, pues a sus puertas la hallará sentada* (Sap. 6, 12. 13. 14). Y termina así: *Viniéronme los bienes a una todos con ella* (Sap. 7, 11). De lo que se sigue que quien halla la sabiduría, es decir, el amor a Dios, halla todo bien.

¡Cuánto más aprendió San Felipe Neri en las catacumbas de San Sebastián, en que pasó noches enteras dedicado a la oración, que en los libros que había leído! ¡Cuánto más aprendió San Jerónimo en la gruta de Belén que en todos los demás estudios que había hecho! Decía el P. Suárez que hubiera preferido perder toda su ciencia antes que perder una hora de oración. «Gloríense los sabios del mundo con su sabiduría, escribía San Paulino; los ricos con sus riquezas y los reyes con sus reinos; pero nuestra sabiduría, nuestra riqueza y nuestro reinado sea Jesucristo» (*Ep. ad Aprun.* 27), repitiendo con San Francisco: *Deus meus et omnia*. Esta es, por tanto, la verdadera sabiduría que hemos de pedir a Dios, que no deja de concederla a quien la pide (Iac. 1, 5).

No es que neguemos la utilidad del estudio, y más aún su necesidad, para el sacerdote; pero el estudio más necesario es el del crucifijo. El mismo San Pau-

lino, escribiendo a cierto Jovio que se daba mucho al estudio de los filósofos y poco al de la vida espiritual, excusándose con que no tenía tiempo, le decía: «¿Conque tienes tiempo para ser filósofo y no lo tienes para ser cristiano?» (*Ep. ad Iovium*. 36). Sacerdotes hay que emplean mucho tiempo en estudiar matemáticas, geometría, astronomía, historia profana (!y si, al menos, estudiaran lo que conviene a su estado!), y luego se excusan con que no tienen tiempo para meditar. «¿Conque tienes tiempo para ser filósofo y no lo tienes para ser sacerdote?» (*De brev. vitae*, c. 1). Decía Séneca que tenemos poco tiempo porque lo perdemos mucho; y en otro lugar añade: «Ignoramos las cosas necesarias, porque aprendemos las inútiles».

III. Y habrá un tercero que diga: «Yo quisiera meditar, pero el confesonario, los sermones, me tienen tan ocupado que no me queda ni un momento».

Respondo: te alabo, sacerdote mío, porque estás tan atareado en la salvación de las almas; pero no puedo alabarte porque, por haber de prestar servicios a los demás, te olvides de ti mismo. Primero nos tenemos que ocupar de nosotros mismos por medio de la meditación y luego nos ocuparemos del prójimo. Los santos apóstoles ciertamente que fueron los más infatigables trabajadores del mundo; con todo, al verse impedidos para hacer su oración, debido a los trabajos en pro de los prójimos, que les ocupaban harto tiempo, establecieron a los diáconos para que los ayudaran en las obras externas y así tuviesen tiempo de vacar a la oración y a la predicación. *Poned, pues, los ojos, hermanos, en siete varones de entre vosotros..., a quienes pondremos al frente de este*

servicio; nosotros, por nuestra parte, perseveraremos dedicados a la oración y al ministerio de la palabra (Act. 6, 3-4). Nótese que antes dicen que se van a dar a la oración y luego a la predicación. Esto precisamente escribió Santa Teresa al obispo de Osma, que atendía mucho al bien de sus ovejas y no tanto a la oración; por esto la santa le escribía así: «Fuéme mostrado que le faltaba a vuestra señoría lo más principal que se requiere para esas virtudes; y faltando lo más, que es el fundamento, la obra se deshace y no es firme. Porque le falta la oración con lámpara encendida, que es la lumbre de la fe; y perseverancia en la oración, con fortaleza...». Esto también advirtió San Bernardo al papa Eugenio III, que nunca descuidara la oración por los negocios externos, añadiéndole que quien abandonara la oración podía caer en tal dureza de corazón que llegara a perder los remordimientos de los pecados y ni siquiera los aborreciese una vez cometidos (*De cons.*, l. 1, c. 2).

Dice San Lorenzo Justiniano que las obras de Marta, sin la dulce contemplación de María, no pueden llegar a la perfección (*De instit. prael.*, c. 2, n. ult.). Engañase, añade el santo, quien pretende sin ayuda de la meditación llevar a buen fin el asunto de la salvación de las almas, asunto tan excelente cuanto peligroso; quien no cuida de fortalecerse con la meditación, caerá desfallecido en medio del camino (*De inst. prael.*, c. 2). Ordenó el Señor a los discípulos que predicasen lo que de El hubieran aprendido en la meditación: *Lo que os digo en la obscuridad, decíadlo a la luz del día* (Mt. 10, 27). Dios habla en la soledad de la meditación: *La conduciré al desierto y la hablaré al corazón* (Os. 2, 27). «En la meditación, escribe San Paulino, se recibe el espíritu que luego se

ha de comunicar a los demás» (*Ep. ad. Severium*). Por eso se lamentaba San Bernardo de que en la Iglesia hubiera tantos canales (hablaba de los sacerdotes) y tan pocas conchas, siendo así que el sacerdote ha de ser en primer lugar concha, es decir, lleno de luces santas y de afectos recolectados en la meditación, y luego canal, para derramarlos sobre los prójimos (*In Cant.*, 18). Antes por lo tanto, de dedicarse el sacerdote a ayudar a los otros, dice San Lorenzo Justiniano, debe acercarse a la meditación (*De Tr. Chr. Ag.*, c. 7). San Bernardo, parafraseando el pasaje del Cantar de los cantares *Llévame tras de ti; apresúremonos* (Cant. 1, 3), dice que el sacerdote que ha de estar animado del celo de la salvación de las almas ha de repetir también al Señor: No correré yo solo, sino que conmigo correrán los demás; yo, atraído por el olor de vuestros perfumes, es decir, de vuestras inspiraciones y gracias recibidas en la meditación, y los demás, inducidos por mi ejemplo.

Para que el sacerdote pueda llevar muchas almas a Dios, debe, en primer lugar, dejarse él llevar de Dios, como lo hicieron los santos obreros del Evangelio, un Santo Domingo, un San Felipe Neri, un San Francisco Javier, un San Juan Francisco Regis, quienes pasaban todo el día atendiendo al pueblo y luego pasaban la noche en la meditación, que prolongaban hasta que el sueño les vencía. Más almas llevará a Dios un sacerdote de mediana doctrina, pero de gran celo, que otros muy sabios, pero tibios. Un solo hombre abrasado de celo puede reformar todo un pueblo, decía San Juan Crisóstomo. Más aprovechará una palabra de un obrero inflamado en amor de Dios que cien sermones adobados por un

teólogo que no le ame. Decía Santo Tomás de Villanueva que para herir los corazones e inflamarlos en amor a Dios se necesitan nada más que unas palabras ardientes que sean como flechas del fuego de amor de Dios; pero, añade, ¿cómo van a salir tales saetas de fuego de un corazón de hielo? Pues bien, la meditación es la que inflama los corazones de los trabajadores santos y, si eran de hielo, los convierte en fuego. Hablando el Apóstol del amor que Jesucristo nos ha manifestado, dice: *El amor de Cristo nos apremia* (2 Cor. 5, 14); con lo que nos da a entender que es imposible que se mediten los dolores e ignominias que padeció por nosotros el Redentor sin inflamarse e inflamar a todos hasta conseguir el amor divino. El profeta Isaías decía: *Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salvación, y diréis aquel día; Alabad a Yahveh, invocad su nombre* (Is. 12, 3). Las fuentes del Salvador son precisamente los ejemplos de la vida de Jesucristo, de cuya consideración iqué fuentes de luces y de santos afectos sacan las almas! El fuego del amor divino se enciende así en los corazones que, no bien inflamados, tratan de inflamar los demás, exhortándolos a reconocer, a alabar y a amar la bondad de nuestro Dios.

III. Del rezo del oficio divino

Bueno será que digamos algo acerca del rezo del oficio divino. Con el oficio divino se honra a Dios, se resiste al furor de los enemigos y se alcanza misericordia para los pecadores. Mas para alcanzar estos fines hay que rezar el oficio como es debido y como lo exige el concilio V de Letrán, es decir: *studiose et*

devote. Studiose, pronunciando bien las palabras. *Devote*, con atención, como escribe San Agustín: «Que tu corazón se ocupe de lo que pronuncian los labios» (Ep. 211). «¿Cómo quieres, pregunta San Cipriano, que te oiga Dios si tú mismo no te oyes?» (*De orat. Dom.*).

La oración hecha con atención es el incienso oloroso tan grato a Dios y que tantos tesoros de gracia nos reporta; al paso que la oración hecha distraídamente es pútrida emanación que irrita a Dios y trae consigo castigos. Por eso, mientras rezamos el oficio, se esfuerza el demonio por que lo recemos con distracciones y defectos, y por esto también hemos de esforzarnos por rezarlo con toda la diligencia debida.

1. Reavivemos en primer lugar la fe, recordando que entonces nuestra voz se una a la de los ángeles para alabar al Señor. Nos ensayamos haciendo lo que hemos de hacer en la gloria, dice Tertuliano (*De orat.*); hacemos en la tierra lo que hacen los bienaventurados en la patria celestial, en que cantan y cantarán sin cesar las alabanzas del Señor (Ps. 83, 5). San Juan Crisóstomo aconseja que antes de entrar en la iglesia o tomar en mano el breviario dejemos a la puerta y despidamos todos los pensamientos mundanos (*In Is.*, hom. 2).

2. Cuidemos en segundo lugar de que los afectos del corazón acompañen a los sentimientos que nuestra boca expresa, y, como dice San Agustín, si el salmo reza, recemos: si llora, lloremos; si espera, esperemos (*In Ps.* 30).

3. Bueno es también que renovemos la intención de cuando en cuando, v. gr., al principio de cada salmo.

4. Finalmente, evitemos con toda diligencia lo que puede ser causa de distracciones a nuestra mente. ¿Qué atención y qué devoción podría tener en el rezo del oficio quien lo recitara en un lugar donde hay muchos de paseo o en presencia de gentes que aturden con sus risas y sus gritos?

¡Cuánto ganan los que rezan el oficio a diario devotamente! *Implentur Spiritu Sancto!*, dice San Juan Crisóstomo (*In Eph.*, hom. 19). Los que, por el contrario, lo rezan negligentemente, pierden muchos méritos y tendrán que dar a Dios estrecha cuenta.

PLATICA VI

ACERCA DE LA HUMILDAD

Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29). La humildad y la mansedumbre fueron las dos virtudes amadas de Jesucristo en que de modo especial quiso ser imitado por sus discípulos. Hablemos en primer lugar de la humildad y luego de la mansedumbre.

I. Necesidad de la humildad

Según San Bernardo, «cuando el sacerdote está más elevado en dignidad, tanto más humilde ha de ser» (*De 7 donis Spir. S.*, c. 7); de lo contrario, si cayere en pecado, su caída será tanto más profunda cuanto se precipita de más elevado lugar. Por eso decía San Lorenzo Justiniano que «la humildad ha de ser la joya más brillante y querida del sacerdote» (*De*

inst. prael., c. 21). E igual decía San Agustín: «Colocado en el cargo más sublime, necesitas humildad más excelente» (*De virt. et vit.* c. 10). Y antes lo había dicho Jesucristo: *El mayor entre vosotros, hágase como el menor* (Lc. 22, 26). La humildad es la verdad; de aquí que el Espíritu Santo diga: *Si pregonares lo precioso, apartándolo de lo vil, serás como mi boca* (Ier. 15, 19), que siempre dice verdad. Repitamos siempre esta oración de San Agustín: «¡Que me conozca y que os conozca!» (*Solil.*, l. 2, c. 1); que es lo que pedía siempre a Dios San Francisco de Asís: «¿Quién sois vos y quién soy yo?» Estaba maravillado de la grandeza y de la bondad que veía en Dios, a la vez que de la indignidad y de la miseria que descubría en sí mismo. Ved aquí cómo los santos se humillaban hasta las entrañas de la tierra; cuanto más conocían a Dios, tanto más pobres se veían y llenos de defectos. Los soberbios, por el contrario, como están privados de luz, apenas si ven su bajeza.

Separemos, pues, lo que nos pertenece de lo que pertenece a Dios. De nosotros no tenemos más que miseria y pecado. En efecto, ¿qué somos si no un poco de polvo manchado de iniquidades?; y ¿aun nos podremos enorgullecer? *¿De qué se envanecerá* (el que es) *polvo y ceniza?* (Eccli. 10, 9). Nobleza, riqueza, talentos habilidades y demás dones de la naturaleza no son más que vestido puesto sobre el pobre mendigo. Si vieses a un mendigo que se gloriara de un vestido bordado ricamente, ¿no lo tomarías por loco? *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si es así que lo recibiste, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?* (1 Cor. 4, 7). ¿Qué cosa tenemos que hayamos recibido de Dios y que no nos lo pueda quitar cuando quiera? Más aún, Dios nos concede

los dones preciosos de sus gracias y nosotros los viviamos con nuestras faltas, distracciones, fines desordenados e impaciencia. *Así todos nosotros fuimos como impuros, y cual vestido inmundo todas nuestras virtudes* (Is. 54, 6). De suerte que después de haber celebrado las misas, los oficios, las oraciones, cuando quizás nos creíamos más iluminados y más enriquecidos de méritos, entonces merecimos que el Señor nos dirigiera el reproche que dirigió a un obispo en el Apocalipsis: *Pues dices que soy rico y me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que tú eres el desventurado, y el miserable, y pobre, y ciego, y desnudo* (Apoc. 3, 17). Al menos, reconociendo nuestra pobreza y nuestras imperfecciones a los ojos de Dios, procuremos suplirlo con la confesión de nuestras miserias, como dice San Bernardo (*De int. domo*, c. 21). San Francisco de Borja, cuando aun era seglar, oyó que un santo varón le aconsejaba que, si quería progresar grandemente en la virtud, no pasara día sin pensar en sus miserias; dócil a este consejo, dedicaba cada día las dos horas primeras de la meditación al conocimiento y desprecio propios; así se santificó y nos dejó tan hermosos ejemplos de humildad.

Dice San Agustín: «Dios está elevado: si te elevas, huye y se esconde de ti; si te humillas, desciende hacia ti» (*Serm. 117 de Ascens.*). El Señor se une con agrado a los humildes y los enriquece de gracias, al par que se aleja y huye de los soberbios (Iac. 4, 6). Dios odia a los soberbios (Prov. 16, 5). Dios escucha las oraciones de los humildes (Eccli. 35, 21). Por el contrario, Dios rechaza las oraciones de los soberbios, a quienes mira como de lejos (Ps. 137, 6). Cuando miramos a alguien de lejos, no lo conoce-

mos; y así se diría que Dios aparenta no conocer ni escuchar a los soberbios que le rezan. Cuando éstos le llaman, respóndeles: *En verdad os digo, no os conozco* (Mt. 25, 12). Los soberbios son, en una palabra, odiados de Dios y de los hombres (Eccli. 10, 7). A veces los hombres se hallan forzados por la necesidad a honrar a los soberbios, pero en el corazón los detestan y los desprecian, aun en presencia de los demás, como dice el libro de los Proverbios (Prov. 11, 2). Hablando San Jerónimo de la humildad de San Pablo, escribe alabándola así: «Alcanzaba gloria huyendo de ella; porque así como la sombra sigue a quien de ella huye y parece que huye de quien la sigue, así la gloria sigue a quien la desprecia y se aleja de quien la busca» (*Ep. ad Eustoch.*). *El que se exaltare, será humillado, y el que se humillare, será exaltado* (Mt. 23, 12).

Sacerdote habrá, por ejemplo, que haya hecho una obra buena; si se calla, todos, al saberla, lo alabarán; pero si la va publicando por todas partes con el fin de cosechar alabanzas, no las cosechará, y en vez de alabanzas cosechará desprecio. ¡Qué vergüenza, exclama San Gregorio, ver que «los maestros que habían de enseñar humildad se convierten con sus ejemplos en maestros de soberbia! (*Ep.*, l. 4, ep. 32). Ni vale decir: Yo hablo para dar a conocer el hecho y que por él se alabe al Señor. «Hablar de la obra, dice Séneca, equivale a gloriarse de ella» (*Ep.* 105). Cuantos os oigan gloriaros del bien que hacéis, juzgarán que lo contáis para alabaros, y así perderéis la estima ante los hombres y el mérito ante Dios, quien viéndose ya alabados, como buscabais, os dirá aquello del Evangelio: *En verdad os digo: firman el recibo de su paga* (Mt. 6, 2). Dice el Señor: *Tres castas* (de

hombre) *detesta mi alma, indignándose mucho en la vida de ellos: pobre soberbio, rico mentiroso y anciano adúltero, falto de inteligencia* (Eccli. 25, 3-4).

II. Práctica de la humildad

Vengamos ya a la práctica y veamos lo que tenemos que hacer para ser verdaderamente humildes, no de nombre, sino realmente.

1.º Aborrecer el orgullo

En primer lugar necesitamos concebir sumo horror al vicio de la soberbia, porque, como ya dijimos, *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Iac. 4, 6). Para que el sacerdote conserve de modo especial la castidad, necesita una asistencia especial de Dios; pero si es orgulloso, ¿cómo podrá guardar la castidad, si en castigo de su soberbia lo privará el Señor de su ayuda? *Preludio de ruina es la soberbia*, dice el Sabio (Prov. 16, 18); de lo que concluye San Agustín que en cierto sentido es útil que los soberbios caigan en cualquier pecado manifiesto, para que con ello aprendan a humillarse y detestarse a sí mismos (*De civ. Dei*, l. 14, c. 13). Esto aconteció a David, que cayó en adulterio por no ser humilde, como confesó después entre lágrimas: *Antes anduve errado que afligido* (Ps. 118, 67). Dice San Gregorio que «el orgullo es semillero de impurezas, porque la carne precipita en el infierno a los que la altivez ensalza» (*Mor.*, l. 26, c. 12). La soberbia va fácilmente acompañada del espíritu de im-

pureza. *Espíritu de fornicación reside en su interior y no conocen a Yahveh. Mas la gloria de Israel da contra él testimonio* (Os. 5, 4). Preguntad al impuro por qué cae siempre en las mismas torpezas, y os responderá que por la soberbia: el orgullo responderá por él y dirá que él es la causa de las recaídas; el orgulloso, en efecto, tiene gran estima propia, y el Señor lo castiga permitiendo que quede enfangado en sus suciedades. Es el castigo impuesto antiguamente a los sabios del mundo en pena de su orgullo, como dice el Apóstol: *Por lo cual los entregó Dios en sus manos de las concupiscencias de sus corazones, dejándolos ir tras la torpeza hasta afrentar entre sí sus cuerpos* (Rom. 1, 24).

El demonio no teme a los soberbios. Cuenta Cesáreo (*Dial.*, l. 4, c. 5) que cierto día llevaron un poseso a un monasterio cisterciense; el abad llevó consigo a un religioso joven reputado por muy virtuoso, y dijo el demonio: «Si este religioso te manda salir del poseso, ¿te atreverás a resistirte?» «A ese religioso nada temo, porque es soberbio», replicó el enemigo. San José de Calasanz decía que el sacerdote orgulloso está en manos del demonio como pelota que arroja y tira al suelo cuando quiere.

Los santos temieron más al orgullo y a la vanagloria que a cualquier otro mal temporal que les hubiera podido acontecer. Cuenta Surio (*8 Ian.*, V. S. *Sever*) que había un santo varón muy estimado y honrado por los milagros que hacía; viéndose asaltado de vanagloria, pidió el Señor, para librarse de tales tentaciones, que permitiera fuese poseído del demonio, y el Señor lo oyó y permaneció poseído cinco meses por el espíritu infernal y a la vez por el espíri-

tu de la vanidad que le atormentaba. Con este fin permitió el Señor que los santos fuesen también atormentados con tentaciones impuras, y, a pesar de sus ruegos, consiente sus combates, como aconteció con San Pablo, que escribía: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dió una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee, a fin de que no me levante sobre mí. Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Y me ha dicho: Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza* (2 Cor. 12, 7). De modo que, según San Jerónimo, a San Pablo le fué dado el aguijón de la carne como advertencia para conservar la humildad (*Ep. ad Paulam*).

Hagamos aquí otra reflexión. El Señor, para humillar la soberbia del pueblo egipcio, no lo envió para molestarlo osos ni leones, sino ranas. ¿Qué quiere decir con esto? Que Dios permite, a las veces, que seamos molestados por ciertas palabritas oídas, por ciertas aversioncillas, por ciertas cosucas de nada, a fin de que así conozcamos nuestra miseria y nos humillemos.

2.º *No gloriarse del bien que se haya hecho*

Guardémonos, en segundo lugar, de gloriarnos del bien que se hubiere hecho con nuestra cooperación, sobre todo los que hemos sido elevados a la sublime dignidad del sacerdocio. Harto grandes son los cargos impuestos sobre nuestros hombros. Tenemos encomendada la sublime función de sacrificar a Dios su mismo Hijo. Tenemos encomendado el cuidado

de reconciliar a los pecadores con Dios, mediante la predicación y la administración de los sacramentos. *Nos dió el ministerio de la reconciliación* (Mor., l. 26, c. 11). Somos los embajadores, vicarios de Jesucristo y órganos del Espíritu Santo (ibid., v. 20). Dice San Jerónimo que los montes más altos son los más combatidos de los vendavales, más expuestos estamos a los ataques de la vanagloria. Todo el mundo nos estima y nos tiene por sabios y por santos. Quien está en un lugar alto, fácilmente siente vahidos.

¡Cuántos sacerdotes, por carecer de humildad, cayeron miserablemente en el precipicio! Subieron hasta a hacer milagros, y después la ambición los hizo caer en la herejía. Taciano escribió mucho y bien contra los idólatras, y por su soberbia se trocó en hereje. El franciscano Justino cayó, por su orgullo, de los más elevados grados de la contemplación en la apostasía y murió apóstata y condenado. Cuéntase en la vida de San Palemón que cierto monje que había caminado ileso sobre carbones ardientes, se vanagloriaba de ello y decía: «¿Quién de vosotros podrá caminar sobre carbones ardiendo sin quemarse?» Reprendióle San Palemón; pero el desgraciado, hinchado de orgullo, cayó en pecado y murió en mal estado.

El hombre espiritual dominado por la soberbia es un ladrón peor que los demás, porque roba no bienes terrenos, sino la gloria de Dios. Por esto, San Francisco de Asís solía pedir: «Señor, si me concedéis cualquier bien, guardádmelo vos, no sea que os lo robe». Esta es también la oración que debemos hacer los sacerdotes a una con San Pablo: *Por gracia de Dios soy eso que soy* (1 Cor. 15, 10). En efecto, según el Apóstol, por nosotros mismos no podemos

hacer buena obra, ni siquiera tener un buen pensamiento (2 Cor. 3, 5).

De aquí procede esta advertencia del Señor: *Cuando hubiereis hecho todo lo que se os ordenó, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer, eso hemos hecho* (Lc. 17, 10). ¿Qué utilidad pueden reportar a Dios nuestras obras? ¿Qué necesidad puede tener Dios de nuestros bienes? *Tú eres mi dueño*, decía David; *no hay para mí bien fuera de ti* (Ps. 15, 2). Y Job añadía: *Si eres justo, ¿qué le das? O ¿qué recibe de tu mano?* (Iob 35, 7). ¿Qué presente podemos hacer nosotros a Dios que le haga más rico? Además somos siervos inútiles, porque todo cuanto hacemos es nada para un Dios que merece infinito amor y que ha padecido tanto por nuestro amor. Por eso escribía de sí mismo el Apóstol: *Si predico el Evangelio, no es para mí gloria ninguna; coacción es la que pesa sobre mí* (1 Cor. 9, 16). Cuanto hacemos por Dios estamos obligados a hacerlo por gratitud, tanto más cuanto que lo que hacemos es más obra suya que nuestra. «¿Quién no se reiría de las nubes, pregunta San Bernardo, si se vanagloriasen de las lluvias que derraman?» (*In Cant.*, serm. 13); y añade que en las obras de los santos no hay que buscar tanto el alabarlos a ellos cuanto a Dios, que las hace por mediación suya. Lo mismo dice San Agustín: «Si hay algún bien, pequeño o grande, viene de Vos, pues de nosotros no puede proceder sino el mal» (*Solil., an ad D.* c. 15). Y en otro lugar, hablando con Dios, escribe: «Quien cuenta los méritos propios, ¿qué hace sino contar vuestros dones?» (*Conf.*, l. 9, c. 13).

Por eso, cuando hagamos algún bien, digamos al Señor: *Te devolvemos, Señor, lo que de tu mano re-*

cibimos (1 Par. 29, 14). Cuando Santa Teresa hacía o veía hacer algún bien, alababa por ello a Dios, diciendo que todo ese bien procedía de El. De aquí que San Agustín nos advierta que «donde no precede la humildad, todo cuanto bien hicierámos será pasto del orgullo (*Ep.* 118, *ad Diosc.*). Y en otro lugar añade: «El orgullo va a caza de las buenas obras para hacerlas perecer» (*Ep.* 211). San José de Calasanz añadía que cuanto más favorecidos nos sintierámos de las gracias de Dios, tanto más nos habemos de humillar, si no queremos perdernos completamente. Todo se pierde, por poca estima que se tenga de sí mismo. «El que hace muchas obras de virtud, pero sin humildad, es como quien lanzara polvo al viento», decía San Gregorio (*In Ps. poenit.*, 3). Y Trite-mio añade: «Despreciando a los demás, te hiciste el peor de todos».

Los santos no sólo no se gloriaron de ningún mérito propio, sino que hubieran preferido manifestar a los demás cuanto redundara en desprecio propio. El P. Villanueva, de la Compañía de Jesús, no se desdeñaba de publicar que su hermano era un pobre trabajador. El P. Sanchini, también jesuíta, encontrándose ante mucha gente con su padre, que era un pobre mulatero, se apresuró a abrazarlo, diciendo: «¡Hola! Este es mi padre». Leamos las vidas de los santos y nos pasará la soberbia; en ellas aprendaremos rasgos históricos, a vista de los cuales nos avergonzaremos de lo muy poco que hayamos hecho.

3.º *Mantenerse en desconfianza de sí mismos*

Necesitamos en tercer lugar vivir en continua des-

confianza de nosotros mismos. Si Dios no nos ayuda, no nos podemos conservar en su gracia: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta*. Y si Dios no actúa en nosotros, no podemos hacer bien alguno: *Si el Señor la casa no edifica, en vano el centinela estará alerta* (Ps. 126, 1). Santos ha habido que con poca ciencia convirtieron pueblos enteros. San Ignacio de Loyola, predicando en Roma familiarmente, y hasta con expresiones impropias por no saber bien el italiano, hacía tal provecho en sus oyentes, que acudían presto a confesarse, derramando tantas lágrimas que apenas si podían hablar; las palabras del santo habían salido de un corazón humilde y enamorado de Dios (Vida..., l. 3, c. 2). Por el contrario, sabios hay que con toda su ciencia y facundia no convierten con sus predicaciones ni a un alma sola. A éstos se aplican las palabras de Oseas: *Dales matriz infecunda y senos enjutos* (Os. 9, 14). Tales predicadores, hinchados con su saber, son madres estériles, madres de nombre tan sólo, pero sin hijos. Y si quizás, los hijos ajenos acuden a pedirles leche. *La ciencia infla, más la caridad cría robustez maciza* (1 Cor. 8, 1). A esta desgracia están expuestos los sabios. Difícil es, como escribía el cardenal Belarmino a un sobrino suyo, que el sabio sea muy humilde, que no desprecie a los demás, que no censure sus obras, que no se aferre al propio juicio y que se someta con agrado al parecer y correcciones de los demás.

Cierto que cuando se predica no hay que hablar por hablar, sino de un modo meditado y estudiado; pero después de haber preparado el sermón y después de haberlo pronunciado inteligente y fácilmente, debemos decirnos: Siervos inútiles somos. Nunca

esperemos el fruto de nuestro trabajo, sino de la mano de Dios. En efecto, ¿qué proporción puede haber entre nuestras palabras y la conversión de los pecadores? *¿Se va a vanagloriar el hacha contra quien corta con ella?* (Is. 10. 15), hasta llegar a decirle: Yo, y no tú, corté el árbol. Somos semejantes a trozos de hierro, incapaces de movernos por nosotros mismos si no nos mueve Dios. *Fuera de mí, nada podéis hacer* (Io. 15, 5). No dice, comenta San Agustín que sin El podremos hacer poco, sino que no podremos hacer nada (*In Io.*, tr. 81). Y el Apóstol dijo: *No que por nosotros mismos seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de Dios* (2 Cor. 3, 5). Si no podemos concebir ni un pensamiento por nosotros mismos, ¿cuánto menos podremos ejecutar una obra buena? *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino el que obra el crecimiento, que es Dios* (1 Cor. 3, 7). El predicador o el confesor que hablan no son quienes hacen que las almas crezcan en la virtud, sino que es Dios quien lo hace todo. De aquí concluye el Crisóstomo: «Reconozcamos nuestra inutilidad, para llegar a ser útiles» (*Ad pop. Ant.*, hom. 7). Por lo tanto, cuando nos sintamos alabados, pasemos inmediatamente toda la honra a Dios, a quien pertenece, diciendo: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos* (1 Tim. 1, 17). Y cuando la obediencia nos imponga alguna carga u ordene alguna obra, no desconfiemos mirando nuestra incapacidad, sino confiemos en Dios, que nos habla por boca de los superiores y nos dice: *Yo asistiré a tu boca* (Ex. 4, 15).

Decía el Apóstol: *Con sumo gusto, pues, me glo-*

riaré bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo (2 Cor. 12, 9). También debiéramos decir: nos hemos de gloriarnos en el conocimiento de nuestra flaqueza para adquirir la virtud de Jesucristo, que es la santa humildad. ¡Cuán grandes cosas llegan a ejecutar los humildes! «Nada hay difícil para los humildes», dice San León (De Epish., serm. 5). Sí, porque los humildes, confiando en Dios, trabajan con su divino brazo, y de aquí que alcancen cuanto quieran. Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas (Is. 40, 31). Decía San José de Calasanz: Quienquiera que Dios se valga de él para grandes cosas, hágase el más humilde de todos. El humilde dice: Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta (Phil. 4, 13). Aun cuando vea lo difícil de la empresa, no desconfíe, sino repita confiadamente: Con Dios peharemos denodados (Ps. 69, 14). Jesucristo, para la conversión del mundo, no quiso elegir a los poderosos ni a los sabios, sino a pobres e ignorantes pescadores, porque eran humildes y estaban muy lejos de confiar en sus propias fuerzas: Lo débil del mundo se escogió Dios para confundir lo fuerte..., a fin de que no se gloríe mortal alguno en el acatamiento de Dios (1 Cor. 1, 27-29). Con todo, no desconfiemos a vista de nuestros defectos; por recaídas que tuviéremos en ellos, aun después de los propósitos y promesas hechas a Dios, no debemos abandonarnos a la desconfianza, como pretende el demonio para precipitarnos en pecados más graves; entonces más que nunca pongamos nuestra confianza en Dios, aprovechando hasta de nuestras faltas para confiar aún más en la misericordia divina. Así se entiende lo del Apóstol: Dios coordina toda su acción al bien de los que le aman (Rom. 8, 28); y la Glosa

añade: Y hasta nuestros pecados. El Señor permite a las veces que se caiga o se recaiga en algún defecto para que de ahí aprendamos a desconfiar de nosotros y confiar solamente en la ayuda divina. Por eso decía David: *Bueno me es haber sido afligido* (Ps. 118, 71). Señor, permitisteis mis caídas para bien mío y para que aprendiera a ser humilde.

4.º *Aceptar las humillaciones*

En cuarto lugar, necesitamos, sobre todo, para adquirir la humildad aceptar las humillaciones que nos vengan de Dios o de los hombres y repetir con Job: *Había pecado y torcido el derecho, mas él no me ha dado mi merecido* (Iob. 33, 27). Algunos, como advierte San Gregorio, dicen de boca que son pecadores, malvados y dignos de los mayores desprecios; pero no lo creen, porque luego, si son despreciados o reprendidos de los demás, acaban irritándose. Muchos, escribe San Ambrosio, tienen apariencias de humildad, pero no su realidad (Ep. 44). Cuenta Casiano de cierto monje que en el momento en que se declaraba gran pecador, indigno de estar en la tierra, fue corregido por el abad Serapión de un defecto notable: el de andar ociosamente de celda en celda, en vez de estar retirado en la suya, según la regla. Al oírlo turbóse el monje y dió de ello manifiesta pruebas; por lo que el abad hubo de decirle: ¡Cómo, hijo!, ¿conque hace un poco decías que merecías toda suerte de oprobios, y ahora te irritas por una palabra de caridad que te acabo de decir? Igual acontece con muchos, que quisieran ser tenidos por humildes y

luego no quieren ser humillados en nada. Se lee en el libro del Eclesiástico: *Hay perverso que camina encorvado y melancólico, mas en su interior está lleno de fraude* (Eccli. 19, 23). «Buscar la alabanza de la humildad, decía San Bernardo, no es humildad, sino destrucción de la humildad» (*In Cant.*, serm. 36), porque esto no es más que fomentar la soberbia con la ambición de parecer humilde. Quien es verdaderamente humilde no sólo tiene bajo concepto de sí, sino que también quiere que los demás piensen de él como él mismo piensa. «Aquél es humilde, decía San Bernardo, que trueca la humillación en humildad» (*In Cant.*, serm. 16). El verdadero humilde, cuando recibe desprecios, se humilla más, declarando que los mereció justamente.

Recordemos, por fin, si no somos humildes, no sólo no haremos bien alguno, sino que ni siquiera nos salvaremos. *Si no os tornareis e hiciereis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18, 3). Por lo tanto, para entrar en el cielo necesitamos hacernos niños no en la edad, sino en la humildad. Dice San Gregorio que «así como la soberbia es señal de reprobación, así la humildad es señal de predestinación» (*Mor.*, l. 34, c. 22). Y Santiago nos advierte: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Iac. 4, 6). El Señor cierra la mano de sus gracias con los soberbios y la abre con los humildes. *Humíllate a Dios*, decía el Eclesiástico, *y espera de su mano* (Eccli. 13, 9). Y nuestro Salvador dijo: *En verdad, en verdad, os digo, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda él solo; mas si muere, lleva mucho fruto. Quien ama su vida, la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna* (Io. 12, 24). El

sacerdote muerto al orgullo hará mucho fruto, y el que no muere a sí mismo y es sensible a los desprecios o confía, en sus talentos *queda él solo* y no producirá fruto alguno, ni para sí ni para los demás.

PLATICA VII

DE LA MANSEDUMBRE

Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29). La mansedumbre se llama virtud del Cordero, es decir, de Jesucristo, que así quiso ser llamado. *He aquí al Cordero de Dios* (Io. 1, 29). *Enviad corderos al soberano del país* (Is. 16, 1). Fue predicho que se portaría como un cordero en su pasión: *Fue maltratado, mas él se doblegó y no abre su boca; como cordero llevado al matadero* (Is. 53, 7). *Yo era como manso cordero que es llevado a degollar* (Ier. 11, 19). Así, pues, la mansedumbre fue la virtud predilecta de nuestro Salvador. Bien demostró lo manso que era en los beneficios que hizo a los ingratos, en la bondadosas respuestas a sus contradictores y en el sufrir a quienes le injuriaban y desgarraban, sin queja alguna: *Siendo ultrajado, no respondía con otros ultrajes; siendo maltratado, no prorumpía en amenazas* (1 Pet. 2, 23). Después de haber sido azotado, coronado de espinas, escupido en el rostro, clavado y saciado de oprobios, lo olvidó todo y rogó por los que lo habían tan indignamente tratado. Por eso nos exhortó a que aprendiéramos de su ejemplo, sobre todo humildad y mansedumbre: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29).

Dice San Juan Crisóstomo que, entre todas las virtudes, la mansedumbre es la que nos hace más semejantes a Dios (*Hom. 19 in ep. ad Rom.*). Sí, porque sólo es propio de Dios devolver bien por mal; que por eso dijo el Redentor: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos; por cuanto hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos* (Mt. 5, 44-45). Esto hizo decir a San Juan Crisóstomo que sólo a los mansos llamó Jesucristo imitadores de Dios (*Serm. de mansuetud.*).

A los mansos está prometido el paraíso: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra* (Mt. 5, 4). Dice San Francisco de Sales que la mansedumbre es la flor de la caridad. Y el Eclesiástico añade: *Su beneplácito, fe y mansedumbre* (Eccli. 1, 34). El corazón manso es fiel y hace las delicias del Señor: *Ensalza a los humildes el Señor* (Ps. 146, 6). Las oraciones de los que son mansos y humildes son muy gratas a Dios, como se lee en el libro de Judit (Judit 9, 6).

La virtud de la mansedumbre consiste en dos cosas: 1.^a, en reprimir los movimientos de cólera contra quienes la provocan, y 2.^a, en soportar los desprecios.

I. Hay que reprimir la cólera

En cuanto a lo primero, San Ambrosio dice que la pasión de la ira tiene que prevenirse o reprimirse (*Offic.*, l. 1, c. 21). Quien se siente arrastrado a este vicio ha de tener mucho cuidado de huir de las ocasiones; y si aconteciere que se ha de hallar en ellas,

tome primero sus precauciones, callando o respondiendo mansamente, o con la oración, rogando al Señor le dé fuerza para resistir y no alterarse. Quizás haya alguno que se excuse diciendo: «Pero si fulano es insufrible y harto importuno...» Pues bien, «la virtud de la mansedumbre, advierte el Crisóstomo, no consiste en usar de mansedumbre con los mansos, sino con quienes ignoran qué cosa sea mansedumbre» (*In Ps.* 119). En especial, cuando el prójimo está irritado no hay medio mejor para aplacarlo que responderle mansamente. *Una respuesta blanda aplaca el furor* (Prov. 15, 1). «Como el agua apaga el fuego, así, dice San Juan Crisóstomo, la respuesta suave amansa el furor de nuestro hermano, por irritado que esté» (*In Gen.*, hom. 58). Ya antes lo había dicho el Eclesiástico: *Dulce garganta acrecienta amigos, y labios llenos de gracia, las relaciones* (Eccli. 6, 5). De no ser así, añade el Crisóstomo, «el fuego no se apagará con el fuego ni el furor con el furor» (L. c.). Hasta con los pecadores más perdidos, obstinados e insolentes es preciso que nosotros, sacerdotes empleemos toda dulzura para atraerlos a Dios. «Vosotros, escribió Hugo de San Víctor, no tenéis por oficio el de jueces para castigar crímenes, sino el de médicos de enfermedades para curarlas» (*Misc.*, l. 1, tít. 49).

Cuando, por el contrario, nos sentimos agitados por movimientos de cólera, el remedio será callarnos y pedir al Señor que nos dé fuerzas para no responder. «El remedio está en la espera», decía Séneca (*De ira.* l. 2, c. 28), porque, si hablamos llevados de la pasión, nos parecerá justo cuanto digamos, aun cuando todo sea injusto y defectuoso, porque «la pasión es como velo que se nos pone delante de los ojos

y no nos deja ver lo que decimos», como apuntaba San Bernardo (*De consid.*, l. 2, c. 11). Veces habrá en que nos parezca justo y aun necesario reprimir la audacia del insolente, por ejemplo, de un súbdito que nos pierde el respeto. Entonces, claro está, rigurosamente hablando, que convendría cierta cólera moderada, según la recta razón, como decía el Angélico (2-2, q. 158, a. 1), siguiendo a David: *Temblad y no pequéis* (Ps. 4, 5); pero convendría también que lo hiciéramos sin culpa nuestra; y aquí está la dificultad. Dejarse llevar por la mano de la ira es cosa harto peligrosa; es como cabalgar en caballo furioso y sin freno, que no se sabe dónde nos llevará. De aquí que San Francisco de Sales escribiera que siempre es conveniente reprimir los movimientos de la ira y que es mejor se diga de ti que nunca te enfadas, que no el que se diga que te enfadas con razón. Cuando la ira entra en el alma, dice San Agustín, se la echa con dificultad; por lo que nos exhorta a que desde un principio le cerremos la puerta para que no entre. Además, cuando el reprendido ve al superior irritado, de poco aprovechará su corrección, pues pensará que más que de caridad es fruto de ira. La corrección hecha con suavidad y semblante serenos es más útil que mil reproches, por justos que fueren, cuando se hacen con enojo.

Por lo demás, la virtud de la mansedumbre no exige que para usar indulgencia y no desagradar al prójimo, descuidemos el reprenderlo, con la severidad que convenga, si necesario fuere; esto no sería virtud, sino falta y negligencia imperdonable. ¡Ay, dice el profeta, *de los que facilitan almohadas a los pecadores para que duerman en paz su sueño de muerte!* (Ez. 13, 18). Esta complacencia culpable dice San

Agustín que no es caridad, sino negligencia (*In 1 Io.*, tr. 7). Más aún, es crueldad con las pobres almas, que así se pierden sin hallar quien les advierta su ruina. Dice San Cipriano que cuando el enfermo siente la cortadura se queja del cirujano, pero acaba por agradecerse al recobrar la salud (*De lapsis*). La mansedumbre exige, por tanto, que cuando se haya de corregir al hermano se haga siempre con firmeza, es cierto, pero también con dulzura, y para conseguirlo nos exhorta el Apóstol a que antes de hacer la corrección a los demás pensemos primero en nuestros defectos, para compadecer al prójimo como nos compadecemos a nosotros: *Hermanos, si acaso fuere un hombre sorprendido en algún desliz, vosotros los espirituales enderezad a este tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado* (Gal. 6, 1). Pedro de Blois defiende ser cosa vergonzosa ver que un superior corrige colérico y con acritud (*Ep.* 100). «Tan villana es la cólera, que torna horribles los rostros más plácidos de los hombres», dice Séneca (*De ira*, l. 2, c. 35). Valga, pues, siempre la advertencia de San Gregorio: «Que el amor no tenga nada de flojo; que el rigor no llegue a exasperar al culpable; que la mansedumbre sea indulgente, pero no más allá de lo que proceda» (*Mor.*, l. 20, c. 6).

«Los médicos, dice San Basilio, no deben irritarse con los enfermos, sino tan sólo combatir sus enfermedades para sanarlos». Cuenta Casiano de cierto joven religioso que molestado por tentaciones contra la castidad, fue a pedir consejo a otro monje anciano; éste, en vez de ayudarle y animarle, lo afligió aún más con los reproches que le dirigió. Y ¿qué

aconteció? Que el Señor permitió que el anciano fuese de tal modo asaltado por el espíritu de impureza, que se ponía a correr, como loco, por el monasterio, Entonces el abad Apolo, sabedor de su conducta indiscreta con el joven, lo detuvo y le dijo: Sepa, hermano, que Dios permitió estas tentaciones para que aprenda a compadecer a los demás.

Por lo tanto cuando veamos las debilidades y hasta las caídas de los demás, ilejos de nosotros el reprocharlos con el más mínimo sentimiento de vanidad personal!; al contrario, ayudemos al prójimo como podamos, pero humillémonos a nosotros mismos, pues, de no hacerlo así, Dios permitiría que cayéramos en los mismos defectos que lamentamos en los demás. Cuenta a este respecto el propio Casiano (*De coenob. ins.*, l. 5, c. 30) que cierto abad llamado Machete confesaba de sí haber caído miserablemente en tres faltas que primero había condenado en sus hermanos. Por esto advierte San Agustín que «la corrección debe ir siempre precedida no de la indignación, sino de la compasión de nuestros prójimos» (*De serm. Dom. in monte*, l. 2, c. 19). Y San Gregorio añade que la consideración de nuestras faltas nos enseñará a compadecer y excusar las culpas de los demás (*Mor.*, l. 5, c. 33).

El irritarse nunca es útil para sí ni para los demás. Si no se siguieran otros males, al menos se perdería la paz. El filósofo Agripino, al enterarse de la pérdida de sus bienes, exclamó: «Si perdí las riquezas, no quiero perder la paz». Mucho mayor daño nos hace enojarnos a causa de las injurias que el daño que las mismas injurias nos podrían hacer. Decía Séneca: «Mas me dañará la ira que las injurias» (*De ira*, l. 3, c. 25). Quien se irrita por los ultrajes que recibe se

trueca en su propio tormento, como decía San Agustín, hablando así al Señor: «Ordenasteis, Señor, que el alma que sale del orden sea su propio verdugo» (*Conf.*, l. 1, c. 12).

El maestro de la dulzura, San Francisco de Sales, enseña que hay que conservar la mansedumbre no sólo con los demás, sino también consigo mismo. Hay quienes después de haber cometido una falta se enojan e inquietan consigo, y con esta inquietud cometen luego mil otros defectos. San Luis Gonzaga decía, que, a río revuelto, ganancia de demonios. En vista, pues de las propias faltas, no nos inquietemos, porque la turbación será entonces efecto de nuestro orgullo y de la alta idea que habíamos concebido de nuestra virtud. Lo que entonces hemos de hacer es humillarnos, detestar en paz la falta cometida y acudir prontamente a Dios, esperando de El su ayuda para no volver a caer.

En resumen, que los verdaderos humildes y mansos viven siempre en paz, y en cualquier percance conservan siempre la tranquilidad de corazón. Es promesa de Jesucristo: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas* (Mt. 11, 29). Y antes lo dijo por David: *La tierra, en cambio, heredarán los mansos y gozarán de abundosa paz* (Ps. 36, 11). San León dice también: «No hay injuria, ni pérdida, ni infortunio que pueda turbar la paz del corazón manso» (*De Epiph.*, serm. 5).

Y si aconteciere, por desgracia, que nos hubiéremos de irritar en cualquier ocasión, procuremos, como aconseja el santo Obispo de Ginebra, reprimir la ira, sin detenernos a deliberar si conviene o no conviene reprimirla. Terminada la querella con

quien fuese, practiquemos el consejo de San Pablo: *No se ponga el sol y caiga la noche sobre vuestra ira ni deis lugar al diablo* (Ephes. 4, 26). Procuremos entonces ponernos en paz con nosotros mismos y luego reconciliémonos con quien nos hayamos enfadado, para que el demonio no pueda con aquella chispa encender en nosotros alguna llama mortal capaz de perdernos.

II. Hay que soportar los desprecios

La segunda cosa en que estriba sobre todo la mansedumbre es la virtud en soportar los desprecios. Muchos, decía San Francisco de Asís, ponen la santidad en rezar muchas oraciones o en practicar muchas mortificaciones corporales, y a vuelta de todo ello no pueden sufrir cualquier palabrilla injuriosa. Estos tales, continuaba el Santo, «no se dan cuenta de cuánto mejor es tolerar las injurias». Merecerá más el alma recibiendo en paz una afrenta que ayudando diez días a pan y agua.

Dice San Bernardo que hay tres grados de virtud a que ha de aspirar quien quiera santificarse: el primero, no querer dominar a los demás; el segundo, querer someterse a todos, y el tercero, soportar pacientemente los ultrajes (*De divers.*, serm. 60). Veréis, por ejemplo, que a los demás se conceden cosas que a vosotros se os niegan, que se atiende a lo que los demás dicen y se burla de lo que vosotros decís, que se alaba a los demás, se les elige para oficios honrosos y negocios importantes y que a vosotros no se os tiene en cuenta y hasta que cuanto vosotros hacéis es

causa de reprensiones y de burlas; entonces, dice San Doroteo, seréis verdaderamente humildes si aceptáis en paz todas estas humillaciones y encomendáis a Dios a quienes así os tratan, como si fueran vuestros mejores amigos, ya que os curan de vuestro orgullo, que es la más peligrosa enfermedad, capaz de daros la muerte eterna.

En las vicisitudes de tu humillación ten paciencia, decía el Eclesiástico (Eccli. 2, 4). He aquí, pues, lo que hay que hacer en tales circunstancias: no enfadarse ni quejarse, sino aceptar los desprecios como castigo de los propios pecados. Muchas más humillaciones merece quien ha ofendido a Dios, pues merece estar bajo los pies de los demonios.—Estando en cierta ocasión de viaje San Francisco de Borja, tuvo que acostarse en la misma cama con su compañero el P. Bustamante, quien, debido a su asma, hubo de pasar toda la noche entre toses y esputos; pero, creyendo que escupía hacia la pared, lo hacía hacia San Francisco, y no pocas veces en su misma cara. Venido ya el día, fué grande su aflicción al ver lo que había hecho; pero el santo le replicó mansamente: «No se apene, Padre mío, porque a la verdad que en la alcoba no hay lugar que merezca mejor que mi cara los esputos».

Los orgullosos se creen dignos de todo honor, y las humillaciones que reciben las convierten en materia soberbia; los humildes, en cambio, por estimarse dignos de todas las injurias, cambian los desprecios que se les hacen en materia de humildad. «Aquel es humilde, decía San Bernardo que trueca la humillación en humildad» (*In Cant.*, serm. 34). Decía el P. Rodríguez que los orgullosos son como los erizos, pues cuando se les toca un poquillo, tórnanse espi-

nas, enfurécense y prorrumpen en quejas, reproches y murmuraciones contra los demás. Los humildes, por el contrario, cuando se ven reprendidos, se humillan, se declaran llenos de defectos, agradecen a quien los reprende y no se turban. Turbarse al ser corregido es señal de que aun se vive bajo el yugo del orgullo; de aquí que, si al ser reprendidos nos sentimos turbados, debemos humillarnos ante Dios y rogarle nos libre de la mano de la soberbia, que aun reina en nuestro corazón.

Mi nardo dio su fragancia (Cant. 1, 11). El nardo es florecilla muy olorosa que expande su perfume cuando la rozan o la tronzan. ¡Qué olor de suavidad proporciona a Dios el alma humilde cuando sufre pacientemente los desprecios, complaciéndose en verse despreciada y maltratada de los demás! Preguntado el monje Zacarías sobre lo que había que hacerse para conquistar la verdadera humildad, tomó su cogulla, la pisoteó y respondió: «Quien se complace en verse tratado como este paño, éste es verdadero humilde». Decía el P. Alvarez que el tiempo de las humillaciones es tiempo de salir de nuestras miserias y de conquistar muchos méritos. Lo estrecho que es el Señor con los soberbios, decía el Apóstol Santiago, eso es de liberal con los humildes (Iac. 4, 6). Las palabras halagueñas del que alaba, afirmaba San Agustín, no pueden curar la conciencia culpable ni las groserías del que injuria pueden herir la conciencia buena (*Contra Petit.*, l. 3, c. 7). Igual pretendía afirmar San Francisco de Asís con estas palabras: «Somos realmente lo que somos ante Dios». Poco importa, por lo tanto, que los hombres nos alaben o nos vituperen; basta que nos

apruebe Dios; Y Dios, ciertamente, aprueba a quienes sufren con alegría las injurias por su amor.

Los suaves son estimados de Dios y de los hombres. Dice San Juan Crisóstomo que no hay cosa más edificante ni más propia para ganar corazones para Dios que la mansedumbre de quien después de los vilipendios, burlas e injurias no se resiente, sino que lo recibe todo con paz y rostro sereno. «Nada hay que concilie al amo tantas simpatías, añadía el Santo, como verlo siempre manso y afable» (*S. de Mansuet.*). Escribe San Ambrosio que los hebreos «amaban más a Moisés a causa de su mansedumbre en medio de los ultrajes que lo veneraban por los prodigios que obraba» (*Offic.*, l. 2, c. 7). «El manso, dice también San Juan Crisóstomo, es útil y a sí y a los otros» (*In Act.*, hom. 6). Cuenta el P. Maffei que, predicando en el Japón cierto religioso de la Compañía de Jesús, recibió de un insolente un salivazo en la cara; limpióse el jesuita con el pañuelo y prosiguió predicando, como si nada hubiera pasado. Uno de los asistentes, al verlo, se convirtió, exclamando: «Doctrina que enseña tamaña humildad no puede menos de ser verdadera y divina». Así también la mansedumbre de San Francisco de Sales, que sufría sin quejarse las injurias, convirtió a muchos herejes. La mansedumbre es la piedra de toque; según San Juan Crisóstomo (*In Gen.*, hom. 34), el medio más seguro para conocer si un alma es virtuosa es ver si conserva la dulzura en las contrariedades. Cuenta también el P. Crasset, en la *Historia del Japón*, que cierto misionero agustino, yendo de paisano en una persecución, recibió una bofetada sin alterarse. Al ver esto lo reconocieron inmediatamente como cristiano, pensando aquellos idólatras que tanta virtud

sólo la podían tener los cristianos.

¡Cuán fácil es soportar toda suerte de desprecios, contemplando a Jesús despreciado! La bienaventurada María de la Encarnación dijo a sus religiosas delante de un crucifijo: «¿Será posible, hermanas, que no nos abracemos con los desprecios viendo a un Dios tan despreciado?» San Ignacio Mártir, al ser llevado a Roma para recibir el martirio y ver cómo lo maltrataban los soldados que lo llevaban, consolábase diciendo: «Ahora empiezo a ser siervo de Cristo» (*Ep. ad Rom.*). Y ¿qué sabrá hacer un cristiano si no sabe soportar un desprecio por Jesucristo? Ciertamente que es muy duro a nuestra soberbia verse calumniado e injuriado y no resentirse ni responder; pero aquí está el mérito, en la violencia que se haga uno. «Tanto aprovecharás, decía San Jerónimo cuanto fuere la violencia que te hicieres» (*De imit.*, l. 1, c. 25). Cierta buena religiosa, cuando recibía una ofensa, iba en seguida al Santísimo Sacramento y le decía: «Señor, soy una pobrecilla que no tiene nada que ofreceros, pero os ofrezco el regalillo de esta injuria que acabo de recibir». ¡Con qué amor abraza Jesús al alma despreciada y cuán presto la consuela y colma de gracias! El alma verdaderamente amante de Jesucristo no sólo sufre en paz los vilipendios, sino que los abraza con gusto y alegría. Los santos apóstoles iban de la presencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre (*Act.*, 5, 41). Decía San José de Calasanz que la segunda parte de este texto se verifica en no pocos: «Por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre», pero que no se verifica la primera: «iban gozo-

sos». Con todo, el que se quiera santificar debe aspirar a esta perfección. «No es humilde decía el mismo San José, quien no desea ser despreciado». El Ven. P. Luis de la Puente, al principio, no acertaba a comprender cómo un hombre pudiera hallar placer en verse despreciado; pero cuando llegó a mayor perfección lo comprendió bien y lo experimentó en sí mismo. Esto enseñó San Ignacio a Santa María Magdalena de Pazzi, apareciéndosele después de muerto y diciéndole que la verdadera humildad consiste en hallar continuo placer en todas las cosas que nos pueden llevar al desprecio propio.

Los mundanos disfrutan menos de los honores que se les tributan que los santos de los desprecios que se les hacen. Fray Junípero, franciscano, cuando recibía alguna injuria, ahuecaba la túnica, como si la llenara de perlas. San Juan Francisco Regis era a menudo en las conversaciones, objeto de la risa de sus compañeros, y no sólo gozaba con ello, sino que hasta daba motivo para mayores burlas. Aparecióse cierto día el Redentor a San Juan de la Cruz llevando la cruz a cuevas y coronado de espinas, y le preguntó: «Juan, ¿qué quieres de mí en premio de tus sacrificios?» Y el santo le respondió: «Señor, padecer y ser despreciado por Vos» (*Brev. Rom.*, lect. 6); que es como si hubiera dicho: Señor, viéndoos a vos tan dolorido y despreciado por mi amor, ¿qué más os puedo pedir sino padecimientos y desprecios?

En suma, y para concluir, quien quiera ser todo de Dios y hacerse semejante a Jesucristo, es preciso que desee ser ignorado y tenido por nada, como afirmaba San Buenaventura y repetía San Felipe Neri frecuentemente a sus hijos espirituales (*Alphab. rel.*). Jesucristo quiere que nos juzguemos

dichosos y saltemos de alegría cuando nos veamos aborrecidos, rechazados y escarnecidos por su amor, y nos asegura que nos recompensará en el cielo a proporción de los desprecios que hubiésemos recibido gozosos: *Bienaventurados sois cuando os aborrecieron a los hombres y cuando os arrojaren de sí y ultrajaren y desecharen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre: gozaos en aquel día y dad saltos de placer, pues sabed que vuestra recompensa es grande en el cielo* (Lc. 6, 22-23). Y ¿qué mayor gozo puede tener el alma que verse despreciada por amor de Jesucristo? Entonces, dice San Pedro, alcanza mayor honor del que pudiera ambicionar, ya que Dios la trata como trató a su mismo Hijo: *Si sois ultrajados en nombre de Cristo, dichosos vosotros, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros* (1 Pet. 4, 14).

PLATICA VIII

SOBRE LA MORTIFICACION, Y EN ESPECIAL SOBRE LA MORTIFICACION INTERIOR

I. Necesidad de la mortificación en general

Dios hizo al hombre recto (Eccli. 7, 30), de modo que la carne obedecía sin oposición al espíritu y el espíritu a Dios, Intervino el pecado y trastornó este hermoso orden; de aquí que la vida del hombre comenzará a ser una continua guerra: *Pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gal. 5, 17). De esto se quejaba el Apóstol. *Veo*

otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mí razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. 7, 23).

De aquí se deduce que hay dos géneros de vida en el hombre: la vida angélica, que atiende sólo a hacer la voluntad de Dios, y la vida bestial, que mira a la satisfacción de los sentidos. Si el hombre se dedica a cumplir la voluntad de Dios, truécase en ángel, y si mira sólo a la satisfacción de los sentidos, conviértese en bestia. De aquí que el Señor dijera por Jeremías: *Ve que te constituyo hoy sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar (Ier. 1, 10);* y esta misión debemos también continuar en nosotros mismos, porque debemos plantar las virtudes; mas para ello habemos antes de arrancar las malas hierbas. Se impone, por tanto, estar siempre con la azaña de la mortificación, para cortar los apetitos desreglados que nacen y pululan siempre en nosotros de las raíces de la concupiscencia; de no hacerlo así, el alma se convertiría en bosque de vicios.

En una palabra, que debemos purificar el corazón si queremos tener luces para conocer el sumo bien, que es Dios: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8).* Por eso dijo después San Agustín: «Si quieres ver a Dios, procura primero purificar el corazón» (*Serm. 177 in Ascens.*). Pregunta Isaías: *¿A quién va a enseñar ciencia y a quién hará entender su predicación? ¿A los destetados de la leche, a los apartados de los pechos maternos? (Is. 28, 9).* Dios no da la ciencia de los santos, que consiste en conocerlo y amarlo, sino

a quienes están destetados y desasidos de los placeres del mundo: *Mas el hombre animal no coge las cosas del espíritu de Dios* (1 Cor. 2, 14). Quien, como el animal, no sueña más que en saciarse de los placeres sensuales, no es capaz de comprender la excelencia de los bienes espirituales.

San Francisco de Sales dice que así como la sal preserva a la carne de la corrupción, así la mortificación preserva al hombre del pecado. En el alma en que reina la mortificación reinarán también las demás virtudes: *Son mirra, áloe y casia tus vestidos* (Ps. 44, 9). El abad Gueric comenta así este texto: «Si empezáis por esparcir aromas de mirra mediante la mortificación, esparciréis también el perfume de las demás virtudes» (*De Anunt.*, serm. 1); que es lo que expresó la esposa de los Cantares: *Recogí mi mirra con mi bálsamo* (Cant. 5, 1).

Toda nuestra santidad, y aun nuestra salvación, consisten en seguir los ejemplos de Jesucristo: *A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes, con la imagen de su Hijo* (Rom. 8, 29). Pero no podremos seguir a Jesucristo si no nos negamos a nosotros mismos y abrazamos con la mortificación la cruz que nos impone para que la llevemos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame* (Mt. 16, 24). La vida de nuestro Redentor estuvo llena de padecimientos, de dolores y de desprecios, por lo que Isaías lo llamó: *Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores* (Is. 53, 3). Así como la madre toma la medicina amarga para sanar al hijo enfermo, a quien da el pecho, así nuestro Redentor, decía Santa Catalina de Siena, quiso cargar con tantas penalidades para curarnos a nosotros,

pobres enfermos. Y si Jesucristo quiso sufrir tanto por nuestro amor, justo es que nosotros padezcamos por el suyo. Seamos, pues, como nos quiere San Pablo: *Siempre llevando por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo* (2 Cor. 4, 10). Y «esto haremos, dice San Anselmo en el lugar citado, cuando nos mortifiquemos asiduamente, a imitación suya». He aquí uno de los deberes particulares de los que somos sacerdotes, «que continuamente celebramos los misterios de la pasión del Señor», como señalaba Hugo de San Víctor.

Los medios principales para adquirir la santidad son la oración y la mortificación, prefiguradas en las Sagradas Escrituras por el incienso y la mirra. *¿Qué es eso que sube del desierto como columna de humo sahumado de mirra e incienso?* (Cant. 3, 6). Y añade el texto: *Y de toda clase de aromas de mercader* (ibid), para significar que la oración y la mortificación arrastran en pos de sí de todas las demás virtudes. La oración y la mortificación son, pues necesarias para santificar al alma, pero se impone que la mortificación preceda a la oración. *Iréme a la montaña de la mirra y a la colina del incienso* (Cant. 4, 6). Así invita el Señor a las almas a que le sigan, primero a la montaña de la mirra y luego a la colina del incienso (Cant. 4, 6). Decía San Francisco de Borja que la oración es la que introduce en el corazón el amor divino, pero la mortificación es quien prepara el lugar quitando la tierra, que impediría la entrada del amor divino. Quien va a tomar agua a la fuente con una vasija llena de tierra no llevará más que barro; hay, pues, que quitar la tierra para des-

pués tomar agua. Oración sin mortificación, decía el P. Baltasar Alvarez, es ilusión o poco dura. Y San Ignacio de Loyola decía que más se une con Dios el alma mortificada en un cuarto de hora de oración que la inmortificada en muchas horas. Por esto, habiendo oído en cierta ocasión el santo alabar a una persona de que era de gran oración, añadió: «Señal de que es de gran mortificación».

II. Necesidad de la mortificación interior

Tenemos alma y cuerpo. La mortificación *externa* es necesaria para reprimir los apetitos desordenados del cuerpo, la mortificación *interna*, para reprimir las aficiones desarregladas del alma. Todo esto va encerrado en aquellas palabras del Salvador: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame» (Mt. 16, 24). La mortificación externa está representada en las palabras *tome a cuestras su cruz*, y es también necesaria, como lo veremos pronto; pero la principal y más necesaria, como luego veremos, es la mortificación interna, comprendida en las palabras *niéguese a sí mismo*. Esta consiste en someter a la razón las pasiones desarregladas, como la ambición, la ira, la vanidad, el aprecio propio, la afición al interés, al juicio personal o a la propia voluntad. Dos géneros de cruces debemos llevar, dice San Agustín, una corporal y otra espiritual. Esta segunda es la más sublime, y consiste en gobernar los movimientos del alma (*Serm. 20 de sanctis*). La mortificación externa tiene, pues, por objeto resistir a los movi-

mientos de la carne, para someterla al espíritu; la mortificación interna tiene por objeto resistir los afectos del corazón para sujetarlos a la razón y a Dios; por esto la llama el Apóstol *circuncisión del corazón* (Rom. 2, 29).

Las pasiones, por lo demás, no son en sí malas, sino indiferentes; más aún, cuando están dirigidas por la razón son útiles, porque sirven para la conservación de nuestro ser; mas cuando se oponen a la razón son la ruina del alma. ¡Pobre alma abandonada de Dios, a merced de los propios deseos! Este es el mayor castigo con que la pueda castigar: *Por eso yo a la dureza de su corazón los entregué; que caminen conforme a sus antojos* (Ps. 80, 13). Dirijamos, pues, incesantemente al Señor la oración de Salomón: *Al alma desvergonzada no me entregues* (Eccli. 23, 6): Dios mío, no me abandones en mano de mis pasiones.

Hemos de poner toda nuestra atención en el vencimiento propio: *Vince te ipsum*. Diríase que San Ignacio de Loyola no sabía dar documentos mejor que éste; éste era el asunto principal de sus conversaciones familiares, vencer el amor propio, quebrantar la propia voluntad, porque decía que de cien personas de oración, más de noventa quedan apegadas a su parecer. Estimaba en más un acto de mortificación de la voluntad propia que muchas horas de oración llena de consuelos espirituales. A cierto hermano que se retiraba de la compañía de los demás para librarse de cualquier defecto, le dijo que algunos actos de mortificación, en semejante ocasión, le hubieran valido más que un año de silencio en una gruta. No es cosa pequeña, decía Tomás de Kempis, saberse renunciar en las cosas pe-

queñas (*De Imit.*, lib. 3, c. 39). Y San Pedro Damiano asegura que «de nada le valdrá a uno haberlo dejado todo si no se deja a sí mismo» (*Hóm.* 9). De aquí esta advertencia de San Bernardo a quien quiera dejarlo todo para darse del todo a Dios: «Ya que estás resuelto a dejarlo, todo no olvides de contarte en el número de las cosas que has de dejar» (*Declam.*, c. 1, n. 3). «Si no se renuncia a sí mismo, añade el Santo, no se podrá seguir a Jesucristo» (*Declam.*, c. 4). Nuestro Redentor *salta cual gigante a correr la ruta* (Ps. 18, 6); no puede, por lo tanto, añade San Bernardo, ir en pos de Jesús, que salta cual gigante, quien lo quiere seguir cargado con el peso de sus pasiones y afectos terrenos (*Declam.*, n. 2).

Sobre todo es necesario dedicarse a vencer la pasión dominante. Algunos hay que se mortifican en muchas cosas, pero se esfuerzan poco en dominar la pasión a que están más inclinados; éstos no podrán adelantar en los caminos de Dios. Quien se deja dominar por cualquier pasión desordenada está en grave peligro de perderse. Por el contrario, quien vence la pasión dominante vencerá fácilmente las demás. Vencido el enemigo más fuerte, ya es fácil vencer a los menos fuertes. Además, el honor y el mérito de la victoria se miden por la magnitud de la energía desarrollada. Por ejemplo, habrá quien no será codicioso de reputación; otro, por el contrario, no ambicionará honores, pero ambicionará dinero: si el primero no trabaja por practicar la mortificación, al verse despreciado de los demás, de poco le valdrá el desprecio de las riquezas; y así también, en cuanto al segundo, si no reprime su codicia de dine-

ro, de poco le valdrá el desprecio de los honores. En una palabra, cuanta mayor violencia se hace uno para vencerse, tanto mayor será su mérito y su provecho, como decía San Jerónimo (*De Imit.*, l. 1, c. 25). San Ignacio era de carácter violento y arrebatado, pero con la virtud se trocó en tan manso, que se le creía de naturaleza pacífica. También San Francisco de Sales era inclinado a la cólera, pero con la violencia que se hizo se trocó, según se lee en su *Vida*, en modelo de paciencia y de mansedumbre en medio de las injurias y calumnias de que fué colmado.

La mortificación externa, sin la interna, de poco sirve. ¿De qué aprovecha, dice San Jerónimo, extenuarse con ayunos y verse al cabo de ello repleto de soberbia? ¿De qué abstenerse de vino y luego estar borracho de odio? (*Ep. ad Celant.*). Dice el Apóstol que hay que despojarse del hombre viejo, es decir, del amor propio, para revestirse del hombre nuevo, es decir, de Jesucristo, que nunca se complació en sí mismo (Rom. 15, 3). Por eso San Bernardo compadecía el miserable estado de algunos monjes que vestían humildemente por fuera, y por dentro estaban revestidos de pasiones (*In Cant.*, serm. 16). Estos tales, decía, no se despojan de los vicios, sino que los cubren con algunas señales externas de penitencia, por lo que de nada valen los ayunos, las vigili-
as, los cilicios ni las disciplinas a quienes viven apegados a sí mismos y a sus cosas propias.

III. Práctica de la mortificación externa

Quien quiera ser todo de Dios, decía San Juan Clímaco, debe desprenderse especialmente de cuatro cosas: de las riquezas, de los honores, de los parientes, y, sobre todo, de la propia voluntad.

1.º De las riquezas

Hay que desprenderse, ante todo, del apego a los bienes y al dinero. Dice San Bernardo que «las riquezas cargan a quien las posee, manchan a quien las ama y afligen a quien las pierde» (*Ep.* 103). Recuerde el sacerdote que, cuando puso el pie en la Iglesia, protestó que no quería más bien que a Dios, diciendo: *El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa; tú mi suerte tienes* (Ps. 15, 5). Por lo tanto, dice San Pedro Damiano, el clérigo que primero eligió a Dios por herencia y luego se dedica a aumentar dinero, injuria gravemente al Creador (*Opusc.* 27, prooem.), en efecto, da a entender que Dios no es bien suficiente para contentar. Escribe San Bernardo, y así es en realidad, que «entre los avaros no hay avaro más ávido que el eclesiástico apegado a las riquezas» (*Serm. ad Past. in syn.*). ¡Cuántos sacerdotes no celebrarían misa si no fuera por aquella mísera limosna!; y ¡ojalá que nunca la celebraran! Estos tales, como dice San Agustín, «no buscan el dinero para servir a Dios, pero sirven a Dios para hacer dinero» (*De civ. Dei.*, l. 11, c. 25). ¡Qué vergüenza, exclama San Jerónimo, ver al sacerdote ocupado en enriquecerse! (*Ep. ad Nepot.*).

Pero dejemos a un lado este punto de la vergüenza y hablemos del gran peligro de perderse en que se halla el sacerdote afanado en acumular dinero y efectos. Sí, exclama San Hilario, «a gran peligro se exponen los sacerdotes que se dedican a aumentar su capital» (*In Ps.*, 138). Y primero lo advirtió el Apóstol con estas palabras: *Mas los que pretenden ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en el abismo de la ruina y de la perdición* (1 Tim. 6, 9). Y en qué excesos, ¡oh Dios!, ha hecho caer la codicia del dinero a no pocos sacerdotes: robos, injusticias, simonías, sacrilegios... Dice San Ambrosio: «Quien amontona oro despilfarra la gracia» (*Serm.* 59). San Pablo compara la avaricia a la idolatría: *Codicioso, que equivale a idólatra* (Ephes. 5, 5). Y con razón, porque el avaro hace al dinero dios suyo, es decir, su último fin.

«Quitad la pasión del dinero, dice el Crisóstomo, y acabaréis con todos los males» (*In 1 Tim.*, hom. 17, c. 6). Despojémonos, pues, si queremos poseer a Dios, de todo apego a los bienes de la tierra. Decía San Felipe Neri: «El que desea las riquezas no se hará santo». Nuestra riqueza, puesto que somos sacerdotes, no han de ser los bienes temporales, sino las virtudes; éstas nos harán grandes en el cielo y a la vez nos harán fuertes en la tierra contra los enemigos de nuestra salvación. He aquí las palabras de San Próspero: «Nuestras riquezas son la castidad, la piedad, la humildad, la mansedumbre; éstas son las que habemos de ambicionar, porque a la vez serán nuestro honor y nuestra fortaleza» (*De vita cont.*, l. 2, c. 13). *Como tengamos alimentos y abrigos, decía el Apóstol, con eso nos contentaremos* (1 Tim. 6, 8).

¿Dé que valen los bienes de la tierra, si un día los habremos de dejar y entre tanto no contentan nuestro corazón? Adquiramos diligentemente los bienes que nos acompañarán y harán por siempre felices en el cielo: *No atesoréis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones perforan las paredes y roban; atesoraos más bien tesoros en el cielo* (Mt. 6, 19). Por eso el concilio de Milán aconsejó a los sacerdotes: «Atesorad, no los tesoros de la tierra, sino los de las buenas obras y almas conquistadas para el cielo».

He aquí por qué la santa Iglesia prohíbe tan rigurosamente y con censura a los eclesiásticos la negociación, como prescribe el Apóstol: *Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército* (2 Tim. 2, 4). El sacerdote se ha consagrado a Dios, y, por lo tanto, no ha de ocuparse más que en los asuntos de su gloria. El Señor no acepta los sacrificios vacíos y sin substancia. David decía: *Te ofreceré holocaustos succulentos con enjundia olorosa de carneros* (Ps. 45, 15). «Cuando un sacerdote se disipa en medio de los negocios del mundo, dice San Pedro Damiano, los sacrificios que ofrece a Dios, como la misa, el oficio y los ejercicios de piedad, son sacrificios vacíos, porque les quita la substancia, es decir, la atención y la devoción, y ofrece solamente la piel, la apariiencia tan sólo externa» (*Opusc.* 12, c. 22). ¡Qué pena da ver a un sacerdote, que puede salvar las almas y obrar grandes cosas por la gloria de Dios, atareado en compras y ventas de animales o de granos y ligado a asociaciones mercantiles y préstamos con interés! «Ya que estás

dedicado a cosas grandes, dice Pedro de Blois (*De inst. Episc.*), no te ocupes en cosas viles». Entregarse a negocios terrestres, pregunta San Bernardo, ¿qué cosa es sino construir telas de araña? (*De cons.*, l. 1, c. 2). Como la araña se agota en la construcción de su tela, total para atrapar una mosca, así también, ¡Dios mío!, hay sacerdotes que se agotan perdiendo el tiempo y el fruto de sus obras espirituales, y ¿para qué? Para atrapar un poco de tierra. Cánsanse, dice San Buenaventura, se inquietan por una nonada, cuando pueden poseer al Creador de todas las cosas (*Stim., div. am.*, p. 2.^a, c. 2).

Y quizás haya quien diga que esto lo hace sin excederse; intervengo en estos negocios, pero sin escrúpulo de conciencia. Respondo: en primer lugar, la negociación, como se ha dicho está rigurosamente prohibida a los seglares, aun cuando sea negociación justa; por lo que, si no pecan contra la justicia, al menos pecan contra la ley de la Iglesia. Además responde San Bernardo: «Al igual que el riachuelo socava las tierras por que pasa, así el cuidado de las negociaciones roe la conciencia, es decir, la hiere siempre en alguna cosa» (*De cons.*, l. 4, c. 69). «Aun cuando no hubiere mal mayor, añade San Gregorio, que «cuanto más nos ocupamos de los negocios terrenos, otro tanto nos alejamos del amor de Dios» (*Past.*, p. 2.^a, c. 7). Ciertamente que algunos sacerdotes se ven, a las veces obligados por necesidad a encargarse de los negocios domésticos, pero esto ha de permitirse solamente, dice San Gregorio, cuando es caso verdaderamente necesario (*Ep.* 14). Algunos sin necesidad, cargan con los asuntos familiares y hasta impiden que los parientes se mezclen entre ellos; pero si era su ánimo dedicarse a los asuntos

domésticos, ¿para qué se hicieron ministros de la casa de Dios?

Muy peligroso es también para los sacerdotes servir en las casas de los nobles. Dice Pedro de Blois que «así como los santos se salvan en medio de muchas tribulaciones, así los que se introducen en las cortes se condenan, debido a las muchas tribulaciones» (*De virginit.*, l. 3, c. 8). Por lo menos, pregunto: ¿Qué fondo de espiritualidad puede hallar el sacerdote que ejerce la abogacía? ¿Qué oficio, qué misa devota puede decir, cuando las incidencias del proceso se amontonan en su mente y le impiden pensar en Dios? Las causas que tiene que defender el sacerdote han de ser las causas de los pobres pecadores a fin de librarlos con sus sermones, confesiones o, al menos, con sus consejos y oraciones de las manos del demonio y de la muerte eterna. El sacerdote no sólo ha de evitar el encargarse de procesos ajenos, pero ni siquiera de los propios, en cuanto pueda ser. Todo proceso de bienes temporales es fuente de inquietudes, de resentimientos y de pecados. Por esto está escrito en el Evangelio: *Y al que quiere ponerte pleito y quitarte la túnica, entrégale también el manto* (Mt. 5, 40). Ciertamente que esto es sólo de consejo; pero procuremos, al menos, evitar los pleitos de poca monta. Quiero suponer que ganéis aquella miseria temporal, que salgáis airoso en aquel punto, pero perderéis grandemente en vuestro espíritu y tranquilidad. «Pierde algo, decía San Agustín, para que puedas pensar en Dios más que en los pleitos; pierde dinero para ganar descanso» (*Serm. 24, de verb. apost.*). Decía San Francisco de Sales que pleitear y no dar en locuras apenas si se concedió a los

santos, por lo que el Crisóstomo «condenaba a todo el que litigaba» (*In I Cor.*, hom. 16, c. 6).

Y ¿qué diremos del juego? Es cierto, según los cánones, que jugar a juegos de puro azar, frecuentemente y por largo tiempo, o aventurar gruesas sumas, constituirá pecado mortal, al menos cuando interviene el escándalo (AAs 34, 148). En cuanto a los demás juegos que se llaman de pasatiempo, no quiero meterme a decidir si son por sí mismos lícitos o ilícitos, pero sostengo que tales pasatiempos dicen muy poco en un ministro de Dios, que, si quiere desempeñar sus obligaciones consigo y con el prójimo no encontrará tiempo sobrado para emplearlo en juegos. Recuerdo haber leído en San Juan Crisóstomo: «El diablo es quien hizo arte de los juegos» (*In Mt.*, hom. 6); y en San Ambrosio: «Creo que habemos de evitar no sólo el abuso del juego, sino el juego mismo» (*Offic.*, l. 1, c. 23); y el mismo santo dice en el mismo pasaje que «si bien está permitida la recreación, pero no aquella que perturba el buen orden de la vida y que no conviene a nuestro estado» (*Ep.* 14).

2.º De los honores

En segundo lugar, el sacerdote ha de estar desprendido de los honores mundanos. Dice Pedro de Blois que «la ambición de los honores es la ruina de las almas» (*Ep.* 23). En efecto, la ambición trastorna el orden de la vida arreglada y de la caridad para con Dios. La ambición es, sostiene el mismo autor (*ibid*), la mona de la caridad, pero al revés, porque

la caridad todo lo sufre, pero en atención de los bienes eternos, al paso que la ambición todo lo sufre, pero en atención a los bienes perecederos. La caridad es benigna con los pobres; la ambición es benigna, pero con los ricos. La caridad todo lo sufre para agradar a Dios; la ambición todo lo sufre, pero por vanidad. La caridad todo lo cree, y espera cuanto se relaciona con la gloria eterna; la ambición todo lo cree, todo lo espera, pero en relación con la gloria mundana. ¡Qué de espinas, de temores, de reproches, de negativas y de ultrajes no tiene que sufrir el ambicioso para alcanzar aquella dignidad, aquel oficio!», exclama San Agustín (*Enarr. in Ps.*, 102). Y, finalmente, ¿qué ganan sino un poco de humo, cuya posesión no les satisface y que en breve tiempo, con la muerte, se habrá de desvanecer? *He visto yo al impío engreírse y extenderse cual frondoso cedro; andúvelo buscando, y no fue hallado. (De allí a poco), pasé, y no estaba* (Ps. 36, 35). *Los insensatos adquirirán la ignominia* (Prov. 3, 35), dice la Sagrada Escritura. Y cuanto mayores son los honores, añade San Bernardo, tanto es más despreciado de los demás el sujeto indigno que se los procuró (*De cons.*, l. 2, c. 7). Porque cuanto es mayor el honor, tanto más da a conocer su indignidad quien lo pretende, como nota Casiodoro (*Variar.*, l. 12, n. 2).

Añádase a esto el gran peligro de eterna salvación que consigo traen los empleos brillantes. El P. Vicente Caraffa, visitando a un su amigo enfermo, a quien se le había confiado cierto oficio muy lucrativo y a la vez muy peligroso, oyó que el enfermo le pedía rogase a Dios le concediera la salud, a lo que el padre respondió: «No amigo mío; no quiero traicionar el afecto que os tengo; ésta gracia que Dios

os hace porque os quiere salvar, enviándoos la muerte ahora que os halláis en su amistad, cosa que quizás no aconteciera luego con el oficio que tenéis». Y el amigo murió pero sumamente consolado.

Especialmente se han de temer los empleos a los que va aneja la cura de almas. Decía San Agustín que «muchos le envidiaban el ser obispo, al paso que él se afligía por los peligros a que le exponía su dignidad» (*Serm. 65 de verb. Dom.*). Cuando consagraron obispo a San Juan Crisóstomo, le asaltó el temor, como él mismo dijo, que le parecía como salirsele el alma del cuerpo por las dudas que le asaltaban de su eterna salvación, y repetía: «Mucho dudo si se podrá salvar un pastor de almas» (*in Hebr.*, hom. 34). Pues si los santos, elevados a la dignidad eclesiástica a la fuerza, temblaban justamente, por la cuenta que habían de dar a Dios, ¿cómo no ha de temblar quien ambiciosamente toma a su cargo la cura de almas? «La carga honorífica ha de estar en proporción, decía San Ambrosio, con las fuerzas del que la lleva, pues de no ser así, de hallarse débil, dejará caer la carga y le aplastará» (*Lib. de viduis*). El débil que carga con peso duro, en vez de llevarlo será aplastado. Dice San Anselmo que «quien ambiciona honores eclesiásticos, *por fas o por nefas*, no lo recibe, sino que los arrebatata» (*In Hebr.*, 5, 4). Lo mismo escribe San Bernardo: «Los que se introducen por sí mismos en la viña del Señor no son obreros, sino ladrones», como ya antes lo había predicho Oseas: *Se han nombrado príncipes sin yo saberlo* (*In Cant.*, serm. 30). Y después acontece, como dice San León, que «la Iglesia, go-

bernada por estos ministros ambiciosos, lejos de ser por ellos servida y honrada, queda envilecida y manchada» (*Ep.* 1).

Practiquemos, pues, este hermoso documento de Jesucristo: *Recuéstate en el último lugar* (Lc. 14, 10). Quien se sienta en el suelo no tiene temor de caerse. Tan sólo somos polvo y ceniza. «A la ceniza no le conviene estar en lo alto, dice el Angélico, pues estaría expuesta a que el viento la dispersara» (*De erud. princ.*, l. 1, c. 1). ¡Dichoso el sacerdote que pueda decir: *(Es mejor) estar en el dintel de la casa de Dios que morar en las tiendas opulentas* (Ps. 83, 11).

3.º *De los parientes*

En tercer lugar, hay que renunciar al apego a los parientes: *Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo*, dice Jesucristo (Lc. 14, 26). Pero ¿cómo debemos odiar a los parientes? Debemos cesar de conocerlos, dice un docto autor, siempre que se opongan a nuestro bien espiritual. Si impiden (son sus palabras) que un hijo sacerdote conforme su vida a la disciplina eclesiástica, si pretenden obligarle a tratar sus asuntos temporales, entonces debe odiarlos y huir de ellos como de enemigos que lo aparta de los caminos de Dios (Abelly, *Sacr. ch.*, p. 4.^a, c. 6); que es lo que había dicho San Gregorio: «Los que se oponen a que caminemos por los caminos de Dios han de ser considerados como extraños y hasta hemos de odiarlos y huir de ellos» (*In*

Ev., hom. 37). Pedro de Blois escribe: «Nadie es elegido para sacerdote si no dice a su padre y a su madre: Ignoro quiénes sois (*Ep.* 102). San Ambrosio escribe que «quien desea servir a Dios ha de separarse de los suyos» (*De Esau*, c. 2). «Ciertamente que se debe honrar a los padres, pero antes hay que obedecer a Dios», dice San Agustín (*Serm. C. de verb. D.*). Y, según San Jerónimo, «querer testimoniar a los suyos gran afecto, con perjuicio de la obediencia a Dios, no es piedad filial, sino impiedad para con Dios» (*Ep. ad Paulam*).

Nuestro Redentor declaró que había venido a la tierra a separarnos de nuestros padres: *Vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre* (Mt. 10, 35). Y ¿por qué? Por lo que añade: que en los asuntos espirituales, nuestros parientes son nuestros mayores enemigos: *Los enemigos del hombre serán los de su casa* (ibid. 36). San Basilio nos advierte, por tanto, que «evitemos, como tentación del demonio, encargarnos de los bienes de nuestros parientes» (*Const. monial.*, c. 21). ¡Qué pena da ver al sacerdote, que podría salvar a tantas almas, preocupado por completo en asuntos domésticos en economías domésticas, en el cuidado de los animales y otras cosas similares! ¡Cómo!, escribe San Jerónimo, «¿el sacerdote ha de dejar el servicio del Padre celestial para complacer al padre de la tierra?» (*Ep. ad Heliod.*). Dice el santo que, cuando se trata de ir a servir a Dios, el hijo ha de pasar, si preciso fuere, sobre el cuerpo de su padre. «A causa de mi padre, se pregunta San Jerónimo, ¿habré de desertar de las banderas de Cristo? ¿Qué haces en la casa paterna, delicado soldado? ¿Por qué no te ha-

llas en el campo y en las trincheras? Aun cuando vieras a tu padre postrado en tierra en el umbral de la casa, habrías de pasar sobre él para volar, secos los ojos, hacia el estandarte de la cruz. El único modo de demostrar en esto la piedad es mostrándose cruel» (ibid).

Cuenta San Agustín que San Antonino Abad arrojaba al fuego las cartas que recibía de los suyos, diciendo: Os quemamos para que no me queméis» (*Ad Frat. oin er.*, serm. 40). Hay que desasirse de los parientes, dice San Gregorio, si se quiere estar unido con Dios (*Mor.*, l. 7, c. 18); de otra manera, añade Pedro de Blois, «el amor de la sangre apagará pronto en nosotros el amor de Dios» (*Ep.* 134). Difícilmente se halla a Cristo entre los parientes, que por eso preguntaba San Buenaventura: «¿Cómo os hallaré yo entre mis parientes, Jesús bueno, cuando fuisteis hallado entre los vuestros?» (*Spec. Disc.*, p. 1.^a, c. 23). Cuando la Madre de Dios encontró a Jesús en el templo y le preguntó: *Hijo ¿por qué lo hiciste así con nosotros?*, respondió el Redentor: *Pues ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi padre?* (Lc. 2, 48-49). Así debe responder el sacerdote a sus parientes cuando quieran cargarle con la carga de los asuntos domésticos: «Soy sacerdote y no me puedo ocupar más que en las cosas de Dios; a vosotros, que sois seglares, toca atender a las cosas del siglo». Esto precisamente dio a entender el Señor al joven a quien llamó en seguimiento suyo cuando le pidió permiso para ir a enterrar a su padre: *Deja a los muertos enterrar sus muertos* (Mt. 8, 22).

4.º *De la voluntad propia*

Sobre todo, hemos de desasirnos de la voluntad propia. Decía San Felipe Neri que la santidad consiste en cuatro dedos de frente, es decir, en la mortificación de la propia voluntad. Escribe Luis de Blois que «mortificar la voluntad propia es cosa más grata a Dios que resucitar muertos» (*sac. an.*, p. 1.^a, § 5, n. 3: ML., 183-289. 290). He aquí por qué muchos sacerdotes, párrocos y hasta obispos que vivían vida ejemplar, dedicados celosamente a la salvación de las almas, no contentos con ello, procuraron ingresar en alguna religión para vivir bajo la obediencia de otros, juzgando, como así es en realidad, que no podrían ofrecer a Dios sacrificio más grato que el de la voluntad propia. No todos son llamados al estado religioso, pero quien quiera caminar por las vías de la perfección es preciso, al menos, que someta su voluntad a la obediencia no sólo debida a su prelado, sino a la que de un padre espiritual que lo dirija en todos los ejercicios espirituales y hasta en los asuntos temporales de mayor peso relacionados con el provecho del alma.

Lo que se hace por voluntad propia, poco o nada aprovecha. *En vuestro día de ayuno encontráis un negocio* (Is. 58, 3). De lo que concluye San Bernardo: «Grande mal es la propia voluntad, que hace que nuestras buenas obras dejen de ser buenas» (*In Cant.*, serm. 71). El mayor enemigo que tenemos es la propia voluntad. «Cese la propia voluntad, decía San Bernardo, y no habrá infierno» (*In Temp. Pasch.*, serm. 3). El infierno está plagado de voluntades propias. ¿Cuál es, en efecto, la causa de nues-

tros pecados sino nuestra propia voluntad? San Agustín confiesa de sí mismo que cuando estaba en pecado se sentía forzado por la gracia a abandonarlo; pero se resistía a ello, ligado como estaba por una sola cadena, la de la voluntad propia (*Conf.*, l. 8, c. 5). San Bernardo añadía que la voluntad propia es tan contraria a Dios, «que los destruiría si fuera posible destruir a Dios» (*In Temp. Pasch.*, serm. 3). «Quien se hace discípulo de sí mismo, se hace discípulo de un necio», decía San Bernardo (*Ep.* 87).

Hay que saber que todo nuestro bien consiste en unirnos a la voluntad de Dios: *Su benevolencia de por vida* (Ps. 29, 6). Dios ordinariamente hablando, no da a conocer su voluntad sino mediante nuestros superiores, es decir, los prelados y los directores, a quienes dice: *El que a vosotros oye, a mí me desecha* (Lc. 10, 16). Por eso se señala en la Escritura como especie de idolatría el no someterse a los superiores: *La rebeldía es como pecado de adivinación* (1 Reg. 1 Sam. 15, 23). Por el contrario, afirma San Bernardo que de cuanto nos asegura el padre espiritual, con tal de que no fuese ciertamente pecado, habíamos de estar tan seguros como si lo dijese el mismo Dios. ¡Feliz quien pudiera decir en la hora de la muerte como el abad Juan: «Nunca hice mi voluntad ni enseñé a nadie sin haberlo practicado antes yo mismo» (*De coenob. inst.*, l. 4, c. 28-43). Casiano, que es quien refiere este ejemplo, enseña que con la mortificación de la propia voluntad se destruyen todos los vicios (*ibid*). Y antes dijo el sabio: El hombre que escucha, habla a perpetuidad (Prov. 21, 28). Y en otro lugar: *La obediencia vale más que el sacrificio* (1 Reg: 1 Sam. 15, 22); porque quien sacrifica a Dios las limosnas, los ayunos, las

penitencias, le sacrifica parte; en cambio, quien sacrifica la voluntad propia, sometiéndola a la obediencia, le da todo cuanto posee, por lo que puede decir a Dios: Señor, después del sacrificio de mi voluntad nada tengo ya que ofreceros. De aquí que San Lorenzo Justiniano asegure que quien sacrifica a Dios la voluntad propia alcanzará de El cuanto se proponga alcanzar. Y Dios mismo prometió a quien renunciare a la voluntad propia elevarlo sobre la tierra y hacerle hombre celestial (Is. 58, 13-14).

Medios para vencerse a sí mismo

En cuanto a los medios que hay que adoptar para vencerse a sí mismo en todas las pasiones desordenadas, figuran las siguientes:

1. La oración: el que ruega, lo alcanza todo. La oración, siendo una, decía San Bernardo, lo alcanza todo. Y antes lo había dicho Jesucristo: *Cuanto quisieréis, pedidlo y lo obtendréis* (Io. 15, 7).

2. Violentarse con firme resolución de vencerlo todo.

3. Examinarse acerca de la pasión dominante, imponiéndose alguna penitencia siempre que se cayere.

4. Reprimir los deseos excesivos. San Francisco de Sales decía: «Quiero pocas cosas; y las que quiero, las quiero poco».

5. Mortificarse en las menudencias y hasta en las cosas lícitas, porque así adelantaremos hasta vencer en las grandes, privándonos, por ejemplo, de decir alguna broma, reprimir alguna curiosidad, co-

ger aquella flor, no abrir en seguida la carta, renunciar a aquel compromiso, ofreciendo a Dios el sacrificio, sin preocuparse si cederá o no en nuestro desdoro. ¿Qué fruto hubiéramos sacado de tantas satisfacciones como nos habríamos procurado y de tantas empresas coronadas por el éxito? Si en tales ocasiones nos hubiéramos mortificado, ¡cuánto habríamos adquirido ante Dios! En adelante procuremos ganar algo para la eternidad; pensemos que nos acercamos a la muerte. Cuanto más nos mortifiquemos, menos sufriremos en el purgatorio y tanto mayor será nuestra gloria en el cielo, pues será eterna. En esta tierra estamos de paso, y pronto llegaremos a la eternidad. Concluyo con San Felipe Neri: «¡Loco es quien no se santifica!»

PLATICA IX

DE LA MORTIFICACION EXTERNA

I. Necesidad de la mortificación externa

Enseña San Gregorio que «nadie es digno de ser ministro de Dios ni de ofrecer el sacrificio del altar si antes no se sacrifica a sí mismo completamente a Dios» (*Apolog.* 1). Y San Ambrosio añade: «El sacrificio es verdaderamente agradable a Dios cuando uno se ofrece primeramente a sí mismo para poder luego sacrificar en nombre de los demás» (*De Cain et Abel.* l. 2, 6). Y el mismo Redentor dijo: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; mas si muere, lleva mucho fruto* (Io. 12, 24). Por

tanto, quien quiera rendir frutos de vida eterna «tiene que morir a sí mismo; es decir, que no se ha de desear nada para la propia satisfacción y se ha de abrazar uno con cuanto mortifica la carne», como escribe San Gregorio (*In Ev.*, hom. 2). «Quien está muerto a sí mismo, dice Lanspergio, ha de vivir en este mundo como si no viese, ni oyese nada, ni nada lo turbase o contentase, fuera de Dios» (Mt. 16, 25). «¡Dichoso trueque, exclama San Hilario, perder todas las cosas del mundo y hasta la misma vida para seguir a Jesucristo y conquistar la vida eterna!» (*In Mt.*, c. 16).

Según el pensamiento de San Bernardo, «aun cuando no hubiese otra razón para darnos del todo a Dios, bastaría tan sólo saber que Dios se ha dado completamente a nosotros» (*De modo bene viv.*, c. 8). Mas para entregarnos completamente a Dios nos debemos desasir de todo afecto terreno. «Cuanto menos se deseen los bienes de la tierra, dice San Agustín, más que se ama a Dios quien no desea nada, ama perfectamente» (*De div. qual.*, q. 36).

En la plática anterior hablamos de la mortificación interna; hablemos ahora de la externa, que consiste en la mortificación de los sentidos y que también es necesaria, pues debido al pecado llevamos con nosotros una carne enemiga que es contraria a la razón, como se lamentaba el Apóstol: *veo otra ley en mis miembros que guerrea contra la ley de mi corazón* (Rom. 7, 23), es decir, según Santo Tomás, «la concupiscencia de la carne, que contraría a la razón». Persuadámonos de que o el alma se coloca bajo los pies del cuerpo, o el cuerpo bajo los del alma. Dios nos dió los sentidos para que nos sirvamos de ellos no como nos plazca, sino según El

dispone; de aquí se sigue que habemos de mortificar los apetitos contrarios a la ley divina: *Los que son de Cristo Jesús crucificaron la carne con las pasiones y las concupiscencias* (Gal. 5, 24).

Por eso los santos se mortificaron con tanto ardor y fueron tan mortificados en su cuerpo. San Pedro de Alcántara se propuso no dar nunca satisfacción alguna a su cuerpo, y lo observó hasta la muerte. San Bernardo maltrató tan crudamente su cuerpo, que en la hora de la muerte le pidió perdón. Decía Santa Teresa: «Pues creer que (Dios) admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate». «¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor, añadía la santa, y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios, u para darle algún consuelo, u para quitarla de algún peligro!». Y, según San Ambrosio, «quien no renuncia a satisfacer su cuerpo, no podrá agradar a Dios» (*In Lc.*, c. 9). Quien somete el espíritu a la carne, decía san Agustín, es un monstruo que «camina con la cabeza para abajo y los pies arriba» (*Ad Fratr. in erem.*, serm. 50). «Para fin más noble hemos nacido que para ser esclavos de nuestro cuerpo», decía Séneca a un gentil (*Ep.* 65). Con mayoría de razón hemos de hablar nosotros así, ya que por la fe sabemos que fuimos creados para gozar de Dios por toda la eternidad. Dice San Gregorio que «condescender a los deseos de la carne equivale a alimentar negocios» (*Mor.*, l. 30, c. 28).

Deplora San Ambrosio la desgracia de Salomón, diciendo que este rey infeliz tuvo la gloria de edifi-

car el templo de Dios; pero mejor le hubiera valido conservar para Dios el templo de su cuerpo, ya que por contentarlo perdió el cuerpo, el alma y a Dios (*Apol. David. 1.2*). Tratemos a nuestro cuerpo como trataríamos a un caballo fogoso que montáramos, a quien siempre habíamos de sujetar con la brida tensa. Dice además San Bernardo que hemos de contrariar a nuestro cuerpo, como el médico contraría al enfermo que pide lo que le daña y rehusa lo que le es útil. Si el médico concediera al enfermo, por contentarlo, lo que sería causa de su muerte, ciertamente que sería cruel. Persuadámonos también que «el complacer al cuerpo no es caridad, sino la mayor crueldad que pudiéramos tener con nosotros mismos, pues por contentar un momento a la carne, condenaríamos al alma a eternos padecimientos»; es pensamiento de San Bernardo (*Apolog. ad Guil., c. 8*). En una palabra, se impone que cambiemos de gusto y hagamos lo que decía el Señor a San Francisco: Si me deseas, toma lo amargo por dulce y lo dulce por amargo.

Veamos cuáles son los frutos de la mortificación externa.

Primeramente nos libra de las penas contraídas por nuestros culpables placeres, penas que en esta vida son mucho más ligeras que en la otra.—Cuenta San Antonino que un ángel brindó a cierto enfermo escogiese entre tres días de purgatorio o dos años de cama con la enfermedad que padecía. El enfermo eligió los tres días de purgatorio; pero apenas si llevaba tres horas en él, ya se quejaba al ángel de que, en vez de tres días, llevaba padeciendo muchos años. El ángel le respondió: «¿Qué dices? Conque aun está tu cuerpo caliente en el lecho mortuario y

hablas de años?» «¿Quieres evitar el castigo?, pregunta el Crisóstomo; conviértete en tu propio juez, repréndete y corrígete a ti mismo».

En segundo lugar, la mortificación desprende el alma de los afectos terrenos y la dispone a volar para unirse con Dios. Decía San Francisco de Sales: «Nunca podrá el alma elevarse hacia Dios si no está la carne mortificada y sumisa». Lo mismo había dicho San Jerónimo: «El alma no subirá a las cosas celestiales sino mediante la mortificación de los miembros» (*In c. 6 ad Ephes.*).

En tercer lugar, la penitencia nos hace adquirir bienes eternos, como lo reveló San Pedro de Alcántara desde el cielo a Santa Teresa, diciendo: «¡Feliz penitencia, que me ha valido tan grande gloria!».

Por esto los santos mortificaron continuamente su carne y todo cuanto pudieron. San Francisco de Borja decía que hubiera muerto desconsolado el día en que no hubiera mortificado su cuerpo con la penitencia. La vida muelle y deliciosa en esta tierra no puede ser vida del cristiano.

II. Práctica de la mortificación externa

Si no tenemos valor para mortificar el cuerpo con grandes penitencias, al menos practiquemos cualquier pequeña mortificación, soportemos al menos pacientemente las penas que nos sobrevienen; por ejemplo, aquella incomodidad, aquella vigilia, aquel olor desagradable en la asistencia a los moribundos, confesiones de presos o de rudos que huelen mal y cosas semejantes. Al menos, privémonos de vez en

cuando de algún placer permitido. Decía Clemente Alejandrino que «los que se permiten cuanto hay de ilícito, darán luego en cosas ilícitas» (*Poedag.*, l. 2, c. 1). El gran siervo de Dios P. Vicente Caraffa, de la Compañía de Jesús, decía que Dios nos ha dado las delicias de esta tierra no sólo para disfrutar de ellas, sino también para que podamos hacernos gratos a sus ojos con la ofrenda de sus propios dones, privándonos de ellos para testimoniarle nuestro amor. Por otra parte, como indica San Gregorio, fácilmente se abstiene uno de los placeres prohibidos si está acostumbrado a privarse de los placeres permitidos (*Dial.*, l. 4, c. 2).

Pero hablemos de las mortificaciones particulares que podemos imponer a nuestros sentidos, y en especial a la vista, al gusto y al tacto.

1.º De la vista de todo lo exterior

Hay que mortificar en primer lugar la vista. Decía San Bernardo que «por los ojos entra en el alma la saeta del amor» (*De modo bene viv.*, serm. 23). Las primeras saetas, en efecto, que hieren al alma casta y quizás le causen la muerte, entran por los ojos: *Mis ojos afectan a mi alma* (Lam. 3, 51). Por medio de los ojos surgen los malos pensamientos en la mente. Decía San Francisco de Sales: «Lo que no se ve, no se desea». Por eso el demonio tienta primero con mirar, luego con el deseo y finalmente con el consentimiento. Así intentó hacer con nuestro mismo Salvador: *Le muestra todos los reinos del mundo* (Mt. 4, 8-9), y luego le tienta, diciéndole: *Todo esto te daré si postrándote me adorares*. El maligno

nada pudo ganar con Jesucristo, pero lo ganó con Eva, la cual, *viendo que el árbol era bueno para comida y deleite para los ojos, tomó de su fruto y comió* (Gen. 3, 6).

Dice Tertuliano que «ciertas miradas furtivas son los principios de los mayores desórdenes». Y San Jerónimo añade que «los ojos son como ciertos ganchos que nos arrastran como a la fuerza del pecado» (*In Lam. 3*). De aquí se sigue que hay que cerrar pronto la puerta si no se quiere que los enemigos entren en la plaza. El abad Pastor, por haber mirado a una mujer, fue tentado de malos pensamientos por espacio de cuarenta años. También San Benito, por haber mirado a una mujer cuando se hallaba en el siglo, sintió luego tales tentaciones viviendo en el desierto, que para vencerlas hubo de arrojarse desnudo a unas zarzas. San Jerónimo, habitando la gruta de Belén, fue mucho tiempo asaltado de pensamientos obscenos a causa de las damas que había visto en Roma. Estos santos vencieron con la ayuda de Dios y con las oraciones y penitencias, pero no fueron pocos los que cayeron miserablemente a causa de la vista: por los ojos cayó David, por los ojos cayó Salomón. Horror causa el recuerdo del ejemplo que cuenta San Agustín de Alipio; éste fue al teatro, resuelto a no mirar, y decía: «Estaré como si no estuviese»; pero, tentado después a mirar, dice el santo que no sólo prevaricó, sino que llegó a pervertir a los demás (*Conf.*, l. 6, c. 8).

Razón tenía Séneca para decir que el «ser ciego era gran ayuda para conservarse inocente» (*De remed. fort.:d Opera*, IV, Augustae Taurinorum 1829, p. 422). No nos es lícito arrancarnos los ojos para

ser ciegos, pero debíamos tornarnos ciegos cerrándolos y no viendo lo que puede inducirnos al mal (Is. 33, 15). Job dijo que había hecho pacto con sus ojos de no mirar mujer alguna, para que después no le molestasen los malos pensamientos: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella!* (Iob 31, 1). San Luis Gonzaga no se atrevía a levantar la vista ni ante su misma madre. San Pedro de Alcántara se privaba de mirar a sus hermanos en religión; tanto, que los conocía por la voz y no por la vista.

El concilio de Tours dice que «los sacerdotes deben guardarse de cuanto pudiera ofender los ojos y los oídos» (*Anno 813*, can. 7). Esta advertencia se dirige de modo especial a los sacerdotes seculares que frecuentan las plazas y casas de los seglares. Si conceden libertad a los ojos para ver cuantos objetos se les presentaren, difícilmente podrán conservarse castos. El Espíritu Santo nos advierte: *Aparta los ojos de mujer bien parecida y no consideres la hermosura ajena. A causa de una mujer han perecido muchos* (Eccli. 9, 8). Y si a las veces «se nos van los ojos tras algunas, dice San Agustín, guardémosnos al menos de fijarlos en ninguna (*Reg. ad Ser. D.*, n. 6). De aquí que el sacerdote debe abstenerse de ir a bailes, a representaciones profanas o a otras reuniones mundanas frecuentadas por hombres y mujeres. Y cuando por necesidad haya que ir a cualquier lugar donde haya mujeres, cuídese de modo especial de la modestia de la vista.—El P. Alvarez, asistiendo a una función pública de la degradación de un sacerdote, como había muchas mujeres, tomó una imagen de la Santísima Virgen y en ella tuvo fijos los ojos durante las horas que duró la ceremonia, te-

meroso de encontrarse con el rostro de cualquier mujer.—Cuando nos despertemos por la mañana, pidamos al Señor con David: *Haz que pasen sin ver la vanidad mis ojos* (Ps. 118, 37).

¡Cuán ventajoso es para nosotros los eclesiásticos, y qué edificante para los demás, mantener bajo los ojos! Célebre es el hecho de San Francisco de Asís cuando salió del convento diciendo al compañero que iban a predicar; dio un paseo por los alrededores, con los ojos siempre bajos, y tornó al convento. Preguntóle entonces el compañero: «Pero ¿y dónde está el sermón?» A lo que respondió el santo: «El sermón lo hemos predicado con la modestia de la vista ante estas gentes». Como señala un autor, los evangelistas dicen en varios lugares que nuestro Salvador en algunas ocasiones alzó los ojos para mirar (*y echando en torno una mirada* (Lc. 6, 20), *alzando, pues, los ojos, Jesús...*) (Io. 6, 5), para darnos a entender que mantenía siempre los ojos bajos. San Pablo escribió por eso, alabando la modestia de Jesucristo: *Os ruego por la mansedumbre y blandura de Cristo* (2 Cor. 10, 1).

San Basilio dice que «es preciso tener los ojos bajos hacia la tierra y el alma elevada hacia el cielo» (*Serm. de Ascens.* 20); y, por el contrario, decía San Agustín que «la vista impura delata la impureza del corazón» (*Reg. ad serv. D.*). Añade San Ambrosio que «los mismos movimientos del cuerpo delatan el buen o el mal estado del alma» (*Offic.*, l. 1, c. 18); cuenta a este respecto que en cierta ocasión juzgó mal de dos hombres al ver su modo inmodesto de producirse, y no se equivocó pues uno de ellos era impío, y el otro, hereje.

San Jerónimo, hablando en particular de los

hombres consagrados a Dios, dice que «todas sus acciones, conversaciones y porte son enseñanza para los fieles» (*Ep. ad Rust.*). Por eso esta recomendación del concilio de Trento: los eclesiásticos han de componer de tal modo vida y costumbres, que «su modo de vestir, gesticular y de andar estén llenos de gravedad y de religión» (sess. 22 *de Ref.*, c. 1). Y el Crisóstomo escribe: «Es preciso que el sacerdote tenga al alma resplandeciente, para que pueda iluminar a los que ponen en él los ojos» (*De sacerd.*, l. 3, c. 12). De suerte que el sacerdote ha de dar a todos ejemplo de modestia en todas las cosas: modestia en el mirar, en el andar, en el hablar, y especialmente en hablar poco y en hablar como se debe.

El sacerdote debe hablar poco. Quien habla mucho con los hombres, demuestra que habla poco con Dios. Las almas de oración son de pocas palabras: cuando se abre la boca del horno, escápase el calor. Tomás de Kempis dijo: «El alma hace progresos en el silencio» (*De imit.*, l. 3); y San Pedro Damiano: «El silencio es el guardián de la justicia» (*Ep.* l. 7, ep. 6); y antes lo había dicho Isaías: *En la calma y la confianza estriba vuestra fuerza* (Is. 30, 15). Nuestra fuerza está en el silencio, porque *en el mucho hablar no falta pecado*, como se lee en los Proverbios (Prov. 10, 19).

El sacerdote debe hablar de modo conveniente. «Vuestra boca, escribió San Ambrosio, es boca de Jesucristo; no debes, pues, abrirla, no digo ya para murmuraciones o mentiras, sino ni siquiera para conversaciones ociosas» (*Medit.*, 1, § 5). Quien ama a Dios procura hablar siempre de Dios, y quien ama a una persona de la tierra, diríase que no sabe ha-

blar más que de ella. «Acuérdate, escribe Gilberto, de que tu boca está consagrada a los oráculos celestiales y mira como sacrilegio el proferir la más mínima palabra que no respire cosas divinas» (*In Cant.*, serm. 18). San Ambrosio decía que ofendía hasta a la modestia hablar en tono elevado: «Que la modestia modere el sonido de la voz, para no herir los oídos con los gritos» (*Offic.*, l. 1, c. 18). También está relacionado con la modestia no sólo el abstenerse de hablar palabras inmodestas, pero también el no escucharlas: *Mira, cerca de tu dominio con espinos y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Eccli. 28, 28).

Además, ha de ser modesto el sacerdote en sus vestidos. Dice San Agustín que «algunos, para aparentar ir bien vestidos por fuera, se despojan de la modestia de dentro» (*Serm. 50 de temp.*). El vestido de seda, el hábito corto, los gemelos y las hebillas de plata, los guantes aterciopelados, denotan poca virtud en el alma. Leamos a San Bernardo, que dice: «Los desnudos levantan la voz y os dicen: Todo lo que prodigáis es nuestro: de nuestras necesidades quitáis lo que necesitáis para vuestra vanidad» (*Octav.*, c. 9). El concilio II de Nicea escribió a este respecto: «El sacerdote conténtese con hábito mediano, porque cuanto es inútil y cuanto respira adorno y ostentación lo expone a censuras y críticas» (can. 16).

También se ha de guardar la modestia en el peinado. El papa Martín ordenó que los clérigos no pudieran ejercer los ministerios sagrados si no iban con el cabello cortado, de modo que se les pudieran ver las orejas. ¿Qué pensar pues, de aquellos a quienes Clemente Alejandrino llama avaros de sus cabe-

llos (*Illiberales tonsos*), pues no consienten que se los corten sino con gran estudio? ¡Qué vergüenza, dice San Cipriano, ver a eclesiásticos llevando una cabellera arreglada, al modo mujeril! (*De ici. Christi*). El Apóstol, escribiendo a los corintios, les dice: *Y ¿no os enseña la naturaleza misma que si el varón deja de crecer la cabellera, es un desdoro para él; mas si la mujer deja crecer, es un honor para ella?* (1 Cor. 11, 14-15). Y hablaba así de los seglares. ¿Qué concepto, pues, se ha de formar del sacerdote que lleva la cabellera artificialmente compuesta y quizá rizada o empolvada?

Decía Minucio Félix que nosotros los eclesiásticos nos hemos de dar a conocer como tales «no ya por el atavío corporal, sino por el de la modestia ejemplar» (*Octav.*, c. 9). San Ambrosio dijo también que «el sacerdote ha de presentarse exteriormente de tal manera que cuantos lo vean se sientan penetrados de respeto hacia el Dios de quien es ministro (*Offic.*, l. 1, c. 50, ult.). Por el contrario, el sacerdote inmodesto hacer perder la veneración debida a Dios.

2.º *Del gusto*

Hablemos en segundo lugar de la mortificación del gusto, o sea de la gula. Escribe el P. Rogacci en su *Lo único necesario* que la mayoría de las mortificaciones externas se reducen a la mortificación de la gula. Por eso decía San Andrés Avelino que el que

quiera tender a la perfección ha de comenzar por mortificar la gula. Tal fue, según testifica San León, la práctica de los santos (*De iei. pentec.*, serm. 1). San Felipe Neri dijo a cierto penitente suyo poco mortificado en este respecto: «Hijo mío, si no mortificas la gula no llegarás a la santidad». Todos los santos tuvieron sumo empeño en mortificarse en la comida. San Francisco Javier sólo tomaba un poco de arroz tostado. San Juan Francisco de Regis, un poco de harina cocida en agua. San Francisco de Borja, seglar aún y virrey de Cataluña, se alimentaba sólo de pan y hierbas. San Pedro de Alcántara tomaba sólo una escudilla de caldo de olla.

Decía San Francisco de Sales que hay que comer para vivir y no vivir para comer. Hay quienes se diría que no viven más que para comer, constituyendo, como decía el Apóstol, al vientre por su Dios: *Enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero es perdición, cuyo Dios es el vientre* (Phil. 3, 18). Según Tertuliano, «el vicio de la gula mata, o al menos daña, todas las virtudes» (*De iei.*). El pecado de la gula ha sido causa de la ruina del mundo; Adán, por comer la manzana, trajo la muerte sobre sí y sobre el género humano.

Los sacerdotes especialmente, por el voto de castidad, deben mortificar la gula. Dice San Buenaventura que «de la intemperancia en el comer se nutre la impureza» (*De prof. rel.*, l. 2, c. 52). Y San Agustín escribió: «Si el alma está ahogada por el exceso de la comida, la inteligencia se entorpece y la tierra de nuestro cuerpo se cubre de las espinas de la lujuria» (*Serm. 141*).

Los sacerdotes especialmente, por el voto de castidad, deben mortificar la gula. Antiguamente se

leía en los Cánones Apostólicos: «El sacerdote que come excesivamente ha de ser depuesto» (can. 42). *Quien mima desde la niñez a su esclavo*, dicen los Proverbios, *acaba por hacerse contumaz* (Prov. 29, 21). «Guardémonos, según el consejo de San Agustín, de dar a la carne fuerzas que acabaría por emplear contra el espíritu» (*De Sal. docum.*, c. 35).—Cuenta Paladio que cierto monje era muy dado a las penitencias, y cuando le preguntaron por qué maltrataba tan cruelmente a su cuerpo, respondió: «Atormento a quien me atormenta». Igual decía y hacía San Pablo: *Abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud* (1 Cor. 9, 27). Cuando la carne no está mortificada, difícilmente obedece a la razón. Por el contrario, dice Santo Tomás que «el demonio, cuando queda vencido en las tentaciones de gula, renuncia a tentar la impureza». Añade Cornelio Alápide que, «vencido el vicio de la gula, fácilmente se vencen los demás vicios» (1 Cor. 9, 27). Mas de ordinario, nota Luis de Blois, la mayoría vence más fácilmente los demás vicios que el de la gula (*Enchir. parv.*, l. 1, doc. 11).

Mas quizás haya quien diga: Dios creó precisamente los alimentos para que disfrutemos de ellos.—Respondo: Dios los creó para que nos sirvamos de ellos para vivir, pero no para abusar de ellos inmoderadamente. Y en cuanto a ciertos alimentos delicados que no son necesarios para el sostenimiento de la vida, el Señor los creó también, pero para que nos mortificáramos a veces privándonos de ellos. La manzana que Dios prohibió a Adán la creó para que se abstuviese de ella. Por lo menos, cuando usemos estos manjares, no nos olvidemos de la temperancia.

Para observar esta temperancia, dice San Buenaventura, hemos de evitar cuatro cosas: 1.^a, comer fuera de tiempo; 2.^a, comer con sobrada avidez; 3.^a, comer demasiado; 4.^a, escoger alimentos demasiado exquisitos (*De prof. rel* l. 1, c. 36). ¡Qué vergüenza causa ver al sacerdote acostumbrado a buscar tales o cuales alimentos, preparados de esta o aquella manera, y que, cuando no están según las exigencias de la gula, alborota a criados, familiares y toda la casa! Los sacerdotes sobrenaturales se contentan con lo que se les sirve. Nótese también lo que dice San Jerónimo: «El eclesiástico incurre en menor aprecio cuando acepta frecuentemente las invitaciones a comer» (*Ep. ad Nepot.*). De aquí que los sacerdotes ejemplares huyeron de los convites, en que de ordinario se observa muy poco la modestia y la templanza. «Es preciso, añade el santo, que los seculares encuentren en nosotros consoladores en sus penas más que comensales en los días de su prosperidad» (*Ep. ad Nepot.*).

3.º Del tacto

En tercer lugar, por lo que al tacto respecta, se impone abstenerse de toda confianza con las mujeres, aun cuando fuesen parientes.—Pero si son mis hermanas y mis sobrinas...—Pero son mujeres.—Los confesores prudentes obran acertadamente prohibiendo a sus penitentes que les besen la mano.

En relación con este sentido, tan peligroso para el sacerdote, se impone tener suma precaución y modestia hasta consigo mismo. El Apóstol exhortaba:

Que sepa cada uno de vosotros poseer su propia esposa en santificación y honor, no con pasión de concupiscencia (1 Thes., 4, 4).

Los sacerdotes fervorosos acostumbran imponerse alguna penitencia aflictiva, como el cilicio o la disciplina. Ciertamente que hay quienes desprecian estas cosas, alegando que la santidad consiste en mortificar la voluntad; pero yo encuentro que todos los santos fueron ávidos de penitencias y procuraron mortificar su carne cuanto pudieron. San Pedro de Alcántara llevaba un cilicio de hierro trenzado, que le desgarraba las espaldas. San Juan de la Cruz vestía una almilla protegida de puntitas férreas, que aguijaban, y de una cadenilla de hierro, que no se le pudo quitar en el momento de su muerte sin arrancarle trocitos de carne. Y decía estas palabras: «Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas, y jamás, si quiere llegar a poseer a Cristo, le busque sin la cruz».

Ciertamente que la mortificación interna es la más necesaria, pero tampoco deja de serlo la externa. Tal fue la prudente respuesta de San Luis Gonzaga cuando le querían disuadir de tantas maceraciones diciéndole que la santidad consiste en vencer la voluntad propia, a lo que contestó con las palabras del Evangelio: «Estas (cosas) había que practicar, y aquéllas no descuidarlas» (Mt. 23, 23). El Señor dijo a sor Teresa de Jesús, monja de Santa Teresa: «El mundo se pierde por los placeres y no por las penitencias». «Mortifica tu cuerpo, decía San Agustín, y vencerás al demonio». En las tentaciones de impu-

reza, sobre todo, acostumbraron los santos emplear como remedio las mortificaciones de la carne. San Benito y San Francisco, asaltados por semejantes tentaciones, se echaron desnudos a los zarzales. Dice el P. Rodríguez que si alguien tuviese una serpiente enrollada al cuerpo, tratando de matarlo con sus envenenados mordiscos, y no la pudiera matar, al menos procuraría quitarle sangre y fuerzas, para que tuviera menos vigor para dañarlo. Job dijo que la sabiduría no se halla en medio de las delicias terrenas: *No conoce el hombre su veneno ni se halla en la tierra de los vivientes* (Iob. 28, 13). El Esposo de los Sagrados Cantares dice que la sabiduría se halla en *la montaña de la mirra* (Cant. 4, 6), y en otro lugar añade que *apacienta su ganado entre lirios* (Cant. 2, 16). El abad Gilberto concilia estos pasajes diciendo que en el mismo lugar, esto es, «en la montaña de la mirra, donde se mortifica la carne, nacen y se conservan los lirios de la pureza» (*In Cant.*, serm. 28). Y si tal vez alguno ofendió la castidad, pide la razón que después de ello mortifique su carne: *Como entregasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza, así ahora entregad vuestros miembros, como esclavos, a la justicia para la santidad* (Rom. 6, 19).

4.º *De las penalidades que sobrevienen naturalmente*

Por lo menos, si carecemos del valor de mortificar nuestro cuerpo con penitencias, procuremos aceptar pacientemente las mortificaciones que Dios nos manda, enfermedades, calores o frío. San Francisco

de Borja llegó tarde a cierto colegio y tuvo que estar al aire libre toda la noche, sometido a intenso frío y nieves. Llegada la mañana, los padres del colegio se apenaron, pero el santo les dijo que aquella noche había recibido grandes consuelos, pensando que Dios era quien se complacía en enviarle aquel viento helado y aquellos copos de nieve.

«Corred, Señor, exclamaba San Buenaventura; corred y herid a vuestros siervos con heridas sagradas para ponerlos al abrigo de las heridas de la muerte» (*Stim. div. am.*, c. 3). Así debemos decir nosotros cuando nos viéramos afligidos por enfermedades y sufrimientos: Señor, afligidnos con estas heridas salvadoras, para que nos veamos libres de las mortales heridas de la carne.—O digamos también con San Bernardo: «Sea quebrantado este despreciador de Dios. Si piensas rectamente dirás: Reo es de muerte; sea crucificado» (*Medit.*, c. 15). Sí, Dios mío, justo es que sea afligido quien os despreció; soy reo de muerte eterna; sea, pues crucificado en esta vida, para que no sea atormentado eternamente en la otra.

Soportemos, al menos, las penalidades que Dios nos manda. Con razón apunta un autor que difícilmente sufre con resignación perfecta las penalidades inevitables quien no se impone las voluntarias. Y, por el contrario, dice San Anselmo que «Dios cesará de castigar al pecador que se castiga a sí mismo en expiación de sus pecados» (*In I Cor.* 11).

III. Bienes que reporta la vida mortificada

Hay quienes se imaginan que la vida mortificada

es vida desgraciada; pero no; no vive vida desgraciada quien se mortifica, sino quien satisface sus sentidos con ofensa de Dios: *¿Quién se le opuso que saliera ileso?* (Iob 9, 4). El alma en pecado es mar tempestuoso: *Los impíos, dice Isaías, son como el mar agitado, que no puede apaciguarse* (Is. 57, 20). Quien no está en paz con Dios, dice San Agustín, «es su propio enemigo y se declara la guerra a sí mismo» (*Enarr. in Ps. 75*). Lo que nos pone en guerra con nosotros mismos y nos hace desgraciados son las satisfacciones que damos a nuestro cuerpo: *¿De dónde esas guerras y de dónde esas contiendas entre vosotros? ¿No provienen acaso de vuestras codicias, que militan en vuestros miembros?* (Iac. 4, 1).

Escuchemos, por el contrario, esta promesa de Dios: *Al que venciere le daré del maná escondido* (Apoc. 2, 17). Dios da a gustar a los amigos de la mortificación las dulzuras de una paz que no se pueden imaginar los inmortificados *y que sobrepuja toda inteligencia* (Phil. 4, 7). Por eso lee en el Apocalipsis: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (Apoc. 14, 13). Los mundanos juzgan desgraciados a quienes viven alejados de los placeres sensuales, pues, como dice San Bernardo, Dios los colma ya en esta vida (*In dedic., serm. 1*). No pueden fallar las promesas de Dios: *Tomad mi yugo sobre vosotros... y hallaréis reposo para vuestras almas* (Mt. 11, 29). No; «el alma amante de Dios, dice San Agustín, no encuentra trabajoso el mortificarse» (*In Io., tr. 48*). Quien ama, nada halla difícil, añade otro autor; antes bien, se avergonzaría de hablar de dificultades (*Lig. v. de Car., c. 4*). *Fuerte como la muerte es el amor* (Cant. 8, 6), y así como nada resiste a la muerte, así también nada resiste al amor.

Si queremos disfrutar de los placeres de la eternidad, habemos de privarnos de los placeres del tiempo. *Quien quisiere poner a salvo su vida, la perderá* (Mt. 16, 25). Lo que hacía exclamar a San Agustín: «No te quieras amar en esta vida, no sea que te pierdas en la eternidad» (*In Io.*, tr. 51). San Juan vió a todos los bienaventurados *de pie delante del trono... (con) palmas en sus manos* (Apoc. 7, 9). Si queremos salvarnos, todos hemos de ser mártires, o por el hierro de los tiranos o por la propia mortificación. Persuadámonos de que todo cuanto sufrimos es nada comparado con la gloria eterna que nos espera: *Porque entiendo*, decía San Pablo, *que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros* (Rom. 8, 18). Estas momentáneas penalidades nos acarrearán eterna felicidad (2 Cor. 14, 17). De aquí esta reflexión del judío Filón: «Las satisfacciones de la vida presente son otros tantos hurtos hechos a nosotros mismos con relación a la vida futura».

San Juan Crisóstomo dice, por su parte, que, «cuando Dios nos da ocasión de padecer, nos otorga una gracia mayor que si nos otorga el poder de resucitar muertos. Al hacer un milagro contraigo deuda con Dios; pero, al sufrir pacientemente, Jesucristo la contrae conmigo» (*In Phil.*, hom. 4). Los santos son las piedras vivas de que está construída la Jerusalén celestial; pues bien, antes de ser colocadas en la obra han de ser talladas con el cincel de la mortificación, como canta la Iglesia (1 Pet. 2, 5). Todo acto de mortificación es, por tanto, un trabajo para el paraíso; este pensamiento nos debe hacer suave cuanto de amargo experimentamos en la mortifica-

ción. Para vivir bien y salvarnos debemos vivir la fe (Rom. 1, 17), es decir, cara a la eternidad que nos aguarda (Eccl. 12, 5). Pensemos, dice San Agustín (*In Ps. 32*, enarr. 2), que el Señor, en el mismo momento en que nos exhorta a combatir las tentaciones, nos facilita su ayuda y prepara nuestra corona. El Apóstol, hablando de los gladiadores, dice que si para ganar la corona mísera y temporal se abstienen de cuanto pueda impedirles la victoria, mucho más habemos nosotros de ir hasta la muerte para conquistar la corona eterna (1 Cor. 9, 25).

PLATICA X

DEL AMOR A DIOS

I. Especial obligación que pesa sobre el sacerdote de ser completamente de Dios

Dice Pedro de Blois que «el sacerdote vanamente se llamará sacerdote si carece de amor a Dios» (*Serm. 41*). «Desde el día de su ordenación ya no se pertenece el sacerdote a sí mismo, dice San Ambrosio, sino a Dios» (*In Ps. 118*). Y antes lo dijo el mismo Dios: *Pues son aquellos quienes han de ofrecer los sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos* (Lev. 21, 6). Orígenes llamó al sacerdote «espíritu consagrado a Dios» (*In Lev.*, hom. 15). El sacerdote, desde su ingreso en el santuario, ha protestado que no quiere más proporción que a Dios (Ps. 15, 5). Pues bien, añade San Ambrosio, «si Dios es la herencia del sacerdote, no

ha de vivir sino para él» (*De Esau*, c. 2). Por esto dice el Apóstol: *Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército* (2 Tim. 2, 4). Jesucristo, respondiendo al joven que le pedía le admitiese en su seguimiento, le prohibió volver a casa para enterrar a su padre, diciéndole: *Sígueme, y deja a los muertos enterrar sus muertos* (Mt. 8, 22). Este fue, según San Ambrosio, el consejo que se ha dado a todos los eclesiásticos, para que comprendieran que han de preferir los asuntos de la gloria de Dios a todas las cosas humanas, que les pueden impedir pertenecerle por completo (*In Lc.*, c. 9).

En la ley antigua dijo Dios a los sacerdotes: *Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos* (Lev. 20, 26), y por eso les ordenó: *No poseerás heredad alguna en su tierra ni participación en medio de ellos; yo soy tu porción y tu heredad en medio de los israelitas* (Num. 18, 20). Oleastro comenta así: «¡Oh sacerdote, si te das cuenta, es ésta gran dignación de Dios, que quiere ser tu heredad! Y si posees a Dios, ¿qué es lo que te faltará? Por lo tanto, el sacerdote ha de repetir con San Agustín: «Que los demás se elijan para su disfrute cuanto terreno y temporal les apetezca, que yo me contento con la posesión de Dios» (*Enarr. in Ps.* 15).

«Y si no amamos a Dios, pregunta San Anselmo, ¿qué vamos a amar?» (*Medit.*, 13). El emperador Diocleciano mandó colocar ante San Clemente de Ancira oro, plata y piedras preciosas, para ver si lo hacía prevaricar de la fe, y el santo exhaló un suspiro doloroso al ver cómo los hombres lo comparaban a Dios con un poco de tierra. *Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). Quien lo posee todo y no tiene a

Dios, nada tiene; pero quien tiene a Dios y carece de todas las cosas, lo tiene todo. Razón tenía San Francisco cuando pasó toda una noche repitiendo: «Mi Dios y mi todo» (Pedeponti 1739, t. 1, p. 20). ¡Dichoso quien pudiera decir con David: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos?; y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallecen mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca y parcela mía Dios por siempre* (Ps. 72, 25-26). Dios mío, ni en el cielo ni en la tierra quiero otra cosa sino a Vos, que sois y tenéis que ser siempre el Señor de mi corazón y mi única riqueza.

Dios merece ser amado por sí mismo, por ser objeto digno de amor infinito; pero debemos amarle al menos por agradecimiento, a causa del amor inmenso que nos ha demostrado en el beneficio de la redención. ¿Qué más podía hacer un Dios que hacerse hombre y morir por nosotros? *Mayor amor que éste, nadie le tiene; que dar uno la vida por sus amigos* (Io, 15, 13). Antes de la redención pudiera haber dudado el hombre de si Dios le amaba tiernamente; pero ¿cómo lo podrá dudar después de haberlo visto morir en la cruz por su amor? Este fue un exceso de amor, como lo llamaron Moisés y Elías en el monte Tabor (Lc. 9, 31); exceso que todos los ángeles nunca podrán comprender por toda la eternidad. «¿Quién entre todos los hombres, pregunta San Anselmo, podía ser digno de que Dios muriera por él?» (*De mensura cruc.*, c. 2). Y, sin embargo, es cierto que el Hijo de Dios murió por cada uno de nosotros (2 Cor. 5, 15). Dice el Apóstol que, cuando los gentiles oían predicar la muerte de nuestro Salvador, teníanlo por locura: *Nosotros predicamos un Cristo crucificado, para los judíos es-*

cándalo, para los gentiles necedad (1 Cor. 1, 23). Pues bien, no fue locura ni mentira, sino verdad de fe; verdad que, como dice San Lorenzo Justiniano, «nos presenta un Dios como enloquecido por amor a los hombres» (*Serm. de Nat. D.*). ¡Oh Dios!, si Jesucristo hubiese querido demostrar su amor al Padre Eterno, ¿podría darle más cierta señal que morir crucificado, como murió por cada uno de nosotros? Más aún: si muriera por nosotros un criado nuestro, ¿podríamos dejar de amarlo? Y ¿dónde está este agradecimiento para con Jesucristo?

Si al menos recordaríamos frecuentemente lo que hizo y padeció por nosotros nuestro Redentor... Mucho agrada a Jesucristo quien recuerda a menudo su pasión. Si alguien padeciese por un amigo suyo injurias, heridas, cárceles, ¡qué pena la daría si el amigo no le recordara ni pensase en ello a menudo! ¡Ah!, ciertamente, cuando el alma piensa frecuentemente en la pasión de Jesucristo y en el amor que nos ha demostrado este Dios enamorado, no es posible que deje de sentirse arrastrada por una fuerza irresistible que la impulse a amarlo: *El amor de Cristo nos apremia* (2 Cor. 5, 14). Y si todos deben abrazarse de amor a Jesucristo, especialmente le debemos amar nosotros, sacerdotes, pues Jesucristo murió especialmente para hacernos sacerdotes, ya que, sin la muerte de Jesucristo, como dijimos, faltaría la víctima sagrada a inmaculada que al presente ofrecemos a Dios; por lo que dice acertadamente San Ambrosio que «más debe quien más recibe; consagrándose, pues, nuestro amor en retorno de su sangre» (*In Lc. c. 7, l. 6*). Esforcémonos por comprender el amor que Jesucristo nos ha testimoniado

en su pasión, y a buen seguro que se irá apagando en nuestro corazón el amor de las criaturas. ¡Ah, si supieras el misterio de la cruz!, decía San Andrés (*Presbyterorum et diaconorum Achaiae de martyrio Sancti Andreae*: MG 2, 1122), cuando el tirano pretendía forzarlo a renegar de Jesucristo. Pretendía decir: «Si supieras, tirano, el amor que te manifestó tu Dios para salvarte, ciertamente que no pensarías en tentarme, sino que te esforzarías en amarlo completamente, agradecido a tanto amor». Dichoso, pues, quien tiene ante los ojos las llagas de Jesucristo. Isaías decía: *Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salvación* (Is. 12, 3). ¡Qué abundantes veneros de devoción, de luces, de afectos, sacan los santos de estas fuentes de salvación! Decía el P. Alvarez que la ruina de los cristianos consiste en la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesucristo. Gloriense los sabios con su ciencia, que el Apóstol sólo se gloriaba de saber a Jesús crucificado: *Resolví no saber cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado* (1 Cor. 2, 2). ¿De qué le valen todas las ciencias a quien no sabe amar a Jesucristo? *Si conociere toda la ciencia*, decía el Apóstol, ... *mas no tuviere caridad, nada soy* (1 Cor. 13, 2). Y en otro lugar escribió: *Aun todas las cosas estimo una pérdida... y las tengo por basuras a fin de ganarme a Cristo* (Phil. 3, 8). Y se gloriaba de llamarse *prisionero de Cristo Jesús* (Ep. 3, 1).

¡Dichoso el sacerdote que, ligado por tan dulces cadenas, se da del todo a Jesucristo! Dios ama más al alma que se le entrega por completo que a cien otras imperfectas. Si un príncipe tuviera cien siervos, noventa y nueve de los cuales le sirvieran con poco amor y renovados disgustos, y sólo uno le sir-

viera por amor, cuidadoso de buscar en todo lo que había de gustar al amo, ciertamente que el príncipe amaría más al criado fiel que a todos los demás: *Las doncellas (son) sin número. Una es mi paloma, mi pura* (Cant. 6, 7).

El Señor ama de tal modo al alma que le sirve perfectamente, como si no estuviese más a quien amar; por eso decía San Bernardo: «Aprende de Cristo cómo debes amar a Cristo» (*In Cant.*, serm. 20). Jesucristo se nos dió todo desde su nacimiento: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is. 9, 6); y se ha dado por amor (Eph. 5, 2). Justo es, por tanto, que nos demos también enteramente a Jesucristo y nos entreguemos por amor. El, dice el Crisóstomo, se nos dió sin reserva regalándonos su sangre, su vida, sus méritos; por lo que, añade San Bernardo, es justo que también nosotros nos entreguemos a El sin reserva (*De modo bene viv.*, c. 8).

Y si esta obligación abarca a todos los hombres, con mayoría de razón se relaciona con los sacerdotes. Hablando San Francisco de Asís de modo particular a los sacerdotes de su Orden, sabedor de la obligación especial que pesa sobre el sacerdote de entregarse por completo a Jesucristo, les decía: Nada retengáis de lo vuestro, sino que Jesucristo os reciba por completo, como por completo se da a vosotros. ¡Ah, quién pudiera decir siempre a Dios, como le decía San Agustín: «Muera a mí mismo para que vos solo viváis en mí!» (*Cant.*, l. 10, c. 29). Mas para pertenecer por completo a Dios se impone que le demos nuestro amor entero y no dividido. No puedo pertenecer del todo a Dios quien ama alguna cosa que no sea Dios o no la ama por El

(ibid.). «¡Oh alma!», exclama San Bernardo, no dividas tu amor entre las criaturas, consérvate sola para aquel Dios que es quien solo merece todo tu amor» (*In Cant.*, serm. 40). Esto quería significar el bienaventurado Gil cuando decía: *Una uni*, dando a entender que esta sola alma que tenemos debemos darla no en parte, sino por completo, a Dios, que es quien únicamente nos ama y quien merece ser amado sobre todas las demás criaturas juntas.

II. Medios que adoptar para entregarse por completo a Dios

1.º Deseo de la perfección

El sacerdote que aspira a consagrarse por completo a Dios ha de tener gran deseo de la santidad: *Y el amor es observancia de sus leyes* (Sap. 6, 18). Los santos deseos son alas que impulsan a las almas a volar hacia Dios: *La senda de los justos es cual fúlgida luz matinal, cuyo brillo va creciendo hasta la plena radiación del día* (Prov. 4, 18). El camino de los justos es como la luz del sol, que aparece por la mañana y va creciendo a medida que avanza; la luz de los pecadores, por el contrario, es resplandor de atardecida que oscurece a medida que avanza el tiempo, de suerte que los desgraciados no ven por dónde van (Prov. 4, 19).

¡Infeliz del que, contento con su vida, no trata de mejorar! «No adelantar, decía San Agustín, equivale a retroceder» (*Ep.* 17). San Gregorio añadía que quien se halla en el río, si no se esfuerza en luchar contra la corriente, será arrastrado por ella. Por eso

San Bernardo hablaba así al tibio: «¿No quieres adelantar? Pues entonces quieres retrasar». Respondes que quieres permanecer como estás, ni mejor ni peor. Pues sábetelo, dice el Santo, que eso es imposible (*Ep.* 254). No puede ser, pues, como dice Job, *el hombre... huye como sombra sin pararse* (Iob 14, 2). Para ganar el premio, es decir, la corona eterna, hay que correr siempre, hasta conquistarla (1 Cor. 9, 24). Quien deja de correr pierde trabajo y corona. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia* (Mt. 5, 6), porque, como cantó la Madre de Dios, el Señor colma a las almas que desean santificarse: *Llenó de bienes a los hambrientos* (Lc. 1, 53); para santificarse no basta un simple deseo, sino que se precisa deseo vehemente, cierta como hambre de santidad. Quien tiene esta dichosa hambre no camina, sino que corre por el camino de la virtud *como chispas en la paja* (Sap. 3, 7), que dijo el sabio. ¿Quién, pues, se santificará? Quien quiera santificarse. *Si quieres ser perfecto, ve..., etc.* (Mt. 19, 21). Pero hay que querer con voluntad decidida; el tibio, como dice el Sabio, también quiere, mas no con voluntad resuelta; desea y desea siempre, pero estos sus deseos le pierde, porque se contenta con ellos y, entre tanto, va de mal en peor: *Quiere, mas sin eficacia, el perezoso... Los deseos del perezoso lo matan* (Prov. 13, 4; 21, 25).

La sabiduría, es decir, la santidad *es hallada por los que la buscan* (Sap. 6, 13); mas para hallarla no basta con desearla, sino hay que desearla con ánimo resuelto de conquistarla. *Si queréis preguntar, preguntad* (Is. 21, 12), decía Isaías. Quien desea la santidad con ánimo resuelto de llegar a ella, pronto lle-

gará. San Bernardo decía que «a Dios no se le busca con los pies, sino con los deseos» (*In Cont.*, s. 84). Y Santa Teresa escribe: «Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor».

Dice el Señor: *Tu boca ensancha y la llenaré* (Ps. 80, 11). La madre no puede alimentar a su hijo si éste no abre la boca para tomar la leche. «Tu boca ensancha», es decir, «dilata tus deseos», como se explica San Atanasio. Mediante los buenos deseos, llegaron los santos muy presto a la perfección: *Llegado en breve a cumplida madurez, llenó el espacio de largos tiempos* (Sap. 4, 13). Esto se verificó especialmente en San Luis de Gonzaga, que llegó a tal santidad en tan pocos años, que Santa María Magdalena de Pazzi, al verlo en el cielo, dijo que se le hacía no haber en la gloria santo alguno cuya felicidad sobrepusiera la de Luis. Y oyó la santa que había conseguido tal gloria merced a los vivos deseos que en la tierra abrigó de amar a Dios cuanto merece ser amado.

«El deseo, dice San Lorenzo Justiniano, presta fortaleza y aligera el trabajo» (*De disc. mon.*, c. 3); y, en cambio, quien la ama ardientemente halla el camino espacioso y camina por él sin trabajo» (*In Ps.* 30, en. 2). Lo largo, pues, del camino no está en el camino, sino en el corazón, esto es, en la voluntad resuelta de darse del todo a Dios: *De tus mandatos correré en la senda al ensancharme tú el corazón* (Ps. 32). Asegura Luis de Blois que el Señor no se paga menos del ardoroso amor que de los santos deseos.

Quien no tenga este deseo de santificarse, pídale a Dios y se lo dará. Persuadámonos que no le es difícil santificarse a quien lo quiere. En el mundo es difícil que el vasallo alcance la deseada amistad del príncipe; pero si yo quiero la amistad de Dios, decía el cortesano de quien hablaba San Agustín (*Conf.*, l. 8, c. 6), «basta que lo quiera ahora y seré amigo suyo». Y San Bernardo asegura que «no pude haber prueba más cierta de la amistad de Dios y de su gracia que el desear gracia mayor, para amarlo aún más» (*De S. Andr.*, serm. 2). Y no importa, dice el santo, que haya sido un pecador en lo pasado, porque Dios no examina lo que el hombre hizo en lo pasado, sino que lo quiere ser en lo por venir.

2.º *Intención de agradar a Dios en todas las cosas*

En segundo lugar, el sacerdote que quiera santificarse debe hacer cuanto hiciere para agradar a Dios. Todas sus palabras, todos sus pensamientos, todos sus deseos y todas sus obras no han de ser más que un acto de amor a Dios. La Esposa de los Cantares se trocaba ya en cazadora, ya en guerrera, ya en vendimiadora o en jardinera; pero bajo todos estos disfraces siempre se veía en ella la enamorada, pues todo cuanto hacía, hacíalo por amor de su Esposo. Pues también el sacerdote, en cuanto habla, piensa, sufre, trabaja, celebra, confiesa, predica, medita, asiste a los moribundos o ejecuta cualquier otra acción, todo ha de ser a impulsos de un solo amor, porque todo ha de hacerlo para agradar a Dios. *Si tu ojo estuviere bueno*, decía Jesucristo, *todo tu cuerpo estará iluminado* (Mt. 6, 22).

Por los ojos entienden los Santos Padres la intención. Así, pues, dice San Agustín: «La intención es la que hace buena la obra» (*In Ps. 21, en. 2*). El Señor dijo a Samuel: *El hombre mira la externa apariencia, mas Yahveh mira el corazón* (1 Reg. 1 Sam. 16, 7). Los hombres se contentan con las obras exteriores que ven; pero Dios, que ve el corazón, no se contenta con las obras si no ve que se las ejecuta con el fin recto de agradarle. David cantaba: *Te ofreceré holocaustos succulentos* (Ps. 65, 15). Las acciones que no van acompañadas de recta intención son víctimas sin sustancia que Dios rechaza. En las ofrendas que se presentan al Salvador, dice Salviano, no se detiene en el valor de lo ofrecido, sino en el afecto con que se le ofrece (*Ad. Avarit., l. 1*). Con razón se dijo de nuestro Salvador: *Todo lo ha hecho bien* (Mc. 7, 37), pues en todo cuanto hizo no buscó más que el agrado de su Eterno Padre: *No busco yo mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (*Dial. adv. Lucif.*).

Pero, ¡ah Dios mío!, qué pocas obras hacemos plenamente gratas a Dios, pues son pocas las que no vayan acompañadas de algún deseo de nuestra propia gloria. ¡Cuántos sacerdotes, en el día del juicio, dirán a Jesucristo: *Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios?* (Mt. 7, 22). Señor, hemos predicado, celebrado misas, oído confesiones, convertido almas, asistido moribundos. El Señor responderá: *Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad* (ibid., 23). Apartaos, que nunca os conocí como mis ministros, ya que no trabajasteis por mí sino tan

sólo por vuestra gloria e intereses.

Por esto nos advierte Jesucristo que mantengamos secretas las buenas obras que hiciéremos: *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha* (Mt. 6, 3). Y la razón es, como explica San Agustín, «para que la vanidad no logre destruir lo que hubiéremos hecho por Dios» (*Serm.* 60 de temp.). Dios odia los robos en los sacrificios (Io. 61, 8). Por robo se entiende aquí buscar la gloria propia o los intereses propios en las obras de Dios. Quien ama de veras a Dios, dice San Bernardo, cierto que merece la recompensa, mas no la busca; la única recompensa que ambiciona es agradar al Dios a quien ama (*De dil. Deo.*, c. 7). En una palabra, añade, el verdadero amor está contento de sí mismo, de ser amor, y ya nada más busca.

He aquí las señales por las que se conoce si un sacerdote obra con recta intención: 1. Si ama los trabajos de su mayor desagrado y de menos relieve. 2. Si se queda tranquilo cuando sus planes o tiene éxito; quien obra por Dios, ya alcanza su fin, que es agradarle; quien, por el contrario, se intranquiliza al considerar el fracaso de sus planes, da indicios de que no ha obrado sólo por Dios. 3. Si disfruta del bien que hacen los demás como si él mismo lo hiciera y ve sin envidia que los demás emprendan las obras que emprenden, deseando que todos procuren la gloria de Dios, repitiendo con Moisés: *¡Pluguiera a Dios que todo el pueblo de Yahveh fuesen profetas!* (Num. 11, 29).

Los días del sacerdote, que todo lo hace por Dios, son días colmados (Ps. 72, 10), a diferencia de quienes obran por fines propios, de quienes se dice que *no llegarán a promediar sus días* (Ps. 54, 24). Por

esto dice San Eusebio que habemos de confesar que «sólo vivimos el día en que renunciamos a nuestra voluntad propia» (*Ad Monach.*, hom. 9). Séneca decía que «más nos obliga quien nos hace un obsequio insignificante, pero por amor nuestro, que quien nos lo hace aparatoso, pero por motivos interesados» (*De benef.*, l. 1, c. 7). Ciertamente, el Señor se complace más con una obra insignificante ejecutada más por obedecer su voluntad que con todas las obras más brillantes hechas por satisfacción propia. Jesucristo dijo de aquella pobre viuda que echó unos centimillos de limosna en el cepillo del templo que había dado más que todos los demás (Mc. 12, 43), lo que comenta San Cipriano diciendo: «Miró el Señor no el valor de la moneda, sino el del afecto con que la dió» (*De ope et eleem.*).

Viendo el abad Pambón pasar a una señora ricamente engalanada, rompió a llorar, y, como le preguntaran la causa, respondió: ¡Dios mío, cuánto más hace ésta para contentar a los hombres que lo que yo para contentar a Dios—Léese en la vida de San Luis Rey que en cierta ocasión se vió una mujer con una antorcha encendida en la mano y un vaso de agua en la otra; preguntóle un padre dominico, cortesano del rey, para qué llevaba esas cosas, y ella le respondió: «Con este fuego quiero abrasar el paraíso y con este agua apagar el infierno, para que únicamente sea amado Dios, pues se lo merece». ¡Dichoso el sacerdote que obra solamente por agradar a Jesucristo! Esto equivale a imitar a las almas bienaventuradas, que, como dice el Angélico, experimentan más gloria con la felicidad de Dios que con la propia, porque le aman más que a sí mismas (*De beatitud.*, c. 7).

3.º *Paciencia en los dolores y humillaciones*

En tercer lugar, el sacerdote que quiere santificarse ha de estar presto a sufrir en paz y por Dios la pobreza, las humillaciones, la enfermedad, todo, incluso la muerte. El Apóstol escribió: *Glorificad a Dios en vuestro cuerpo* (1 Cor. 6, 20). Estas palabras las comenta así el abad Gilberto: «San Pablo quiere que llevemos a Cristo, pero gloriosamente, no con tristeza ni quejas; que le llevemos, no que le arrastremos a la fuerza» (*In Cant.*, serm. 17). El alma no demuestra su amor a Dios aceptando los consuelos, sino los dolores y humillaciones, como dijo nuestro Redentor cuando salió al encuentro de los soldados que iban a prenderlo para darle muerte: *Es menester conozca el mundo que amo al Padre y que, como lo mandó el Padre, así lo hago. Levantáos, vamos de aquí* (Io. 14, 31). Por esto los santos, a ejemplo de Jesucristo, fueron alegremente a abrazarse con los tormentos y con la muerte, San José de Leonisa, capuchino, había de someterse a una operación dolorosísima, para lo que pretendían atarlo con cuerdas, y el santo, tomando el crucifijo en las manos, exclamó: ¡Cuerdas!, y ¿para qué cuerdas? Este Salvador mío, enclavado por mí en la cruz, es quien me ata y obliga a sufrir todas las penalidades por su amor. Y así sufrió la operación sin lamentarse. Santa Teresa decía: «¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que nos las abraza, y las ame, y las desee? San Bernardo se expresaba así: «Quien ama al crucifijo tiene por grata la ignominia de la cruz» (*In Cant.*, serm. 25).

Dice el Apóstol que especialmente nosotros,

sacerdotes, hemos de darnos a conocer por verdaderos ministros de Dios en la paciencia: *Acreditándonos en todo como ministros de Dios, con muchas paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en aperturas, en golpes, en prisiones, en motines, en fatigas, en noches sin dormir, en días sin comer* (2 Cor. 6, 4-5). Tomás de Kempis escribía: «En el día del juicio no se nos pedirá cuenta de lo que leímos, sino de lo que hicimos» (*De imit. Chr.*, l. 1, c. 3). Sabios hay que saben muchas cosas, y al cabo de ello no saben soportar nada por Dios; y lo que aun es peor, ni saben reconocer el gran defecto de su impaciencia: *Tiene ojos y no ve, oídos tiene y no oye* (ier. 5, 21). ¿De qué vale la ciencia a quien no tiene caridad? *Si conociere toda la ciencia..., mas no tuviere caridad, nada soy* (1 Cor. 13, 2). La caridad, como notó el mismo Apóstol, *es sufrida* (ibid., 7). Quien quiere santificarse ha de pasar por la persecución: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos* (2 Tim 3, 12). Y antes lo dijo nuestro Salvador: *Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán* (Io. 15, 20). «La vida de los santos, escribía San Hilario, no puede ser tranquila y tiene a menudo que pasar por contradicciones y probada con la paciencia» (*In Ps.* 128). El Señor aflige a quienes acepta por hijos (Hebr. 12, 6); *Yo a cuantos amo reprendo y corrijo* (Apoc. 3, 19). Y ¿por qué? Porque la paciencia es la prueba del amor y de la perfecta fidelidad del alma (Iac. 1, 4). Así lo declaró el arcángel San Rafael al santo Tobías: *Y puesto que eras acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase* (Tob. 12, 13).

Quizás nos mortifique alguna vez la falta que no hemos cometido; pero ¿qué importa?, dice San

Agustín; «debemos aceptar aquella mortificación, al menos en satisfacción de otras faltas que pudiéramos haber cometido» (*In Ps., 68, serm. 1*). Estemos persuadidos del consejo de Judit, que en esta tierra no nos vienen los castigos de Dios para ruina nuestra, sino para que nos enmendemos y evitemos así el castigo eterno (Judith 8, 27). Por lo tanto, si nos reconocemos deudores a la justicia divina por los pecados pasados, no tan sólo debemos aceptar con paciencia las tribulaciones que nos sobrevengan, sino que también debemos repetir con San Agustín: «Señor, quemad aquí, aquí cortad; no perdonéis aquí para que perdonéis en la eternidad». Job decía: «*Si aceptamos de Elohim el bien, ¿no hemos de aceptar también el mal?*» (Job 2, 10). Decía esto porque sabía sobradamente que los males, es decir, las tribulaciones de esta vida, aceptados pacientemente, nos reportan más ganancia que todas las ventajas temporales.

Y, sobre todo, los trabajos de la vida presente han de ser soportados de buena o de mala gana; quien los sufre pacientemente, gana méritos para el paraíso; quien los sufre con impaciencias, no deja de sufrirlos, pero mereciendo para el infierno. «Los mismos golpes, decía San Agustín, que sirven para llevar los buenos a la gloria, sirven para echar a los malos al fuego» (*Serm. 52*). Hablando el mismo santo del bueno y de mal ladrón, dice: «Unidos en un mismo suplicio, estaban separados por su manera de sufrir» (*Ep. 185*). Entrambos padecían la muerte, pero uno, por recibirla pacientemente, se salvó; en tanto que el otro, por padecerla blasfemando, se condenó. Vio el apóstol San Juan que los bienaventurados que disfrutaban de la vista de Dios en el cielo no procedían de las delicias de la tierra, sino de las tribulaciones,

por lo que oyó que decían: *Estos son los que vienen de la gran tribulación...; por eso están delante del trono de Dios* (Apoc. 7, 14).

4.º *Conformidad con la voluntad de Dios*

Finalmente, quien desea santificarse no debe querer más que lo que Dios quiere. Todo nuestro bien consiste en unírnos a la voluntad de Dios. *Su benevolencia de por vida* (Ps. 29, 6). Santa Teresa decía: «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conforme con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual». Esto es todo lo que nos pide el Señor, que le demos el corazón, es decir, la voluntad: *Dame, hijo mío, tu corazón* (Prof. 23, 26). Dice San Anselmo que «Dios nos pide el corazón como el mendigo que, a pesar de las repulsas, no se marcha y torna a sus peticiones» (*De mens. cruc.*, c. 5). No podemos, por tanto, ofrecer cosa más grata a Dios que nuestra voluntad, repitiéndole con el Apóstol: *Señor, ¿qué quieres que haga?* (Act. 9, 6).

Por eso escribió San Agustín que «no podemos hacer cosa más grata a Dios que decirle: Tomad posesión de nosotros» (*In Ps. 131*). El Señor, hablando de David, dijo que había hallado un hombre según su corazón; y ¿por qué? Porque David cumplía por completo la voluntad de Dios (Act. 13, 22). Procuremos, por tanto, repetir siempre sus palabras: *Ensé-*

ñame a cumplir tu voluntad (Ps. 142, 9). Enseñadme, Señor, a hacer únicamente lo que vos queréis. Para ello es necesario que nos ofrezcamos a menudo a Dios, repitiendo con el mismo santo Profeta: *Firme está mi corazón, ioh Dios!, firme mi corazón* (Ps. 56, 8).

Pero nótese que el mérito consiste en conformarnos con la voluntad de Dios, no tanto en las cosas que nos son gratas cuanto en las que son contrarias a nuestro amor propio; ésta es la piedra de toque del amor que profesamos a Dios. El Beato Juan de Avila escribía: «Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de El, y esto no en las prosperidades (que aquello, poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un «ibendito sea Dios!» que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades» (Madrid, Ap. de la Pr., 1941). Y aquí «es preciso que entendamos, dice San Agustín, que todo cuanto nos acaece, acaece por voluntad de Dios» (*In Ps. 148*); que esto significa lo que decía el Eclesiástico: *Felicidad y desgracia, vida y muerte, pobreza y riqueza, de Yahveh proceden* (Eccli. 11, 14). De aquí que, cuando alguno nos injuria, no quiere Dios el pecado de quien nos injuria, sino que quiere que suframos la ofensa. Así, pues, cuando se nos despoja de la reputación o de los bienes, debemos exclamar con Job: *Yahveh lo dió y Yahveh lo ha quitado: iel nombre de Yahveh sea bendito!* (Io 4, 13).

Quien ama la voluntad de Dios, aun aquí abajo disfruta de inalterada paz: *Pon en el Señor tus complacencias y de tu corazón colmará el ansia* (Ps. 36, 4). Nuestro corazón, como creado para un bien infinito, no se puede contentar con todas las criaturas,

que son finitas; de aquí que, por muchos que fueren los bienes que acumuláremos, si no fueren Dios, nuestro corazón no se contentaría y siempre buscaría más; pero cuando halla a Dios lo encuentra todo y Dios satisface todos sus deseos. Por eso dijo el Señor a la samaritana: *Quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente* (Io. 4, 13). Y en otro lugar dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados* (Mt. 5, 6). Por eso quien ama a Dios nunca se aflige, por contrariedades que le sobrevengan (Prov. 12, 21). El justo sabe que cuanto le acontece, proviene por voluntad de Dios. Cuando los santos son humillados, dice Salviano, tienen lo que desean: si padecen pobreza, disfrutan de ser pobres; en una palabra, quieren tan sólo lo que Dios quiere, y por esto disfrutan de inalterable paz (*De gub. Dei*, l. 1). Ciertamente que es permitido en las tribulaciones acudir al Señor para que nos libre de ellas, como pidió Jesucristo en el huerto de los Olivos: *Padre mío, si es posible, pásame de mí este cáliz* (Mt. 26, 39); pero hay que añadir inmediatamente, como añadió el Redentor: *Mas no como yo quiero, sino como quieres tú* (ibid.).

Ciertamente que lo que Dios quiere es lo mejor para nosotros. El P. Avila escribió a cierto sacerdote enfermo: «No tanteéis lo que hiciérais estando sano; más cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?» (Madrid, Ap. de la P., 1941). Resignémonos a todo, aun a ser molestados por las tentaciones que nos inducen a ofender a Dios. Pedía el Apóstol al Señor lo librara de sus muchas tenta-

ciones contra la castidad: *Se me dió una espina en mi carne, emisario de Satanás...* Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí (2 Cor. 12, 7); pero Dios le respondió: *Te basta mi gracia* (ibid.). Persuadámonos que Dios no sólo desea, sino que está solícito de nuestro bien; *El Señor, empero, cuídase de mí* (Ps. 39, 18). Abandonémonos, pues, en sus manos, porque tiene mucho cuidado de nosotros (1 Pet. 5, 7).

¡Cuál no será el consuelo del alma en la hora de la muerte si se viere completamente conforme con la voluntad de Dios! Mas quien quiera morir con esta conformidad, tiene, en primer lugar, que conformarse en la vida. Procuremos, por tanto, acostumbrarnos a resignarnos, repitiendo siempre la máxima de los santos, enseñada por Jesucristo: *Hágase tu voluntad* (Mt. 6, 10). O también como dijo nuestro mismo Salvador: *Bien, Padre, que así pareció bien en tu acatamiento* (Mt. 11, 26). Ofrezcámonos también continuamente a Dios, diciendo con su divina Madre: *He aquí la esclava del Señor* (Lc. 1, 38); disponed de mí y de cuanto me pertenece como os pluguiere, pues todo lo acepto. Santa Teresa se ofrecía a Dios cincuenta veces al día. Digámosle también con el Apóstol: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (Act. 9, 6). Dios mío, dadme a conocer lo que de mí queréis, que todo lo quiero hacer.

Grandes cosas hicieron los santos para encontrar la voluntad de Dios: unos se internaron en los desiertos, otros se encerraron en los claustros y muchos sacrificaron la vida entre tormentos. Unámonos también nosotros, sacerdotes, con la voluntad de Dios y santifiquémonos, pues estamos más obligados

que los demás, y no desconfiemos por nuestros pecados pasados. «Dios, dice San Bernardo, no mira lo que hizo el hombre, como dijimos arriba, sino qué quiere ser en adelante». La voluntad determinada triunfa de todo con la ayuda divina.

Recemos siempre, porque quien pide recibe (Mt. 7, 8). Y entre las oraciones, que nos sea particularmente estimada la hermosa súplica de San Ignacio de Loyola: «Dame, Señor, tu amor y tu gracia, y con ello soy suficientemente rico» (*Otat. «Suscipe, Domine», in Brev. Rom. in actione gratiarum post M.*). Y este don del amor divino hay que buscarlo continua e instantemente, como lo pedía San Agustín con esta oración: «Oídmeme, oídmeme, Dios mío, padre mío, honra y salvación mía, mi luz y mi vida; oídmeme, oídmeme. Cura y abre mis ojos. Recibe a quien huyó de ti, a pesar de haber servido a tantos enemigos tuyos. Conviérteme en puro y perfecto amator de tu sabiduría» (*Solil.*, l. 1, c. 1) Y «al pedir las gracias, añadiré con San Bernardo, valgámonos siempre de la intercesión de María, que alcanza a sus siervos cuanto pide a Dios» (*De aquaed.* n. 8: ML 183, 441-442).

PLATICA XI

SOBRE LA DEVOCION A MARIA SANTISIMA

(Esta plática se puede predicar tanto como sermón como a modo de plática, según se prefiera; pero en entrambos casos se ruega a quien predique a los sacerdotes que no omita esta predicación, porque tal vez sea más útil que todas las demás, puesto que sin

la devoción a María Santísima es moralmente imposible que el sacerdote sea bueno.)

Consideremos en primer lugar la necesidad que tienen los sacerdotes de la intercesión de María y a continuación la confianza que han de tener en esta divina Madre.

I. Necesidad moral de la intercesión de la Santísima Virgen

En cuanto a la necesidad de la intercesión de la Madre de Dios, es cierto que el concilio de Trento dice tan sólo que la intercesión de los santos es útil, sin declarar que sea necesaria. Con todo, Santo Tomás se propone esta duda: «Si hemos de pedir a los santos que intercedan por nosotros», y responde afirmativamente, diciendo que «el orden de la ley divina exige que los mortales nos salvemos por mediación de los santos, alcanzando por su medio las gracias necesarias para la salvación» (*In 4 Sent.*, dist. 45, q. 3, a. 3). He aquí sus palabras: «Según San Dionisio, el orden establecido entre los seres exige que los últimos vuelvan a Dios por medio de los que se hallan más aproximados a El. Y como los santos que están en la patria están muy próximos a Dios, el orden de la divina ley exige que nosotros, que estamos retenidos lejos del Señor por los lazos del cuerpo, volvamos a El por intermedio de los santos». Y añade a continuación: «Así como los beneficios de Dios nos vienen por medio de los sufragios de los santos, así es preciso que volvamos a Dios para recibir de nuevo, con su mediación, otros beneficios». En igual pensamiento abundan otros autores, y en

especial el continuador de Tournely, que dice con Silvio: «Por ley natural estamos obligados a observar el orden establecido por Dios, que determinó que los inferiores llegaran a la salvación implorando el auxilio de los superiores (*De Relig.*, p. 2.^a, a. 5).

Pues bien, si esto se aplica a la intervención de los santos, con mayoría de razón se aplica a la intercesión de María, cuyos ruegos ante Dios valen más que todos los de los santos. Escribe Santo Tomás que «los santos pueden salvar a muchos en virtud de la gracia abundante que Dios les otorga, pero que la Santísima Virgen mereció tanta gracia que puede salvar a todos» (*Expos. in Sal. Amg.*). Y San Bernardo dice que así como tenemos acceso a Dios por medio de su Hijo, Jesucristo, así tenemos acceso al Hijo por medio de la Madre» (*In Adv. Dom.*, serm. 2); de lo que concluye que todas las gracias nos vienen de Dios por mediación de María. «Dios puso en María, son sus palabras, la plenitud de todo bien, de suerte que, si tenemos esperanzas de gracia y de salvación, hemos de reconocer que provienen de la sobreabundancia de quien es huerto de delicias, para que de ella, como de jardín delicioso, se exhale los aromas de la gracia por doquiera» (*De aquaed.*). Y la razón que da el santo es ésta: «Tal es la voluntad de quien quiso que todo lo tuviéramos por medio de María» (*De aquaed.*). A esto se reducen los textos de la Escritura que la santa Iglesia aplica a María: *quien me halla, ha hallado la vida* (Prov. 8, 35). *Los que obran por mí, no pecarán. Los que me esclarecen tendrán la vida eterna* (Eccli. 24, 25). Sirva para confirmarnos en este sentimiento lo que nos hace decir la santa Iglesia en la *Salve Regina*, en que se nos hace llamar a María: «Vida, dulzura y esperanza nuestra»

(Ant. *Salvae Regina*).

San Bernardo nos exhorta a recurrir a esta Madre de Dios con segura confianza de alcanzar las gracias que pidiéremos, porque el Hijo no sabe negar nada a la Madre. Y afirmaba que María «era toda la razón de su esperanza», concluyendo que todas las gracias que necesitamos las hemos de buscar por medio de María, porque alcanza cuanto pide y sus ruegos no pueden ser desoídos (*De aquaed.*, n. 8: *ML* 183, 441-442). Y antes que San Bernardo, se expresó idénticamente San Efrén: «No tenemos más esperanza que vos, Virgen purísima» (*De laudius B. M. V.*). Lo mismo dijo San Ildefonso: «Todos los bienes que la divina Majestad determinó otorgarnos, quiso ponerlos en vuestras manos y os confió todos sus tesoros y todos los joyeles de sus gracias» (*De cor. virg.*, c. 15). En el mismo sentido abundó San Pedro Damiano: «En tus manos están todos los tesoros de las misericordias de Dios» (*De Nativ.*, s. 1). De igual modo se expresó San Bernardino de Siena: «Tú eres la dispensadora de todas las gracias; nuestra salvación está en tus manos». Lo mismo dijeron también San Juan Damasceno, San Germán, San Anselmo, San Antonino, el Idiota y muchos otros graves autores, como Séñeri, Paciuchelli, Crasset, Vega, Mendoza y otros con el docto P. Natal Alejandro, que escribió: «Dios quiere que esperemos de El todos los bienes por la poderosísima intercesión de la Madre Virgen, a condición de que la invoquemos cual conviene» (*Ep. 50 in calce Theolog*). Lo mismo dejó escrito el P. Contenson, quien explicando las palabras de Jesús en la cruz a San Juan: *He ahí a tu Madre* (Io. 19, 27), añade: «Nadie participará de los merecimientos de mi sangre sino por la intercesión

de mi Madre. Mis llagas son fuentes de gracias, pero las fuentes no se deslizan sino por el canal de María. Discípulo mío, Juan, tanto te amaré cuanto tú la amares» (*Theol. ment. et cord.*, tít. 2, l. 10, dist. 4, c. 1).

Si todos han de ser devotos de esta Madre de Dios por la necesidad moral en que todos estamos de la intercesión de María, con mayoría de razón debemos serlo los sacerdotes, quienes por nuestras mayores obligaciones necesitamos mayores gracias para salvarnos. Siempre debemos estar los sacerdotes a las plantas de María, pidiéndole que nos socorra. San Francisco de Borja recelaba mucho de la perseverancia y de la salvación de quienes no tienen especial devoción a la Señora, porque, como dice San Antonino, «quien pretende las gracias sin la intervención de María, intenta volar sin alas» (p. 4.^a, tít. 15, c. 22). Y San Anselmo se atreve a decir que «es imposible que se salve quien la abandona» (*Orat.* 51). Lo mismo dejó escrito San Buenaventura: «Quien la abandonare, morirá en su pecado» (*Psalt.* B. V. M., ps. 116). San Alberto Magno dijo: «Quien no os sirviere, perecerá» (*Bibl. Mar. Is.*, n. 20). Y Ricardo de San Lorenzo: «En el mar del mundo se sumergirán cuantos no se refugiaren en esta nave» (*De laud. B. M. V.*, l. 11). Por el contrario, quien es fiel en la servidumbre de la Santísima Virgen, ciertamente se salvará. ¡Oh Madre de Dios!, decía San Juan Damasceno, si en vos confío, me salvaré. Si me viere bajo vuestra protección, nada temeré, porque ser vuestro devoto equivale a tener las armas para asegurarse la victoria, que Dios no concede más que a quienes quiere salvar.

II. Confianza que se debe tener en la intercesión de la Madre de Dios

Veamos ahora la confianza que habemos de tener en la intercesión de María, por ser tan poderosa y tan compasiva.

I. Con relación a su poder. Cosme de Jerusalén llamaba a la intercesión de nuestra Reina no sólo poderosa, sino omnipotente (*Hymn.* 6). Y Ricardo de San Lorenzo escribe: «El omnipotente Hijo comunicó la omnipotencia a su Madre» (*De laud. B. M. V.*, l. 4). El Hijo es omnipotente por naturaleza; la madre lo es por gracia, porque alcanza de Dios cuanto pide. Y esto, por dos razones: la primera, porque María ha sido la criatura más fiel y la más amante de Dios; por lo que, como dice el P. Suárez, el Señor la ama más que a todos los demás bienaventurados juntos. Cierta día oyó Santa Brígida que Jesús decía a su Madre: Madre, pídemme lo que quieras, porque tus ruegos no pueden quedar sin efecto (*Rev.*, l. 6, c. 23); y añadió luego: «Porque tú no me negaste nada en la tierra, yo nada te negaré en el cielo» (*Rev.*, l. 6, c. 23). La segunda razón es que María es Madre, por lo que dice San Antonino que sus ruegos tienen caracteres de mandato, por ser ruegos de Madre (p. 4.^a, tít. 15, c. 17, § 4). De aquí que el Damasceno le dijese: «Señora, vos sois omnipotente para salvar a los pecadores y no necesitáis recomendación alguna ante Dios, pues sois su Madre». San Jorge de Nicomedia escribe que Jesús, para satisfacer de alguna manera lo obligado que está con María, por haberle dado el ser humano, hace cuanto le pide (*Or. de Ingr. B. V.*). Y por eso llega a decir San Pedro Da-

miano que, «cuando María se le acerca a pedirle alguna gracia para sus devotos, se le acerca no sólo con ruegos, sino con mandatos, como señora y no como sierva, y el Hijo la honra no negándole nada».

Desde que María se hallaba en esta tierra tuvo el privilegio de ver cómo su Hijo la honraba, despachando favorablemente todos sus ruegos. San Juan Crisóstomo, hablando de la petición que hizo al Hijo la Santísima Virgen de proveer de vino a quienes de él carecían en las bodas de Caná de Galilea, con sólo decirle: *No tienen vino* (ibid., 4), dice que, a pesar de que el Redentor parece haber negado la concesión de la merced respondiendo: *¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora* (ibid., 4), sin embargo no dejó de acceder a la petición de su Madre (In Io., hom. 21).

Los ruegos de María, dice San Germán, alcanzan gracias insignes a los pecadores más perdidos, porque son ruegos avalados con la autoridad de Madre (In dorm. Deip., serm. 2). En una palabra, no hay nadie, por impío que sea, a quien María no pueda salvar con su intercesión si se lo propone; por lo que le decía San Jorge, arzobispo de Nicomedia: «¡Oh excelsa Madre de Dios!, tienes poder insuperable y ni la muchedumbre de los pecados puede sobrepujar tu clemencia. Nada resiste a tu poder, pues el Creador estima como propia tu gloria» (De ingressu B. V. N. in templum: MG 100, 1439). «Nada, pues, os es imposible, Reina mía, le dice San Pedro Damiano, ya que podéis socorrer y salvar hasta a los desesperados» (De Nat. B. V. M., serm. 44, inter «Opera S. Petri Damiani»; ML 144, 740).

II. Tanto como el poder de María para salvarnos con su intercesión, brilla su misericordia en querer-

nos salvar. «Ni le falta poder ni le falta voluntad», dice San Bernardo (*In Assumpt.*, s. 1). Llámase Madre de misericordia porque la compasión que nos tiene la mueve a amarnos y socorrernos, como la madre socorre al hijo enfermo. El amor de todas las madres juntas, dice el P. Nieremberg, no llega al amor que María tiene a un solo devoto suyo que se le encomienda. Por eso se la compara al hermoso olivo que se halla en la llanura: *Como gallardo olivo en la llanura* (Eccli. 24, 19). Dícese en la llanura, comenta el cardenal Hugo, para que todos la vean y se refugien en ella (Cf. *Appendix ad HUGONIS Opera mystica*, serm. 47, *In Assumpt.*: ML 177, 1028). Así como el olivo da aceite, símbolo de misericordia, así María difunde sus misericordias sobre quienes recurren a ella.

El bienaventurado Amadeo y el venerable San Beda (*In cap. 1 Lc.*) aseguran que nuestra Reina está continuamente en el cielo rogando por nosotros. San Bernardo exclama: Y «¿qué otra cosa puede brotar de una fuente de misericordia sino misericordia?» (*Dom. 1 post. Epiph. serm. 1*). Santa Brígida oyó que nuestro Salvador decía a María: «Madre, pídemelo que quieras», y que María respondió: «Pido misericordia para los miserables» (*Rev.*, l. 6, c. 32; l. 1, c. 50). Como si dijese: «Hijo, ya que me hicisteis Madre de misericordia, ¿qué he de pedir? No os pido más que piedad para los miserables pecadores». La inmensa caridad en que arde el corazón de María para con nosotros, dice San Bernardo, la fuerza a abrir a todos el seno de la misericordia (*In Sign. magn.*).

San Buenaventura decía que «mirando a María se

le hacía no ver ya la justicia que lo espantase, sino la divina misericordia que Dios puso en manos de María para socorrer a los miserables» (*Stim. div. am.*, p. 3.^a, c. 19). Y, según San León, María está colmada de tanta misericordia que se la debe llamar la misma misericordia (cf. *Mariale*, q. 163, n. 10). En efecto, ¡oh Madre de misericordia!, exclama San Germán, «después de Jesucristo, ¿quién tiene tanta solicitud de nuestro bien como vos? ¿Quién nos socorre como vos en nuestras aflicciones? ¿Quién combate así a favor de los pecadores? Por eso, vuestro patrocinio es mayor que lo que se pudiera imaginar» (*De zona Deip*). San Agustín, hablando de María, escribe: Sabemos, ¡oh María!, que sólo «vos os interesáis por nuestro bien más que todos los santos» (S. BUENA-VENTURA, *Spec. B. V.*, lect. 6). Como se dijera: «¡Oh Madre de Dios!, cierto que todos los santos desean nuestra salvación; pero el celo que vos desarrolláis, asistiéndonos desde el cielo, y el amor que nos profesáis, obteniéndonos incesantemente tanto cúmulo de gracias derramadas a manos llenas, nos impulsan a declarar que sólo vos nos amáis, verdaderamente y que sólo vos sois la llena de solicitud por nuestro bien». Y San Germán añade: «María ruega siempre por nosotros y torna a rogar, «sin saciarse nunca de interceder en nuestra defensa» (*De zona Deip.*).

Bernardino de Bustos dice que «más desea María dispensarnos mercedes que nosotros recibirlas» (*Marial.*, p. 2.^a, serm. 6: Opera, t. 3 [Brixiae 1588], p. 185). Y añade esta reflexión: que así como el demonio, según dice San Pedro, *como león rugiente anda en torno buscando a quien devorar*, (1 Pet. 5, 8), «así anda María en torno buscando a quien sal-

var» (*marial.*, p. 3.^a, serm. 1). Y yo pregunto: ¿quién recibe las gracias de María?; y respondo: el que las quiere. Decía cierta alma santa: A María le basta pedir las gracias para obtenerlas. San Ildefonso escribía que «debemos pedir a la Señora nada más que ruegue por nosotros, porque ella con sus ruegos nos alcanzará gracias mayores que las que nosotros pudiéramos pedir» (*De Reth.div.*, c. 18). ¿Por qué hay muchos que no reciben gracias de la Señora? Porque no las quieren. Quien esté ligado por la pasión del interés, o de la ambición, o de afecto no puro, no quiere la gracia de verse libre de ella, porque no la pide; si la pidiera a María, ciertamente la alcanzaría. Pero idesgraciado e infeliz, dijo la misma Santísima Virgen a Santa Brígida, el que, pudiendo recurrir a ella en esta vida, quede por su culpa miserable y perdido en sus pecados! (*Rev.*, l. 2, c. 23) Tiempo vendrá en que querrá acudir a la Virgen, y no podrá.

¡Ah!, no nos expongamos a tamaño peligro. Recurramos siempre a esta divina Madre, que no sabe dejar descontento a quien a ella recurre. «Es tan benigna, dice Luis de Blois, que no permite que nadie se aparte triste de ella» (*Allop.*, l. 1, p. 4.^a, c. 12). «María está siempre pronta a ayudar a quien la invoca, como dice Ricardo de San Lorenzo» (*De laud. B. M. V.*, l. 2, p. 1). Y Ricardo de San Víctor añade que «la compasión de María previene nuestras súplicas y nos socorre antes de que se lo pidamos» (*In Cant.*, c. 23). Y la razón es, añade el mismo autor, porque «María está tan colmada de misericordia, que no puede ver nuestras miserias sin ayudarnos» (*In Cant.*, c. 23) Y «¿quién, exclama Inocencio III, recurrió a María sin que le atendiera?» (*Sermones de Sanctis. Sermo de Assumpt.*: ML 217, 584, serm. 2).

«¿Quién imploró nunca su socorro, pregunta también el bienaventurado Eutiquio, y fue de ella abandonado?» (SIRIUS, 4 febr., *Vit. S. Theoph.*). ¡Oh Virgen santa!, añade San Bernardo, «si se hallara alguien que después de haberos invocado se acordara no haber sido socorrido por vos, paso porque éste deje de alabar vuestra misericordia» (*De Assumpt.*, serm. 4, n. 8: ML 183, 428). Pero no, este caso no se ha dado ni se dará; porque María, dice San Buenaventura, no puede menos de compadecer y socorrer a los miserables (*Stim. div. am.*, p. 3.^a, c. 13). Por lo que añadía el santo que «ofenden a esta Madre de misericordia, que tanto desea ayudarnos y vernos salvos, no sólo quienes la injurian positivamente, sino también quienes dejan de pedir sus gracias» (*Stum. div. am.*, p. 3.^a, c. 13).

Recurramos, pues, a María, y no desconfiemos de su misericordia al vernos indignos de ser oídos a causa de nuestros pecados. Reveló el Señor a Santa Brigida que hasta Lucifer se salvaría si el soberbio se humillara y le pidiese su socorro. Y la misma Virgen dijo a la propia Santa Brígida que «cuando un pecador se acerca a sus plantas, no mira los pecados que trae, sino la intención con que se acerca, y si viene con ánimo de cambiar de vida, lo cura y lo alcanza la salvación» (*Rev.* l. 2, c. 23; l. 6, c. 17). Por eso San Buenaventura llamaba a María «salvación de los que la invocan». Basta recurrir a María para salvarse.

III. Práctica de la devoción a María Santísima

Vuelvo a repetirlo: acudamos siempre a esta excelsa Madre de Dios, pidiéndole se digne proteger-

nos. Y para merecer mejor su protección, procuremos honrarla cuanto podamos. Al gran siervo de María, San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, preguntáronle sus hermanos, en la hora de la muerte, qué podían hacer para granjearse la gracia de María, y él les respondió: «Cualquier cosa, por pequeña que sea, con tal de que sea constante». Basta cualquier insignificante obsequio para asegurarse la protección de la Madre de Dios. Ella se contenta con el más mínimo de nuestros esfuerzos, con tal de que sea perseverante, porque «es tan liberal, que suele recompensar, como dice San Andrés Cretense (*Oratio 14, tertia in SS. D. N. Deiparae dormitionem*: MG 97, 1102), las cosas más pequeñas con abundantes gracias». Mas no nos contentemos con ello y ofrezcámosle cuantos obsequios de suelen ofrecer ordinariamente sus devotos, como el rezo diario del rosario, celebrar sus novenas, ayunar en el sábado, llevar el escapulario, visitarla a diario en alguna de sus imágenes para pedirle alguna gracia especial, leer todos los días algún libro que trate de sus alabanzas, saludarla al salir y al entrar en casa, ponerse bajo su protección al levantarse y al acostarse, rezando tres avemarías en honor de su pureza.

Estas devociones suelen practicar los mismos seculares; pero nosotros, sacerdotes, podemos aún honrarla más con la predicación de sus glorias e inculcando en los demás su devoción. *Los que me esclarecen tendrán vida eterna* (Eccli. 24, 31). La Virgen prometió la vida eterna a quienes se dedicaran en esta tierra a hacerla conocer y amar. El bienaventurado Héming, obispo, comenzaba todos sus sermones ensalzando a María. Tanto le agradó a la Madre de Dios, que dijo cierto día a Santa Brigida: «Di a

ese prelado que quiero ser su Madre y que en la hora de la muerte presentaré su alma a mi Hijo». ¡Qué cosa tan grata a la Santísima Virgen haría el sacerdote que todos los sábados predicase en cualquier iglesia u oratorio un sermoncito popular sobre la Señora, hablando especialmente de su piedad y del deseo que tiene la Santísima Virgen de socorrer a todo el que la invoca! La misericordia de María, en expresión de San Bernardo, es el más poderoso atractivo para mover a los pueblos a su culto. Al menos, procure el predicador en todas sus instrucciones, antes de terminarlas, hacer que los fieles recurran a María Santísima, pidiéndole una gracia especial.

En una palabra, dice Ricardo de San Lorenzo, «quien honra a María gana tesoros de vida eterna» (*de laud. B. M.*, l. 2, p. 1.^a). Con este fin, hace tan sólo algunos años que publiqué mi libro titulado *Las glorias de María*, y procuré enriquecerlo con autoridades de Escritura, de Santos Padres, de ejemplos y de prácticas devotas, para que no tan sólo sirviera a todos de lectura, sino que sirviese de modo especial a los sacerdotes de arsenal de predicación de las alabanzas de la Madre de Dios e inspirara al pueblo ferviente devoción a la Madre de Dios.

INDICE

LA DIGNIDAD Y SANTIDAD SACERDOTAL o Selva de materias predicables

PARTE PRIMERA:

INTRODUCCION	7
CAPITULO I.— <i>De la dignidad del sacerdote</i>	9
CAPITULO II.— <i>Del fin del sacerdote</i>	22
CAPITULO III.— <i>De la santidad que ha de tener el sacerdote</i>	30
CAPITULO IV.— <i>De la gravedad y del castigo de los pecados del sacerdote</i>	47
CAPITULO V.— <i>Del daño que causa al sacerdote la tibieza</i>	61
CAPITULO VI.— <i>Del pecado de incontinencia</i>	76
CAPITULO VII.— <i>De la misa sacrílega</i>	89
	351

CAPITULO VIII.— <i>Del pecado del escándalo.....</i>	102
CAPITULO IX.— <i>Del celo que ha de animar al sacerdote</i>	114
CAPITULO X.— <i>De la vocación al sacerdocio.....</i>	142

PARTE II

PLATICA I.— <i>Sobre la celebración de la misa.....</i>	163
PLATICA II.— <i>Sobre el buen ejemplo que ha de dar el sacerdote.....</i>	182
PLATICA III.— <i>Sobre la castidad del sacerdote</i>	192
PLATICA IV.— <i>Sobre la predicación y la administración del sacramento de la penitencia</i>	210
PLATICA V.— <i>Sobre la oración mental y sobre el oficio divino</i>	234
PLATICA VI.— <i>Acerca de la humildad</i>	248
PLATICA VII.— <i>De la mansedumbre</i>	263
PLATICA VIII.— <i>Sobre la mortificación, y en especial sobre la mortificación interior</i>	276
PLATICA IX.— <i>De la mortificación externa</i>	298
PLATICA X.— <i>Del amor a Dios.....</i>	318
PLATICA XI.— <i>Sobre la devoción a María Santísima</i>	338